SANTIAGO: UN MITO DEL FUTURO LEJANO

MIKE RESNICK



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PRESENTACIÓN

En mi opinión Mike Resnick es uno de los autores de la ciencia ficción moderna que más se acerca al estereotipo del escritor prolífico que ha abordado todos los temas, dentro y fuera *del género. Tal vez no ha practicado todo tipo de oficios, pero sí parece haber escrito sobre gran variedad de asuntos. Y mucho.*

En The Enciclopedia of Science Fiction, *John Clute apunta un juicio que no parece excesivamente laudatorio para las primeras obras de un autor extraño y tal vez incómodo. Textualmente dice que* «empezó a escribir muchas novelas de varios géneros, la mayor parte pornografía blanda y novela gótica, casi siempre bajo pseudónimos desconocidos». *Añade que Resnick abandonó la literatura fantástica tras una primera aproximación al género a finales de los años sesenta (precisamente con novelas de aventuras inspiradas en la obra de Edgar Rice Burroughs, el creador de Tarzán y de las aventuras de John Carter en Marte). Durante el período en que se mantuvo apartado del género fantástico, una decena escasa de años, Clute estima que Resnick llegó a escribir unas 200 novelas (sí, sí, ¡¡doscientas!!), tal vez de esa* «pornografía blanda y novela gótica» *que tan despectivo comentario le merece.*

No sé si esas afirmaciones son ciertas, ni me parece un juicio demasiado justo por lo que yo he podido leer de Mike Resnick. En cualquier caso, es evidente que esa práctica narrativa con centenares de obras de todo tipo ha permitido a Resnick dominar todos los trucos de un oficio en el que destaca como pocos. No creo exagerar al decir que es uno de los mejores narradores de aventuras de la ciencia ficción, en una época en que predomina la sofisticación y la sencillez se convierte en la excepción. Simplemente, lean el Prólogo *de* SANTIAGO *y comprenderán de qué hablo. Creo que es casi imposible iniciar una novela con un alarde superior a ése. Pocas veces un* Prólogo *ha conseguido transmitir al lector la ineludible necesidad de leer la novela. Y, de pasada, centrar la historia de un mito... Pero ése es otro tema al que volveremos más adelante.*

Recuerdo ahora, y ya lo he mencionado en alguna otra de estas presentaciones, un brillante artículo de César Mallorquí publicado en BEM *hace unos años. Su título es de lo más sugerente:* «¿Existe la ciencia ficción?, o qué hacer cuando tu novia del alma se mete a puta» *(revista* BEM, *núm. 19; pedidos a Grupo Interface Editor, Apartado de Correos* 2.061, *Andorra), y viene a ser una queja de un veterano lector y aficionado sobre cómo la sofisticación y un creciente mercantilismo pueden haber cambiado para siempre la ciencia ficción.*

Bueno, pues eso no parece ser ningún problema para Mike Resnick.

La obra de Mike Resnick mantiene ese interés por la aventura, por la narración de historias y por los personajes a cuál más sorprendente, que despertaron mi interés en la adolescencia. Y debo decir que, al menos en mi caso, todo lo que hasta hoy he leído de Resnick me ha dejado la sensación de haber empleado bien el tiempo. Lo menos que se puede decir es que su narrativa casi siempre interesa, es amena y, además, suele ser divertida. Y eso, en los tiempos que corren, no es poco.

Recuerdo que leí con cierta curiosidad los primeros libros que el agente español de Resnick me envió, hace ya casi una decena de años. Se trataba de la tetralogía llamada «Tales of the Eros Velvet, formada por Eros Ascending (1984), Eros at Zenith (1984), Eros Descending (1986) y Eros at Nadir (1986). A *grandes rasgos, son aventuras ambientadas en un burdel del espacio al que acuden todo tipo de personajes y donde se resuelven los más variados problemas. Una cínica y divertida crítica de la hipocresía que posiblemente no eludía algo de eso que Clute tildaba de «pornografía blanda», y que un lector menos escrupuloso, como debo de ser yo, simplemente consideró «exigencias del guión», dado que la trama transcurre en un burdel espacial, en un satélite dedicado a eso que hoy, un tanto eufemísticamente, llamamos «relax».*

Después leí SANTIAGO y, *cuando ya casi estaba decidido a incluirla en* NOVA ciencia ficción, *me encontré con la sorpresa de que, en* 1992, *la entonces incipiente y todavía vigente*

colección CORVUS ciencia ficción *de Valdemar publicaba* LA DAMA OSCURA: UN ROMANCE DEL FUTURO LEJANO (1987) *a la que, lógicamente cabe considerar la posible continuación de* SANTIAGO: UN MITO DEL FUTURO LEJANO (1986). *Personalmente creo que* SANTIAGO *precede y debería preceder siempre a* LA DAMA OSCURA (*y, de pasada, diré que a mi entender también la supera). Pero los designios de los editores son, a veces, inescrutables.*

En cualquier caso (y volveremos más adelante a SANTIAGO y LA DAMA OSCURA), lo *cierto es que me sentí perplejo y dejé de pensar en* SANTIAGO *como un título para* NOVA ciencia ficción.

Y pasaron los años.

Hasta que en 1994 *Mike Resnick ganó en España el* Premio UPC de Ciencia Ficción. Lo *logró con una novela corta brillante y «redonda», de esas que parecen especialmente destinadas a ganar premios. Era* SIETE VISTAS DE LA GARGANTA OLDUVAI (1994, *en* PREMIO UPC 1994, Nova ciencia ficción, *número* 72), y lo *cierto es que el jurado del premio UPC acertó de lleno ya que, una vez publicada en inglés en Estados Unidos,* SIETE VISTAS DE LA GARGANTA OLDUVAI *obtuvo tanto el premio Nebula como el Hugo, y acabó en segundo lugar en la votación de los Locus. Como ya he dicho, una novela corta «redonda» destinada a ganar premios, como sólo puede hacer un autor que domina el oficio.*

SIETE VISTAS DE LA GARGANTA OLDUVAI *se inscribe en un ciclo que ya ha reportado a Mike Resnick varios premios Hugo. Se trata de una visita, en clave de ciencia ficción, al mundo de los masai y de Kenia, en definitiva a la llamada «cuna de la humanidad», un punto de vista nuevo que ha interesado mucho a los críticos, incluido John Clute, que parece haber cambiado con ello su opinión acerca de Resnick.*

Esa serie se inicia con Ivory: A Legend of Past and Future (1988) *y sigue con* Paradise: A Chronicle of a Distant World (1989), Purgatory: A Chronicle of a Distant World (1993), *y un conjunto de relatos que parte de la misma fuente de inspiración y que han reportado a Resnick diversos premios.* Ivory *narra las peripecias de un descendiente de los masai que busca en diversos mundos los colmillos de un elefante mítico; en* Paradise *reconstruye en cierta forma la historia de Kenia en un mundo alienígena, y Purgatory viene a ser su continuación. Varios de los relatos de ese ciclo han obtenido el premio Hugo, como ocurre con* Kirinyaga (1988), *su secuela* The Manamouki (1992), *y la novela corta* SIETE VISTAS DE LA GARGANTA OLDUVAI *ya citada.*

Yo estaba decidido a publicar una novela de Mike Resnick, y la mejor candidata parecía ser IVORY...

Sin embargo, luego me di cuenta de que en realidad lo que deseaba era publicar SANTIAGO. *Varios años después de esa primera lectura seguía recordando muchos de los personajes, el ambiente de la novela y esa inevitable sorpresa final, por otra parte quizá paradójicamente lógica y poco sorprendente.*

Y no suelo resistirme a ese tipo de impulsos. O sea que aquí está SANTIAGO: UN MITO DEL FUTURO LEJANO, *y posiblemente en un futuro no tan lejano abordemos la publicación de la serie de Kenia, empezando por ese* MARFIL: UNA LEYENDA DEL PASADO Y DEL FUTURO *que inicia el ciclo y con la que Mike Resnick ha obtenido incluso el aval de los críticos.*

Y finalmente llegamos ya a SANTIAGO, *la obra que hoy presentamos. No voy a hablar mucho de ella, sino que les remitiré, de nuevo, a ese* Prólogo *que con tanta maestría presenta la situación y resume en unas pocas páginas la fuerza de un mito a escala galáctica. Junto con* LA DAMA OSCURA, SANTIAGO *se inscribe en una nueva serie que posiblemente arranque en* Birthright: The Book of Man (1982), *que apunta un esquema general de una historia del futuro en torno a la expansión de los humanos por la galaxia durante los próximos 15.000 años, y su posterior extinción.*

En ese marco se podría inscribir una posible miniserie acerca del «futuro lejano», que sigue siendo uno de los trabajos más interesantes de Resnick. Está formada por SANTIAGO:

UN MITO DEL FUTURO LEJANO (1986, NOVA ciencia ficción, *número* 96) y LA DAMA OSCURA: UN ROMANCE DEL FUTURO LEJANO (1987, CORVUS ciencia ficción, *número 3), y su temática general es la búsqueda a escala galáctica de personajes míticos.*

LA DAMA OSCURA *es la búsqueda de ese personaje misterioso y tal vez inevitable al que alude el título, asociado a la muerte o a un cierto tipo de muerte. Ese romance de que habla el título acaso apunte al devaneo de algunas personas con el peligro gratuito. El personaje central, narrador de la historia, es un extraterrestre, lo que confiere a la novela cierto distanciamiento, aunque no por ello merma el carácter humano del mito implícito en esa búsqueda.*

SANTIAGO: UN MITO DEL FUTURO LEJANO *es algo más, Una visita al mundo de los mitos y las leyendas en la forma de la búsqueda posiblemente infructuosa de un mito, de un personaje de leyenda que responde al nombre de Santiago, y cuyas escasas descripciones son incluso imposibles (tres metros de altura y cabellos naranja, según uno de los pocos que afirman haberlo visto).*

Por otra parte, se dice de Santiago que ha matado a millares de personas, pero también que ha salvado docenas de mundos. Dudosa y ambigua, su leyenda se ha extendido hasta los límites de la frontera galáctica. Nunca deja pistas, pero es posible que exista realmente y la recompensa por su captura es la mayor que se ha ofrecido nunca. Nadie se había atrevido a reclamarla, hasta que el Ruiseñor y el Ángel parten a la captura de un mito. Dos cazadores de recompensas se deciden por fin a perseguir una leyenda, con todo lo que ello comporta.

SANTIAGO *cuenta la persecución de una quimera, la búsqueda de un personaje de leyenda en el rudo mundo de la frontera galáctica. En la sencilla trama que propone Resnick, los cazadores de recompensas se afanan por encontrar pistas que los conduzcan hasta el elusivo Santiago. Ello le permite mostrar una sucesión inagotable de tipos humanos y planetas, todos ellos marcados por el misterio y la inevitable referencia a un personaje mítico, perseguido, molesto y a la vez imprescindible.*

Ésa es la idea, en el fondo sencilla, que en las manos de Mike Resnick se ha convertido en una novela de aventuras que, incluso después de varios años, se recuerda con agrado. Con SANTIAGO *Mike Resnick ha escrito lo más parecido a un* western *del espacio que aúna toda la riqueza especulativa de la mejor ciencia ficción con un cuidadoso respeto hacia la forma en que se construyen las leyendas y los mitos. Una novela divertida y amena que se lee con interés y cuya tesis no se olvida nunca.*

Les recomiendo encarecidamente que sigan mi consejo: sumérjanse en el Prólogo y se encontrarán inevitablemente atrapados por la dimensión mítica y legendaria que adquiere la aventura humana en cualquier lugar del espacio y en cualquier tiempo. Vale la pena.

MIQUEL BARCELÓ

Para Carol, como siempre.

Y para mi agente, Eleanor Wood, por los consejos, el estímulo, y el dinero.

PRÓLOGO

Dicen que su padre fue un cometa y su madre un viento cósmico, que hace malabarismos con los planetas como si fueran plumas y lucha contra los agujeros negros sólo para abrir el apetito. Dicen que nunca duerme, que sus ojos arden con un brillo más fuerte que el de una nova, y que su grito puede arrasar montañas. Lo llaman Santiago.

Allá lejos, en el Cerco Galáctico, en el borde mismo de la Frontera Exterior, existe un mundo llamado Azulplata. Es un mundo acuático; apenas un puñado de islas salpican el océano que cubre su superficie. Si uno se detiene en la más grande de las islas y contempla el cielo nocturno, se puede ver casi toda la Vía Láctea: un gran río titilante de estrellas que parece fluir a través de la mitad del universo.

Y si lo hace sobre la costa occidental de la isla, durante el día, de espaldas al agua, puede observar una loma cubierta de hierba. Sobre ella hay diecisiete cruces blancas, cada una con el nombre de un buen hombre o una buena mujer que alguna vez pensaron en colonizar este agradable mundo.

Y bajo cada nombre aparece la misma leyenda, repetida diecisiete veces:

Asesinado por Santiago.

Próximo al corazón de la galaxia, donde las estrellas se arraciman tan cerca unas de otras que la noche es tan brillante como el día, existe un mundo llamado Valkyria. Ese mundo es un puesto de avanzada, un lugar de desvencijados Pueblos de Mercaderes llenos de bares sórdidos, hoteles y prostíbulos en los que los exploradores, los mineros y los mercaderes de la Frontera Interior se reúnen para comer y beber y contarse unas cuantas historias inverosímiles que adornan con sus exageraciones.

El más grande de los Pueblos de Mercaderes de Valkyria, que en realidad no es demasiado grande, tiene también una oficina de correos que guarda mensajes del subespacio, tal como hacían las antiguas oficinas de correos con los mensajes escritos. A veces, los mensajes se conservan durante tres o incluso cuatro años, y con frecuencia son enviados a lugares aún más cercanos al Núcleo Galáctico, pero casi todos son recogidos por sus destinatarios.

Y en esta oficina de correos hay una pared cubierta por los nombres y las holografías de criminales que supuestamente se encuentran en la Frontera Interior, lo que tiende a convertir la oficina de correos en un sitio muy frecuentado por los cazadores de recompensas. Siempre se anuncian los nombres de veinte delincuentes: nunca más, nunca menos; y junto a cada nombre hay un precio. Algunos de esos nombres permanecen expuestos durante una semana, algunos durante un mes, y sólo unos cuantos durante un año.

Solamente tres de esos nombres se han mantenido durante más de cinco años. Dos de ellos ya no están allí.

El tercero es el de Santiago, del cual no hay holografía.

En el mundo colonial de Santa Juana vive una raza nativa de humanoides conocidos como los Swales. Ya no hay colonos allí; todos han partido.

Cerca del ecuador de Santa Juana, próxima al lugar donde en otros tiempos vivieran los colonos, hay una franja negra de tierra de casi quince kilómetros de largo por uno de ancho, en la que ya nada volverá a crecer. Ninguno de los colonos informó jamás de ello, y si alguno lo hizo, hace tiempo que el informe fue traspapelado por alguno de los treinta billones de burócratas de la Democracia... pero si uno va a Santa Juana y les pregunta a los Swales qué fue lo que provocó la aparición de esa franja negra de tierra, se santiguarán (ya que los colonos eran un grupo religioso, y muy evangélico) y dirán que es la Marca de Santiago.

Conocen su nombre incluso en el mundo agrícola de Ranchero, donde jamás se ha

cometido ningún delito, ni siquiera un robo de poca monta.

Supuestamente, mide más de tres metros de altura, tiene una cabellera anaranjada enmarañada e indomable y unos inmensos colmillos negruzcos que se han hincado en sus labios y ahora los atraviesan. Y cuando los niños se portan mal, basta con que sus padres les recuerden el número de niños que Santiago se ha comido en el desayuno para que se restablezca inmediatamente el orden.

Los juglares cantan canciones sobre él en Minotauro y en Teseo, los mundos gemelos que circundan Sigma Draconis, y siempre lo retratan como alguien de exactamente doscientos diecisiete años, más alto que un campanario y más inmenso que un granero, un Príncipe de los Ladrones bebedor y mujeriego, que se diferencia de Robin Hood (otro favorito de los juglares) fundamentalmente en que roba a ricos y pobres por igual, y en su propio beneficio. Sus aventuras son incontables, y van desde su épico enfrentamiento mano a mano con una Gorgona que respiraba cloro, hasta la mañana en que descendió a los infiernos y lanzó un escupitajo que dio de lleno en el ojo ardiente de Satán; y raro es el día en que no se añade alguna que otra estrofa a la siempre creciente *Balada de Santiago.*

Y en Deluros VIII, el enorme mundo principal de la raza del Hombre, centro neurálgico de la Democracia, existen once departamentos gubernamentales y mil trescientos seis hombres y mujeres que tienen a su cargo la tarea de encontrar a Santiago y acabar con él. Dudan de que Santiago sea su verdadero nombre, sospechan que algunos de los crímenes que se le atribuyen fueron cometidos por otros, tienen la certeza casi absoluta de que en algún lugar de sus archivos tienen su fotografía o su holografía pero que aún no ha sido asociada a su verdadera identidad... y eso es todo lo que saben sobre él.

Diariamente llegan hasta ellos quinientos informes, cada año se siguen dos mil pistas, se han ofrecido generosas recompensas en medio millón de mundos, se envían al exterior agentes cargados de dinero y de todo aquello que el dinero puede comprar, y esos once departamentos siguen existiendo. Han sobrevivido a las últimas tres administraciones y continuarán haciéndolo hasta que su función se haya cumplido.

Azulplata, Valkyria, Santa Juana, Ranchero, Minotauro, Teseo, Deluros VIII: mundos interesantes y sugerentes, todos ellos.

Pero hay un mundo aún más interesante en el extraño tapiz que conforma la vida de Santiago: es el mundo fronterizo de Recuerdo, en el corazón de la Frontera Interior; porque Recuerdo es la residencia, provisional al menos, de Sebastián Ruiseñor Cain, a quien le disgustan su segundo nombre, su profesión y su vida, aunque no necesariamente en ese orden. Muchas veces ha luchado por lo que creía correcto, y nunca ha ganado. Ya nada excita su imaginación, y menos aún lo sorprende. No tiene amigos, sólo unos cuantos socios, y no busca a unos ni a otros.

En casi todos los sentidos Sebastián Ruiseñor Cain es un hombre anodino y ordinario, pero así y todo nuestra historia debe comenzar por él, ya que está destinado a jugar un papel protagonista en la epopeya del hombre conocido simplemente como Santiago...

PRIMERA PARTE

EL LIBRO DEL PÁJARO CANTOR

1

Giles Sans Pitié es una rueda que gira,
con ojos de balcón y un puño de acero.
Bebe todo un galón y no respira,
lleva a la Muerte siempre por compañera

Jamás existió historia escrita acerca de la Frontera Interior, de manera que Orfeo Negro asumió la responsabilidad de trovarla. Su verdadero nombre no era Orfeo (aunque era negro). En realidad, los rumores decían que había sido acuaculturista, allá en el sistema Deluros, antes de enamorarse. La muchacha se llamaba Eurídice, y Orfeo la siguió hasta las estrellas, y ya que había abandonado todo cuanto poseía por ir tras ella, no tuvo para ofrecerle más que su música; de manera que adoptó el nombre de Orfeo Negro y pasó la mayor parte de su vida componiendo canciones de amor y sonetos para su amada. Luego ella murió, y él decidió quedarse en la Frontera Interior, donde comenzó a escribir una balada épica acerca de los mercaderes, los cazadores, los delincuentes y los inadaptados con los que se cruzaba. De hecho, nadie dejaba oficialmente de ser un advenedizo o un turista hasta el día en que él agregaba a la canción una o dos estrofas acerca de esa persona.

De cualquier manera, Giles Sans Pitié le causó verdadera impresión, ya que aparece en nueve versos diferentes, lo que es una barbaridad cuando se es el único Homero para quinientos mundos. Probablemente, la causa fuese la mano de acero. Nadie sabía cómo había perdido la verdadera, pero un día apareció en la Frontera con un puño de acero bruñido en el extremo del brazo izquierdo, anunció que era el mejor cazador de recompensas nacido de mujer, de animal o de huevo, y procedió a demostrar que no estaba del todo equivocado. Como muchos cazadores de recompensas, sólo se dejaba caer por los puestos de avanzada cuando no estaba trabajando y, también como muchos, seguía siempre la ruta regular que se había fijado. Así fue como apareció en Recuerdo, más precisamente en el Emporio de Gentry, en el Pueblo de Mercaderes de Moritat, aporreando el largo mostrador de madera del bar con su puño de acero, exigiendo ser atendido.

El viejo Gerónimo Gentry, que había pasado treinta años explorando los mundos de la Frontera Interior antes de abandonarlo todo y abrir una taberna y burdel en Moritat -donde tenía la precaución de probar cuidadosamente cada producto antes de ofrecerlo al público- se acercó con una botella cerrada de ron de Altair, que ponía fuera del alcance de Giles Sans Pitié cada vez que éste intentaba tomarla.

-La cuenta sube cada vez más -comentó intencionadamente.

El cazador de recompensas arrojó sobre la barra un montón de billetes.

-Dólares de María Teresa -apuntó Gentry, examinándolos con aprobación y soltando la botella-. ¿Dónde los has conseguido?

-En el sistema Corvus.

-Hiciste allí un trabajito, ¿no es así? -dijo Gentry, animado. Giles Sans Pitié sonrió sin ganas y respondió:

-Algo así.

Buscó bajo la camisa y sacó tres carteles de los hermanos Suliman, que hasta esa mañana habían estado colgados en la oficina de correos. Cada cartel estaba cruzado por una gran X roja.

-¿Los tres?

El cazador de recompensas asintió con la cabeza.

-¿Les disparaste o usaste eso? -preguntó Gentry, señalando el puño de acero de Giles Sans Pitié.

-Sí.

-¿Sí qué?

Giles Sans Pitié levantó su mano de metal:

-Sí, les disparé, o usé esto.

Gentry se encogió de hombros:

-¿Volverás a salir pronto?

-Dentro de pocos días.

-¿Adónde irás esta vez?

-Eso es asunto mío -respondió el cazador de recompensas.

-Simplemente pensé que podía ofrecerte un consejo de amigo -aclaró Gentry.

-¿Como cuál?

-Si estás pensando en ir a Praeteep Cuatro, olvídalo. El Pájaro Cantor acaba de volver de allá.

-¿Te refieres a Cain?

Gentry asintió.

-Tenía un montón de dinero, así que supongo que encontró lo que andaba buscando.

-Tendré que conversar con él-dijo el cazador de recompensas, arrugando el entrecejo-. En el sistema Praeteep hay un cartel que prohíbe la entrada.

-¡Oh! -dijo Gentry- ¿Desde cuándo?

-Desde que yo lo puse -contestó Giles Sans Pitié con firmeza-. Y no pienso tolerar que un rival vaya por ahí cazando cabezas y llevándoselas tranquilamente. -Hizo una pausa-. ¿Dónde puedo encontrarlo?

-Aquí mismo.

Giles Sans Pitié miró a su alrededor. En el extremo más alejado de la barra había un hombre de cabello plateado, un jugador en racha engalanado con ropa nueva y brillante hecha en alguna fábrica de metales refulgentes; una joven de mirada melancólica se sentaba frente a una de las mesas, de las esquinas, y desparramados por la taberna poco iluminada había dos docenas de hombres y mujeres, de dos en dos o en grupos, algunos conversando en voz baja, otros sentados en silencio.

-No lo veo -anunció el cazador de recompensas.

-Todavía es temprano -replicó Gentry-. Ya vendrá.

-¿Por qué estás tan seguro?

-Éste es el único local de Moritat donde hay alcohol y damas con las que entretenerse. ¿Adónde crees tú que va a ir?

-Hay un montón de mundos allá fuera.

-Es verdad -admitió Gentry-. Pero al cabo de un tiempo la gente se cansa de los mundos. Yo sé lo que me digo.

-¿Qué estás haciendo entonces en la Frontera?

-La gente también se cansa de la gente. Aquí hay mucha menos... y tengo mis chicas de lujo para entretenerme si me siento solo -hizo una pausa-. Por cierto, si deseas escuchar la historia de mi vida, tienes que comprar un par de las mejores botellas de mi bodega. Luego, nos iremos los dos solos a una de las habitaciones de la trastienda y comenzaré por el capítulo uno.

El cazador de recompensas se estiró para coger la botella:

-Creo que puedo vivir sin ello -dijo.

-Pues te perderás una historia condenadamente buena -respondió Gentry-. He hecho un montón de cosas interesantes. He presenciado escenas que ni siquiera un asesino como tú tiene alguna vez la posibilidad de ver.

-Otra vez será.

-Tú te lo pierdes -dijo Gentry encogiéndose de hombros-. ¿Quieres una copa para eso?

-No es necesario -contestó Giles Sans Pitié, al tiempo que alzaba la botella y bebía un buen trago. Luego se secó la boca con el dorso de la mano-. ¿Cuánto falta para que llegue?

-Tienes tiempo para uno rápido, si te refieres a eso -dijo Gentry-. Sólo dame un minuto para ver cuál de mis frágiles flores no está ocupada en este momento. -De pronto se volvió

hacia la puerta de entrada-. ¡Vaya! Ya está aquí. Me temo que deberás olvidar el amor por un rato -agitó la mano-. ¿Cómo estás, Pájaro Cantor?

Un hombre alto, delgado, de rostro anguloso y casi demacrado, ojos oscuros y expresión de hastío en la mirada, se acercó al bar. Llevaba chaqueta y pantalón de un color marrón indefinido, con numerosos bolsillos abultados por objetos informes, lo que en la Frontera podía significar cualquier cosa. Solamente destacaban sus botas, no porque fueran nuevas sino más bien porque eran tan notoriamente viejas que, a pesar de estar cuidadas con esmero, parecían no poder soportar ni un cepillado más.

-Mi nombre es Cain -dijo el recién llegado-. Lo sabes.

-Bueno, no es así como te llaman ahora.

-Así es como vas a llamarme tú si deseas algo de mí -replicó Cain.

-Pero, como sabrás, Orfeo Negro ha escrito sobre ti llamándote Pájaro Cantor-insistió Gentry.

-No canto, no soy un pájaro, y no me importa demasiado lo que un cantor popular mal nacido escriba sobre mí.

Gentry se encogió de hombros:

-Como quieras... A propósito, ¿qué vas a beber?

-Va a tomar ron de Altair, como yo -terció Giles Sans Pitié.

-¿Ah, sí? -preguntó Cain, volviéndose hacia él.

-Yo invito. -El cazador de recompensas levantó su botella-. Vayamos a una mesa y bebamos juntos, Sebastián Cain.

Cain lo observó un instante caminar por el salón, luego se encogió de hombros y lo siguió.-

-He oído decir que tuviste mucha suerte en Praeteep Cuatro -dijo Giles Sans Pitié cuando ambos se sentaron.

-La suerte no tuvo nada que ver -señaló Cain, mientras se reclinaba cómodamente en su silla-. Me parece que a ti tampoco te fue muy mal.

-Más o menos. Me vi obligado a hacer trampas.

-Creo que no te sigo.

-Tuve que dispararle al tercero. -Giles Sans Pitié alzó su puño de acero-. Me gusta cogerlos con esto -hizo una pausa-. ¿Tu hombre te dió mucho trabajo?

-Algo -dijo Cain, sin comprometerse.

-¿Tuviste que perseguirlo mucho tiempo?

-Un poco.

-Desde luego, no eres el conversador más expresivo con el que me he cruzado -comentó Giles Sans Pitié con una sonrisa irónica.

-Hablar es barato -dijo Cain, encogiéndose de hombros.

-No siempre. Suliman Hari me ofreció treinta mil créditos para que le permitiera seguir viviendo.

-¿Y?

-Le agradecí la oferta, le aclaré que el precio puesto a su cabeza superaba los cincuenta mil, y le descargué el metal en plena cara.

-Y, por supuesto, no sacaste de entre su ropa treinta mil créditos sin informar sobre ellos -dijo Cain con sorna.

Giles Sans Pitié arrugó el entrecejo:

-El hijo de perra sólo llevaba encima dos mil -dijo gruñendo, y con razón.

-Supongo que, entre ladrones, el honor no existe.

-En absoluto. iNo soporto que el bastardo me haya mentido! -Hizo una pausa-. Dime, Cain... -añadió a continuación-. ¿A quién perseguirás ahora?

-Secreto profesional -contestó Cain sonriendo-. Sabes bien que no debes preguntar.

-Así es -concedió Giles Sans Pitié-. Pero cualquiera puede faltar a la norma de vez en cuando. Por ejemplo, tú sabías bien que no debías matar a nadie en el sistema Praeteep, y sin

embargo lo hiciste.

-El hombre al que estaba siguiendo fue hacia allí -contestó Cain con calma-. No hubo intención de faltar al respeto, pero no iba a dejar que cuatro meses de trabajo se escurrieran por el sumidero sólo porque tú te creas propietario de todo el sistema solar.

-Fui yo quien abrió ese sistema -dijo Giles Sans Pitié-. Dí nombre a cada uno de sus planetas -hizo una pausa-. Aun así, tu respuesta es aceptable. Te perdono la infracción.

-No recuerdo haber pedido tu absolución -dijo Cain.

-Es igual, te la doy gratis. Por esta vez -agregó amenazadoramente-. Pero no estaría de más que recordaras que aquí en la Frontera hay reglas.

-Vaya. No me había enterado.

-Sin embargo, existen... y fueron hechas por personas capaces de hacerlas cumplir.

-Lo tendré en cuenta.

-Me encargaré de que lo hagas.

-¿ O me romperás la crisma con tu mano de metal? -preguntó Cain.

-Es una posibilidad.

Cain sonrió.

-¿Qué es lo que te resulta tan divertido? -inquirió Giles Sans Pitié.

-Tú eres un cazador de recompensas.

-Los cazadores de recompensas no matan a la gente si no obtienen un beneficio. ¿Quién te va a pagar si me matas?

-Tengo que proteger lo que es mío -replicó seriamente Giles Sans Pitié-. Sólo quiero estar seguro de que nos entendemos: si vuelves a cazar otra vez en mi territorio, vamos a terminar a bofetadas. -Golpeó la mesa con el puño de metal y dejó una marca profunda en ella-. Las mías son más fuertes.

-Supongo que sí -dijo Cain.

-¿Vas a evitar, entonces, meterte en Praeteep?

-No estoy enterado de que me espere allí ningún negocio urgente.

-Ésa no es exactamente la respuesta que esperaba.

-Pues te sugiero que la aceptes -dijo Cain-. Es la mejor que vas a conseguir.

Giles Sans Pitié lo contempló unos instantes, y luego se encogió de hombros.

-Pueden pasar años antes de que alguien vuelva a esconderse allí, o más tiempo aún. Supongo que ninguna ley dice que no podemos comportarnos cordialmente mientras tanto.

-Estoy totalmente a favor de vivir en paz con mis semejantes -dijo Cain amablemente.

Giles Sans Pitié parecía divertido:

-Has escogido una profesión más bien extraña para ser un hombre que piensa de esa forma.

-Quizá.

-Bien, ¿vamos a hablar?

-¿De qué?

-¿De qué? -repitió Giles Sans Pitié burlón-. ¿De qué hablan dos cazadores de recompensas cada vez que se encuentran, botella de ron por medio?

Y fue así como acabaron hablando de Santiago.

Charlaron de los mundos donde supuestamente había estado en los últimos tiempos, y de los crímenes que supuestamente había cometido en los últimos tiempos. Ambos habían oído el rumor de que había asaltado una colonia minera en Bemor VIII; ambos lo ponían en duda. Ambos también habían oído hablar de una caravana de buques de carga no tripulados que había sido saqueada en la región de Antares; Cain pensaba que bien podía ser obra de Santiago, en tanto que su compañero tenía la sensación de que era mucho más probable que, a esas alturas, se encontrara en Dorado IV dirigiendo la operación de un triple asesinato. Intercambiaron información acerca de los planetas en los que cada uno había estado sin hallar ni rastro de él, y de otros cazadores con los que se habían encontrado y que agregaban más nombres de planetas a la lista.

-¿Quién anda tras él ahora? -preguntó Giles Sans Pitié, cuando acabaron.

-Todo el mundo.

-Quiero decir, ¿quién es el último?

-Supe que el Ángel ha estado en la zona -respondió Cain.

-¿Qué te hace pensar que anda tras Santiago?

Cain se limitó a mirarlo.

-Una pregunta estúpida -dijo Giles Sans Pitié-. Olvida que la hice. Se supone que el Ángel siempre anda tras lo mejor.

-Eso dicen.

-Pensé que buscaba en la Frontera Exterior, en algún sitio camino al Cerco.

Cain asintió:

-Me imagino que decidió que Santiago no está allí.

-Puedo nombrarte un millón de lugares en los que Santiago no está -dijo Giles Sans Pitié-. ¿Por qué supones que piensa que Santiago está en la Frontera Interior?

Cain se encogió de hombros.

-¿Crees que ha conseguido una fuente de información? -insistió Giles Sans Pitié.

-Todo es posible.

-Es más que posible -dijo, después de pensarlo un instante-. No habría trasladado su base de operaciones a la mitad de la galaxia si no tuviera información fiable. ¿Qué planetas tiene en la mira?

-¿Cuántos mundos hay allá fuera? -Cain se encogió de hombros-. Elige el que quieras.

Giles Sans Pitié arrugó el entrecejo:

-Aun así, debe de saber algo que vale la pena.

-¿Qué te hace pensar que hablaría contigo, aunque lo encontraras?

-El único tema sobre el cual un cazador de recompensas nunca miente es Santiago, lo sabes. Mientras siga con vida, nos hace quedar mal a todos por igual.

-Es posible que en el lugar de donde proviene el Ángel, las cosas se hagan de otra manera -sugirió Cain.

-Entonces deberé explicarle las reglas de esta tierra -dijo Giles Sans Pitié.

-Te deseo suerte.

-¿Te interesa asociarte conmigo hasta que demos alcance al Ángel?

-Yo trabajo solo -dijo Cain.

-Está bien -aceptó Giles Sans Pitié; de pronto recordó el ron y bebió un buen trago-. ¿Dónde oíste hablar de él?

-En el sistema Meritonia.

-Creo que voy a darme una vuelta por ahí a finales de semana -dijo Giles Sans Pitié, poniéndose de pie-. Ha sido una conversación muy interesante, Cain.

-Gracias por el ron -dijo Cain con retintín, contemplando la botella vacía.

-Cuando quieras -rió su compañero-. Y procurarás mantenerte alejado del sistema Praeteep de ahora en adelante, ¿verdad? -Agitó su puño de acero-. Detestaría tener que darte una lección por infringir las normas.

-¿Lo detestarías?

-De hecho, no -respondió el otro con franqueza.

Cain no contestó, y momentos después Giles Sans Pitié puso sobre el mostrador la botella vacía, y dinero suficiente para pagar otra que pidió para Cain, le prometió a Gentry que volvería por la noche para probar mercancía no alcohólica, y se internó en el aire nocturno cálido y húmedo de Moritat en busca de su cena.

Gentry terminó de atender a la chica de mirada melancólica, y luego llevó la botella hasta la mesa de Cain.

-¿Qué es? -preguntó Cain, observando el líquido transparente.

-Algo que fabrican en algún sitio camino a Altair-replicó el viejo-. Su sabor recuerda el de la ginebra.

-No me gusta la ginebra.

-Ya lo sé -contestó Gentry, con una risita-. Por eso estoy seguro de que vas a invitarme a que me siente y te ayude a bebértela.

-Siéntate, viejo -dijo Cain, suspirando.

-Gracias. Espero que no te moleste. -Se sentó con cuidado, descorchó la botella, y bebió un trago-. Buena mercancía, me digo a mí mismo.

-Debes de ahorrar un montón de dinero en vasos -hizo notar Cain-. Al parecer aquí nadie los usa.

-Ahorrar dinero no es uno de mis problemas -contestó Gentry-. Y por lo que he oído, obtenerlo no es uno de los tuyos.

Cain no respondió, y el viejo tomó otro trago y continuó hablando.

-¿El viejo Giles te advirtió que debías mantenerte alejado del sistema Praeteep? -preguntó.

Cain asintió.

-¿Vas a hacerle caso?

-Hasta la próxima vez que algún asunto me lleve allí -respondió Cain.

El viejo rió:

-¡Bien por ti, Pájaro Cantor! Al viejo Puño de Acero ya le empieza a quedar grande la fama.

-Ya me estoy cansando de repetirte que ése no es mi nombre -dijo Cain irritado.

-Si no querías ser una leyenda, no tendrías que haber venido aquí. Dentro de doscientos años ése será el único nombre por el que se te conozca.

-Dentro de doscientos años no me veré obligado a escucharlo.

-Además -continuó Gentry-, Pájaro Cantor no figura en ningún cartel de «Se busca». A Sebastián Cain lo he visto en un montón de ellos.

-Eso fue hace mucho tiempo.

-No te pongas a la defensiva -dijo el viejo, riendo entre dientes-. He visto carteles con los nombres de todos vosotros, los cazadores de recompensas, en un momento u otro. No voy a escaldarme por eso. Demonios, si Santiago en persona entrara por esa puerta y solicitara a una de mis chicas, sacaría a la más bonita que tuviera.

-A juzgar por todo lo que sabes, ya lo ha hecho -señaló Cain.

-Ni en sueños -dijo Gentry-. No es tan difícil de reconocer.

-¿Más de tres metros, con el pelo anaranjado? -preguntó Cain, con una sonrisa divertida.

-Sal en busca de un hombre que tenga ese aspecto y estarás fuera mucho, mucho tiempo.

-¿Cuál crees tú que es su aspecto?

El viejo bebió un trago corto de la botella.

-No lo sé -admitió-. Hay algo que sí sé, sin embargo. Sé que tiene una cicatriz con esta forma -dibujó una S torcida sobre la mesa- en el dorso de la mano derecha.

-Sí, seguro.

-¡Es verdad! -dijo enérgicamente el viejo-. Conozco a un hombre que lo vio.

-Nadie lo ha visto -replicó Cain-. O al menos, nadie que lo haya visto sabía que se trataba de él.

-Eso es lo que tú crees -dijo Gentry-. El hombre al que me refiero pasó un par de semanas con él en la cárcel.

Cain parecía aburrido:

-Santiago nunca ha sido arrestado. Si así hubiera sido, todos sabríamos qué aspecto tiene.

-No sabían que se trataba de él.

-Entonces, ¿cómo lo supo tu amigo?

-Porque la banda de Santiago irrumpió en la cárcel y lo liberó, y uno de ellos lo llamó por su nombre.

-Tonterías.

-Aquí estoy, tratando de hacerte un favor, y tú te ríes -dijo Gentry-. Da gracias que soy un viejo y que no tengo los recursos necesarios para darte un escarmiento por haberme insultado así.

-¿De qué favor me hablas?

-Pensé que podía interesarte saber quién era mi amigo, y dónde podías encontrarlo.

-Hay media docena de cazadores de recompensas que frecuentan este lugar -dijo Cain-. ¿Por qué ofrecérmelo a mí?

-Bueno, verás, ofrecer no es exactamente el término que tenía en mente -contestó Gentry, con una mueca-. Semejante nombre, el nombre de alguien que realmente pasó un tiempo junto a Santiago, debe de valer algo, ¿no te parece?

-Puede ser.

Se produjo un momento de silencio.

-No he escuchado todavía ninguna oferta.

-Permíteme volver a hacerte la pregunta: ¿por qué a mí? -dijo Cain.

-Oh, no sólo a ti -dijo Gentry-. Se lo vendí a Barnaby Wheeler hace un par de meses, pero escuché rumores de que resultó muerto cuando andaba detrás de algún fugitivo. Y se lo ofrecí a Pacificador MacDougal hace una semana, pero no quiso pagar dinero. Y voy a ver si puedo evitar tentar con ello al viejo Puño de Acero antes de que se aproveche de alguna de mis inocentes esta noche -sonrió-. Debo ser equitativo con todos mis clientes.

-A Santiago lo persiguen desde hace más de treinta años -dijo Cain-. Si posees información digna de ser vendida, ¿por qué has esperado hasta ahora para ofrecerla?

-Yo no tengo nada en contra de Santiago -dijo el viejo-. Nunca me ha hecho ningún daño. Además, cuanto más tiempo permanezca en libertad, más vais a quedaros vosotros en la Frontera buscándolo, y cuanto más tiempo permanezcáis aquí, más dinero gastaréis en el Emporio Gentry.

-¿A qué se debe, entonces, este cambio de idea?

-He oído decir que el Ángel viene hacia aquí. No desearía que nadie de fuera se quedara con la recompensa.

-¿Qué te hace pensar que lo hará?

-Sabes lo que se dice de él -replicó Gentry-. Es el mejor. Te apuesto a que Orfeo Negro va a dedicarle sus buenos veinte versos cuando finalmente se encuentre con él. Así que -dijo el viejo, bebiendo otro sorbo-, estoy subiendo mi apuesta tanto como puedo. Si el Ángel se queda con el dinero, volverá al Cerco antes de tener oportunidad de gastarlo. Pero si eres tú quien lo hace, vas a gastar buena parte de él en Recuerdo.

-Si no me retiro.

-Oh, no lo harás -aseguró Gentry-. A los hombres como tú, como Sans Pitié o como el Ángel, el asesinato os gusta demasiado para abandonar. Lo llevas en la sangre, como los gamberros el deseo de vagabundear.

-A mí no me gusta matar.

-¿Intentas acaso hacerme creer ese viejo cuento de que los cazadores de recompensas sólo matan por dinero? -dijo el viejo, con una risa sarcástica.

-No.

-Eso te convierte en el único honesto que he conocido. ¿Cuántos hombres mataste porque sí antes de que descubrieras que podías hacerlo por pasta ... ?, ¿dos? ¿Tres?

-Más de los que imaginas supongo.

-¿Soldado?

Cain hizo una pausa antes de responder.

-Eso creí una vez. Estaba equivocado.

-¿Qué demonios significa eso?

-No tiene importancia, viejo. -De repente Cain se irguió en la silla-. Muy bien... ¿cuánto quieres por el nombre?

-¿Con qué clase de efectivo cuentas?

-¿De qué clase lo quieres?

-Créditos está bien, supongo -contestó Gentry-. Aunque me interesarían más francos Bonaparte o dólares María Teresa, si tienes alguno.

-No he visto un franco Bonaparte en años -dijo Cain-. No creo que sigan en circulación.

-He oído decir que aún los usan en el sistema Binder.

-Que sea en créditos.

El viejo efectuó un rápido cálculo mental:

-Creo que diez mil serán suficientes.

-¿Por el nombre de alguien que pudo haber estado o no con Santiago, hace diez o veinte años? -Cain sacudió la cabeza-. Es demasiado.

-No lo es para alguien como tú -dijo Gentry-. Vi el cartel del tipo que te cargaste. Sé cuánto obtuviste por él.

-¿Y qué ocurre si este hombre está muerto, o si resulta que, después de todo, no vio a Santiago?

-En ese caso, tienes vía libre para fertilizar mis flores durante un mes entero.

-Anoche visité tu jardín -dijo Cain-. Hay mucha maleza.

-¿De qué estás hablando? -preguntó Gentry-. ¿Cuánto tiempo has estado en la Frontera, Cain?

-Once años.

-En todo ese tiempo, ¿te encontraste alguna vez con alguien que haya visto a Santiago? Aquí estoy, ofreciéndote algo con lo que nunca te has topado, por lo que acaso sea la décima parte de lo que ganaste en Praeteep, ¡y estás regateando, como un traficante de pieles de Dabih! Si piensas quedarte ahí sentado, insultando los más hermosos pimpollos que hay en la Frontera y regateando con un viejo que ya no tiene la energía necesaria para seguirte el juego, no podremos hacer ningún trato.

Cain lo contempló un instante y luego dijo:

-Te diré algo, viejo. Te doy veinte mil.

-Ahí hay una trampa-dijo el viejo con suspicacia.

-Hay una condición -replicó Cain-. No le darás el nombre a nadie más.

Gentry arrugó el entrecejo:

-¿Nunca más?

-Durante seis meses.

-Que sean cuatro.

-Trato hecho -dijo Cain-. Y si estás mintiendo, que Dios se apiade de tu alma, porque yo no lo haré.

-No tengo motivo para mentir. Solamente dos tipos como tú tienen que venir por aquí durante los próximos cuatro meses, lo que significa que probablemente uno de ellos esté muerto, y hay una posibilidad de sólo el cincuenta por ciento de que el otro aparezca con dinero. Nadie es tan bueno como tú o Giles Sans Pitié.

-Muy bien. ¿Dónde puedo encontrar a este tipo?

-Todavía no he visto el dinero.

Cain sacó un fajo de billetes, separó los primeros veinte y los puso sobre la mesa. Gentry los tomó de inmediato, sostuvo cada uno a contraluz, y finalmente asintió con la cabeza y se los guardó en el bolsillo.

-¿Has oído mencionar un mundo llamado Port Étrange?

Cain sacudió la cabeza:

-¿Dónde se encuentra?

-Es el séptimo planeta del sistema Bellermaine. Allí lo encontrarás.

-¿Y su nombre?

-Stern.

-¿Cómo lo localizo?

-Haz correr el rumor de que lo estás buscando. Él te encontrará a ti.

-¿Qué aspecto tiene?

-Es un sujeto muy agradable, una vez que te has habituado a un par de pequeñas peculiaridades que posee.

-¿Tales como?

-Bueno, bebe demasiado y hace trampas con las cartas; no es muy aficionado a la gente, ni a los animales ni a los alienígenas; es un enemigo acérrimo de los predicadores y de las mujeres; y se sabe que ha tenido alguna que otra diferencia con los polizontes. Pero en conjunto, no es peor que muchos de los que andan por aquí, y probablemente sea mejor que algunos.

-¿Puedo mencionar tu nombre?

-Así te atenderá y te prestará atención -dijo Gentry-. ¿Cuándo piensas partir?

-Esta noche -dijo Cain, poniéndose de pie.

-¡Demonios! -exclamó Gentry-. ¡Si hubiera sabido que estabas tan ansioso, te habría podido sacar treinta!

-No estoy ansioso. Es sólo que no encuentro razón alguna para quedarme aquí.

-Tengo siete razones absolutamente espléndidas, todas y cada una elegidas y entrenadas personalmente por el hijo dilecto de Moritat, léase yo.

-Tal vez en otro momento.

-¿Tienes algo mejor que hacer?

-Eso depende de si lo que me has dicho es o no verdad -dijo Cain, acercándose a la puerta. De pronto se detuvo y se volvió hacia Gentry-. Dicho sea de paso, supongo que tu amigo Stern querrá que se le pague por esto.

-Imagino que sí. El hombre vende su alma al diablo, y pasa el resto de su vida tratando de juntar dinero suficiente para comprarla otra vez. -Gentry rió entre dientes, divertido-. Que te diviertas, Pájaro Cantor.

-Ése no es mi nombre.

-Te propongo algo -dijo Gentry-: tú traes la cabeza de Santiago, y yo apuntaré con un revólver al viejo Orfeo hasta que lo entienda.

-Trato hecho -prometió Cain.

2

Él es Jonathan Jeremy Jacobar Stern.
Es un gran pecador, y al dinero hace arder.
Ya es difícil que cambie pues le cuesta aprender.
Así es Jonathan Jeremy Jacobar Stern.

Se dice que Orfeo Negro lo encontró en un mal día, que en realidad Stern nunca dejó de cambiar y de aprender, hasta que el cambio fue tan grande que ya nadie pudo reconocerlo. Llegó al mundo como el hijo de un minero y de una prostituta, y antes de convertirse en adulto ya se había consagrado rey del sistema Bellermaine.

Entretanto, aprendió a manejar las cartas, y transformó esa habilidad en un verdadero trabajo; aprendió a robar y se volvió más competente; aprendió a matar, y llevó a cabo algunas capturas de fugitivos; y mientras recorría este camino, en algún momento aprendió la lección más importante de todas: que a un rey sin herederos le conviene no darle la espalda a nadie.

No se sabía por qué odiaba a los predicadores; los rumores decían que la primera vez que había ido a la cárcel había sido porque un predicador lo había delatado. Otra leyenda sostenía que una vez había confiado la custodia de sus bienes a un par de ellos, mientras huía de las autoridades, y que cuando finalmente regresó, lo único que encontró fue una nota instándolo a arrepentirse.

No resultaba tan difícil, en cambio, deducir por qué odiaba a las mujeres. Creció en un burdel, y las mujeres con las que se cruzó cuando se independizó no eran muy diferentes de las que había conocido toda su vida. Era un hombre de apetitos voraces que no podía prescindir de las mujeres, pero no lograba convencerse de que el interés que despertaba en ellas no era tan frío y calculador como el que él sentía por ellas.

Muchos murmuraban que ésa era la verdadera razón de que hubiera establecido su negocio en Port Étrange: dado que no podía controlar su pasión por las mujeres, había resuelto arreglárselas sin ellas y había encontrado un mundo poblado por una raza de humanoides que de buena gana le permitían cometer terribles crímenes de lujuria para los cuales no se habían inventado palabras que los definieran.

El propio Port Étrange poseía una larga y variada historia. Originalmente un mundo minero, había pasado luego a convertirse en un rutilante centro turístico de lujo, para más tarde albergar un penal de baja seguridad, y finalmente terminar como un desierto mundo fantasma. Entonces Stern se había trasladado allí, había establecido su cuartel general en lo que una vez fuera un lujoso hotel y transformó unas cuantas habitaciones en un Pueblo de Mercaderes, dejando el resto en estado de decadencia y abandono. A pesar de que había allí tierras razonablemente fértiles que alimentaban a los nativos, los habitantes del Pueblo de Mercaderes importaban toda su comida y su bebida de las colonias agrícolas cercanas. Cuando la cantidad de hombres pasó a ser mayor que la de mujeres, importaron también unas cuantas, hasta que Stern puso fin a la cuestión.

Todo esto lo aprendió Cain durante la primera hora que pasó en Port Étrange. Había aterrizado con su nave en el puerto espacial local -solamente los grandes mundos como Deluros VIII y Lodin XI poseían hangares orbitales y transbordadores para los viajeros planetarios- y alquiló un cuarto en el más grande de los dos hoteles que estaban en funcionamiento; luego bajó a la taberna con suelo de tierra que había localizado al llegar.

Estaba abarrotada, y a pesar de las mesas cromadas y de las sillas finamente trabajadas a mano -restos de los pasados días de gloria del hotel-, tenía un aspecto tan sucio y sórdido como cualquier bar de un Pueblo de Mercaderes. La única silla disponible se hallaba frente a una pequeña mesa ocupada por un hombrecito bajo y esmirriado con una cabellera roja desgreñada.

-¿Le importa si me siento? -preguntó Cain.

-Se lo ruego -dijo el hombre. Observó a Cain-. ¿Es nuevo aquí?

-Sí, acabo de llegar. -Cain echó una mirada a su alrededor-. Estoy buscando a alguien. Me pregunto si usted podrá señalarme quién es.

-No se encuentra aquí en este momento.

-No sabe a quién estoy buscando -dijo Cain.

-Bueno, si no se trata de Jonathan Stern, significa que tenemos una condenada novedad por aquí -aclaró el hombre con una risita-. Es la única persona de Port Étrange a la que todos vienen a ver.

-En efecto, se trata de Stern-dijo Cain.

-Bien, supongo que puedo hacer correr la voz. ¿Menciono algún nombre?

-Cain. Dígale que me envía Gerónimo Gentry.

-Encantado de conocerlo, Cain -dijo el hombre, extendiendo una escuálida mano blanca-. Soy Terwilliger. *Medio Penique* Terwilliger -agregó, como si esperara que su nombre significara algo. Observó a Cain esperando alguna reacción; al ver que Cain no reaccionaba, se puso de pie-. Vuelvo enseguida.

Terwilliger se acercó a la barra, le dijo algo al cantinero y luego regresó a la mesa.

-Ya está -dijo-. Ya sabe que usted está aquí.

-¿Cuándo puedo verlo?

-Cuando él lo decida.

-¿Y eso cuánto tiempo significa?

Medio Penique Terwilliger rió:

-Depende. ¿ Stern le debe dinero a Gentry?

-No lo creo.

-Entonces tal vez sea pronto. -Sacó un mazo de cartas-. ¿Qué le parece si echamos una partida mientras espera?

-Preferiría que me diera algo de información sobre Stern.

-No lo dudo -dijo Terwilliger-. Le diré qué: usted apuesta con dinero, y yo lo hago con fragmentos de la vida de Stern. Igualaré cada crédito con una historia.

-¿Por qué no nos limitamos a que yo pague veinte créditos por lo que quiero saber, y punto? -sugirió Cain.

-Porque soy un jugador, no un vendedor -fue la respuesta.

-A razón de un crédito por apuesta, no es muy probable que se haga rico -observó Cain.

Terwilliger sonrió:

-En el primer juego de cartas que jugué en mi vida, aposté medio penique de Nueva Escocia. Antes de que terminara, había ganado dos millones de libras. De ahí mi nombre. -Hizo una pausa-. Por supuesto, a la semana siguiente lo perdí todo, pero aun así fue divertido mientras duró, y nunca más nadie volvió a tener una racha de suerte como aquélla. He estado intentando repetirla desde entonces.

-¿Cuánto hace de aquello?

-Oh, tal vez una docena de años -dijo Terwilliger, con una nueva sonrisa-. Todavía recuerdo lo que se sentía, sin embargo... como la primera vez que estuve con una mujer, salvo que eso duró más tiempo: seis días y cinco noches. Por eso siempre comienzo con pequeñas sumas: por respeto a los viejos tiempos. Si más tarde desea subir la apuesta, podemos hacerlo.

-Si subo la apuesta, ¿con qué podrá igualarla?

Terwilliger se rascó la cabeza:

-Bueno, supongo que puedo comenzar apostando rumores en lugar de hechos. Hay muchísimos, de lo más interesante, especialmente si están relacionados con los *fali*.

-¿Qué es un *fali*?

-Así se llaman los nativos. Supongo que no es ningún secreto en la galaxia que nuestro amigo Stern tiene un par de costumbres que se apartan un poquito de lo normal.

-Atengámonos a los hechos desde el principio -señaló las cartas con un movimiento de

la cabeza-. Le toca a usted.

Jugaron a las cartas durante más de una hora, al cabo de la cual Cain sabía muy poco más sobre Stern, y Terwilliger era cuarenta créditos más rico que antes.

-Aún no me ha dicho por qué quiere verlo, ¿sabe? -señaló Terwilliger.

-Necesito cierta información.

-¿A quién planea matar? -preguntó Terwilliger amablemente.

-¿Qué le hace pensar que quiero matar a alguien?

-Tiene el aire de quien piensa hacerlo. Soy un jugador, recuérdelo. Mi trabajo es leer los rostros. El suyo indica que usted es un cazador de recompensas.

-¿Y si le dijera que soy periodista?

-Le diría que le creo -replicó Terwilliger-. No tengo interés en que ningún cazador de recompensas se enfade conmigo.

Cain se echó a reír:

-¿Puede decirme algo acerca de la cara de Stern?

-Solo que ha estado demasiado tiempo entre los *fali*. Ya no quedan muchos rasgos humanos en su cara.

-¿Qué aspecto tienen estos *fali*? -preguntó Cain.

-Muy bonito, o muy extraño. Depende.

-¿Depende de qué?

-Del tiempo que haga que está solo -respondió Terwilliger. -Todavía no me ha dicho cómo son.

Terwilliger hizo una mueca y barajó las cartas.

-¿Subimos un poco la apuesta?

Cain sacudió la cabeza:

-Para mí, no valen más que Stern.

-Podrían llegar a valer, cuando le diga lo que hacen.

-¿Habladurías?

-Experiencia.

Cain alzó una ceja:

-Pensé que los desaprobaba.

-Cualquiera tiene derecho a probar algo nuevo una o dos veces, sólo por saber qué se siente -explicó Terwilliger-. Lo que desapruebo es la adicción, no la experimentación.

-No tengo intención de quedarme el tiempo necesario para ninguna de las dos cosas -dijo Cain-. Puede llevarse las cartas.

-Oh, siempre podemos encontrar algún motivo para apostar -dijo Terwilliger-. Por una mano de cincuenta créditos, podría decirle dónde encontrar a los hermanos Suliman.

-Demasiado tarde. Los atraparon hace una semana.

-¿A los tres?

Cain asintió.

-¡Demonios! -exclamó Terwilliger-. Bueno, por cien podría contarle cosas sobre un competidor que se ha trasladado hasta este territorio.

-Ya tengo noticias del Ángel.

-Las noticias vuelan -comentó Terwilliger pesaroso.

-Le propongo algo -dijo Cain-. Le juego una mano de mil si posee alguna información sobre Santiago.

-Usted y otros quinientos tipos -el jugador sacudió la cabeza-. Me tiene perplejo que aún siga en libertad después de todos estos años, con tanta gente intentando atraparlo.

Justo en ese instante el cantinero atravesó el salón y se detuvo junto a la mesa que ocupaban.

-¿Usted es Cain? -Preguntó.

-Sí.

-Quiere verlo.

-¿Dónde puedo encontrarlo? -preguntó Cain.

-Le enseñaré el camino -se ofreció Terwilliger.

El cantinero asintió y volvió a sus tareas.

-Sígame -dijo el jugador mientras se levantaba.

Cain hizo otro tanto y dejó unos cuantos billetes sobre la mesa. Salieron por una puerta lateral, atravesaron el polvoriento sendero que alguna vez había sido la calle principal y entraron en el más pequeño de los dos hoteles que seguían funcionando en Port Étrange. Terwilliger lo condujo a través de un vestíbulo que en tiempos había sido realmente elegante pero que ahora mostraba signos de vejez y abandono: a las columnas cromadas les faltaba brillo, las luces cambiantes de colores no estaban sincronizadas con la música monótona y la puerta de entrada tardó un minuto en volver a cerrarse.

Llegaron hasta un grupo de ascensores, y caminaron hasta el último de la fila. Terwilliger lo llamó con una orden en voz baja.

-Éste lo llevará directamente hasta él -anunció.

-¿Tiene algún número de habitación?

-Ocupa todo el condenado piso. Apenas ponga un pie afuera, se encontrará en medio de su salón.

-Gracias -dijo Cain, mientras entraba en el ascensor. En cuanto se cerraron las puertas tras él, se dio cuenta de que no sabía a qué piso debía ir, pero el ascensor comenzó a subir velozmente, y decidió que seguramente iba a un solo piso.

Cuando se detuvo, salió y se encontró en un ático palaciego. Medía más de quince metros por veinte, y estaba abarrotado de objetos de arte -quizá robados- procedentes de toda la galaxia. En el centro había una bañera hundida en el suelo, con accesorios de platino; sentado en el agua humeante se encontraba un hombre demacrado, con las mejillas hundidas y una oscura mirada húmeda. Tenía los brazos enjutos extendidos sobre el borde de la tina, y Cain pudo ver que sus dedos estaban cubiertos de anillos magníficos. Fumaba un largo cigarro que de alguna manera había logrado permanecer seco.

De pie a los lados de la bañera había un par de alienígenas humanoides, obviamente hembras. La piel de ambas, cubierta por una secreción resbaladiza que podía o no ser natural, brillaba bajo las luces del apartamento. Sus brazos parecían flexibles y carentes de huesos; sus piernas, delgadas y extrañamente unidas. Ambas tenían la cara redonda y expresiva, con una boca triangular, generosa y muy roja, y unos ojos rosados que eran poco más que una rendija. Ambas iban desnudas, y carecían de vello corporal. No tenían senos, pero sus genitales, así expuestos, se parecían a los humanos. Las rodeaba un aura de gracia extraña y sinuosa, que Cain encontró fascinante v vagamente repulsiva. Ninguna pareció darse por enterada de su presencia.

-Está fisgoneando, señor Cain -dijo el hombre de la bañera.

-Lo siento -dijo Cain-. Había oído hablar de los *fali*, pero jamás los había visto.

-Simpáticas y útiles mascotas -dijo el hombre irguiéndose y propinando una palmada amistosa a un desnudo trasero *fali*-. Casi tan lúcidos como una planta en un tiesto, pero muy agradables, a su manera. -Dio una chupada al cigarro- Tengo entendido que deseaba verme.

-Si usted es Stern...

-Jonathan Jeremy Jacobar Stern, a sus órdenes -dijo-. ¿Esto va a tomar mucho tiempo?

-Espero que no.

-¡Qué lástima! -exclamó, con fingido pesar-. Si así hubiera sido, lo habría invitado a unírseme. No hay absolutamente nada que relaje tanto a un hombre como sentarse en agua caliente; le ayuda a olvidar los problemas cotidianos. Estaré con usted enseguida. -Se volvió hacia una de las *fali* y extendió un brazo-. Ayúdame a salir, mi cielo.

Ella se inclinó, tomó su mano y tiró de él hasta que estuvo de pie, mientras su compañera se dirigía hacia un armario para volver con una bata.

-Gracias -dijo mientras se la ponía-. Ahora quiero que las dos os quedéis de pie en ese rincón y nos dejéis tranquilos un buen rato -señaló un sitio próximo a la pared más alejada;

ambas *fali* se encaminaron hacia él y allí permanecieron, inmóviles.

-Parecen muy obedientes -señaló Cain mientras Stern lo conducía hacia un grupo de sillas y sofás.

-Obedientes y dóciles -coincidió Stern, tendiéndose sobre un sofá y contemplándolas con un deseo no disimulado.

-Ese aceite sobre la piel... ¿es normal?

-¿Qué le hace pensar que no lo es?

Cain se encogió de hombros:

-Es sólo que resulta algo inusual.

-Lo es -contestó Stern, sonriendo a las *fali*-. Huele como el mejor de los perfumes. -Se volvió hacia Cain-. Vaya y pruébelo usted mismo.

-Me basta con su palabra.

-Como guste -dijo Stern, encogiéndose de hombros-. También se siente como algo exquisito, suave y sensual. Ciertamente, estoy convencido de que es una característica sexual secundaria. No afecta demasiado al Hombre, claro -agregó con notoria falta de sinceridad-, pero imagino que lleva a sus novios hasta la locura. Aroma seductor, sensación sensual -las contempló nuevamente con admiración-. Las hace parecer un par de extrañas sirenas emergiendo de las aguas. -Súbitamente apartó de ellas la mirada y se volvió hacia Cain-. ¿Así que Gerónimo Gentry lo envió aquí?

-Sí.

-Creí que ya había muerto.

-No -dijo Cain mientras tomaba asiento.

-¿Cómo le va?

-Tiene un bar y un prostíbulo en Recuerdo -respondió Cain-. Supongo que le va bien. Habla demasiado, sin embargo.

-Siempre ha sido así. -Stern hizo una pausa-. ¿Por qué lo envió aquí?

-Me dijo que tal vez usted tuviera una información que necesito.

-Es muy probable que la tenga. Sé infinidad de cosas. También le habrá dicho que no soy una institución de caridad.

-Si no lo hubiera hecho, me lo habría imaginado después de ver algunas de sus chucherías -dijo Cain, señalando con un movimiento de cabeza los numerosos objetos extraños expuestos.

-Soy coleccionista -dijo Stern con una sonrisa de oreja a oreja.

-Eso tengo entendido.

-No me ha dicho a qué se dedica, señor Cain.

-También soy coleccionista -respondió Cain.

-¿De veras? -dijo Stern, súbitamente más interesado-. ¿Y qué colecciona?

-Personas.

-Hay un buen mercado para ellas -dijo Stern-. Pero, al revés de lo que ocurre con mi colección, no aumentan de valor.

-Hay alguien que sí lo hace.

-De modo que quiere información sobre Santiago -no era una pregunta.

Cain asintió:

-Por eso estoy aquí. Usted es el único que lo ha visto.

Stern se echó a reír, divertido.

-Su organización abarca la galaxia entera. ¿No piensa, acaso, que alguno de ellos también lo ha visto?

-Permítame que corrija mi afirmación -dijo Cain-. Usted es la única persona que yo conozco que lo ha visto.

-Bueno, probablemente eso es cierto -concedió amablemente Stern. Su cigarro se apagó, e hizo chasquear los dedos. Una de las *fali* se acercó de inmediato con un encendedor-. Ésa es mi niña -dijo Stern, dando un cariñoso apretón a su mano sin huesos. Ella se estremeció de

placer como un cachorro, y volvió a su lugar al otro lado de la habitación-. Una mascota maravillosa -comentó Stern-. Fiel, devota, y totalmente incapaz de emitir sonido alguno: tres cualidades que jamás encontré en ninguna mujer. -Hizo una pausa y la contempló con afecto-. ¡Qué cosita dulce y sin sesos! Pero volvamos a lo nuestro, señor Cain. Usted desea hablar sobre Santiago.

-Exacto.

-Naturalmente, está dispuesto a pagar por ello.

Cain asintió.

-Hay un viejo dicho, señor Cain, que dice que hablar es barato. Espero que no crea en él.

-Creo que debe pagarse según el valor de lo que se recibe -replicó Cain.

-¡Excelente! Usted es de los míos.

-¿De veras? -dijo Cain secamente-. Habría jurado que no ha sido pagado ni uno solo de los objetos de este apartamento.

-Todos han sido pagados, señor Cain -dijo Stern con una sonrisa divertida-. Quizá no con dinero, sino con dolor humano y sufrimiento, incluso con vidas. Un precio mucho más alto, ¿no cree?

-Eso depende de quién es el que paga -replicó Cain.

-Nadie demasiado importante -dijo Stern encogiéndose de hombros-. Oh, probablemente todos tenían esposa, o marido, o hijos; pero no eran más que los lanceros de mi propia leyenda, que es, por supuesto, la única que me interesa. Seguramente usted comparte mi punto de vista, ya que su ocupación consiste en tomar vidas humanas.

-Otorgo un valor un poco más alto que usted a las vidas que tomo -dijo Cain-. Lo mismo hace el gobierno.

-Y aquí estamos, una vez más discutiendo sobre valores y dinero -dijo Stern-. Creo que voy a pedirle quince mil créditos, señor Cain, si vamos a continuar con esta conversación.

-Por esa suma, quiero algo más que una descripción del aspecto de un hombre al que no ha visto desde hace quince o veinte años -respondió Cain-. Quiero el nombre y la situación de la cárcel. Quiero saber por qué fue usted arrestado, y quiero el nombre que Santiago utilizaba por aquel entonces.

-¡Pero por supuesto! -exclamó Stern-. ¿Le parezco acaso un hombre que oculta información, señor Cain?

-No lo sé -contestó Cain-. ¿Lo es?

-¡Dios me libre! -dijo Stern.

-Me tranquiliza saberlo.

-¡Me alegra tanto que nos entendamos, señor Cain! ¿Puedo ver primero, como decimos los comerciantes, el color de su dinero?

Cain sacó la billetera, contó la suma acordada y se la tendió a Stern.

-Me doy cuenta de que en el corazón de la Democracia ya nadie usa dinero en efectivo -dijo Stern-, pero provoca una sensación tan agradable que me alegro de que aquí, en los extremos, nos permitamos seguir haciéndolo. -Contó rápidamente los billetes a hizo una señal a una *fali*, que se acercó para tomarlos y llevárselos.

-Ten esto por mí, cariño -dijo, luego la observó caminar asintiendo con la cabeza, mientras ella volvía a su sitio con una gracia no humana-. ¡Criaturas adorables! -murmuró-. ¡Absolutamente adorables!

-Estábamos hablando de Santiago...

-Claro que sí -dijo Stern, apartando desganadamente la vista de la *fali* y mirando nuevamente a Cain-. Le prometo dedicarle toda mi atención. Por quince mil créditos, no merece menos.

-Pienso lo mismo.

-Bien, ¿por dónde empezamos? Por el principio, naturalmente. Durante un tiempo, estuve preso en una prisión infame en el puesto de avanzada de Kalami Tres, por tres

infracciones imaginarias a las leyes o las costumbres locales.

-¿Robo? -sugirió Cain.

-Compra de artículos robados e intento de asesinato, para ser exactos -dijo Stern, sin asomo de culpa-. En todo caso, el único prisionero que había allí por entonces era un individuo que respondía al nombre de Gregory William Penn. Tenía entre cuarenta y cincuenta años, medía algo más de un metro ochenta, era robusto sin ser obeso, de cabello negro y ojos castaños, y llevaba la cara afeitada. Hablaba al menos seis idiomas (o al menos eso me contó). Por mi parte, yo no hablo ninguno aparte del mío -sonrió a las *fali-*, ni he tenido nunca necesidad de hacerlo. Sobre el dorso de la mano derecha tenía una cicatriz en forma de S de más o menos cinco centímetros de largo. Ante todo, parecía un hombre inteligente y agradable. No hablaba sobre sí mismo ni sobre su pasado, pero demostró ser un excelente ajedrecista; siempre jugábamos con un tablero que les habíamos pedido prestado a nuestros captores.

-¿Cómo sabía que se trataba de Santiago?

-Llevábamos once días compartiendo la hospitalidad de la prisión de Kalami cuando de pronto irrumpieron en ella cinco hombres armados, sometieron y maniataron a los individuos que nos vigilaban, y liberaron a mi compañero de encierro. Fueron muy minuciosos al borrar la memoria del ordenador de la prisión, y más tarde descubrí que habían hecho lo mismo en la corte. Entonces, en el momento de partir, uno de ellos lo llamó Santiago.

-Si eso es todo lo que tiene para contar, devuélvame mi dinero -dijo Cain-. Hay probablemente mil ladronzuelos en la Frontera a quienes les gustaría que se pensara que son Santiago, y si los archivos de la prisión han sido destruidos, ni siquiera puede probar que ese tipo existió, al margen de que sea o no quien decía ser.

-Tenga paciencia, señor Cain -dijo Stern conciliador-. Aún no he terminado.

-Más le vale que sea así. ¿Cuánto hace que tuvo lugar este mínimo incidente?

-Diecisiete años galácticos corrientes. Pude salir de ahí seis meses más tarde, gracias a un soborno.

-Tengo entendido que antes usted era cazador de recompensas -dijo Cain-. ¿Por qué no fue en su busca?

-Todos tenemos nuestras obsesiones, señor Cain -respondió Stern-. La suya, obviamente, es la de perseguir criminales. La mía, descubrí muy pronto, apunta en una dirección muy diferente.

-Muy bien. Continúe.

-Poco tiempo después, advertí un súbito incremento espectacular en mis negocios.

-¿Cuál era ese negocio?

-Me gusta definirlo como una red de redistribución de mercancías al por mayor.

-Tráfico de objetos robados.

-Tráfico de objetos robados -confirmó Stern-. Para cuando llegué a Port Étrange tenía la firme impresión de que estaba tratando con Santiago, pero por supuesto no fui tan indiscreto como para preguntar.

-¿A quién se lo habría preguntado?

-Al principio me entendí con un hombre llamado Duncan Black, un hombre corpulento que llevaba un parche sobre el ojo izquierdo, pero luego hubo otros.

-Nadie usa parches -dijo Cain con aspereza.

-Black sí.

-¿Por qué no se ponía un ojo nuevo? Yo llevo uno: veo mejor con él que con el que tenía al nacer.

-¿Cómo podría saberlo? Posiblemente creyera que así su aspecto era más apuesto y romántico. -Stern hizo una pausa-. De todas maneras, yo continué disfrutando de un arreglo muy ventajoso. Luego, hace siete años, recibí un cargamento de una mercancía que eliminó cualquier duda que pudiera tener acerca de si estaba realmente haciendo negocios con Santiago.

-¿Y de qué se trataba?

-¿Ve ese pisapapeles? -preguntó Stern, señalando lo que parecía un pequeño lingote de oro que se encontraba sobre una mesa cercana.

-Sí.

-¿Por qué no lo examina?

Cain se puso de pie, se acercó al pisapapeles y lo inspeccionó.

-Parece un lingote.

-Levántelo y dele la vuelta -sugirió Stern.

Cain tuvo que usar ambas manos para levantarlo. Cuando lo consiguió, notó que sobre la superficie tenía grabado un número de nueve dígitos.

-Ese número corresponde a parte de un cargamento que Santiago robó a un convoy de la Armada.

-¿El robo Épsilon Eridani?

Stern asintió:

-Estoy seguro de que puede confirmar el número por medio de sus diversas fuentes. Los números habían sido eliminados de todos los demás lingotes, pero por alguna razón se les escapó éste; de manera que lo guardé como recuerdo, sin saber en qué ocasión podía llegar a serme útil -sonrió-. De cualquier forma, fue entonces cuando estuve seguro de que Black y los otros eran agentes de Santiago.

-Eso tampoco prueba que el hombre que vio en la cárcel fuera Santiago -dijo Cain, poniendo el lingote otra vez en su lugar.

-No he terminado -repuso Stern-. Alrededor de un año después de haber recibido el cargamento, un contrabandista llamado Kastartos, que era uno de los que había estado tratando conmigo, me hizo una proposición fascinante. Evidentemente, estaba disconforme con su salario o sus condiciones de trabajo; sea como fuere, había resuelto entregar a Santiago para cobrar la recompensa. Siendo como era un hombre prudente, decidió no hacerlo personalmente, sino que me ofreció compartirla a medias si yo acudía a las autoridades en su nombre. Le hice muchas preguntas, y finalmente me dio la descripción del hombre que yo había visto en la cárcel de Kalami. Salvo pequeñas diferencias que cabía esperar al cabo de once años, parecía tratarse del mismo hombre, y cuando mencionó la cicatriz de la mano estuve seguro.

-¿Y qué hizo entonces?

-Yo había reunido una suma considerable de dinero gracias al negocio de Santiago, y no tenía más deseos que Kastartos de ser la cabeza visible de aquella empresa. Después de todo, yo no sólo conocía la amenaza que representaba la organización de Santiago cuando tomaba represalias, sino que la mayoría de mis clientes se habrían sentido muy preocupados de hacer tratos conmigo si se hubiera corrido la voz de semejante traición -explicó Stern-. Así que seguí la única vía razonable: informé a Duncan Black de la proposición, y dejé que la naturaleza siguiera su curso -sacudió la cabeza-. Pobre diablo. Nunca volví a verlo.

-¿Le dijo dónde encontrar a Santiago?

-Tuve la sensación de que me sería más fácil llegar a viejo si no conocía la respuesta a esa pregunta en particular.

-¿Todavía tiene tratos con él?

-Si los tuviera, no estaría facilitándole esta información -dijo Stern-. Pero hace casi tres años que no veo a Duncan Black, y aunque siempre es posible que Santiago esté tratando conmigo a través de algún otro, realmente lo dudo mucho.

-¿Dónde puedo encontrar a Duncan Black?

-Si lo supiera, esta breve charla le habría costado cincuenta mil créditos -replicó Stern-. Lo único que puedo decirle es que mientras hice negocios con él, su nave estaba registrada en Bella Donna.

-¿Bella Donna? -repitió Cain-. Jamás lo he oído nombrar.

-Es un mundo fronterizo, el tercer planeta del sistema Clovis. Estoy seguro de que

figura en la lista del ordenador de su nave. -Stern hizo una pausa-. ¿Todavía quiere que le devuelva su dinero, señor Cain?

Cain lo miró fijamente:

-No, a menos que descubra que me ha estado mintiendo.

-¿Por qué iba a mentirle? -preguntó Stern-. Hace siete años que estoy alejado del mundo, y no tengo intención de partir en un futuro inmediato. Desde luego, tendría pocos problemas para encontrarme. -Se puso de pie-. ¿Debo entender que nuestra conversación ha concluido?

Cain asintió.

-Entonces sabrá disculparme si me sumerjo nuevamente.

Dejó caer la bata al suelo y se acercó a la bañera.

-Venid, preciosidades -canturreó, y las dos *fali* se acercaron y lo ayudaron amablemente a meterse en el agua.

-Creo que no me vendría mal un masaje -dijo-. ¿Recordáis lo que os enseñé? -de inmediato las *fali* entraron al agua y comenzaron a masajearle los brazos y el torso con sus extrañas manos largas y sensibles.

-¿Le gustaría unirse a nosotros, señor Cain? -preguntó Stern, repentinamente consciente de que Cain aún no había abandonado la habitación-. No suelo hacer esta invitación a mis huéspedes, y créame si le digo que no me romperá el corazón si la rechaza, pero supongo que es lo menos que puedo hacer por alguien que acaba de gastar quince mil créditos en una información preciosa e inútil.

-¿Inútil?

-El Ángel anda detrás de Santiago, ¿no se ha enterado?

-Ya lo sé.

-¿Y aun así ha pagado? -dijo Stern-. Debe de ser un asesino muy eficiente, señor Cain, o muy confiado. -Gimió de placer cuando una de las *fali* comenzó a acariciar su muslo izquierdo-. ¿Cuántos hombres ha matado, en realidad?

-Págueme quince mil créditos y tal vez acepte contestar esa pregunta-dijo Cain.

Stern soltó una carcajada hueca, divertido.

-Creo que no lo haré, señor Cain. Lo que haya hecho usted en el pasado tal vez ocupe un lugar en las odas de Orfeo Negro, como a mí mismo me ocurrió, pero para mí no es usted más que otro lancero que pasa por mi vida, y uno increíblemente insignificante.

-¿Y ellas? -preguntó Cain, señalando a las dos *fali*.

-Representan mi pérdida de la Gracia -contestó Stern, con una sonrisa-; un papel mucho más importante que el de simples actores de reparto, se lo aseguro. Supongo que algún día incluso llegaré a darles nombre. -Se volvió hacia una de ellas-. Suave, bonita, suave -tomó su mano y fue guiándola con cautela.

Cain contempló a los tres por un momento, luego se dio la vuelta y llamó al ascensor. El sonido de la voz de Stern, trémula de ansiedad, llegó hasta él en el momento en que se cerraban las puertas:

-Aquí, gatita mía. Recuéstate, y déjame enseñarte cómo.

Cain bajó hasta la planta principal, atravesó el sendero polvoriento, entró en su hotel, y poco después abría la puerta de su habitación. Dentro se encontró a *Medio Penique* Terwilliger, sentado sobre la cama, haciendo un solitario.

-¿Qué demonios está haciendo aquí? -exclamó, cuando ya la puerta se cerraba. tras él.

-Le esperaba -respondió el pequeño jugador.

-¿Cómo ha sabido que mi habitación era ésta?

-Lo he preguntado en el mostrador de recepción.

-¿Y le han dado la combinación de la cerradura?

-En cierto modo -dijo Terwilliger-. Por supuesto, probablemente no saben que me la han dado.

-Muy bien -dijo Cain-. ¿Y por qué estaba esperándome? -Porque sé quién es usted. Es el

Pájaro Cantor, ¿no es así?

-Soy Sebastián Cain.

-Pero ¿le llaman el Pájaro Cantor? -insistió Terwilliger.

-Algunos lo hacen.

-Bien. Porque si es el Pájaro Cantor, seguramente pronto abandonará Port Étrange en busca de mejores cosechas.

-Vaya al grano.

-Querría que me llevara.

-No acepto pasajeros.

-Déjeme expresarlo de un modo más convincente -dijo Terwilliger-. Necesito que me lleve. Mi vida depende de ello.

-¿Por qué?

-Es una historia más bien larga y turbadora.

-Cuénteme lo esencial -dijo Cain.

Terwilliger lo observó un instante, luego se encogió de hombros. -Hace cuatro meses, estando en el sistema Spinos, le estafé a *Montaña Humana* Bates doscientos mil créditos.

-Es jugador, ¿verdad?

-Muy voluminoso y malhumorado -dijo devotamente Terwilliger.

-Diría que lo que hizo no es demasiado astuto.

-Intenté no hacerlo. Solamente me estaba permitiendo tener un pequeño déficit. Diablos, la Democracia lo hace todo el tiempo -hizo una pausa y añadió-: Pero acabo de oír el rumor de que llegará a Port Étrange pasado mañana... y la verdad es que me falta un poquito para llegar a la suma que le debo.

-¿Cuánto?

-Oh, no mucho.

-¿Cuánto?

-Más o menos doscientos mil créditos, céntimo más, céntimo menos -dijo Terwilliger con una sonrisa forzada.

-Desde luego, no lo envidio -comentó Cain.

-No quiero que me envidie -dijo Terwilliger con una nota de desesperación en la voz-. ¡Quiero que me lleve a cualquier condenado lugar, lejos de aquí!

-Ya se lo he dicho: no acepto pasajeros.

-Pagaré mi pasaje.

-Creí que no tenía dinero -le recordó Cain.

-Trabajaré para pagarlo -dijo Terwilliger-. Cocinaré, estibaré carga...

-La cocina está totalmente automatizada, y la única carga que llevo no necesita ser estibada -lo interrumpió Cain.

-¡Si no me lleva, moriré!

-Todos hemos de morir algún día -respondió Cain-. Pídaselo a otro.

-Ya lo he hecho. Nadie desea tener tras de sí a *Montaña Humana* Bates. Pero creía que al Pájaro Cantor, un hombre que ha sido cantado en versos y en historias, no le importaría una insignificancia así.

-Creía mal.

-¿De veras no me va a llevar?

-De veras que no lo haré.

-Usted será el responsable de mi muerte -le advirtió Terwilliger.

-¿Por qué? -preguntó Cain-. Yo no he estafado a nadie.

Terwilliger lo observó un instante, luego se obligó a sonreír:

-Está bromeando, ¿verdad? Es sólo que antes desea hacerme sufrir un poco.

-No estoy bromeando.

-¡Sí que lo está! -dijo el jugador, casi gritando-. ¡No pretenderá que me enfrente a *Montaña Humana* Bates! ¡Le parte la espalda a la gente como si fueran palillos!

-Sabe -señaló Cain con aire divertido-, cuando lo conocí en el bar me pareció un hombre totalmente diferente.

-¡Cuando estábamos en el bar no tenía tras de mí a un tipo de más de dos metros con los ojos inyectados en sangre! -exclamó bruscamente Terwilliger.

-¿Acaso me está gritando? -dijo Cain con calma.

-He arreglado su encuentro con Stern -dijo desesperado Terwilliger-. Eso debe de tener algún valor.

Cain buscó en su bolsillo, encontró una moneda pequeña de plata, y se la arrojó a Terwilliger.

-Gracias -dijo.

-¡Diablos, Pájaro Cantor! ¿Qué clase de hombre es usted?

-Un hombre muy antipático. ¿Piensa marcharse pronto, o me veré obligado a sacarlo de aquí a patadas?

Terwilliger soltó un suspiro de derrota, recogió las cartas que estaban sobre la cama, y se arrastró hacia la puerta.

-Muchísimas gracias -dijo, sarcástico.

-De nada -replicó Cain, dando un paso atrás para permitir que saliera al pasillo.

La puerta volvió a cerrarse.

Cain se quedó un momento absolutamente inmóvil, luego la volvió a abrir.

-¡Oiga, Terwilliger! -exclamó, dirigiéndose a la figura del jugador que se alejaba.

-¿Sí?

-¿Qué sabe acerca de un hombre llamado Duncan Black?

-¿El tipo que lleva un parche en el ojo? -dijo Terwilliger, volviéndose y dando un paso tentativo en dirección a Cain.

-Ese mismo.

-Solía jugar a las cartas con él. ¿Qué es lo que desea saber?

-Dónde puedo encontrarlo.

De pronto la cara de Terwilliger se iluminó con una sonrisa de oreja a oreja:

-Me parece que ya tengo un pasaje para salir de aquí -dijo.

-¿Sabe dónde está?

-Ya lo creo.

-¿Dónde?

-Se lo diré después de despegar.

Cain movió la cabeza en señal de acuerdo:

-Pienso partir en cuanto haya cenado. Haga el equipaje y reúnase conmigo en el puerto espacial dentro de dos horas.

Terwilliger sacó la baraja:

-Es todo el equipaje que necesito -dijo, feliz-. Y ahora, si me disculpa, creo que voy a bajar a echar unas partidas para matar el tiempo hasta que partamos.

Y diciendo esto, giró sobre sus talones y partió en busca de los tres o cuatro recién llegados a Port Étrange que todavía aceptaban su propuesta.

3

Medio Penique *Terwilliger, un jugador valiente,* Medio Penique *Terwilliger apuesta a todo o nada;* Medio Penique *Terwillíger, un gallito insolente;* Medio Penique *Terwilliger es un alma endeudada.*

-Gin.

-¡Demonios! -exclamó Terwilliger, dando un golpe sobre la mesa-. Me ha cogido con diecinueve -empujó las cartas hacia Cain-. Su turno.

-Tengo suficiente por el momento.

-¿Está seguro?

-Durante los cinco últimos días, he jugado a las cartas más que en los veinte años anteriores -dijo Cain-. Paremos por unas horas.

-Sólo trataba de entretenerlo -dijo Terwilliger, barajando el mazo y metiéndoselo en el bolsillo de la túnica brillante de colores-. ¿Cómo queda la cosa?

-Me debe algo más de dos mil doscientos créditos.

-Supongo que no tiene un marcador -comentó Terwilliger.

-Supone bien -contestó Cain con una sonrisa.

-¿Le importa si preparo otra jarra del café que empezamos esta tarde? -preguntó el jugador, abriendo la cocina-. Menos mal que no trae de vuelta pasajeros vivos -murmuró, mientras buscaba el café maniobrando dentro de la minúscula cocina-. Estoy absolutamente seguro de que esta nave no fue construida para llevar un pasajero de más.

-Lanzó un gruñido de triunfo cuando finalmente encontró el café entre un montón de raciones condensadas.

-Tenga un poco de cuidado con eso -dijo Cain-. Es caro.

-Sabe caro. ¿De dónde proviene, de Belore o de Canphor?

-De Brasil.

-Nunca lo he oído nombrar.

-Es un país de la Tierra.

-¿Significa que he estado bebiendo café de la Tierra misma? -dijo Terwilliger-. ¡Estoy impresionado! Usted sí que sabe agasajar a un huésped, Pájaro Cantor.

-Gracias... y se lo repito: me llamo Cain.

-Tenía la intención de hacerle una pregunta respecto a eso. No parece tener una voz melodiosa, así que ¿por qué lo apodó Pájaro Cantor?

-Porque me llamo Sebastián Ruiseñor Cain. Quedó fascinado con mi segundo nombre, y le dije que no podía utilizarlo -Cain hizo una mueca-. Tendría que haber sido más explícito.

-Pensemos en ello. Orfeo Negro hace muchas cosas estúpidas -dijo Terwilliger-. Como ese verso sobre mí en el que me llama «gallito insolente». Soy el tipo más encantador y amistoso de toda la galaxia. Lo dijo sólo para que rimara.

-Noto que no se queja de la parte en la que se dice que ha empeñado su alma.

Terwilliger soltó una carcajada:

-Diablos, es lo primero de lo que se libra cualquier tipo que viene a la Frontera. Es un lastre, nada más.

-Perder a las cartas lo pone de un humor cínico -dijo Cain.

-No tiene nada que ver con las cartas. Usted mata gente para vivir: ¿adónde habría ido a parar con un alma?

-De vuelta a Sylaria, supongo -dijo Cain, pensativo.

-¿Ése es el mundo en el que fue revolucionario?

-Uno de ellos.

-Debería haberse dado cuenta -dijo Terwilliger-. Al margen de las promesas que haga un hombre que aspira al poder, nunca se convertirá en alguien muy diferente del que va a reemplazar.

-Yo era muy joven -dijo Cain.

-Cuesta imaginario como un joven inexperto.

Cain rió entre dientes:

-Era más idealista que inexperto.

-Bueno, arriba el ánimo... la Frontera está llena de hombres que iban a convertir la galaxia en un lugar mejor para vivir.

-Ése es el fundamento del poder -dijo Cain con ironía-. Uno piensa que alguien sabe cómo conseguirlo.

-Siga hablando así y logrará convencerme de que aún cree en toda esa estupidez idealista.

-No se preocupe -replicó Cain, reclinándose y apoyando un pie contra la mampara-. Eso pasó hace mucho, mucho tiempo.

El jugador se acercó a un terminal sensible, tal como había venido haciendo cada dos por tres desde que abandonaran Port Étrange; quedó satisfecho al comprobar que no había señales de que los siguiera *Montaña Humana* Bates.

-Sabe -dijo Terwilliger, sirviéndose finalmente café y pasándole una taza a Cain-, no me ha contado cómo se convirtió en cazador de recompensas.

-Había sido terrorista durante doce años. Lo único que realmente sabía hacer era matar gente.

-¿Qué me dice? -dijo Terwilliger con fingido pesar- Y yo que pensaba que lo hacía porque creía en la justicia.

Cain dio una palmadita al arma que tenía a su lado:

-Aprendí a usar este revólver porque creía en la verdad, en el honor, en la libertad y en un montón de cosas más que suenan muy bien. Pasé doce años luchando por ellas, y al final me puse a observar los resultados. -Hizo una pausa-. Ahora, en lo único que creo es en el revólver.

-Bueno, me he encontrado antes con revolucionarios desilusionados, pero usted es el único que alguna vez luchó por su cuenta.

-Nadie me pagó por nada de lo que hice.

-Lo que quiero decir es que usted parece pasar de una guerra a otra.

-Cuando el primer hombre que creí que podía mejorar las cosas resultó tener los pies de barro, miré a mi alrededor en busca de algún otro. Me llevó tres revoluciones comprender cuánto barro había puesto Dios en el universo -sonrió con tristeza-. Tardé en aprender.

-Por lo menos peleó por algo justo -dijo Terwilliger.

-Intervine en tres luchas estúpidas -lo corrigió Cain-. No estoy particularmente orgulloso de ninguna.

-Tiene que haber sido un joven muy serio.

-La verdad es que solía reír mucho más que ahora -se encogió de hombros-. Era entonces cuando creía que un hombre honesto podía cambiar las cosas. Lo único que encuentro realmente gracioso en estos días es el hecho de que aún haya tanta gente que siga creyéndolo.

-Desde la primera vez que lo vi, tengo la sensación de que no es un cazador de recompensas común y corriente -dijo Terwilliger-. Como le dije, soy hábil leyendo los rostros.

-Bueno, a decir verdad, la primera vez que lo ví ya tuve la sensación de que era un pésimo jugador de cartas.

-Soy el mejor jugador de cartas que se haya echado a la cara.

-Creí que le había ganado con cierta facilidad.

-Dejé que me ganara.

-Sí, seguro.

-¿No me cree? -dijo el jugador-. Entonces mire esto.

Sacó las cartas, las barajó diestramente, y repartió una mano de cinco sobre la mesa cromada.

-¿Quiere apostar algo? -preguntó.

Cain tomó sus cartas, las abrió lentamente en abanico, y descubrió que tenía cuatro reyes y una sota.

-Es posible -respondió con cautela.

-¿Qué le parece dos mil doscientos créditos?

-Que sean cien.

-¿Está seguro?

-Es mi límite.

Terwilliger mostró sus cartas. Tenía cuatro ases y una reina.

-Entonces ¿por qué me dejó ganar la primera vez que nos vimos? -preguntó Cain.

-Porque los jugadores profesionales son muy cuidadosos en eso de timar a asesinos profesionales -respondió Terwilliger-. Además, estaba solo. Cuando se corrió la voz de que estaba en la ruina, ningún aficionado quería jugar conmigo... y en esta profesión hay ciertas trampas que no se pueden hacer.

-¿Y por qué me ha dejado ganar al gin desde que salimos de Port Étrange? -Insistió Cain.

-Era mi manera de mantenerlo de buen humor, y de agradecerle el haberme salvado la vida -sonrió-. Además, ni siquiera tenía con qué pagarle.

-¡Bueno, que me cuelguen! -exclamó Cain, rompiendo a reír-. ¡Así que por eso no dejó que el ordenador nos diera cartas al azar! Muy bien, pequeño bastardo, su deuda está cancelada.

-Preferiría seguir debiéndosela.

-¿Por qué?

-Tengo mis razones -dijo Terwilliger.

-Allá usted -dijo Cain-. Tengo otra pregunta que hacerle.

-Adelante.

-¿Cómo rayos se las arregló alguien como usted para deberle doscientos mil créditos a *Montaña Humana* Bates?

-¿Sabe cuántas posibilidades hay de que el tipo con el que uno está jugando tenga escalera real cuando uno tiene cuatro ases? -preguntó Terwilliger.

-No muchas, imagino -dijo Cain.

-¡Tiene más razón que un santo! Sabe, si se juega a las cartas todos los días, esto es algo que puede llegar a ocurrir cinco veces en toda la vida. Mi estúpida suerte fue la culpable de que la primera vez me ocurriera jugando contra el quebrador de espaldas.

-¿Cómo logró evitar que se la quebrara a usted?

-Esperé a que Bates respondiera a la llamada de la naturaleza, les dije a los otros dos jugadores que iba a mi habitación a buscar mis ahorros para poder cancelar la deuda, y escapé como alma que lleva el diablo antes de darles tiempo de reaccionar -Terwilliger frunció el ceño-. Me encantaría que la vejiga de ese hombre fuera consagrada a la ciencia. Se bebió como un litro y medio antes de levantarse.

-Discúlpeme si le hago una pregunta poco ética, pero ahora que he visto lo que es capaz de hacer con una baraja, ¿por qué no lo hizo con él, tomando las debidas precauciones, por supuesto?

-¿Ha visto alguna vez a *Montaña Humana* Bates? -preguntó Terwilliger con una risita amarga.

-No.

-Bueno, no es la clase de tipo con el que uno quiere enemistarse, especialmente si está al alcance de su mano.

-¿Ni siquiera por doscientos mil créditos?

-No valía la pena correr el riesgo. Habría sido tan peligroso como su intromisión en el territorio del Ángel.

-Por lo que oí, está a punto de entrometerse en el mío -comentó Cain.

-Eso es distinto.

-¿Por qué?

-Porque es el Ángel. -Terwilliger cogió la cafetera y se sirvió otra taza-. Además, todo el mundo sabe que anda por aquí en busca de Santiago. Apenas puede llamarse intromisión, ya que nadie sabe dónde se esconde Santiago. Lo que nos lleva a otro tema -agregó cuidadosamente-. Ha recorrido una larga distancia sólo para hablar con Jonathan Stern. Habitualmente un cazador de recompensas no se aleja tanto de su propio territorio, a menos que crea que puede echarle el lazo a Santiago. Mi pregunta es la siguiente: ¿hay alguna relación entre Duncan Black y Santiago, o no?

-No veo que sea asunto de su incumbencia.

-Míreme -dijo el diminuto jugador-. ¿Parezco un condenado rival?

-No -dijo Cain-. Parece un condenado vendedor.

-Responda a mi pregunta, nada más. Le prometo que no voy a vendérselo a nadie.

-Por alguna razón, tengo la impresión de que sus promesas no son exactamente dignas de confianza.

-¡Demonios, Cain, esto es importante!

-¿Para quién?

-Para ambos.

Cain lo contempló unos instantes, luego asintió:

-Sí, es un nexo con Santiago.

-¡Bien! -exclamó Terwilliger con un suspiro de alivio.

-¿Por que está bien?

-Bueno, ante todo quiero recordarle que todavía le debo dos mil doscientos créditos, y que no podré pagárselos si estoy muerto.

-Vaya al grano.

El pequeño jugador aspiró con fuerza.

-El motivo de que sepa dónde encontrar a Duncan Black es que sé dónde está enterrado. -Terwilliger levantó rápidamente una mano, para impedir cualquier posible interrupción-. Debí habérselo dicho mientras estábamos en Port Étrange, lo sé. Se la he jugado de mala manera. Pero si lo hubiera hecho, usted no me habría traído, y a estas alturas *Montaña Humana* Bates me estaría comiendo para cenar.

-Podría llevarlo de vuelta y entregárselo -dijo Cain.

-¡Pero ahora todo está bien! -dijo rápidamente Terwilliger-.

-Todo está bien -repitió-. Por eso quería saber si Black era un nexo.

-Explíquese -dijo Cain en tono amenazador.

-Pues verá, si él le hubiese debido dinero o algo así, usted no habría tenido suerte y yo me encontraría en un buen apuro. Quiero decir, diablos, el pobre bastardo lleva muerto casi tres años -se detuvo para respirar-. Pero ahora que sé para qué lo necesitaba, aún estoy en condiciones de ayudarlo.

-¿Cómo?

-Vivia con una mujer -dijo Terwilliger-. Administraba muchos de sus asuntos. Probablemente conozca a todos los que él conocía, y pueda decirle cuál era la conexión con cada uno de ellos.

-¿Y ella sigue viva?

-Lo estaba hace dos meses.

-¿Dónde puedo encontrarla?

-Precisamente en el sitio al que nos dirigimos: el sistema Clovis.

-¿En Bella Donna?

-No exactamente -contestó Terwilliger.

4

Vive en un cementerio de chatarra espacial.
Flota en el vacío de sus sueños rotos;
pero aun cuando anhele el beso de un amado,
no es lo que parece la Rosa de los Sargazos.

A Orfeo Negro le bastó una simple ojeada a la Rosa de los Sargazos para saber que había más de lo que captaban sus ojos.

Cómo llegó a encontrarla es un misterio, ya que lo más probable era que no tuviera nada que hacer allí, a cuatro mil quinientos kilómetros sobre Bella Donna. Tal vez se debiera a que lo atraían las naves abandonadas, alineadas en el espacio como peces relucientes en el sedal de la caña, algunas agonizando y otras ya muertas. Fue también él quien dio nombre a la estación: odiaba los nombres como Estación Número Catorce, así que la llamó Tiniebla Mortal, que era un apodo muy adecuado para un cementerio de naves espaciales, particularmente uno que rodeaba Bella Donna.

Pasó allí un par de días, conversando con la Rosa de los Sargazos, tomando nota de su historia, como hacía con todo aquél que se encontrara. Algunos dicen que llegó a acostarse con ella, pero están equivocados: Orfeo Negro jamás se acostó con nadie después de que muriera su Eurídice. Por otra parte, la Rosa de los Sargazos no era la clase de mujer que iba a meterse en la cama con cualquiera.

justamente ése debía de haber sido uno de sus problemas. Había cumplido cuarenta años, y sólo había tenido tres amantes. Los dos primeros la habían abandonado por otra mujer, y Duncan Black lo había hecho para comenzar a trabajar en los abismos del infierno algunos años antes de lo previsto. Había reñido muchas veces con él, pero lo había amado tanto como se permitía amar a alguien después de sus dos primeras experiencias; cuando finalmente su amor pasó a mejor vida, estuvo a punto de irse con él a la tumba.

Todavía seguía muerta de pena un año más tarde, cuando apareció por allí Orfeo Negro, pero aun así se tomó la molestia de mostrarle Tiniebla Mortal. Orfeo se internó en las entrañas de las enormes naves de metal y pasó allí todo un día, garabateando notas mientras la tripulación desguazaba y dejaba las naves a la deriva, y luego observando con infantil entusiasmo cómo los remolcadores espaciales arrastraban nuevos cadáveres hasta los depósitos de la estación. Incluso encontró tiempo para bautizar tres pequeñas lunas de Bella Donna -Banewort, Foxglove y Hellebore- antes de partir hacia su siguiente destino.

No había mucho que ver en Tiniebla Mortal cuando Cain y Terwilliger llegaron allí. Su superficie estaba moteada por pequeños agujeros de meteorito reparados apresuradamente; un remolcador a la deriva había dañado uno de sus muelles de forma irreparable, y había sido atacada por tal cantidad de polvo y escombros cósmicos que la superficie entera necesitaba un repaso.

Pero no habían ido hasta allí para ver Tiniebla Mortal, sino a su dueña; de manera que Cain maniobró cuidadosamente hasta llevar su nave a la dársena, aguardó hasta que una manga móvil se adosó a la escotilla de su nave, y fue tras Terwilliger hasta el interior de la estación.

El suelo describía una curva suave que se abría en ambas direcciones, y estaba cubierto por una estera estrecha, de propiedades indefinidas, que parecía sujetar sus pies.

-No me dijo que aquí había gravedad cero -comentó Cain.

-Simplemente, procure tener siempre uno de los dos pies apoyados en la estera -respondió Terwilliger-. Así no saldrá flotando.

-Ya he estado antes sobre esteras-G -repuso Cain irritado-. Es sólo que detesto las condiciones de gravedad nula inmediatamente después de comer.

-Debería habérmelo dicho.

Librodot

Cain se disponía a contestar que no sabía que no había gravedad dentro de la estación, pero decidió que no tenia ganas de repetir toda la conversación.

De pronto apareció ante ellos un humanoide con un cráneo enorme, ojos dorados profundamente hundidos y piel reticulada de color naranja. Se les acercó.

-¿Qué demonios es eso? -preguntó Cain.

-Un Mono Naranja -respondió Terwilliger. La Rosa los usa como guardias de seguridad.

Jamás había visto ninguno -dijo Cain-. ¿De dónde provienen?

-De Varien Cuatro -dijo el jugador-. Se llaman a sí mismos Hagibens; nosotros los llamamos Monos Naranja. Les va mejor. Su trabajo es barato, aprenden el idioma con rapidez, y les encanta la gravedad cero. Es una combinación imbatible... especialmente si se tiene en cuenta la cantidad de razas alienígenas que no tienen intención de trabajar, y a las que no les importa nada el dinero.

El Mono Naranja se detuvo frente a ellos.

-¿Qué desean, por favor? -dijo con una voz tan melodiosa que más parecía una canción.

-Hemos venido a ver a la Rosa de los Sargazos -respondió Terwilliger.

-La Rosa de los Sargazos prefiere no tratar personalmente con nuestros clientes -dijo el alienígena-. Si me indican lo que necesitan, los llevaré directamente a las áreas correspondientes.

-Con nosotros tratará personalmente -dijo Terwilliger-. Soy un viejo amigo.

El Mono Naranja lo miró fijamente.

-Usted es *Medio Penique* Terwilliger, que fue expulsado de Tiniebla Mortal por haber hecho trampas a varios miembros del equipo en un juego de cartas. -Se detuvo un momento-. Yo me encontraba entre quienes lo escoltaron hasta su nave.

-¿Usted estaba allí? -preguntó Terwilliger, sorprendido pero incómodo.

-Así es.

-Disculpe que no lo reconozca, pero todos los Monos Naranja me parecen iguales.

-Eso es totalmente comprensible -dijo el alienígena-. Somos todos realmente hermosos.

-Bueno, ya que somos viejos amigos, ¿qué tal si avisa a Rosa de que estamos aquí?

-Se lo diré, *Medio Penique* Terwilliger, pero prefiere no tratar personalmente con los clientes.

Cain dio un paso adelante.

-Hágalo -dijo en un tono sin inflexiones-. Dígale que el asunto que nos trae concierne a un amigo común.

El Mono Naranja lo observó durante un instante, y luego se volvió para dirigirse a otra área de la estación espacial, no sin antes haberle pedido a uno de sus compañeros que los vigilara. Pronto estuvo de regreso, y se dirigió a Cain.

-La Rosa de los Sargazos me ha dado instrucciones de que lo lleve hasta ella -dijo con su voz plácida y cantarina. Si estaba sorprendido o desilusionado, lo disimuló muy bien.

Cain y Terwilliger lo siguieron a través de tres grandes depósitos, hasta detenerse ante una pequeña puerta.

-Está aquí -dijo el Mono Naranja.

-Gracias -dijo Cain. Abrió la puerta y entró en una oficina desordenada, seguido por Terwilliger.

Sentada tras un escritorio cromado que había perdido todo el brillo, vestida con un traje de metal dorado que ya no refulgía, había una mujer más bien vulgar. Su cabello era de un castaño insulso, sus ojos de un verde desvaído; tenía la nariz prominente y el mentón huidizo. No era gorda ni flaca, pero si alguna vez había tenido una figura atractiva, hacía mucho tiempo de eso. Sujeta al cabello llevaba una pequeña rosa blanca, que a Cain le pareció artificial.

Clavó sus ojos directamente en el cazador de recompensas.

-¿Deseaba usted verme, señor Cain?

-¿Sabe mi nombre?

La mujer sonrió.

-Sé muchas cosas sobre usted, Sebastián Ruiseñor Cain. Pero no sé quién lo envió a mí.

-Un hombre llamado Stern, de Port Étrange.

Jonathan Jeremy Jacobar Stern -dijo ella-. Ése es un nombre que no oía hacía años. -Señaló un par de sillas-. Por favor, tomen asiento. -Se volvió hacia Terwilliger-: Tengo entendido que *Montaña Humana* Bates lo está buscando.

-Tiene usted excelentes fuentes de información -contestó el jugador, incómodo.

-Claro que sí -estuvo de acuerdo-. No hay muchas cosas en esta parte de la Frontera que yo no sepa.

-Entonces, supongo que sabe por qué estoy aquí -dijo Cain.

-Sé que es un cazador de recompensas -dijo-, y me acaba de decir que lo envió Stern, así que puedo imaginar muy bien por qué se encuentra aquí. -Hizo una pausa-. Pero Stern no lo enviaría a mí. Debe de haberle indicado que buscara a Duncan Black -se volvió hacia Terwilliger-. Fue usted quien le dijo al señor Cain que viniera aquí, por supuesto. Stern no sabe que Duncan ha muerto, pero usted sí.

-Bueno, no tenía mucho sentido tratar de tener una conversación con Duncan, que en paz descanse -explicó Terwilliger, a la defensiva.

-Y sin duda él le ha prometido protegerlo de *Montaña Humana* Bates a cambio de esta información. -Observó un instante el rostro de Cain-. Hizo un mal negocio, señor Cain. Debería haberse quedado en Recuerdo.

-¿Qué le hace pensar que vengo de Recuerdo?

Sonrió otra vez:

-Conozco el número de registro de su nave desde que empecé a seguir su rastro, hace dos días. En estas cuarenta y ocho horas he descubierto cosas de su vida que incluso usted debe de haber olvidado. Sé por qué abandonó los mundos más poblados de la Democracia. Sé a cuántos hombres ha matado, y quiénes eran... y aquí estamos, prácticamente negando que viene de Recuerdo. Si desea de mí honestidad, creo que lo menos que puede hacer es ofrecerme la suya.

-Discúlpeme -se excusó Cain.

-No tiene importancia -comentó ella-. De un representante de su sexo, no espero otra cosa que engaños.

-¿Me ayudará? -preguntó Cain, ignorando su comentario.

-Está perdiendo el tiempo.

-Tengo mucho tiempo disponible -dijo-. Y puedo pagar por el suyo.

-No he dicho que estuviera haciéndome perder el tiempo a mí -dijo la Rosa de los Sargazos-. Tengo toda la intención de venderle cuanta información necesite usted.

-No estoy seguro de comprender el motivo de semejante distinción.

-Estoy realmente decidida a decirle lo que quiera saber, pero eso no va a hacerle ningún bien. El Ángel se ha trasladado a la Frontera Interior.

-Estoy un poco cansado de oír hablar de él -dijo Cain, con cierta irritación.

-Lo mismo que todo fugitivo dentro de un radio de diez mil años luz -replicó ella-. Señor Terwilliger, creo que ha llegado el momento de que abandone esta habitación. Lo que tengo que decirle al señor Cain es sólo para sus oídos.

-¿Por qué? -inquirió el jugador.

-Por la misma razón por la que se le niega a usted libre acceso a los artículos de mi almacén: no lo quiero a usted vendiéndole al mejor postor algo que me pertenece.

-Usted me ofende -dijo Terwilliger, intentando sin éxito mostrarse ultrajado.

-Lo invito a guardar esa ofensa en su corazón -respondió la Rosa de los Sargazos-. A lo que no está invitado, es a permanecer en mi despacho.

Terwilliger parecía dispuesto a protestar, pero tras pensárselo mejor se dirigió hacia la puerta.

-Estaré fuera -le dijo a Cain-. Grite si me necesita.

Cain lo miró, divertido, y un momento después la puerta se cerraba tras el pequeño jugador.

-Si planea atrapar a Santiago, debería elegir a sus compañeros de viaje con más cuidado, señor Cain -dijo la Rosa de los Sargazos, reclinándose en su silla.

-Tal vez -respondió Cain-. Pero debo señalar, en su descargo, que él me condujo hasta usted. De no ser así, habría perdido el tiempo buscando a Duncan Black, o volvería a Port Étrange para tratar de recuperar el dinero que le pagué a Jonathan Stern.

-Cierto -admitió ella encogiéndose de hombros-. ¿Puedo ofrecerle una copa?

-¿Por qué no? -contestó él con amabilidad.

Rosa presionó un botón de la consola de su computadora, y un alienígena rojo, pequeño y peludo entró por otra de las puertas de la oficina con una botella y dos vasos que dejó sobre el escritorio.

-¿Tiene algún Hombre aquí en Tiniebla Mortal? -preguntó Cain, en cuanto el alienígena salió de la oficina.

-¿Se refiere a la raza, o al género? -preguntó la Rosa de los Sargazos-. En ambos casos, la respuesta es no; tienden a desertar cuando más se los necesita... especialmente los de ese género.

-Este lugar ha de ser solitario -comentó Cain.

-A la larga uno se acostumbra -llenó dos copas, y Cain se puso de pie y tomó una de ellas.

-Gracias -dijo mientras volvía a sentarse y bebía un sorbo. De pronto, se echó a reír, desaprobándose a sí mismo.

-¿Qué ocurre, señor Cain?

Él alzó su copa:

-Me acabo de dar cuenta de que en esta habitación la gravedad es normal. ¡Qué cazador tan observador soy! Si no me hubiera percatado de que todo esto no flotaba, nunca lo habría sabido.

-A los Monos Naranja les gusta la gravedad cero. A mí me resulta un poco molesta la exposición permanente a ella, así que acondicioné mi oficina de acuerdo a mis necesidades.

-Debe de costar una fortuna -comentó él.

-Así es. Afortunadamente, tengo una fortuna para gastar.

Cain bebió otro sorbo:

-Es mercancía realmente buena.

-Debe serlo -le dijo ella-. Viene directamente de Deluros VIII.

-¿Usted trata con mercancía de un lugar tan lejano?

-Se sorprendería si supiera todo lo que pasa por Tiniebla Mortal, señor Cain -contestó ella-. O tal vez no. ¿Qué le dijo Jonathan Stern, exactamente, sobre Duncan Black?

-Sólo que Black traficaba con objetos robados, y que era el enlace entre Stern y Santiago -respondió Cain-. Sé que tuvo acceso al oro que Santiago obtuvo en el asalto de Epsilon Eridani.

-¡Eso sí que era un cargamento! -dijo ella, con una sonrisa-. ¡Seiscientos millones de créditos en lingotes de oro!

-Por lo que me contó Terwilliger, tuve la impresión de que usted decidió seguir los pasos de Black.

-Terwilliger habla demasiado.

-La mayoría de la gente lo hace -coincidió Cain.

-Además, fue con mis pasos que comenzó todo esto -continuó ella-. Yo comerciaba con mercancía robada mucho antes de que Duncan Black pensara en ello siquiera -hizo una pausa-. Le di una participación en el negocio para asegurarme su lealtad -miró a Cain-. ¿Le parece una actitud manipuladora a inmoral? -Dejé de hacer juicios morales hace mucho tiempo -contestó él.

-De todas maneras -dijo la Rosa de los Sargazos después de dar un trago-, a Duncan le

gustaba más que a mí el trato con la gente, así que se transformó en nuestro representante en lugares como Port Étrange, y con gente como Jonathan Stern.

-Entonces fue usted, y no Black, quien hizo el primer contacto con Santiago.

-En realidad, fue Santiago el que hizo el primer contacto conmigo -le contestó-. Aunque transcurrieron algunos años antes de que supiera sin lugar a dudas que estaba tratando con él.

-¿Alguna vez se encontraron personalmente? -preguntó Cain.

Ella sacudió la cabeza:

-No. O quizá debería decir, no que yo sepa.

-Pero ¿podría haber sido?

-¿Quién sabe? -le respondió, encogiéndose de hombros-. He conocido a mucha gente que comerciaba con artículos posiblemente robados por Santiago... aunque, sinceramente, no puedo imaginar por qué habría corrido el riesgo de exponerse viniendo aquí.

-¿Conoce a alguien que de verdad lo haya visto cara a cara? -insistió Cain.

-Sí.

-¿Quién?

-Antes de decírselo, señor Cain -dijo la Rosa de los Sargazos-, hay algunas cosas que me gustaría saber, sólo por satisfacer mi curiosidad.

-¿Cuáles?

-Usted pasó gran parte de su juventud luchando para derrocar a varios gobiernos. Santiago, por lo que yo sé, se ha especializado en el ataque y el saqueo de empresas que pertenecen a la Democracia, o que la Democracia controla, o que al menos resultan vitales para su bienestar. A usted se lo considera un revolucionario, y alguna vez se ha puesto precio a su cabeza. La envergadura de los actos de Santiago es, por cierto, mucho mayor, pero también podría considerársele un revolucionario, en la medida en que la mayoría de sus crímenes son contra el Estado. Es tanto lo que tienen en común que no deja de desconcertarme un poco que esté tan desesperado por matarlo.

-La mayoría de sus crímenes son crímenes contra la Democracia simplemente porque la Democracia posee más bienes que ningún otro objetivo potencial -dijo Cain-. Si por eso se lo considera un revolucionario, lo mismo podría decirse de cualquier salteador de trenes de la vieja Tierra que alguna vez robara una remesa del gobierno. El hombre es, lisa y llanamente, un criminal.

-¿Se ha enterado de que hubiera matado a alguien alguna vez?

-Mató a diecisiete colonos de Azulplata, el año pasado -repuso Cain.

-¡Tonterías! -exclamó la Rosa de los Sargazos-. Hace años que no está en la Frontera Exterior.

-¿Lo sabe por algún hecho en particular? -preguntó él, incisivo.-

-¿Por qué, si no, habría de trasladarse el Ángel a estos territorios? -contestó ella.

-Tal vez lo esté persiguiendo -sugirió Cain.

-Ni usted se lo cree. El Ángel atrapa a quien se propone, sea quien fuere.

-Es sólo un cazador de recompensas, no un superhombre.

-Todavía no me ha dicho por qué quiere matar a Santiago.

-¿Por qué cualquiera quiere hacerlo? -preguntó Cain con una sonrisa-. Hay una recompensa condenadamente grande.

-Esa respuesta no es válida-dijo ella-. Usted es un hombre acaudalado, señor Cain, así que seguramente el dinero no es uno de sus objetivos básicos.

-El dinero siempre es un objetivo -dijo Cain-. Y significaría algo -agregó, pensativo.

-¿Qué significaría?

-Que yo cuento -respondió Cain-. Que, por una vez, algo de lo que yo hago tiene importancia.

-¿Qué me dice de los hombres a los que ayudó a ocupar puestos de poder? -le preguntó la Rosa de los Sargazos.

-Eran los hombres equivocados -dijo Cain con ironía-. No llegarán siquiera a ser notas a

pie de página en los libros de historia.

-¿Y los criminales a los que ha atrapado?

-Ni siquiera yo había oído hablar de la mayoría de ellos antes de comenzar a perseguirlos -se detuvo un instante-. Pero Santiago es diferente. Él sí importa; por lo tanto, el hombre que lo atrape también importará.

Ella le dijo sonriendo:

-Así que quiere figurar en una canción y en la historia por méritos propios.

-Ya figuro en una canción. No me gusta demasiado -apuró su copa-. No me importa quién más sepa lo que voy a hacer, siempre que lo sepa yo.

-Bueno, ése sí que es un enfoque original, se lo aseguro -dijo la Rosa de los Sargazos.

-Permítame ahora hacerle una pregunta -dijo Cain.

-Aún no hemos llegado a un acuerdo con respecto al precio -señaló ella.

-No se trata de eso.

-Entonces, adelante.

-Obviamente, usted ha logrado ganar mucho dinero haciendo negocios con Santiago. ¿Por qué, entonces, desea ayudarme?

-Poco después de morir Duncan, Santiago llevó sus asuntos a otra parte. No le debo nada. Además, soy una mujer de negocios: todo lo que poseo está en venta... incluso la información.

-¿Se la ha vendido a alguien más?

-Nadie lo ha solicitado, pero si lo hacen la venderé.

-Muy bien -dijo Cain-. ¿Qué es, exactamente, lo que tiene para vender?

-Tengo el nombre, la holografía y el domicilio actual de un hombre que trató directamente con Santiago. Tengo los nombres y las holografías de cuatro de los agentes de Santiago con los cuales mantuve tratos comerciales hace tres años. Tengo algunos de los lingotes de oro con su punto de origen anotado en las cajas de embalaje. Y sé quién mató a Kastartos.

-¿Kastartos? -repitió Cain-. ¿El hombre que intentó convencer a Stern de que delatara a Santiago para cobrar la recompensa?

Ella asintió:

-Por lo que sé, fue una tentativa lamentable.

-¿Y qué quiere por todo esto?

-Quiero que mate a Santiago.

Cain no ocultó su sorpresa:

-¿Y eso es todo?

-Eso es todo.

-¿Puedo preguntar por qué?

-Duncan Black era un buen hombre -comenzó a explicar-. Bueno, no, no lo era. Era mezquino, poco de fiar y débil... pero era mío. Cuando descubrió que estábamos comerciando con Santiago, pensó que podríamos hacernos con algún dinero si nos uníamos a su organización. No sé qué clase de propuesta les hizo pero no funcionó -bebió otro sorbo de su copa-. Apareció muerto en Binder Diez dos semanas más tarde. La causa oficial de su muerte fue ataque cardíaco.

-¿Está diciéndome que Santiago lo hizo matar?

-Lo más probable es que Santiago ni siquiera supiese que existía. Pero alguien lo mató y, de no ser por Santiago, aún estaría aquí -guardó silencio y luego añadió-: No era gran cosa, pero era todo lo que tenía -fijó la mirada en Cain-. Santiago no conocía a Duncan, y yo no conozco a Santiago. Será un intercambio justo.

-Muy bien-dijo Cain-. Veamos qué es lo que tiene.

Ella se puso de pie, caminó hasta una caja fuerte que había en la pared, oculta tras una liviana pantalla de ordenador de gran tamaño; marcó el número de la combinación de la cerradura, y la abrió.

-Puede quedarse con éstas -dijo mientras sacaba de la caja de seguridad unos cuantos papeles y volvía a su asiento-. Tengo copias.

-Por alguna razón estaba seguro de que las tendría -comentó él, acercándose y tomando varias holografías que ella le extendía.

-Las cuatro primeras pertenecen a los agentes con quienes tuve trato -explicó ella-. Los nombres están detrás.

-Al parecer, uno de ellos proviene de un mundo en el que se respira metano -dijo Cain, levantando una holografía de un delicado ser cristalino.

-Así es -le contestó ella-. Sólo lo vi una vez. Se sentía muy incómodo en medio de la parafernalia que rodeaba su medio de vida. Sospecho que después de venir aquí por primera vez encontró un lugar más conveniente para su comercio.

-¿Quién es ésta? -preguntó Cain, levantando la holografía de una exótica mujer de cabello oscuro y piel blanca como la tiza.

-Altair de Altair -respondió la Rosa de los Sargazos-. Ella mató a Kastartos.

Cain estudió la holografía:

-¿Es una asesina profesional?

-Y de las mejores. Me sorprende que no haya oído hablar de ella.

-Esta galaxia es muy grande -dijo él-. Hay mucha gente de la que jamás he oído hablar. -Volvió a mirar a Altair de Altair-. ¿Está segura de que es humana?

-¿Quién sabe? Pero estoy segura de que es una asesina.

Cain contempló la última de las holografías.

-¿Es éste el hombre que conoce a Santiago personalmente?

-Sí. Se llama Sócrates. Hace más de un año que no tengo tratos con él, pero sé dónde encontrarlo. De vez en cuando hacemos algún negocio juntos.

-Después de todo, tal vez esta galaxia no sea tan grande -dijo Cain, mirando la cara sonriente y rechoncha que aparecía en la holografía.

-¿A qué se refiere?

-Conocí a este hombre cuando se llamaba Whittaker Drum. -Ese nombre no me resulta familiar -dijo la Rosa de los Sargazos.

-No, ya me lo suponía.

-¿Quién es?

Cain sonrió irónicamente:

-Es el hombre al que ayudé a adueñarse del poder en Sylaria. -¿Él lo reconocerá?

-Espero que sí -respondió Cain.

5

Sócrates no es fácil de complacer.
Vive a la sombra del árbol del ahorcado;
por la vida reza arrodillado...
pero es su sino en el infierno arder.

No había muchas personas de la Frontera Interior que a Orfeo Negro no le gustaran, pero Sócrates era una de ellas. Aunque los asesinos sanguinarios, los bandidos o los jugadores deberían haberlo molestado más, en su mayoría eran personas esencialmente honestas, directas en cuanto a la índole de sus ocupaciones; y si había algo que Orfeo Negro no podía soportar era la gente hipócrita.

Ahora bien: eran muchos los que sostenían que Orfeo Negro debía de sentir algún respeto por Sócrates, porque de lo contrario no le habría dedicado ni siquiera el breve verso que le dedicó. Pero lo que Orfeo Negro sabía es que cuando Sócrates era simplemente el viejo Whittaker Drum, gobernaba todo un planeta; por otra parte, su trabajo, tal como él lo entendía, consistía en escribir sobre la gente que conocía y dejar que los demás juzgaran por sí mismos.

A pesar de todo, era conocido por imponer su criterio, y sin duda pensaba que Sócrates tenía como destino final los abismos del infierno. Oh, había dicho algo parecido sobre *Medio Penique* Terwilliger y algunos otros, pero uno tenía la sensación de que bromeaba, y jamás dijo algo semejante sobre Schussler *el Cyborg,* a quien creía ya en el infierno, ni sobre el mismo Santiago. Era sólo que había algo relacionado con Sócrates que parecía ir a contrapelo y -dado que muchos de los habitantes de la Frontera Interior se sentían inclinados a guiarse por lo que decía Orfeo Negro sobre personas que ellos no conocían personalmente- también es probable que Sócrates no sobreviviera mucho tiempo después de que se escribieran esos versos.

En realidad, nadie sabía cómo fue que dio en llamarse Sócrates, pero cabe asegurar sin peligro a equivocarse que no fue Orfeo Negro quien lo apodó así. Era Whittaker Drum cuando lanzó su panfleto revolucionario, era Whittaker Drum cuando tomó las riendas del gobierno de Sylaria, y aún seguía siendo Whittaker Drum cuando lo derrocaron algunos años después; un día apareció en Declan IV y de pronto se transformó en Sócrates. Lo primero que le pasó fue que pescó una enfermedad venérea particularmente virulenta, luego fue presa de un ataque religioso igualmente intenso, y ninguna de las dos cosas le impidió ganarse la vida como empresario especializado en invertir capital en todo aquello que podría considerarse, por llamarlo de algún modo, negocios de alto riesgo.

Probablemente él no lo sabía, pero tenía mucha compañía en Declan IV. Nadie sabía cuál era el atractivo del planeta, aparte de ser quizás el último punto de acceso a la Frontera Interior, pero durante los siete años que Sócrates pasó allí lo mismo harían cinco presidentes planetarios exiliados, dos reyes y un oficial de alta graduación de la Armada que había renunciado por haber caído en desgracia.

Declan IV era una sociedad que había trascendido sus orígenes, y que trataba como podía de adecuarse a las pautas de la Democracia. Había nacido de dos sucios Pueblos de Mercaderes que se transformaron en seis extensas ciudades modernas; había pacificado y luego diezmado a los marsupiales de seis patas que habían constituido la forma de vida predominante en el planeta; había importado -siempre una década después de que estuvieran en boga las últimas novedades y entretenimientos de Deluros VIII; había sobornado a las principales cadenas de venta al por mayor para que abrieran tiendas en el planeta, y prácticamente las había financiado una vez que se instalaron en él; había integrado diferentes ligas deportivas interplanetarias con equipos propios, y estaba consiguiendo progresos impresionantes en la tarea de contaminar su atmósfera. Era una colonia demasiado reciente

como para tener conciencia de su pasado, de manera que sus edificios -algunos de ellos realmente encantadores eran constantemente demolidos para ser reemplazados por nuevas versiones de lo mismo, algunas verdaderamente horribles. La ciudadanía había decidido, aunque tarde, que tal vez el aniquilamiento de la población nativa no era el camino más civilizado. De pronto, cada negocio, cada escuela y cada patrón se apresuró a ser el primero en contratar, enseñar y acoger a los pocos habitantes nativos que quedaban, los cuales, con mente serena y sangre fría, se vendieron al mejor postor, se tragaron cualquier humillación que pudieran haber sentido, y llegaron a acumular dinero suficiente para adquirir cierta respetabilidad de segunda clase.

Cain y Terwilliger aterrizaron en un puerto espacial más bien grande, donde cientos de avisos luminosos intermitentes proclamaban que el trabajo en ese hangar orbital estaría finalizado en el término de un año. Perdieron diez minutos en pasar por la aduana, y luego otros cinco mientras Terwilliger inventaba una historia completamente lógica y totalmente falsa para explicar por qué tenía el pasaporte caducado desde hacía siete años; finalmente tomaron un monorriel que los condujo hasta la ciudad de Commonweal.

-¿Puede creerlo? -se quejó el jugador mientras se sentaba junto a Cain-. He estado en unos cien mundos durante los diez últimos años, y es la primera vez que me piden el pasaporte.

-Ya no estamos en la Frontera -replicó Cain, contemplando por la ventanilla los campos cultivados-. Aquí hacen las cosas de otra manera.

-¿Por qué a usted no le plantearon problemas? -preguntó Terwilliger.

-El mío está en regla.

-¿Por qué?

-Nunca sé cuándo alguien que estoy buscando puede encaminarse hacia la Democracia -dijo Cain.

Sacó un mapa de la ciudad que había comprado y comenzó a estudiarlo. En Commonweal había veinte vías peatonales deslizantes, ocho de norte a sur, ocho de este a oeste, y cuatro en diagonal. Localizó la dirección que le había dado la Rosa de los Sargazos, buscó el camino más fácil para llegar hasta allí, y volvió a guardarse el mapa en el bolsillo.

Avanzaron durante diez minutos sobre una de las vías deslizantes que iban desde el norte hacia el este atravesando una rutilante zona de vidrio y metal con tráfico comercial intenso; luego pasaron a otra que iba hacia el oeste y, tras otros diez minutos, se apearon de las vías móviles en una calle pulcramente embaldosada.

-Faltan unas dos manzanas -anunció Cain, consultando una vez más su mapa.

-Estoy comenzando a recordar qué es lo que no me gusta de los planetas excesivamente poblados -dijo Terwilliger, pesaroso, mientras caminaban por una zona residencial coronada por cientos de agujas transparentes-. Demasiada gente -alzó la mirada hacia los edificios-. Las calles son muy estrechas, y no se puede ver el cielo.

-Claro que se puede.

-Bueno, da la impresión de que no se puede -insistió Terwilliger-. Y es sucio.

-Como la mayoría de los Pueblos de Mercaderes.

-Esa suciedad es limpia. Aquí todo es hollín, grasa y basura.

-Una diferencia interesante -señaló Cain.

-También es muy ruidoso. Hay demasiado tránsito y demasiada gente. Diablos, hasta las vías deslizantes crujen y vibran.

-Esto no es nada -dijo Cain-. Debería ir alguna vez a Deluros VIII.

-No, gracias -dijo el jugador-. Visitar todo un planeta ocupado por un único edificio no es la idea que tengo de pasar un rato agradable.

-En realidad, hay varios millones de edificios, pero están tan pegados el uno al otro que parece que se tratara de uno solo.

-No sé cómo decirle esto -dijo Terwilliger-, pero no está exactamente despertando mi curiosidad. Nací en la Frontera, y tengo toda la intención de morir allí.

-Especialmente *si Montaña Humana* Bates lo atrapa -señaló Cain.

-En ese caso, usted se va a librar de mí, y ése será el fin de *Montaña Humana* Bates -replicó el jugador con una sonrisa. Hizo una pausa-. A propósito, ¿ha pensado cómo se las va a ingeniar para que Sócrates hable?

-Lo hará por lo que siempre lo hace todo: dinero.

Cruzaron la calle y Cain comprobó el número del edificio de la esquina.

-Es aquí -anunció.

Al llegar al edificio que buscaban -alto y de elegante diseño, que ocupaba más de media manzana y parecía hacer alarde de sus cuatro torres separadas y coronadas por cuatro áticos- entraron por la puerta principal y se encontraron en un espacioso vestíbulo. Un alienígena uniformado, que no parecía otra cosa que un canguro de seis patas con cara de panda, se les acercó y les habló sirviéndose de un mecanismo de traducción:

-Recibid el saludo de bienvenida, placer de estar con vosotros -anunció -. Mi nombre es Wixtol; soy el conserje de los Apartamentos Tudor. ¿En qué puedo ayudaros?

-Hemos venido a visitar a un viejo amigo -dijo Cain-. ¿Dónde podemos consultar la guía del edificio?

-Tendré inmenso placer en conduciros directamente hasta donde está vuestro amigo -respondió el alienígena-,tan pronto tengáis la generosidad de darme su nombre.

-Whittaker Drum.

-Lo siento infinitamente, queridos míos -anunció Wixtol-. Me inclino ante vosotros para informaros de que no contamos con ese residente.

-También utiliza el nombre de Sócrates -dijo Cain.

El alienígena les dedicó una sonrisa de placer:

-¡Albricias! Sócrates vive en el apartamento veintinueve catorce, Dios sea loado. Si tenéis la bondad de seguir a este humilde servidor, os conduciré hasta el ascensor.

Caminó hacia la derecha contoneándose, seguido por Cain y Terwilliger.

-¿Es él o hay algo en su traductor que no funciona? -susurró el jugador.

-¿Quién sabe? -contestó Cain-. Quizá le hayan dicho que los conserjes hablan de esa forma.

Pronto llegaron a los ascensores. Wixtol mantuvo la puerta abierta hasta que pasaron, marcó el piso veintinueve, les agradeció efusivamente la visita, y les deseó un seguro y feliz ascenso. Se cerró la puerta, a instantes más tarde se encontraron caminando por un pasillo cubierto de espejos que conducía hasta el apartamento 2.914.

Al llegar a la puerta de entrada, Cain se detuvo y esperó en silencio.

-Lo he visto antes en algún sitio -dijo una ronca voz masculina-. ¿Quién es usted?

-Mi nombre es Cain.

Siguió una pausa.

-¿Sebastián Cain?

-Sí.

-¡Bueno, que me cuelguen! -exclamó la voz-. ¿Dónde se había metido?

-Hola, Whittaker. Ha pasado mucho tiempo.

-¿Qué está haciendo aquí?

-La Rosa de los Sargazos me dio su nombre y me indicó que lo buscara. Me gustaría conversar con usted, si puede dedicarme un momento.

-Con mucho gusto. Dé un paso hacia su izquierda para que mi sistema de seguridad pueda escanearlo.

Así lo hizo Cain, y percibió un suave zumbido.

-¿Cree que va a necesitar dos pistolas y un cuchillo para conversar conmigo? -preguntó la voz.

-No.

La puerta se abrió unos centímetros.

-Arrójelas adentro, Sebastián. Se las devolveré cuando hayamos terminado.

Cain sacó las armas en cuestión y las arrojó a través de la rendija.

-Ahora, su amigo.

-Mi nombre es Terwilliger -dijo el jugador, colocándose en el lugar que había dejado libre Cain-, y no llevo armas.

-Muy bien -gruñó la voz-. Están limpios. -Tras una breve pausa, la puerta se abrió completamente-. Adelante.

Entraron en un pequeño vestíbulo, del cual ya habían sido retiradas las armas, y lo atravesaron hasta una sala de estar enorme y amueblada con opulencia. La moqueta era gruesa y cara, las sillas y las mesas estaban hechas de alguna madera exótica del distante Doradus IV, la iluminación era discreta e indirecta, un gran ventanal se abría sobre la ciudad, por doquier se veían objetos de arte de mundos extraños, y las paredes estaban literalmente cubiertas por filas y filas de iconos y crucifijos de oro y plata. Un hombre rechoncho de cabello ralo y gris, vestido con una bata de seda, se encontraba en el centro de la habitación, con una gran sonrisa pintada en el rostro.

-¿Cómo diablos está? -dijo Sócrates, acercándose a Cain y dándole un amistoso abrazo de oso-. ¿Qué ha estado haciendo desde aquellos días, Sebastián?

-Cazando recompensas.

-Bien, ¿por qué no? -dijo Sócrates-. Matar gente siempre ha sido una de las cosas que mejor hace -sonrió-. ¡Rayos, sí que ha pasado tiempo! Tomen asiento. ¿Puedo ofrecerles algo de beber?

-Tal vez más tarde -dijo Cain mientras se sentaba en el sofá-. ¿Cómo es que no veo ningún guardaespaldas?

-¿Para qué? Soy un respetable hombre de negocios, y aquí no guardo nada de dinero en efectivo.

-Probablemente en Sylaria haya algunos a quienes les gustaría verlo muerto -sugirió Cain.

Sócrates lanzó una carcajada.

-Aun si supieran cómo encontrarme, cosa imposible, dudo mucho que alguno de ellos me recuerde siquiera. Han derrocado a cuatro o cinco dictadores desde que me marché. -Se volvió hacia Terwilliger-. ¿Usted también es cazador de recompensas?

-¡No! -exclamó divertido el jugador-. Sólo soy un visitante que agradece su ofrecimiento de un trago.

-¿Qué le apetece?

-Cualquier cosa líquida.

Sócrates se acercó a una de las paredes; tocó un punto en particular y se deslizó un panel que descubrió un bar pequeño pero bien provisto.

-¿Qué le parece un whisky?

-Whisky está bien -dijo Terwilliger mientras hacía girar una silla pequeña de respaldo recto, pasaba una de sus piernas por encima del asiento y apoyaba el pecho contra el respaldo. Sócrates sirvió la bebida, se la alcanzó al jugador, y se volvió hacia Cain.

-¡Demonios, qué alegría volver a verlo, Sebastián! -dijo Sócrates, sentándose en una hermosa silla trabajada a mano-. Debe de hacer... a ver... unos veinte años.

-Veintiuno -le corrigió Cain.

-Espero que le esté yendo bien.

-No puedo quejarme.

-Yo tampoco, dicho sea de paso. De hecho, me he embarcado en una nueva vida: nombre nuevo, mundo nuevo, dinero nuevo.

-Veo que conserva el mismo gusto por los pequeños lujos de la vida -observó Cain, señalando la valiosa decoración.

-Es verdad -fue la respuesta-. Después de todo, ¿qué es la vida sin algunos lujos? -Hizo una pausa-. Pues bien, Sebastián, ¿por qué me ha hecho una visita después de tanto tiempo?

-Información.

De pronto Sócrates lo olvidó todo y se concentró en los negocios.

-¿Compra o venta?

-Compra.

-Espero a alguien dentro de unos minutos, así que tendremos que ser más breves de lo que hubiera querido, aunque tal vez podamos cenar juntos más tarde, para charlar sobre los viejos tiempos. Entretanto, ¿qué clase de información anda buscando?

-Estoy buscando a alguien. Usted puede ayudarme a encontrarlo.

-Si está a mí alcance. ¿De quién se trata?

-De Santiago.

Sócrates frunció el ceño:

-Lo siento, Sebastián. Pregúnteme por cualquier otro, y la respuesta será gratis.

-No estoy buscando a nadie más.

-Pues debería. Deje a Santiago.

-¿Es una advertencia amistosa?

-Una muy seria. Está fuera de sus posibilidades. -Sócrates hizo una pausa-. Está fuera de las posibilidades de cualquiera.

-¿Qué hace, entonces, con un usurero?

-Soy un financiero -contestó Sócrates.

-Sé exactamente lo que es -dijo Cain-. Lo que no sé es por qué Santiago tiene que tratar con usted. No puede andar corto de fondos.

-De vez en cuando he arreglado encuentros entre los diversos socios de una transacción comercial. -Sócrates sonrió-. Mi misión, tal como yo la entiendo, consiste en dar oportunidades a los oportunistas.

-A juzgar por lo que veo, debería haber pensado que su misión corría por derroteros muy diferentes -dijo Cain, indicando los crucifijos e iconos.

Sócrates se encogió de hombros.

-Uno hace lo que debe. El buen Señor es muy comprensivo... especialmente cuando ve el importe de mi donativo semanal.

-Yo mismo voy a hacer un importante donativo si puede decirme lo que necesito saber sobre Santiago.

-Está fuera de discusión.

-Ponga un precio.

-No hay precio -replicó Sócrates-. No está en venta.

-No tan rápido. Whittaker, todo lo que usted haya poseído alguna vez estuvo en venta.

Sócrates emitió un profundo suspiro:

-Se refiere a Sylaria, sin duda.

-Casualmente, sí.

-Ésa era una situación completamente diferente. Me hice cargo de un gobierno corrupto y paralizado...

-Y lo convirtió en uno peor, tanto que finalmente la Democracia pagó para librarse de usted.

-Ese comentario es injusto a injustificado, Sebastián.

-Vamos, Whittaker. Yo estaba allí cuando sus pelotones de fusilamiento exterminaron a diez mil hombres y mujeres.

-Todos cometemos errores -dijo Sócrates tranquilamente-. Soy el primero en admitir que eso fue un error.

-Estoy seguro de que para ellos es un consuelo saber que piensa así.

-Debería haber matado a treinta mil -dijo Sócrates, muy en serio.

Terwilliger soltó una risita ahogada; Cain se limitó a mirarlo fijamente.

-Después de una revolución -continuó Sócrates-, o se incorpora a los enemigos a las propias filas, o se los elimina. Lo único que no se puede hacer es dejarlos libres para que intriguen contra uno. Eran demasiados para incorporarlos, así que tuve que deshacerme de

ellos. Tal como resultaron las cosas, fui demasiado blando; yo creía en todos esos cuentos que predicaba. De manera que me pasé el noventa por ciento del tiempo tratando de protegerme, y el diez por ciento restante tratando de poner a Sylaria en pie. ¿Tan sorprendente es que haya fracasado?

-Hizo algo más que fracasar, Whittaker -dijo Cain-. Dejó allí un infierno mucho peor que el que encontró.

-Lo dudo mucho. Puedo haber subido los impuestos y haber mantenido la ley marcial, pero acabé con los allanamientos ilegales y autoricé algunas elecciones locales.

-Y asesinó a los ganadores.

-Sólo a algunos. Únicamente a los que intentaban sabotear mi régimen -sonrió-. Además, a largo plazo resultaron los ganadores, ¿no es así? Maldita sea, si tienen el control del condenado planeta y yo estoy aquí, ocultándome bajo un alias.

-Después de haber saqueado la hacienda pública.

-Dietas e imprevistos -dijo Sócrates con un encogimiento de hombros-. La Democracia no me pagó tanto como para que abandonara mi puesto, sin duda no tanto como debía -se reclinó cómodamente en su silla-. Debería haber aprendido a ser más realista, Sebastián.

-Me he vuelto realista -dijo Cain-. En gran medida, gracias a usted.

-¿Lo ve? No hay necesidad de seguir amargados. Cada uno de nosotros ha avanzado hacia el objetivo de ser mejor persona. Yo he encontrado a Dios, a la vez que he logrado reunir una modesta fortuna, y usted se ha convertido en un cazador de recompensas realista y de éxito. Obviamente, Sylaria nos hizo mucho bien a ambos.

-¿Usted encontró a Dios, o lo compró?

-Es una cuestión de puntos de vista -contestó Sócrates-. Contribuyo con miles de créditos para Sus iglesias y canto Sus salmos todas las mañanas. Él me protege, me ayuda y cuida de mis negocios. Es una relación de conveniencia mutua.

-No lo dudo -dijo Cain con ironía-. Pero nos estamos apartando del tema.

-¿Sylaria?

-Santiago.

Sócrates sacudió la cabeza:

-Ya se lo he dicho: sobre ese tema no hay más que hablar.

-¿Cuánto cuesta volver a tratarlo?

-Más dinero del que usted jamás tendrá -dijo Sócrates-. Todo lo que pudo hacer conmigo la Democracia fue deshacerse de mí. Le aseguro que Santiago puede hacer algo mucho peor.

-Santiago no es el único -dijo Cain, llevándose la mano a uno de sus numerosos bolsillos y sacando de él una pequeña arma de cerámica, con la que apuntó a Sócrates.

-¿Cómo logró burlar mi sistema de seguridad? -preguntó Sócrates, sin mostrar señales de temor o alarma.

Cain sonrió:

-¿Usted cree que es la única persona de la galaxia con sistema de seguridad? La estructura molecular de esta pistola ha sido alterada para que ningún mecanismo de detección la detecte.

-Muy ingenioso -comentó Sócrates-. Pero ni siquiera eso le servirá. Después de todo, si me mata, ¿cómo podré decirle lo que sé? -Metió lentamente la mano en el bolsillo, sacó un cigarro, y lo encendió.

-Si usted se niega a decírmelo -respondió Cain-, ¿por qué habría de dejarlo vivir?

-Usted es un cazador de recompensas -dijo Sócrates con confianza-. Mata por dinero. No hay precio puesto a mi cabeza.

-No abuse de su suerte -dijo Cain-. Usted es alguien a quien yo mataría gratis.

Sócrates rió entre dientes, divertido:

-Nos hemos vuelto una extraña clase de filántropos desde que volvimos de Sylaria, ¿verdad?

-En su lugar, yo estaría un poco más preocupado, amigo -dijo Terwilliger-. Es el Pájaro Cantor quien está apuntándole con esa pistola.

-¿Se supone que eso significa algo? -preguntó Sócrates, exhalando una bocanada de humo y dando prueba de una total falta de preocupación.

-Significa que hará lo que dice -dijo Terwilliger-. Para él son sólo negocios. Lo hace constantemente.

-Cuento con que él sea un poco más lúcido que usted -repuso con calma Sócrates-. Matándome no obtendrá la información que necesita, y ya saben que estoy esperando compañía.

-No hay ninguna razón para dejarlo vivir, a menos que me diga lo que quiero saber -dijo Cain-. En cuanto a su visitante, no será la primera vez que usted mienta.

-Esta vez no, Sebastián -dijo Sócrates, mirando su cronógrafo-. Ya lleva diez minutos de retraso -sonrió-. Es una periodista. Máteme ahora, y aparecerá en todos los programas de noticias desde aquí hasta Deluros.

Cain se quedó mirándolo por largo tiempo. Luego, paseó su mirada por la habitación.

-Ese cuenco es realmente bonito -dijo, señalando una delicada estructura acanalada-. ¿Obra de los Canfóritos?

-De los Robelianos -corrigió Sócrates-. ¿Por qué?

-¿Cuánto vale? ¿Alrededor de veinte mil créditos?

-Más o menos.

Cain efectuó un rápido disparo y el objeto se hizo añicos; Terwilliger soltó un grito de sobresalto.

-¿Qué demonios está haciendo? -preguntó Sócrates, furioso. Se irguió de un salto, y volvió a sentarse cuando Cain le apuntó nuevamente con el arma.

-Negociando -respondió Cain-. ¿Cuánto pagó por el crucifijo de oro con el Cristo de piedras preciosas?

-¡Por todos los santos, Sebastián! ¡Es una obra de arte que no tiene precio!

-Tiene diez segundos para ponerle un precio -amenazó Cain-. Y si para entonces no me ha dicho lo que quiero saber, tiene un segundo más para darle el beso de despedida.

Sócrates se desplomó en la silla:

-Destrúyalo todo -dijo con resignación-. Los puedo reemplazar con más facilidad que a mí mismo.

-Lo dice en serio, ¿verdad?

-Así es.

-Tal vez he manejado este asunto de un modo equivocado. -Cain bajó unos centímetros el arma-. ¿Cuál es el precio actual de una rótula?

-No lo suficientemente alto -dijo Sócrates desafiante.

-¿Coraje en Whittaker Drum? Eso sí que es una sorpresa.

-No soy un héroe -dijo Sócrates-. Pero nada de lo que pueda hacerme es comparable a lo que puede hacerme él.

-Si yo fuera usted, no me jugaría la vida a que eso es así -dijo Cain.

-Eso es justamente lo que me estoy jugando. Haga lo que haga, usted no va a matarme.

En ese momento se oyó un zumbido agudo.

-Es ella-dijo Sócrates, volviendo la cabeza y contemplando una pequeña pantalla holográfica-. Es mejor que guarde el arma y se vaya mientras todavía puede.

-Ni lo sueñe-dijo Cain-. ¿Qué es lo que quiere esa mujer?

-Probablemente lo mismo que usted.

Se oyó otro zumbido.

-Será mejor que contestemos -dijo Terwilliger, controlando la pantalla para asegurarse de que Sócrates no mentía-. Ella ya debe de saber que él está aquí.

Cain asintió y el jugador se acercó a un pequeño panel de control que había en la pared, detrás de la silla que ocupaba Sócrates. Los dos primeros botones que apretó inundaron de

música el apartamento y atenuaron las luces del vestíbulo, pero finalmente tocó el adecuado y oyeron que se abría la puerta de entrada.

Momentos después, una mujer rubia de treinta y pico años entró en la habitación. Le sobraban unos kilos, aunque distaba de ser gorda; su túnica y sus pantalones eran más prácticos que elegantes, y no llevaba maquillaje. De uno de sus hombros colgaba un bolso de cuero.

De una sola mirada captó la situación e inmediatamente se volvió hacia Cain.

-No lo mate hasta que pueda hablar con él -dijo-. Verá que vale la pena.

-Nadie va matar a nadie, por ahora -intervino Sócrates, imperturbable-. Todavía nos encontramos en la etapa intimidatoria.

-¿Quién es usted, y qué busca aquí? -preguntó Cain, dando un paso atrás para que tanto ella como Sócrates quedaran dentro de su campo visual.

-Yo podría hacerle la misma pregunta a usted -contestó ella.

-Podría -concedió Cain-. Pero yo he preguntado primero, y tengo el revólver.

Ella lo observó un instante y dijo, encogiéndose de hombros:

-Me llamo Virtud MacKenzie. Soy periodista; realizo documentales holográficos.

-¿Qué está haciendo aquí?

-He venido a hacerle una entrevista a Sócrates.

-¿Dónde está su equipo de técnicos?

-Hago mi propio trabajo técnico -dijo ella-. Y ya he respondido suficientes preguntas. Ahora es su turno.

-Tengo una más -dijo Cain-. ¿Ha hablado alguna vez con Whittaker Drum?

-¿Quién demonios es Whittaker Drum?

Cain sonrió con satisfacción.

-Muy bien. Ya me ha dicho todo lo que necesito saber -se interrumpió un momento-. Terwilliger, sácala de aquí.

El jugador comenzó a acercársele.

-No se acerque tanto -le advirtió ella, amenazadora.

Terwilliger sonrió y dio otro paso en su dirección. Mientras lo hacía, ella le dio un violento puntapié justo debajo de la rodilla. Él cayó al suelo, insultándola y gimiendo, cogiéndose la pierna.

-No oye muy bien, ¿verdad? -dijo ella con desdén.

-¡Oh, por Dios! -exclamó Sócrates, muy divertido-. ¡Esto se está poniendo interesante!

-¡Basta ya! -ladró Cain.

-¿Está dispuesto a contestar mis preguntas ahora? -preguntó Virtud, ignorando a Terwilliger y dirigiéndose a Cain.

-Está bien-dijo él.

-¿Quién es usted?

-Sebastián Cain.

-¿El Pájaro Cantor?

-Sí -contestó él con una mueca.

-¿Por qué quiere matarlo?

-No quiero -respondió Cain-. Quiero lo mismo que quiere usted.

-¿Y qué es lo que yo quiero?

-Información sobre Santiago.

-¿Qué le hace pensar eso?

-Usted no sabía que antes Sócrates era Whittaker Drum... y lo único importante que ha hecho desde que se cambió el nombre ha sido encontrarse con Santiago.

-Eso me ofende -dijo Sócrates.

-¿Su interés por Santiago es ... ?

-Profesional -dijo Cain-. ¿Y el suyo?

-También -replicó ella-. Es cierto que realizo documentales. Convencí a un par de

patrocinadores de que podría obtener un reportaje exclusivo sobre Santiago, y me las ingenié para sacarles un adelanto sustancioso.

-Y ahora tiene que cumplir -sugirió Cain, divertido.

Ella asintió.

-Me ha llevado casi un año llegar hasta aquí; no quiero que lo mate antes de que pueda hablar con él. -Echó una mirada a Terwilliger-. ¿Y éste quién es?

-Nadie demasiado importante -dijo Cain.

-Un millón de gracias -murmuró el jugador, doblando la pierna con una mueca de dolor-, me parece que tengo algo roto.

-Si así fuera, no podría moverla como la mueve -dijo Virtud-. Ahora deje de lloriquear y cállese.

Terwilliger la miró airadamente, y volvió a masajearse la pierna.

-Muy bien, señor Cain -dijo ella, volviéndose hacia el cazador de recompensas-. ¿Y ahora qué?

-¿Qué sugiere usted?

-Nuestros intereses son paralelos, pero no idénticos -respondió ella-. No me importa que mate a Santiago, siempre que yo consiga hacer mi reportaje... y supongo que no tendrá inconveniente en que lo haga siempre que consiga su recompensa. No me parece que tenga mucho sentido pelear a muerte para ver quién obtiene primero la información que ambos necesitamos.

Cain asintió:

-Lo que nos lleva nuevamente a usted, Whittaker.

-Nada ha cambiado, Sebastián -dijo Sócrates con una sonrisa-. Usted no puede permitirse matarme, y yo no puedo permitir que Santiago se entere de que lo he traicionado. Así que, a pesar de que sin duda puede causarme mucho daño, no va a obtener lo que quiere.

-Esa es una posibilidad -admitió Cain-. Por otra parte, el proceso de descubrir su punto débil va a hacerle más daño a usted que a mí.

-No sea asno, Cain -dijo Virtud-. Hay una manera más fácil de hacer esto.

-Estoy abierto a las sugerencias -contestó Cain.

-Le inyectamos un par de centímetros cúbicos de niatol y nos dirá todo lo que queremos saber.

-El niatol no es algo que los cazadores de recompensas suelan llevar encima -dijo irónicamente Cain.

-¿Entonces no es una suerte para usted que yo haya venido preparada? -dijo ella, abriendo la cartera.

-¿Esperaba acaso tener que usarlo?

-He previsto la posibilidad -respondió ella, sacando de la cartera un paquete pequeño y comenzando a desenvolverlo.

-No podía saber que yo iba a estar aquí. ¿Cómo planeaba inmovilizarlo para llevar a cabo su plan?

-Con el mismo método que he usado para que su amigo no se me acercara -replicó, sacando un pequeño frasco que había estado envuelto con cinta refrigerada. Al cabo de un momento, había llenado con su contenido una pequeña jeringuilla esterilizada. -Bueno, Whittaker -dijo Cain-, ¿va a colaborar, o tendré que sujetarlo?

-Muy bien, Sebastián -dijo Sócrates con un suspiro-. Deje esa droga. Le diré todo lo que desea saber.

-Muy sensato de su parte, pero me parece que, ya que tenemos el niatol, no vamos a molestarnos en confiar en las excentricidades de su memoria. Súbase la manga.

Sócrates hizo lo que le decían, y Virtud se acercó a él con la jeringuilla en la mano.

-Eso parecen mucho más de dos centímetros cúbicos -señaló Cain.

-No se puede volver a congelar -replicó ella-. Vamos a echar la jeringuilla en un atomizador cuando hayamos usado lo necesario.

-Terwilliger -ordenó Cain-, póngase a su lado a inmovilícelo, por si cambia de opinión.

Terwilliger sujetó a Sócrates con renuencia.

-¿Por qué no lo hace usted mismo? -sugirió el jugador.

-Mi función es sostener la pistola -dijo Cain-. La suya es hacer lo que le diga. Adelante; no va a patearlo.

Terwilliger sujetó a Sócrates cautelosamente.

-Conozco el niatol, pero nunca lo he usado -dijo Cain-. En mi negocio, no solemos buscar confesiones. ¿Cuánto tiempo tarda en hacer efecto?

-Aproximadamente noventa segundos -contestó Virtud-. Tal vez un poco más. -Mientras Terwilliger mantenía inmóvil el brazo de Sócrates, lo pinchó un par de veces hasta que encontró una vena, y comenzó a inyectarle el niatol.

Entonces todo sucedió con tanta rapidez que ni siquiera Cain estuvo seguro de la progresión exacta.

Sócrates, como quien no quiere la cosa, se quitó el cigarro de la boca con la mano que le quedaba libre y de repente lo apretó contra la muñeca derecha de Virtud. Ella gritó y dio un salto atrás, soltando la jeringuilla, que permaneció clavada en el brazo de Sócrates. Terwilliger reaccionó al instante; girando en redondo, lanzó un golpe contra Sócrates que lo alcanzó en pleno cuello. El impulso hizo que el cuerpo del jugador quedara entre Cain y Sócrates.

-¡Al suelo con él! -gritó Cain; pero a pesar de que las palabras salieron de su boca y de que Terwilliger se arrojó al suelo, Sócrates ya había empujado el émbolo hasta el final antes de que Virtud pudiera detenerlo.

-Usted pierde, Sebastián-dijo con una sonrisa irónica cuando Cain advirtió lo que había hecho y bajó el arma.

-¡Estúpido bastardo! -exclamó Virtud-. En menos de un minuto estará muerto.

-Al menos, de esta forma no se sufre -dijo Sócrates, con la lengua de trapo.

-Bueno, ya que está a punto de enfrentarse con su Dios cara a cara, espero, por su bien, que sea de los que perdonan -dijo Cain.

-No se preocupe, Sebastián-dijo Sócrates con una risa hueca-. Está arreglado.

Se desplomó hacia delante.

-¡Mierda! -exclamó Virtud-. ¿Quién demonios podía imaginar que iba a hacer algo semejante? -Le levantó un párpado, observó su pupila unos segundos, y se lo cerró nuevamente-. Está listo.

-¿Está realmente muerto? -preguntó Terwilliger, observándolo.

Virtud lo miró con desdén y no respondió.

-Muchas gracias -dijo Cain, sardónico.

-¡No siga adoptando esa actitud de repugnante superioridad! -le espetó ella-. Si usted pensaba que era capaz de hacer algo así, debía haberlo dicho.

-Debería haberlo hecho a mi manera.

-Su manera tampoco habría funcionado. ¿Acaso no entiende que prefería sufrir lo que fuera antes que permitir que Santiago se enterara de que lo había traicionado? -hizo una pausa, y contempló pensativa a Sócrates-. ¿Qué clase de hombre puede inspirar tanto pánico?

-Tal vez lo mejor será que devuelva el adelanto que le dieron y no lo descubra -sugirió Cain.

-Ya he gastado la mayor parte -contestó ella-. No puedo volver sin mi reportaje. Además, ya he invertido un año de mi vida en este proyecto.

-Hay hombres que se han pasado treinta años buscando a Santiago -señaló Cain.

-La mayoría nunca llegó hasta este punto -dijo Virtud-. Y el periodista que realmente consiga grabaciones a holos de Santiago será tan famoso como él; necesitará un depósito para guardar sus premios, y podrá elegir sus trabajos y fijar su precio por el resto de su carrera. -Hizo una pausa-. Bien vale el esfuerzo.

-Trate de tomárselo de la mejor manera.

-No me doy por vencida -dijo con determinación-. Tengo otros contactos.

-Vaya -repuso él, con repentino interés.

Ella asintió:

-¿Bien, señor Cain?

-¿Bien qué?

-Le mostraré los míos si usted me muestra los suyos -le dijo sonriendo.

Cain se encogió de hombros:

-¿Por qué no?

-Hay una condición.

-¿Cuál?

-Nos mantendremos en contacto, y nos informaremos mutuamente de los progresos efectuados.

-¿Cómo?

Virtud hizo una seña apuntando hacia Terwilliger:

-Úselo a él. No es demasiado bueno para ninguna otra cosa, ¿no es así?

-¡Espere un momento! -exclamó el jugador enardecido.

-Eso está fuera de cuestión -dijo Cain-. Debería proporcionarle su propia nave.

-Deje que use la suya -dijo Virtud-. No estaremos tan alejados.

-¿Por qué supone que él simplemente no se irá con la información?

-¿Pueden dejar de hablar como si yo no estuviera presente? -preguntó Terwilliger con petulancia.

-Cállese -dijo Virtud. Se volvió hacia Cain-. Ofrézcale el diez por ciento de la recompensa. Eso debería bastar para comprar la lealtad del pequeño bastardo.

-Hasta ahora no le he ofrecido ningún porcentaje. ¿Por qué debería cambiar esa situación?

-Porque hasta ahora usted no posee información de ningún tipo.

Cain inclinó la cabeza y reflexionó durante minutos; luego alzó la mirada.

-Si sus contactos son los mismos que los míos, el trato queda anulado.

-Me parece justo -respondió ella.

-¿Acaso yo no puedo opinar? -exclamó Terwilliger.

-¿Quiere o no quiere el diez por ciento de veinte millones de créditos por hacer lo que se le ordena? -dijo Virtud.

El jugador le dirigió una mirada prolongada, y cuando se dio cuenta de la oferta que se le estaba haciendo, sonrió tímidamente.

-Estoy con ustedes -dijo.

-No sé por qué, pero no me sorprende -comentó ella-. Bueno, asunto arreglado. Ahora, supongo que es mejor que hagamos algo con el cadáver.

-Yo me ocupo de eso -dijo Cain.

-¿Después de pasar por la oficina de correos y ver si hay algún pedido de captura contra él? -sugirió ella.

-Correcto.

-Me parece que me merezco la mitad -continuó Virtud-. Fue mi niatol lo que lo mató.

-¿Es periodista o cazadora de recompensas? -preguntó Cain con ironía.

-¿Por qué no decir que soy una periodista mal pagada, y dejarlo así?

Cain la contempló un momento, y luego asintió:

-Muy bien. Si hay recompensa por él, le doy la mitad.

-¿Sabe una cosa? -dijo Terwilliger, que había estado estudiándola-. Podría ser condenadamente atractiva si hiciera un pequeño esfuerzo.

-Lástima que no pueda decir lo mismo de usted -dijo ella, volviendo su atención hacia Cain-. Muy bien, Pájaro Cantor, ¿está listo para comparar nuestras notas?

-Estoy listo -fue la respuesta.

-Tengo el presentimiento de que ésta será una larga relación de amistad -predijo Virtud.

-Haré lo posible para que al menos sea beneficiosa -respondió Cain.

-Ni que decir tiene.

Él sonrió y sacudió la cabeza:

-Eso es, justamente, lo único que sí hace falta decir. Ella le tendió la mano: -¿Socios? -Socios. Se estrecharon la mano por encima del solitario cadáver de Whittaker Drum.

SEGUNDA PARTE

EL LIBRO DE LA REINA VIRGEN

Librodot

6

La Reina Virgen puede beber, puede insultar,
y no le es ajeno el pecado.
Sabe lo que quiere dondequiera que baya estado,
y hará lo que sea para ganar.

El nombre era lo que Orfeo Negro consideraba una broma, pues aunque Virtud MacKenzie tenía muchas cualidades, buenas y malas, la de ser virgen no era una de ellas.

Se encontró con ella una sola vez, allá por el sistema Delphini -que era lo más cerca de los mundos de la Democracia que él había estado-, y le causó una fuerte impresión. Ella estaba bebiendo y jugando a las cartas al mismo tiempo, y ni siquiera advirtió su presencia; pero cuando acusó a un colega periodista de hacer trampas y recalcó lo dicho propinándole dos rápidos puntapiés en las ingles y partiéndole una botella de whisky en la cabeza, se aseguró un par de estrofas en su siempre creciente poema épico.

En realidad, no se enteró de que había sido incluida en él hasta unos meses más tarde, y se puso furiosa por el apodo que le había endilgado; pero un par de semanas más tarde se había tranquilizado, precisamente por la época en que decidió que figurar en la canción de Orfeo Negro podía llegar a abrirle alguna que otra puerta fuera de la Frontera.

Y así fue. Tuvo que esperar a que los discípulos del juglar y los intérpretes cayeran en la cuenta de que Virtud MacKenzie y la Reina Virgen eran la misma mujer y comenzaran a difundir la noticia a lo largo de la Frontera Interior, pero una vez que se corrió la voz, la ayudó a acceder a un par de lugares previamente inaccesibles en Terrazane -que fue donde tuvo noticias de Sócrates- y también a obtener su dirección a través de un mercader en Jefferson III.

No le había sido de gran ayuda en Pegaso, pero aquello era la Democracia, no la Frontera, y por esos lares Orfeo Negro no era más conocido que los marginados y los inadaptados a quienes cantaba. Cain y ella habían negociado la información respectiva en el apartamento de Sócrates hacía ya tres semanas, cada uno ocultándole al otro algún precioso dato -al menos, ella suponía que Cain se había guardado algo; sabía que ella sí lo había hecho-, y allí habían decidido que Cain estaba más preparado para seguirle el rastro a una asesina profesional como Altair de Altair, en tanto que Virtud podía valerse mejor que él en la Democracia, en cuyos mundos más estables y antiguos bien podía comenzar su búsqueda.

Había pasado casi una semana buscando a Salvatore Acosta, uno de los cuatro vendedores negros que le habían llevado la mercancía de Santiago a la Rosa de los Sargazos, y había descubierto, por medio de sus propias fuentes, que había sido asesinado en Pegaso dos meses antes.

Pegaso era un antiguo mundo minero, rico en oro y materiales de fisión, que se había transformado en un miembro de la Democracia densamente poblado. Había sido bautizado con ese nombre por el herbívoro dominante en el planeta, un animal pequeño similar al caballo que poseía un par de protuberancias carnosas justo detrás de la cruz. (Nunca habían sido utilizadas para otra cosa que para mantener el equilibrio, pero se parecían notablemente a alas atrofiadas.)

El propio planeta era uno de esos extraños mundos dispersos parecidos a la Tierra, pero no era verdaderamente habitable en el sentido estricto. Tenía oxígeno, nitrógeno y los diversos gases inertes que necesitaba el Hombre, pero en la proporción equivocada, y veinte minutos de exposición a esa atmósfera dejaba a cualquiera sin aliento y jadeante. Una hora podía ser fatal para alguien con problemas respiratorios, y ni siquiera los más saludables podían respirar ese aire más de dos horas.

Por alguna razón el planeta se convirtió en un objetivo altamente deseable para los bienes raíces. Tal vez fuera por el paisaje, ya que Pegaso era un mundo glorioso con picos

Librodot

nevados y literalmente miles de ríos serpenteantes, cubierto de una vegetación castaño dorada que lo convertía en perpetuamente crujiente y otoñal; aunque más probablemente fuera por su ubicación, ya que se hallaba a mitad de camino entre los mundos mineros de Spica y el enorme centro financiero de Dedalus II.

Los primitivos mineros habían vivido bajo tierra, con aire artificialmente adaptado, lo que los protegía de las noches extremadamente frías; pero en cuanto el mundo comenzó a recibir grandes cantidades de residentes permanentes, se comenzó a edificar, primero en una ciudad abovedada, luego en otras cinco, y últimamente en una séptima, que era casi tan grande como las otras seis juntas. Todas ellas tenían nombres griegos; la más nueva y grande de todas se llamaba Héctor, en honor al supuesto guerrero mítico a quien los historiadores locales creían, erróneamente, el domador o bien el jinete del caballo alado.

Apenas llegó a Pegaso y alquiló una habitación en un hotel de Héctor, Virtud MacKenzie se puso en contacto con Leander Smythe, un reportero que le debía un favor y que a regañadientes le permitió acceder al archivo que tenía en su ordenador con información sin expurgar sobre el asesinato de Acosta. No había demasiado que recoger: Acosta tenía un largo historial de negocios sucios, y más enemigos que pelos en la cabeza. Le habían cortado el cuello cuando salía del Perla del Mar, un restaurante cafetería al que acudía la escoria de la sociedad de Pegaso, y había muerto de inmediato. Se daba por sentado que se trataba de un asesinato de los bajos fondos, ya que durante más de una década Acosta no había hecho otra cosa que asociarse con criminales.

Virtud revisó luego la guía de comercios y restaurantes que todo hotel poseía, pero no pudo encontrar en ella el Perla del Mar, lo que indudablemente indicaba que esa taberna local en cuestión tenía una *clientela fija* que no necesitaba ni deseaba aumentar. Después tuvo acceso a un vídeo con una vista aérea de la ciudad, y lo redujo al área que rodeaba el restaurante. Parecía tan impecable, deslumbrante y bien mantenida como el resto de Héctor, pero advirtió que los policías patrullaban el área de dos en dos, lo que contribuyó a reafirmar su primera impresión de que visitar el lugar sola para formular preguntas puntuales no justificaba el riesgo que implicaba.

Cinco minutos más tarde tomaba contacto con el Departamento de Prensa de la policía local, y comprobó enseguida que las autoridades no estaban dispuestas a suministrar información alguna sobre un periodista marginal. Inmediatamente llamó por teléfono, pidió hablar con el Departamento de Homicidios, se identificó como la doliente mediohermana de Acosta, y solicitó que le informaran de los progresos que se habían hecho para aprehender a su asesino. La respuesta fue sumamente sencilla: no había habido ningún progreso, ni era probable que lo hubiese. Por la desdeñosa actitud que adoptaron al hablar de Acosta, tuvo la sensación de que lo único que harían si realmente atrapaban a su asesino sería estrechar su mano, y quizás honrarlo con una medalla.

Finalmente, hizo que el ordenador -un terminal de la oficina de correos de la ciudad- verificara que su mensaje había sido enviado, con el fin de ver si había alguna respuesta de Cain o de Terwilliger. No encontró nada, y decidió pasar algún tiempo más investigando el asesinato de Acosta antes de ir en busca de Khalythorpe, el contrabandista que respiraba metano que aparecía a continuación en la lista de la Rosa de los Sargazos.

Pidió al ordenador que le resumiera sus gastos hasta el momento, descubrió que ya había gastado casi trescientos créditos en honorarios de accesos, y le indicó que le avisara cuando llegara a los quinientos créditos.

Luego abrió una botella de vodka Camorian, se sirvió un vaso que encontró en el baño, trató de imaginar que dentro tenía una aceituna, se lo bebió con expresión pensativa y tomó una decisión sobre el siguiente paso a dar: acceder al ordenador principal de la biblioteca local. Allí revisó los hechos que en los últimos cinco años habían merecido algún comentario en la prensa, se limitó al nombre de Acosta, y salió con las manos vacías. A continuación, trató de encontrar alguna similitud entre su asesinato y otros que habían tenido lugar en la misma zona. Descubrió que, de los treinta y nueve asesinatos que se habían cometido en

Héctor durante el año anterior, treinta y dos habían tenido lugar a menos de un kilómetro y medio del lugar donde Acosta había sido encontrado, y que diecinueve eran el resultado de apuñalamientos. Era muy posible, concluyó tristemente, que Acosta sencillamente hubiera estado en el lugar equivocado en el momento equivocado; de cualquier forma, nada indicaba que hubiese muerto a causa de su asociación con Santiago.

Un punto muerto tras otro punto muerto; por último se enfrentó a dos posibles alternativas: comenzar a interrogar a las personas que quizás hubiesen conocido a Acosta, o abandonar el caso y salir en busca del que respiraba metano. Tomó una decisión y dio al ordenador la orden de que estableciera contacto visual con la oficina de Leander Smythe.

Momentos después, un hombre corpulento de mediana edad con un trasplante capilar visiblemente irregular, apareció en la pequeña pantalla.

-Sé que voy a lamentar hacerte esta pregunta -dijo cuando la reconoció-, pero ¿qué puedo hacer por ti?

-Me enfrento a una pared en blanco, Leander -contestó ella.

-¿A quién tratas de engañar, Virtud? -preguntó Smythe-. Sólo has estado cuatro horas en el condenado planeta.

-Es todo el tiempo que he necesitado para saber que no voy a conseguir lo que quiero por las vías normales -hizo una pausa-. Odio llamar para pedir favores -agregó con total falta de sinceridad-, pero necesito tu ayuda.

-Ya te he hecho un favor esta mañana -le recordó él.

Virtud sonrió:

-Me debes uno más grande, Leander. ¿O te gustaría que te refrescara la memoria?

-¡No! -se apresuró a contestar él-. Este canal no es seguro.

-Entonces invítame a almorzar y lo hablamos cara a cara.

-Estoy ocupado.

-Bien -dijo ella encogiéndose de hombros-. En ese caso, deberé buscar a algún otro de tu red de noticias que me haga un favor a cambio de una historia muy interesante acerca de un periodista local.

Se inclinó para cortar la comunicación.

-¡Espera! -exclamó, ansioso.

Ella retiró la mano y sonrió triunfante.

-Hay un restaurante en el último piso de mi edificio -dijo él-. Nos vemos allí dentro de media hora.

-Como tú digas -le respondió-. Soy tan sólo una pobre trabajadora.

Cortó la comunicación, se aseguró de que se sumaran a su cuenta de hotel los cuatrocientos noventa y tres créditos por el uso del ordenador, cursó una solicitud (sin muchas esperanzas) de descuento profesional del diez por ciento, tomó el ascensor para dirigirse hasta el cuarto piso del hotel, descendió en una plataforma, y Subió al Tubo Colgante -el término utilizado por los habitantes del lugar para designar el monorriel elevado- rumbo al edificio donde tenía su oficina Smythe. Mientras se deslizaba por él, pudo ver que, por encima de la cúpula, estaba cayendo una tormenta con aparato eléctrico; se encontraba en pleno apogeo y el cielo del mediodía se había vuelto casi negro. Se preguntó ociosamente cómo se protegerían del clima los pequeños herbívoros que habían dado nombre al planeta, ya que había visto pocos refugios naturales en el camino desde el puerto espacial hasta la ciudad.

Cuando llegó al edificio de Smythe, presentó sus credenciales al guardia de seguridad que estaba en la entrada. El hombre les echó una ojeada superficial, asintió, y la hizo pasar a un vestíbulo situado más arriba, donde tomó un ascensor hasta el último piso.

El restaurante habría impresionado a cualquiera nacido en la Frontera, pero a Virtud le pareció simplemente recargado: las mesas eran muy pequeñas, el mobiliario demasiado ornamentado, y había demasiados camareros seguros de sí mismos revoloteando. Comprobó que Smythe aún no había llegado, se enteró de que había reservado mesa para dos, permitió que el *maître* la escoltara hasta su asiento, y ordenó un cóctel del bar.

Smythe llegó aproximadamente cinco minutos más tarde, se dirigió directamente al bar, encargó una bebida para él, y luego se reunió con ella.

-Es una alegría verte después de todos estos años, Virtud -le dijo, con una sonrisa artificial.

-Eres muy amable al decir eso -repuso ella con sequedad-. Y qué bien mientes.

-Intentemos comportarnos con educación -dijo él, imperturbable-. Por lo menos, hasta que llegue la comida.

-De acuerdo.

Él tomó la carta, fingió estudiarla durante un momento, le recomendó a Virtud uno de los platos, llamó a uno de los camareros, y pidió la comida para ambos.

-Ha pasado mucho tiempo -dijo cuando el camarero se marchó hacia la cocina-. ¿Cuánto... cinco años?

-Seis.

-He tenido ocasión de ver algunos de tus trabajos, de vez en cuando, cuando alguno de tus reportajes ha necesitado distribución. Fue muy bueno el que hiciste sobre la guerra con los Borgaves.

-Unas bestias repugnantes, ¿no crees?

-¿Cómo te las arreglaste para aterrizar durante la primera avanzada invasora? -le preguntó él-. Generalmente eso está reservado a los corresponsales en jefe.

-Soborné a un comandante apuesto y joven.

-Por supuesto -dijo él con un tinte de amargura en la voz-. Siempre has sabido cómo conseguir lo que deseabas.

-Y todavía lo sé -le contestó ella, mirándolo directamente a los ojos.

Él sostuvo su mirada un instante y luego la apartó, incómodo: -¿Llegaste a casarte con aquel tipo con el que vivías?

-Viví con unos cuantos -le respondió-. Nunca me casé con ninguno.

-Lástima. -Sacó una elegante pitillera y le ofreció un pitillo. -No, gracias.

-Son muy buenos -dijo él, sacando uno y encendiéndolo-. Importados del sistema de Kakkab Kastu.

-Prefiero los míos -dijo ella, sacando una cajetilla.

-¿No los encuentras un poco ásperos?

-Vengo fumándolos desde que estuve en la Frontera -contestó Virtud-. Al cabo de un tiempo llegan a gustarte.

-¿Has estado en la Frontera?

-Casi un año.

-¿Qué estabas haciendo allí?

-Lo mismo que estoy haciendo en Pegaso: andar detrás de un reportaje. -Hizo una pausa y añadió-: Incluso he conseguido un socio muy interesante.

-Creí que siempre trabajabas sola-dijo Smythe.

-Esta vez necesitaba ayuda.

-¿Es alguien que conozco?

-Probablemente no -respondió Virtud-. ¿Has oído hablar del Pájaro Cantor?

Sacudió la cabeza:

-¿Es la empresa para la que ella trabaja?

-No es ella, es él.

-Nunca he visto un reportaje suyo.

-No me sorprende. Es un cazador de recompensas.

-¿En qué clase de historia endiablada estás trabajando?

-Si te lo digo, damos por concluido nuestro intercambio de amabilidades y comenzamos a hablar de negocios.

Él se removió incómodo en la silla, pero asintió con la cabeza.

-Íbamos a hacerlo, tarde o temprano. Supongo que es mejor que comencemos -se calló

un instante-. Salvatore Acosta era un contrabandista sin mucha importancia que murió sin un centavo. No mereció más que una necrológica de cinco segundos. Así que, ¿a quién estás buscando realmente?

-A Santiago.

Él se echó a reír:

-Tú y diez mil periodistas más.

-Mi caso es diferente -dijo seriamente Virtud-. Yo lo voy a conseguir.

-Te deseo suerte.

-No necesito suerte -replicó ella-. Necesito información.

-Probablemente tú sepas más que yo sobre Acosta.

-Olvida a Acosta -dijo Virtud-. Es una vía muerta. Necesito otra cosa.

-¿Por ejemplo?

-Alguien que pueda decirme dónde está Santiago.

Smythe volvió a reír:

-¿Por qué no pides un millón de créditos, ya puesta? Una cosa es tan probable como la otra.

-Quienquiera que sea, no tiene por qué conocer el cuartel general de Santiago. Sólo tiene que señalarme la dirección correcta.

-¿Qué diablos te hace pensar que alguien de Pegaso tiene tratos con Santiago?

-Es que, con el debido respeto por tu hermosa ciudad, no es exactamente un paraíso turístico. Acosta se encontraba aquí para distribuir mercancía o dinero, o bien para recoger algo. Probablemente no tratara directamente con la persona que busco... pero eso no significa que tú no puedas ayudarme a encontrarla.

-¿Estás diciéndome que Acosta trabajaba para Santiago?

-Indirectamente. Dudo que se hayan encontrado alguna vez. Acosta era sólo una vía de salida para los artículos robados, o quizá para el dinero. Lo que necesito de ti es el nombre del operador más importante de Héctor.

-Harrison Brett -respondió Smythe sin vacilar.

-¿Tiene antecedentes penales?

-Sí.

-Cuéntame.

-Tiene treinta arrestos en su haber.

-¿Alguna condena?

Smythe parecía incómodo:

-Dos.

-¿Sentencias en suspenso?

Él asintió.

-¿A quién soborna?

Smythe se encogió de hombros:

-A todos.

Virtud sonrió:

-Vamos, Leander... estás hablando con Virtud, no con un patán de tu sala de redacción.

-¿Por qué no presionas directamente a Brett? -preguntó él, en un tono de voz que indicaba que conocía la respuesta tan bien como ella.

-¿Cómo se presiona a un hombre que sabe que no puede ir a la cárcel? -replicó ella-. El nombre, por favor.

-No conozco ningún otro nombre.

-Poco inteligente, Leander -dijo ella de un modo abominable-. Muy poco inteligente.

-Es la verdad -insistió él, a la defensiva.

-Sin embargo, yo sí sé otro nombre -dijo ella-. El nombre que yo sé es el de Leander Smythe. También sé de algunos hechos que acompañan a ese nombre. ¿Quieres oírlos?

-No -respondió él, apagando rápidamente el cigarrillo.

-Son hechos interesantes -continuó ella-. Se refieren a cómo falsificó pruebas en su primera gran historia y ayudó a enviar a prisión durante ocho años a un hombre inocente.

-¡Me encubriste, por los clavos de Cristo! -exclamó él con un siseo-. Si sabías que era inocente, ¿por qué no impediste toda la cuestión cuando tenías la posibilidad de hacerlo?

-Oh, merecía ir a la cárcel -dijo ella dulcemente-. Era un bastardo sin remisión, y la policía había pasado años tratando de atraparlo -lo contempló con expresión seria-. Pero aun así, era inocente de los cargos que se le imputaron basándose en tu información.

-Entonces deberías haber dicho algo en su momento.

-Lo hice -replicó ella, apurando su copa-. Te dije que me debías un favor a cambio de mi silencio, y algún día me lo voy a cobrar.

-¿Sabes? -preguntó él con expresión sombría-. Nunca me gustaste demasiado. Siempre fuiste demasiado ambiciosa; has estado tramando y conspirando permanentemente.

-¿Por qué voy a negarlo? -dijo ella con calma-. Sólo añadiré que la gente como tú es la que lo hace más fácil.

-¿Y qué harás cuando finalmente llegues a la cima y ya no haya más cuerpos sobre los cuales trepar?

-Principalmente, disfrutarlo -repuso Virtud-. Y voy a protegerme infinitamente mejor de lo que ha hecho cualquiera de vosotros.

-¿Cuántos favores más has acumulado a lo largo de los años? -preguntó él, amargamente.

-Algunos.

-¿Y a cuántos más has chantajeado con ellos?

-No te estoy chantajeando, Leander -respondió Virtud-. Tengo otras puertas a las que llamar. Si no quieres hacerme un favor, no tienes ninguna obligación. Olvida que te lo pedí.

-¿Lo dices en serio?

-Absolutamente -hizo una pausa-. Naturalmente, tendré que hacer una visita a tus superiores. Después de todo, soy periodista, y lo que hiciste bien merece ser noticia, a pesar de los años que han pasado -sonrió-. No te preocupes: no irás a la cárcel por ello... pero será mejor que vayas buscando otra ocupación.

-¿Alguna vez has hecho algo sin esperar retribución? -le preguntó Smythe.

-Sí.

-¿Cuántos años tenías? ¿Seis?

-Menos. E inmediatamente decidí que no me convenía.

-¿A quién tuvo que matar para ti tu cazador de recompensas antes de que te asociaras con él?

-En realidad, tuvo que postergar el matar a alguien -dijo Virtud-. Pero nos estamos yendo por las ramas. Necesito un nombre.

Smythe encendió otro pitillo, muy nervioso, antes de que se hubiera consumido el anterior:

-Debes comprenderlo, no puedo verme involucrado en esto.

-No lo estarás -le aseguró ella, inclinándose hacia él-. El nombre.

-¿Y eso es todo? -dijo él-. ¿No volverás a sacar a relucir otra vez esa condenada historia?

-Te lo prometo.

Leander lanzó un suspiro:

-Dimitri Sokol.

-¿Hasta qué punto es importante?

-Es muy importante. Es un multimillonario, dirige media docena de corporaciones, controla un par de organismos oficiales, y se rumorea que se ha comprado una embajada en Lodin Once.

-Mejor que mejor -dijo ella con sonrisa ávida-. ¿Qué tienes sobre él?

-Oficialmente, nada.

-Vamos, Leander. Suéltalo de una vez y olvida que me lo has dicho. ¿Mujeres?

Smythe sacudió la cabeza:

-Ni por asomo.

-¿Hombres? ¿Jovencitos? ¿Drogas?

-Sólo dinero. Fue el socio capitalista de una operación de contrabando en el sistema Blinder, aunque me parece que te llevaría más de una vida rasgar el velo que oculta su corporación. Tengo la impresión de que tuvo algo que ver con un par de asesinatos cometidos hace seis años (muy de refilón), y sé que da y recibe sobornos. De todos modos, en algún momento decidió que quería ser respetable, y durante los últimos tres años se ha dedicado a limpiar su imagen.

-¿Y ahora aspira a una embajada?

-Eso me contaron.

-Muy bien. Leander, comienza a darme nombres y fechas; luego cada uno podrá seguir su camino.

-No conozco nombres ni fechas con seguridad. Todo son chismorreos y conjeturas.

-Lo sé. Ahora, habla.

-¡Demonios! Desearía poder darte una píldora suicida, o algo parecido, por si esto no funciona.

-No me la tomaría.

-Lo sé... -murmuró él.

Llegó la comida, y mientras comían -ella con entusiasmo, él sin ningún interés-, Smythe le expuso todos los pormenores de los asuntos de Sokol que había logrado reunir. Virtud no tomó ninguna nota, pero él sabía que, un mes más tarde, sería capaz de recitar la lista palabra por palabra.

-Trataré de concertar una entrevista con Sokol para mañana por la tarde -anunció Virtud cuando terminaron de comer y se encontraban apurando sus últimas copas.

-¿Por qué supones que querrá verte? -preguntó Smythe.

-¿Desperdiciar una entrevista con una periodista de Deluros, teniendo una embajada en el punto de mira? -repuso ella con una risita burlona-. Ni lo sueñes.

-¿Desde cuándo eres de Deluros?

-Desde mañana por la mañana.

-Va a investigarte antes de recibirte.

-Lo sé -dijo Virtud-. Por eso vas a programar mis nuevas credenciales en el ordenador de tu red de noticias. Es el primer lugar que va a revisar si tiene alguna duda sobre mí.

-¡Y una mierda! -estalló él, y luego bajó el tono de voz cuando advirtió que estaba llamando la atención de los demás comensales-. Eso no forma parte de nuestro trato -dijo, bajando la voz aún más.

-Cierto. No voy a amenazarte con tu... ah, indiscreción periodística una vez más. Te di mi palabra, y tengo la intención de mantenerla.

-Entonces, asunto zanjado -dijo él con firmeza-. No voy a cargar en el ordenador credenciales falsas.

-La decisión corre absolutamente de tu cuenta -dijo ella-. Supongo que deberé decirle a Sokol que verifique mi posición personalmente contigo. -Se encogió de hombros-. Siempre cabe la posibilidad de que no sume dos más dos y de que no se imagine quién me proporcionó la información que pienso usar con él.

-Lo harías, ¿verdad? -dijo él, furioso-. ¡Claro que lo harías!

-Nadie va a impedirme encontrar a Santiago, ni tú ni nadie. He apostado mi carrera a ello.

-¿Por qué entonces no buscas una carrera nueva? Forma una familia, o algo así, en lugar de chantajear a los viejos amigos. ¡Jesús, me da pena tu socio!

-Él sabe cuidarse muy bien. Me parece que deberías dedicar tu simpatía a una dulce a inocente muchacha como yo.

-¿Inocente de qué? -le preguntó, disgustado.

-Recordarás cambiar mis credenciales, ¿verdad? -dijo ella dulcemente, mientras cogía el bolso y se ponía de pie.

-Sí -murmuró él-. Las cambiaré.

-Y una cosa más, Leander.

-¿Qué otro pequeño favor puedo hacerte? -le preguntó-. Arráncame los ojos, así podrás jugar a las canicas con ellos.

-Quizás en otra ocasión. -De pronto se puso seria-. Estoy segura de que todo irá bien, pero si no regreso, o no te aviso de que estoy bien, quiero que te pongas en contacto con Sebastián Cain.

-¿Quién diablos es?

-El Pájaro Cantor -le dio el número de registro de su nave-. Debería encontrarse en el sistema Altair dentro de uno o dos días.

-¿Qué mensaje quieres que le dé?

-Me parece que eso es obvio -repuso ella-. Puedo morir sin ser llorada, pero te aseguro que no planeo morir sin ser vengada.

7

Dado que Orfeo Negro jamás regresó a los populosos mundos de la Democracia, y Dimitri Sokol jamás se apartó de ellos, es muy natural que aquél no le haya dedicado a Sokol ni un verso ni un apodo. Nunca se encontraron, sus caminos jamás se cruzaron, ninguno de los dos sabía siquiera que el otro existía, lo que probablemente era una ventaja: a Orfeo Negro no le habría gustado demasiado. Orfeo amaba a los desinhibidos, pintorescos hombres y mujeres de la Frontera; Sokol era tranquilo, calculador y controlado. Orfeo pintaba su mundo con colores primarios; Dimitri Sokol era un pastel.

Sokol era un hombre civilizado, y como tal era indulgente con los crímenes de la civilización. Si un hombre era asesinado, su mano bien podía haber sostenido el talonario de cheques, pero jamás el arma homicida. Si había que llevar a cabo alguna operación de contrabando o de mercado negro, ponía entre él y sus mercenarios tantas compañías financieras a intermediarios que bien podía haberse encontrado en el propio Deluros VIII. Anhelaba respetabilidad, cosa que Orfeo Negro desdeñaba, y a su vez desdeñaba la notoriedad, a cuya perpetuación Orfeo Negro había dedicado su carrera.

Orfeo lo habría considerado un hipócrita, que sin duda es una interpretación posible; pero la verdadera raíz de la cuestión era que Sokol se las ingeniaba para moverse sobre una fina línea que separaba sus actos de sus expectativas con una habilidad que incluso el Bardo de la Frontera Interior habría admirado.

Poseía cabañas de vacaciones en Brillo de Mar y en Pólux IV, y un edificio de oficinas -que no había visitado en años- en Canphor VII. Efectuaba cuantiosos donativos de caridad todos los años, y recientemente había sufragado la ampliación de un hospital en Palas Atenea, la más antigua de las ciudades abovedadas de Pegaso. Era un mecenas de las artes, y siempre se podía contar con su espléndida colaboración para el mantenimiento de la orquesta sinfónica local o del ballet; ya no colaboraba con la ópera, pero era de público conocimiento que desaprobaba la relación sentimental de su hija con uno de los principales tenores, y nadie se lo tomó a mal.

Había pasado la mayor parte de sus horas de trabajo en un ático instalado en lo más alto de uno de los edificios residenciales más codiciados de Héctor. Constaba de doce habitaciones; nueve cumplían la función de residencia familiar -un hijo varón y dos hijas aun vivían con él-, y los otros tres, con su entrada privada, habían sido convertidos en una suite de oficinas.

Poco después de las doce Virtud MacKenzie se presentó en el vestíbulo, aguardó mientras una guardia de seguridad femenina anunciaba su presencia, y luego tomó un ascensor que la llevó directamente hasta las oficinas de Sokol. Al salir se encontró en un pequeño salón; una secretaria le informó de que la estaban esperando, y luego la acompañó a un estudio amueblado con opulencia.

-Estará con usted dentro de un instante -dijo la secretaria, volviendo a su puesto junto al ascensor.

Virtud aprovechó ese tiempo para echar un vistazo a su alrededor. Dos de las paredes estaban cubiertas por objetos de arte provenientes de distintos puntos de la Democracia, la mayoría caros y algunos buenos, pero ninguno de buen gusto. Una tercera pared, ocupada por un ventanal del suelo al techo, ofrecía una impresionante vista de un río azul y un profundo barranco situados justo detrás de la cúpula. La alfombra era lujosa, de algún material alienígena que pareció contraerse al entrar en contacto con su pie, para luego volver a su posición normal y empujarla en cuanto lo apoyó. Había una gran pantalla holográfica de video, cuyos controles estaban incrustados en el brazo de un sofá de cuero. También había cuatro sillas a juego, dos de ellas prácticamente intactas, las otras con alguna señal de uso. Un extraño instrumento musical, voluminoso como un piano pero de una clave que ella jamás

Librodot

había visto, estaba cuidadosamente colocado en un rincón. Sobre él había seis pequeños cubos, cada uno con un holograma de algún miembro de la familia Sokol. Tomó uno que mostraba a una mujer joven y encantadora, y lo examinó.

-Mi hija menor -dijo una voz amable y firme, y Virtud se volvió para descubrir que Sokol había entrado en la habitación.

Era un hombre alto, fornido sin llegar a gordo, con una melena gris y un bigote muy cuidados. Sus ojos eran de un azul profundo, su nariz absolutamente recta, su mandíbula cuadrada, sin ser prominente. Llevaba un traje bordado que hacía poco estaba de moda en Deluros VIII.

-Es muy bonita -comentó Virtud, devolviendo el cubo a su lugar.

-Gracias -dijo Sokol-. Le diré que usted ha dicho eso. -Tocó un botón oculto tras un cuadro, a instantáneamente descendió una parte de la alfombra y en el hueco que quedó apareció un bar, pequeño pero bien provisto-. ¿Le preparo un trago?

-¿Por qué no? -replicó ella.

-¿Qué prefiere?

-¿Qué me recomienda?

Sokol tomó una botella de forma extraña:

-Brandy Cygniano. Regalo de un amigo que hace poco regresó de Altair.

-Si no he entendido mal, ha dicho que era Cygniano -señaló ella, archivando la referencia a Altair por si las dudas.

-Eso dije. Pero el brandy Cygniano es muy apreciado en toda la galaxia -hizo una pausa, y luego sonrió-. Si ha tenido la oportunidad de probar alguna vez lo que fabrican en Altair, entenderá por qué prefirió traerme éste.

Sirvió dos copas, y le alcanzó una.

-Muy bueno -dijo ella, después de beber un sorbo.

-¿Desea sentarse? -le preguntó, escoltándola hasta una silla, y sentándose frente a ella. Sacó un cigarro del bolsillo-. ¿Le importa si fumo?

-En absoluto.

-Es de la vieja Tierra -dijo orgulloso, encendiéndolo-. Son muy difíciles de conseguir en estos tiempos.

-Me lo imagino.

-Así y todo -dijo él, exhalando el humo-, bien valen el esfuerzo. -Hizo una pausa-. A propósito, ¿dónde está el equipo de cámaras?

-No tengo -replicó ella, abriendo su gastada cartera y sacando un pequeño chisme metálico, lleno de ranuras, que colocó entre los dos-. Esto posee un par de lentes gran angular en tres dimensiones, que pueden seguirlo a usted a cualquier lugar de esta habitación, y tiene una grabadora incorporada que registrará todo lo que diga. -Pulsó un diminuto botón activador-. No tiene calidad de estudio, pero uno nunca sabe en qué condiciones hallará el terreno, y se trata de un artilugio bastante manejable.

-¡Sorprendente! -exclamó él, observándole fascinado-. ¿Cubre un área de trescientos sesenta grados sin moverse?

Ella asintió:

-Exacto... lo que significa que yo también estaré en todas las fotos. Cuando lo lleve al laboratorio, lo editarán en formato de reportaje, cortando el uno o el otro a medida que hablemos. Nadie, excepto usted, yo y los técnicos del laboratorio, sabrá que no había todo un equipo detrás.

-¿Y esto saldrá al aire en Deluros VIII? -preguntó él, con el interés reflejado en el rostro.

-Y en otra media docena de sistemas.

-¿Podré tener una copia de la edición definitiva para mi.

-No veo por qué no -dijo Virtud-. Naturalmente, necesita un equipo profesional para poder pasarlo.

-Algo tengo, y puedo acceder a otro aún mejor.

-Bien. ¿Comenzamos?

-Cuando usted disponga-dijo Sokol.

Virtud procedió a llevar a cabo una entrevista minuciosa y profesional durante los treinta minutos siguientes, previendo la posibilidad de llegar algún día a venderla, si no a la red de Leander Smythe, tal vez a alguna otra agencia de noticias de Pegaso, o incluso a alguna de Lodin XI si Sokol llegaba a ser destinado allí.

-Bien -anunció finalmente, apagando la grabadora-. Creo que ya está.

-Ha sido un placer -respondió Sokol-. Me hará saber cuándo estará listo, ¿no?

-Desde luego -contestó Virtud-. Por supuesto, depende de cómo responda a la siguiente pregunta.

-¿Perdón?

-Tengo otra pregunta que hacerle.

-¿No va a activar nuevamente su máquina?

Ella negó con la cabeza:

-Ésta está fuera de programa.

-Muy bien -aceptó él, reclinándose cómodamente-. Pregunte.

-Quiero que lo piense muy bien antes de responder.

-Creo que estoy bastante acostumbrado a preguntas complicadas -replicó él, confiado.

-Me alegra saberlo -dijo Virtud, observándolo con cuidado-. ¿Dónde puedo encontrar a Santiago?

Por un breve instante, pareció sorprendido. Luego, su sonrisa de político profesional le iluminó la cara:

-En mi opinión, Santiago no es otra cosa que un mito de la Frontera. Si existió alguna vez, a estas alturas ya está muerto.

-Está vivo.

-Lo dudo mucho.

-Si lo que quiere es alguien que no existe, señor Sokol -dijo ella-, pruebe con Sidney Peru.

De pronto la sonrisa se esfumó:

-¿Quién es Sidney Peru?

-Era un contrabandista, y fue asesinado hace seis años.

-Nunca oí hablar de él.

-¿Qué me dice de Heinrich Klausmeier? -preguntó ella.

-El nombre no me resulta en absoluto familiar.

-Ambos trabajaban para usted -dijo ella-. Y fueron asesinados.

-¿Qué es esto... una especie de campaña de calumnia-en-el-último-minuto? -le preguntó él fríamente-. Porque sí es así, ha venido al sitio equivocado. Cualquiera puede revisar mi expediente. No tengo nada que ocultar.

-Creo que tiene mucho que ocultar, señor Sokol -dijo Virtud-. Por ejemplo, una banda de contrabandistas en Binder Diez.

-Hace cinco años que no estoy en Binder Diez. Además, la prensa trató de cargarme ese mochuelo la primera vez que monté una oficina. No va a llegar más lejos con eso de lo que llegaron sus colegas, por la sencilla razón de que no soy un criminal.

-Mis predecesores no sabían lo que yo sé.

-¿Y qué es lo que cree saber? -preguntó él, imperturbable.

-Sé que si no me orienta en dirección a Santiago, va a haber un programa muy interesante de periodismo de investigación en su videopantalla antes de que concluya la semana.

Él la miró largamente y con dureza; luego sonrió, confiado:

-Haga lo que le parezca. Nunca oí hablar de nadie llamado Peru o Klausmeier.

Ella lo observó. No le cabía la menor duda de que él sabía de qué le estaba hablando; la

cuestión era hasta qué punto creía estar protegido. Decidió jugar otra carta.

-No es eso lo que me dijo Salvatore Acosta antes de morir -señaló.

Él resopló, burlón:

-Otro hombre misterioso. ¿Quién diablos es Salvatore Acosta?

-Trabajaba para usted, hace ya mucho tiempo.

-Nadie llamado Acosta trabajó jamás para mí.

-Tengo una cinta grabada por él en la que lo involucra en los asesinatos de Peru y de Klausmeier.

-Lo dudo mucho.

-¿No puede siquiera admitir la posibilidad? -dijo ella-. Es posible que no sirva como prueba ante un tribunal, o tal vez sí... pero lo que sí es seguro es que le costará un puesto en Lodin Once.

-Usted no tiene tal cinta... y si la tiene, ese hombre es un mentiroso.

Virtud se encogió de hombros y se dirigió hacia la puerta.

-Allá usted con sus opiniones -se volvió hacia él-. Nuestro laboratorio de edición no puede realizar su trabajo con nuestra entrevista hasta tener un permiso firmado; mañana por la mañana le enviaré un formulario en blanco.

Sokol la miró fijamente.

-¿Sabe? Podría haber hecho que esto fuera mucho más agradable para usted si se hubiera mostrado abierta y directa conmigo -dijo finalmente.

Ella soltó una carcajada:

-¿Cuánto más directa puedo ser?

-Si tan sólo me hubiera dicho: «Señor Sokol, creo que está equivocado al creer que Santiago ha muerto, y desearía tener cualquier información que usted pudiera darme y que me condujera hasta él», yo habría estado encantado de conversar con usted. Pero no me gusta que me intimide ni que me chantajee, especialmente cuando todo lo que tiene son mentiras y calumnias.

Ella lo miró un instante y luego dijo:

-Señor Sokol, creo que está equivocado al creer que Santiago ha muerto, y desearía tener cualquier información que usted pudiera darme y que me condujera hasta él.

Él le sonrió y repuso:

-En ese caso, estaré más que encantado de ayudarla en todo lo que esté a mi alcance. El hombre que quiere ver es un bandido de la Frontera.

-¿Cuál es su nombre?

-No tengo ni idea de cuál es su verdadero nombre... pero se hace llamar el Alegre Botinero.

-¿Dónde puedo encontrarlo?

-Ha establecido su cuartel general en un planeta llamado Barra Dorada, en el sistema Jolain.

-¿Cuál es su relación con Santiago?

-Solía trabajar para él.

-Igual que mucha gente -señaló Virtud-. ¿Qué lo convierte en único?

-Conoce a Santiago personalmente.

-Más le vale decirme la verdad -dijo ella, amenazante.

-Haga lo que quiera con su cinta -le contestó él, indiferente-. La verdad no puede perjudicarme, y las mentiras no pueden ayudarla. -Se acercó a la puerta, movió la mano ante un sensor oculto y la puerta se deslizó dentro de la pared-. Estaré a la espera de ver la entrevista, una vez que haya sido editada.

-Es lo menos que puedo hacer por usted -le contestó ella, atravesando el saloncito de recepción camino del ascensor.

Sokol se quedó contemplando el sitio donde ella había estado parada, encendió otro cigarro, retrocedió hasta donde guardaba el licor y se sirvió otro brandy.

-¿Lo has escuchado todo? -dijo, en tono coloquial.

-Sí -contestó una voz incorpórea.

-Quiero que la sigáis.

-¿Sólo seguirla? -preguntó la voz.

-Hasta que descubramos dónde obtuvo la cinta, o decidamos que era un farol. Y no quiero que abandone el planeta sin que yo sepa una a otra cosa. Entretanto, quiero un informe completo sobre ella. No la basura que nos dieron esta mañana en la red de noticias, sino la verdad. -Hizo una pausa-. Tienes cuatro horas.

-Podría tardar algo más.

-Cuatro horas -repitió Sokol.

En realidad, tardó tres horas y diez minutos, lapso durante el cual Sokol concedió otra entrevista, esta vez a un periodista local, y comenzó a preparar un discurso que iba a dar en un encuentro político para recaudar fondos la noche siguiente. Finalmente entró en la habitación un hombre rubio, de edad indefinida, que llevaba un cuaderno de notas en la mano.

-Siéntate -dijo Sokol. Era una orden.

-Ya he introducido todo esto en el ordenador -dijo el hombre-. Pero pensé que querría verlo personalmente, por si tenía alguna pregunta que hacerme.

-Se llama Virtud Paciencia MacKenzie, o Virtud Pacia MacKenzie -dijo el hombre-. Los registros no son muy claros. Mi opinión personal es que se cambió el segundo nombre de Paciencia por el de Pacia cuando tuvo edad para ello. Nació en Before, creció en Sirio Cinco, obtuvo su graduación en Aristóteles...

-¿Ése es el planeta universitario que crearon hace unos años? -interrumpió Sokol.

-Exacto. Sus calificaciones eran mediocres, pero Aristóteles es un sitio con mucha clase, y estuvo en condiciones de conseguir un contrato con una red de noticias inmediatamente después de graduarse.

-¿Cuánto tiempo ha estado trabajando fuera de Deluros? -preguntó el político.

-Nunca en su vida ha estado en Deluros. Trabajó en relación de dependencia cerca de diez años, la mayoría en el sector Alfar, y luego comenzó a trabajar como independiente.

-¿Perfil personal?

-Siempre ha sido sumamente brillante, precoz inclusive. Bebe más de lo que debería, y se sabe que juega... mal, debo añadir. Al parecer tiene un problema para formalizar relaciones: de cualquier forma, ha tenido seis relaciones serias, ninguna de las cuales duró más de un año.

-A mí eso no me suena muy serio.

-Es todo lo serio que es cualquier cosa para ella, excepto su carrera.

-Pues entonces cuéntame algo sobre su carrera.

-Tiene problemas con la autoridad; de hecho, ha sido despedida en dos ocasiones por insubordinación. Su trabajo ha sido realmente bueno, muy por encima del promedio, pero no se ha topado con la clase de reportaje que podría mejorar su reputación. Se preocupa mucho por el éxito; teme que el tiempo la deje atrás, y se está impacientando. Hace cerca de un año se las ingenió para hacer que un par de banqueros pusieran dos millones de créditos para este proyecto de Santiago. Todavía no sé cómo; es probable que se acostara con ellos, y es más probable aún que los chantajeara. Ha estado trabajando en el proyecto durante once meses, y ha gastado las dos terceras partes del dinero. -Hizo una pausa-. Tengo la sensación de que ésta es una situación de vida o muerte para ella. Si termina sin historia, está acabada.

-¿Por qué no se limitó a tomar el dinero y desaparecer?

-Prefiere ser rica y famosa que sólo rica.

-Conozco ese sentimiento -murmuró irónicamente Sokol. Miró al hombre rubio-: ¿Algo más?

-Sí. Encontró a Whittaker Drum hace tres semanas, y puede incluso haberlo matado.

-¿Qué clase de afirmación a medias es ésa? -preguntó Sokol-. Lo mató, o no.

-No es tan sencillo. Mientras se encontraba en Declan Cuatro, se asoció con un cazador de recompensas llamado Cain, que busca a Santiago por el dinero. Por lo que he podido

averiguar, es muy bueno en su trabajo. Ambos estuvieron en el apartamento de Drum al mismo tiempo; no se puede saber cuál de los dos lo mató. -Echó un vistazo a su cuaderno de notas-. Hay otra persona involucrada: un jugador profesional llamado Terwilliger. Cain lo reclutó en Port Étrange, y han viajado juntos desde entonces. No sé si forma o no parte de la sociedad. Deduzco que fue él quien condujo a Cain hasta Drum, o alguien que podía identificar a Drum, a cambio de algún favor.

-¿Qué clase de favor?

-No lo sé... pero los jugadores suelen crearse enemigos. Es muy conveniente tener a mano un cazador de recompensas, especialmente en la Frontera.

-Muy bien -dijo Sokol, encendiendo otro cigarro y contemplando un instante su extremo brillante-. Volvamos a MacKenzie. ¿Cómo llegó hasta mí? Drum no sabía siquiera que yo existía.

El rubio se encogió de hombros:

-No lo sé.

-Entonces te lo diré yo -continuó Sokol, pensativo-. Alguien se lo dijo... Acosta, o algún otro. ¿A quién ha visto desde que llegó a Pegaso?

-Sólo a Leander Smythe.

Sokol sonrió:

-Ahí tienes la respuesta. Ese pequeño bastardo le ha servido en bandeja toda la porquería que ha estado tratando de endilgarme durante todos estos años.

-Quizás -estuvo de acuerdo el rubio-. Pero creo que es mejor que estemos seguros antes de hacer ningún movimiento.

-Eso no debe de ser tan difícil. Dicho sea de paso, ¿quién era este Acosta?

-Un contrabandista. Probablemente le llevara algo a Santiago de vez en cuando.

-¿Alguna vez hemos tenido tratos con él?

-No directamente.

-¿Es posible que supiera mi nombre?

-Todo es posible.

-Veámoslo desde otro ángulo -dijo Sokol-. ¿Cuándo lo mataron?

-Hace un par de semanas.

-¿Antes de que Virtud MacKenzie aterrizara en Pegaso?

-Exacto.

Sokol sonrió:

-Entonces nunca se encontraron.

-No podemos estar seguros de eso. No tenían por qué encontrarse en Pegaso.

-Por supuesto que sí -replicó Sokol-. Habría venido a mí al segundo de haber tenido esa entrevista. Ha estado mintiendo todo el tiempo.

-¿Puede permitirse correr ese riesgo?

Sokol frunció el ceño.

-No del todo. No puede hacerme un daño muy serio, pero sí puede arruinarme el asunto de Lodin Once. -Se detuvo un instante, haciendo girar el cigarro entre los dedos-. Averigua por dónde anduvo Acosta todo el año pasado y fíjate en si es posible que se encontraran en algún otro lugar que no fuera Pegaso.

Una hora más tarde, el rubio estaba de vuelta.

-¿Y bien? -inquirió Sokol.

-Estaba en lo cierto: Acosta y MacKenzie jamás han estado a menos de cincuenta años-luz de distancia.

-¡Lo sabía! -exclamó Sokol, triunfante.

-¿Qué quiere que haga ahora? -preguntó el rubio.

-Ella debe de tener un sitio en algún lugar de Héctor donde recibir o dejar mensajes. Hay una posibilidad de que ya se haya puesto en contacto con Cain, de manera que mañana quiero que encuentres la forma de comunicarte con Santiago. Adviértele que esté atento, por

si Cain o el jugador consiguen realmente localizar al Botinero.

-¿Mañana?

Sokol asintió.

-Esta tarde irás a buscar a Leander Smythe, y te encargarás de que nunca más vuelva a difundir rumores malintencionados sobre mí. No *deseamos matar* a ningún miembro de la prensa, pero quiero darle una lección inolvidable. Y no le digas quién te envía. Se dará cuenta solo.

-Eso me ocupará esta tarde y mañana por la mañana -dijo el rubio-. ¿Y esta noche?

-¿Esta noche? Pues vete a casa y duerme.

-¿Y qué pasa con Virtud MacKenzie?

-No tiene la cinta, así que no representa una amenaza inmediata. Y no quiero que le ocurra nada mientras siga en Pegaso.

-¿Y una vez que haya partido?

Sokol esbozó una sonrisa:

-Eso es otra cosa, ¿no te parece?

Librodot

8

Lo llaman Padre Guillermo.
Su objetivo no es fácil de averiguar.
juega a salvar pecadores del infierno;
pero es famoso por matarlos sin vacilar.

Cada vez que alguien se sienta a conversar con Orfeo Negro, tarde o temprano surge la misma pregunta: ¿a quién considera el personaje más memorable con el que se ha encontrado a lo largo de todas sus andanzas? Él se arrellana en la silla, sorbiendo su vino con la mirada perdida, disfrutando del momento y de los recuerdos, y justo cuando sus interlocutores comienzan a pensar que van a quedarse sin respuesta, sonríe y dice que ha visto gran cantidad de hombres y mujeres en la Frontera Interior: asesinos como el Pájaro Cantor y Charlie *Única-vez;* figuras trágicas como Schussler *el Cyborg;* empresarios como Descartes Blanco (a quien él había rebautizado como Carte Blanche, sobrenombre con el que estaba inusualmente encantado); buenas mujeres como Anita *la Silenciosa* y Sara *la Bendita;* malas mujeres como *Nariz Chata* Sal y la Hermana Sordidez; incluso superhombres como *Montaña Humana* Bates; pero ninguno de ellos le llegaba ni a los talones al Padre Guillermo.

Había sido un caso de amor a primera vista. No un amor físico o personal, sino la clase de amor que un paisajista siente al ver una hermosa puesta de sol. Orfeo Negro pintaba sus cuadros orales en lienzos de gran tamaño, y aun así, el Padre Guillermo era demasiado grandioso para caber en ellos.

Fue en el sistema Corvus donde Orfeo lo vio por vez primera, predicando sobre los fuegos del infierno y la condena eterna desde su púlpito, y desafiando a los presentes -entre quienes se hallaban varios personajes notables- a no dejar donativo en el cepillo adornado con su anagrama. La siguiente oportunidad de verlo la tuvo dos años más tarde, en el conjunto Quinellus, donde el Padre Guillermo se encontraba dando serenamente la bendición a los espíritus de cuatro hombres y una mujer a los que acababa de matar. Orfeo se encontró con él una tercera y última vez en Girodus II, cuando pudo observar, fascinado, cómo mataba de un disparo a dos fugitivos de la ley, les arrancaba el cuero cabelludo para cobrar la recompensa (lo del cuero cabelludo era innecesario, pero nadie se sintió obligado a decírselo al Padre Guillermo), donaba luego ese dinero a la iglesia local, y pasaba los dos días restantes predicando el Evangelio entre los torpes nativos del planeta.

Orfeo trató de averiguar algo más sobre su pasado, pero su búsqueda no dio frutos. De lo único que quería hablar el Padre Guillermo era de Dios, aunque con una o dos copas en su voluminoso vientre estaba dispuesto a enzarzarse en una discusión sobre Sodoma y Gomorra. Tenía una planta fabulosa: media casi un metro noventa, pasaba cerca de doscientos kilos, e iba siempre vestido de negro. Llevaba un par de pistoleras de cuero negro, y en cada una de ellas una pistola láser que, aseguraba él, contenía el fuego purificador del Señor. Había renunciado a todos los placeres de la carne, salvo a la glotonería. Según él, un evangelista débil era un evangelista ineficaz, y además aspiraba a deshacerse de un montón de calorías llevando el cristianismo hasta los mundos paganos de la Frontera Interior. Tenía la firme convicción de que cualquier mundo que albergara a un asesino buscado por la ley necesitaba la salvación más que ningún otro, y su intención era la de llevar esos mundos de vuelta al redil erradicando de ellos el mal y difundiendo la Palabra entre los supervivientes. Los ya condenados simplemente comenzaban a cumplir su sentencia infernal un poco antes de lo previsto, y los que quedaban, libres ya de su mala influencia, serían arrebatados de las avariciosas garras de Satán por toda la eternidad, o hasta que el gobierno promulgara el decreto correspondiente.

El Padre Guillermo no era tan famoso como podría haber sido. Orfeo Negro le dedicó tan sólo tres versos, la tercera parte de lo que le había dedicado a Giles Sans Pitié, una figura mucho menos interesante y pintoresca; pero eso fue así principalmente porque Orfeo supuso que aquel cazador de recompenses y de almas era tan grandioso que no había mucho más que

pudiera decirse sobre él. Y como las estrofas que le dedicara eran breves y moderadas, y el siempre creciente poema épico ya tenía más de doscientos versos, quienes no habían tenido ocasión de escuchar a Orfeo Negro hablando de él, bien podían ser perdonados por pasar por alto sus hazañas.

Virtud MacKenzie era una de esas personas. No sabía que el Padre Guillermo se encontraba predicando en Barra Dorada y, de haberlo sabido, no le habría importado. Su único interés consistía en encontrar al delincuente conocido como el Alegre Botinero y, a través de él, a Santiago.

Aterrizó con su nave en Barra Dorada, un mundo pequeño y templado dominado por un grupo de sindicatos agrícolas. Las cosechas eran recogidas por robots que trabajaban bajo la dirección de un puñado de hombres y mujeres que se las daban de ejecutivos aunque en el fondo sabían que no eran otra cosa que mecánicos y vigilantes. Había en él una sola ciudad, un antiguo Pueblo de Mercaderes del que se adueñaron los granjeros y que se había extendido hasta tener, en ese momento, una población de casi ocho mil habitantes. Como muchos otros Pueblos de Mercaderes de la Frontera Interior, se llamaba igual que el planeta.

Virtud tenía la impresión de que no se quedaría mucho tiempo allí, de manera que, en lugar de reservar habitación en el hotel, dejó todo su equipo en la nave y tomó un vehículo que la llevó hasta la ciudad. Cuando éste se detuvo se encontró de pie en medio de una plaza, rodeada de enormes edificios y junto a una estatua del fundador del planeta.

A diferencia de Cain, que había pasado más de veinte años viajando de un Pueblo de Mercaderes a otro y recogiendo su información en bares y burdeles, ella localizó la agencia de noticias local -el mundo era demasiado pequeño pare tener su propia red de noticias-, donde presentó sus credenciales, y preguntó por las andanzas del Alegre Botinero.

-Debería preocuparse por cosas más importantes que encontrarse con el Botinero -le dijo el hombre de mediana edad que la había recibido.

-¿Por ejemplo? -preguntó Virtud.

-Podría empezar a pensar seriamente en cómo salir viva del planeta.

-¿De qué está hablando?

-Bueno -dijo él-, no se trata de una noticia, por eso no la hemos publicado; tampoco es que a algún otro mundo le importe un bledo lo que ocurra aquí. Pero se comenta que en Pegaso cierta persona está muy enfadada con usted.

-¿Ha enviado a alguien para que me siga?

-Tengo entendido que ha contratado a tres asesinos profesionales para que se aseguren de que usted no abandone con vida el planeta.

-¿Quiénes son?

-No lo sé -respondió el hombre, encogiéndose de hombros.

-Magnífico -murmuró ella. Echó una mirada a la calle, tratando de adivinar cuál de las personas que veía era un asesino profesional, y volvió a concentrarse en el periodista-. ¿Cómo puedo conseguir protección policial?

El hombre sacudió la cabeza:

-Ya no está en la Democracia. Ni siquiera tenemos departamento de policía.

-Deben de tener alguna manera de proteger a sus ciudadanos -insistió ella.

-Barra Dorada es el mundo del Botinero: él lo protege.

-Pensaba que Barra Dorada pertenecía a un grupo de corporaciones, dueñas de todas las propiedades.

-Bueno, legalmente es así. Pero todos tienen establecida su base de operaciones en Deluros, la Tierra y los Canphor Gemelos, y en tanto las granjas continúen rindiendo beneficios, no les interesa demasiado lo que ocurre aquí. Además, cuando se hace un arreglo extraoficial para permitir que alguien como el Botinero se establezca en un mundo, se espera algo a cambio.

-De manera que le proporcionan impunidad aquí, y a cambio él se ocupa de que nadie intente robarles sus productos o estafar a sus representantes. ¿Es así? -preguntó Virtud.

-Algo parecido -dijo el hombre-. No conozco el acuerdo exacto, pero estoy seguro que se parece bastante.

-Bien -dijo Virtud-. Entonces hagamos correr la voz de que quiero verlo, y conseguiré que extienda hasta mí su protección.

-Creí que había comprendido la situación -dijo el hombre, irritado-. Me parece que no es así.

-¿Qué se me ha escapado?

-Los hombres contratados para matarla no podrían haber aceptado el encargo sin contar con la aprobación del Botinero. Así funcionan las cosas por estos parajes.

Jamás lo he visto -dijo Virtud-. ¿Qué tiene contra mí?

-Probablemente, nada. En realidad, es un hombre muy amable. Pero los asesinos le habrán pagado una comisión para poder actuar aquí, y no es desacertado decir que le gusta más el dinero que la gente.

-Entonces es mejor que lo encuentre a él antes de que ellos me encuentren a mí.

-Ni siquiera sabe quiénes son -replicó el hombre-. Bien podrían ser esos tres zarrapastrosos que están enfrente -dijo, señalando a un trío de hombres armados que se hallaban juntos a poca distancia de ellos-, pero también podrían ser tres ancianas que están haciendo sus compras, o los cantineros de la otra calle, o incluso algunos de los mecánicos del Puerto espacial. En su lugar, yo volvería a mi nave tan rápido como me fuera posible y despegaría antes de que alguien se enterara de que había estado aquí.

-No he recorrido todo este camino para no hablar con el Botinero -dijo firmemente Virtud-. ¿Dónde puedo encontrarlo?

El hombre se limitó a encogerse de hombros.

-¡Maldición! -bramó Virtud-. ¿Va a ayudarme o no?

-¡Yo no sé dónde encontrarlo! -repuso el hombre, exasperado-. Ni siquiera sé si en este momento está en el planeta. No tiene un gran interés profesional en anunciar sus idas y venidas.

-Muy bien. Si estuviera aquí, ¿dónde se encontraría?

-Tiene un refugio en las colinas, una verdadera fortaleza; pero no puede usted acceder a él. tiene dispositivos de seguridad colocados hasta en el último rincón... y me refiero a dispositivos letales.

-¿Qué debo hacer entonces para ponerme en contacto con él?

-Bueno, el Padre Guillermo ha establecido su campamento en las afueras de la ciudad y se quedará allí dos días, así que supongo que el Botinero va a estar vigilándolo, por si acaso.

-¿Quién es el Padre Guillermo?

Él la miró con incredulidad:

-¿Cuánto tiempo ha estado en la Frontera?

-El suficiente -le contestó ella con altivez-. ¿Acaso Orfeo Negro ha escrito sobre él?

El hombre asintió:

-Hizo sobre él una semblanza condenadamente mejor que la que hizo sobre usted. Usted es la Reina Virgen, ¿no es así?

-Sí.

-Pues entonces debe de saber lo que se dice en la canción.

-Tengo mejores cosas que hacer que aprenderme de memoria ochocientos versos. Bien, ¿va a decirme quién es?

-Es un poco de todo: predicador, cazador de recompensas, benefactor. Supongo que depende de quién sea uno.

-¿Sabrá él cómo llegar hasta el Botinero?

-Imagino que sí. No hay mucho que el Padre Guillermo no conozca sobre los proscritos.

-Si es un cazador de recompensas, existe la posibilidad de que ande detrás del propio Botinero -dijo Virtud-. ¿Por qué le permitiría el Botinero aterrizar en Barra Dorada?

-Probablemente porque, si no se lo hubiera permitido, se habría tenido que enfrentar a

una revuelta popular. El Padre Guillermo es el evangelista más popular de la Frontera... y hay quienes piensan que también es el mejor tirador. Va a donde le da la gana.

-Dimitri Sokol no puede haberlo contratado, ¿o sí? -preguntó Virtud, pensativa.

-Ni hablar. Es un cazador de recompensas, no un asesino a sueldo.

-Bueno -dijo ella, con un suspiro-, supongo que es el siguiente al que tengo que ver. ¿Dónde está?

-Ha levantado su carpa a un kilómetro y medio al oeste de la ciudad.

Virtud consultó su cronógrafo:

-¿Cuándo empieza a predicar?

-El sermón de hoy ha empezado hace dos horas.

-Entonces debe de estar a punto de terminar-suspiró ella.

-No terminará hasta el atardecer -contestó él, riendo.

-¡Está bromeando! -exclamó Virtud-. ¿Qué demonios tiene que decir para tardar ocho horas?

-Lo que se le ocurra en el momento -respondió el hombre-. Debe tener en cuenta que él representa toda la religión de carne y hueso que esta gente va a recibir durante los dos próximos

años, hasta que vuelva a pasar por aquí; así que tiene que atiborrarlos de fuegos infernales y condenas eternas en muy poco tiempo.

-Estremecedor -comentó ella sin entusiasmo. Luego se puso de pie-. Bien, supongo que es mejor que me vaya.

-Ya que insiste en continuar con su búsqueda, ¿por qué al menos no espera hasta que oscurezca? -sugirió él.

-Porque no conozco bien la ciudad -respondió Virtud-. ¿Por qué darles ventaja? -Hizo una pausa y añadió-: Además, es menos probable que intenten matarme a la luz del día. ¡Diablos, desearía que mi socio estuviera aquí! Esta situación encaja mejor con su estilo que con el mío.

-¿Quién es su socio?

-Sebastián Cain. ¿Lo ha oído nombrar?

-¿El Pájaro Cantor? -replicó él, mirándola con renovado interés-. ¿Él está trabajando con usted?

Ella asintió.

-Estoy de acuerdo con usted. Esta situación está hecha a la medida de un hombre como Cain. ¿Por qué ha venido usted, en lugar de él?

-Se encuentra en la región de Altair.

El hombre se mostró impresionado:

-Permítame aventurar una suposición: ¿está tras los pasos de Altair de Altair?

-Sí.

Dejó escapar un suave silbido:

-No sé en qué están metidos ustedes dos, pero sin duda no es un asunto fácil, ¿verdad?

-Evidentemente, no -dijo ella, mirando por la ventana una vez más y comprobando que los tres hombres ya no se hallaban frente a la agenda de noticias.

-Bueno, le deseo suerte -dijo el hombre-. Va a necesitarla.

-Gracias -le contestó Virtud, encaminándose a la salida-. Un kilómetro y medio derecho hacia el oeste, ¿verdad?

-Exacto -le contestó él.

Ella sacó una pequeña pistola de la cartera y se la calzó en el cinturón, luego salió al aire húmedo de Barra Dorada. Cierta cantidad de gente caminaba por la calle en grupos de dos y de tres se detuvo un instante, estudiándolos, tratando de fijarse en si alguno le prestaba más atención de la normal mientras iba hacia sus ocupaciones.

Esto es ridículo, pensó mientras miraba a la gente de la ciudad, ¿quién diablos sabe qué aspecto tiene un asesino profesional?

Se quedó inmóvil un minuto más, esperando a medias oír un disparo o sentir un rayo láser atravesándole la carne, y tomó la primera esquina a la izquierda. Giró hacia la izquierda tres veces más con la intención de quedar otra vez frente a la agencia de noticias y descubrir si alguien la había seguido. Luego decidió que en un mundo en el que la única ley estaba representada por un bandido que vivía en una fortaleza sobre una colina distante, cuanto menos tiempo pasara ofreciéndose como blanco potencial, mejor.

Encaminó sus pasos en dirección al oeste, manteniéndose a la sombra de los edificios tanto tiempo como pudo. Cuando había caminado cerca de doscientos metros la ciudad terminó bruscamente, y pudo ver una carpa de colores en el centro de un campo apisonado, a más de un kilómetro de distancia. Echó otra mirada a su alrededor, comprobó que nadie estaba siguiéndola, y comenzó a andar a paso vivo hacia allí, mirando permanentemente hacia atrás.

Cuando ya había recorrido la mitad de la distancia, en un momento en que no tenía la carpa a la vista porque cruzaba una depresión del terreno, divisó a una pareja de ancianos que regresaban a la ciudad. El hombre vestía muy formal, con un traje evidentemente elegido en honor del Padre Guillermo, y caminaba apoyándose en un bastón. La mujer llevaba una canasta de merienda y una sombrilla. Con una mano muy cerca de la empuñadura de la pistola, Virtud se detuvo y los saludó.

-¿Ha terminado ya de hablar el Padre Guillermo? -preguntó.

-¡Oh, por Dios, no! -dijo la anciana, claramente divertida por el comentario-. Voy a casa a tomar mi medicación, y tal vez a echar una siestecita, y luego volveremos.

-No la hemos visto antes, ¿verdad? -preguntó el anciano.

-No -respondió Virtud-. Oí decir que el Padre Guillermo iba a estar aquí un par de días, así que pensé en venir a escucharlo. Soy de Saunas Cuatro.

-¿De veras? -dijo el anciano-. He oído decir que es un mundo encantador.

-Lo es.

-Nosotros somos originarios de Brillo de Mar -dijo la anciana-. Pero vinimos a la Frontera a probar fortuna.

-Eso fue hace cuarenta años -dijo el anciano con una risita-. No podemos decir que seamos más ricos, pero Barra Dorada es un buen lugar para retirarse. Y, por supuesto, forma parte del circuito del Padre Guillermo.

-A propósito, ¿puedo ofrecerle un bocadillo? -preguntó la anciana, levantando el cesto.

-No, gracias -contestó Virtud.

-Me gustaría que aceptara -Insistió la mujer-. Odio tener que tirarlos, y eso es justamente lo que haré al llegar a casa, ya que cenaremos con unos amigos.

-Le agradezco el ofrecimiento, pero, realmente, no tengo apetito.

-Venga -dijo la anciana, afanándose con la tapa de su canasta-. Échele un vistazo, y tal vez cambie de idea. Hay emparedados, bizcochos para el té...

De pronto Virtud percibió un movimiento con el rabillo del ojo, y se arrojó al suelo.

El viejo levantó el cayado que le había arrojado y comenzó a hurgar en su bolsillo. Virtud se lanzó hacia sus piernas, oyó el ruido de algo que se quebraba en ellas, y se puso de pie de un salto, con la pistola en la mano.

La anciana había sacado un revolver de la canasta -Virtud no pudo distinguir si era láser, sónico o de proyectiles-, y la apuntaba con él.

-Tiene buenos reflejos, querida mía -dijo la anciana con una sonrisa.

-¿Y ahora qué? -preguntó Virtud, ignorando al viejo que gemía y se retorcía en el suelo-. ¿Nos matamos la una a la otra, o convenimos una tregua mientras retira al guerrero herido del campo de batalla?

-Bueno, podría esperar a que me llegaran refuerzos -dijo la anciana-. Cuento con ellos, ¿sabe?

-Sí, he oído que eran tres.

El viejo volvió a gemir.

-Pero mi amado esposo no está bien -agregó la vieja-. Ya tenía problemas para caminar aún antes de que usted le rompiera la pierna sin piedad. Así que supongo que tendré que despacharla de inmediato, o bien concertar esa tregua que propone.

-Si dispara, yo también lo haré -dijo Virtud.

-Ah. ¿Pero acaso un buen disparo en la cabeza le dará la oportunidad de tomar represalias? -preguntó la mujer, alzando el arma más arriba del pecho de Virtud, y apuntándola entre los ojos.

-En ese caso, quizá dispare yo primero -dijo Virtud, con una pequeña parte de su mente preguntándose cómo habría manejado Cain la situación, y decidiendo que no habría llegado a verse implicado en ella-. Y entonces, ¿quién quedará para hacerse cargo de su marido?

-Hay que tener en cuenta eso -convino la anciana con pesar-. Realmente, nos estamos haciendo un poco viejos para estas cosas.

-¿Lo han hecho con frecuencia?

-Doce veces -dijo ella, con un deje de orgullo en la voz-. La gente espera que los asesinos tengan el aspecto que tienen en los videos, que sean viles y poderosos. Hemos sacado una considerable ventaja de esto -adoptó un tono confidencial-. Orfeo Negro quiso escribir sobre nosotros, pero le explicamos que el único elemento que realmente teníamos a nuestro favor era el factor sorpresa, y que la publicidad podía dejarnos fuera del negocio -sonrió -. Respetó nuestros deseos... pero bueno, él siempre ha sido un caballero.

El viejo trató de darse la vuelta, gimió casi agónicamente, y se desmayó.

-Muy bien, querida -dijo la vieja con un suspiro-. Ahí tiene su tregua. Verdaderamente, tengo que encontrar un médico.

-No tan rápido -dijo Virtud-. ¿Quién es el tercer miembro del equipo?

-No puedo poner en peligro su vida diciéndoselo -contestó la anciana con remilgos-. Además, si él no logra matarla, tendré que volver a por usted una vez que haya llevado a Henry a ver a un médico.

Virtud analizó la situación y movió la cabeza, asintiendo.

-Muy bien... hagamos esa tregua.

-Entonces, por favor, guarde el arma -dijo la anciana.

Virtud sonrió:

-Usted primero.

-Cuento con que usted sea una mujer de honor -dijo la anciana, abriendo el cesto y arrojando el arma en el interior.

Virtud se calzó nuevamente la pistola en el cinturón, y rápidamente desarmó al anciano.

-Si estuviera en su lugar -dijo-, llevaría a Henry a casa y me quedaría allí. La próxima vez que la vea tendré que matarla.

-Ayúdeme a llevarlo a la sombra, por favor -dijo la mujer, señalando un árbol que se alzaba a unos cinco metros de distancia-. Puede llevarme tiempo encontrar un médico y traerlo hasta aquí, y no quiero dejar al pobre Henry bajo los rayos del sol.

-Está bromeando, ¿verdad? -dijo Virtud con incredulidad.

-Si lo dejamos aquí, puede morir. Es muy viejo.

-Es un viejo que hace un momento intentó matarme.

-Se trataba de negocios -dijo la anciana-. Y como puede ver, es imposible que represente una amenaza para usted en sus condiciones.

Virtud se encogió de hombros y asintió, impresionada por la extravagancia de ayudar a uno de sus potenciales asesinos a arrastrar al otro hasta un refugio.

-Muy bien... pero deje el cesto en el suelo.

-Claro -dijo la anciana, apoyando el cesto en el suelo.

Ambas mujeres se dirigieron hacia donde se hallaba el anciano, se inclinaron, y comenzaron a mover su cuerpo para poder agarrarlo por los brazos y los hombros. Virtud advirtió que la mano de la mujer se arrastraba hasta el bolsillo de Henry y la cogió por la muñeca en el preciso instante en que sacaba un cuchillo.

-Creí que teníamos un trato -dijo Virtud, con una sonrisa antipática.

-Los negocios están primero -dijo la anciana, con la cara roja y jadeando por el esfuerzo-. ¿Qué piensa hacer conmigo?

-Nada tan malo como lo que iba a hacer usted conmigo -replicó Virtud-. Primero llevemos al viejo y querido Henry a la sombra... y si intenta otra cosa, o trata de sacar la pistola de su canasta, la mataré.

Después de arrastrar al viejo hasta el árbol, Virtud se volvió hacia su esposa y sacó la pistola.

-Se lo pregunto una vez más... ¿cómo podré reconocer al tercer asesino?

-Eso sería violar mi ética profesional -dijo la anciana-. Además, si me dispara, lo más probable es que él oiga el disparo y sepa dónde está.

-Eso es muy cierto -dijo Virtud. De un fuerte puntapié dio de lleno en la rodilla de la anciana; sintió como se quebraban los tendones y ligamentos de la mujer cuando caía al suelo soltando un alarido, y se puso de pie.

-Esto debería bastar para mantenerla fuera de combate durante el resto del día -dijo Virtud acercándose al cesto y sacando de él un termo. Lo abrió, vio que contenía té helado, volvió a cerrarlo, y regresó donde estaba la anciana frotándose la rodilla-. Es un día caluroso. Lo más probable es que alguno de los dos se deshidrate antes de que alguien los encuentre.

La anciana siguió llorando, pero no hizo ningún comentario.

-Dígame qué aspecto tiene el Número Tres y les dejaré esto.

La anciana la miró con los ojos anegados de lágrimas.

-Haga lo que le parezca -dijo-. No voy a traicionar la confianza de quienes me contrataron.

-Última oportunidad -dijo Virtud-. No puedo perder más tiempo con usted.

La mujer sacudió la cabeza.

Virtud se encogió de hombros y arrojó la botella a más de veinte metros de allí. Luego volvió junto al cesto, sacó de él el arma, la puso en su bolsa, y se marchó hacia la carpa.

Cuando llegó entró por la parte trasera. Había cuarenta o cincuenta hileras de bancos a ambos lados de un ancho pasillo central, y todos, salvo unos cuantos del final, estaban llenos. Al fondo, en el improvisado púlpito, había un sintetizador electrónico de sonido que difundía permanentemente himnos religiosos como música de fondo.

Un hombre inmenso, de pie en la tarima, contemplaba a su público con fieros ojos verdes. Tenía una salvaje cabellera pelirroja y una barba moteada de gris; vestía íntegramente de negro, y las lustradas culatas de sus pistolas láser le sobresalían de las cartucheras.

-Y si tu mano ofende, córtatela -entonaba el Padre Guillermo con su rica voz de barítono-. Porque el Señor es más que un ideal, más que un objeto de amor, más aún que un Creador-hizo una pausa enfática-. No olvidéis nunca, hijos míos, que el Señor es también un cirujano. Y no usa la espada de la redención. ¡Usa el escalpelo de la justicia!

Virtud se sentó en un banco solitario de la penúltima fila.

-Sí, hermanos -continuó el Padre Guillermo-, estamos hablando de infección. No de la infección del cuerpo, que es territorio del médico, sino de la del espíritu, que es territorio del Señor y de sus emisarios temporales que Él ha designado para que lo representen.

Se detuvo para tomar una copa que estaba llena de un líquido azul, bebió de ella un largo trago, y continuó hablando.

-Ahora bien, el cuerpo y el espíritu tienen mucho en común. Ante todo y sobre todo, pueden causarle placer al Señor: el cuerpo siendo fructífero y multiplicándose, el espíritu haciéndose merecedor de Sus gracias y loándolo. Pero tienen algo más en común. Ambos pueden ser víctimas de la infección: pueden volverse pústulas de decadencia invisibles a los ojos de ambos, el hombre y el Señor.

Un hombre demacrado con un bigote como un manubrio y patinas muy pobladas entró en la carpa, buscó dónde sentarse, y finalmente se acercó a Virtud.

-¿Le importaría moverse un poco? -susurró.

Ella se movió hacia la izquierda, dejándole espacio libre.

-Querría haber venido antes, pero una de mis cosechadoras se ha averiado -agregó en tono de disculpa-. ¿Me he perdido mucho?

Ella sacudió la cabeza y se colocó un dedo sobre los labios.

-Perdón -murmuró él, volviendo su atención hacia el Padre Guillermo.

-Ahora bien, si el cuerpo enferma con una infección benigna, ¿qué es lo que hacemos? -El predicador miró con atención a su público, como desafiándolos a contestar. Nadie dijo una palabra-. Le damos antibióticos. Y si la infección es más grave, le damos otras drogas -aferró el púlpito con sus manos macizas-. Y cuando lo afecta un cáncer, ¿qué es lo que hacemos? -hizo el gesto de cortar con su mano-. ¡Lo cortamos! -gritó.

hizo una pausa, y respiró profundamente, dejando escapar el aire lentamente.

-Pero ¿qué ocurre con el alma? ¿Qué hacemos cuando es ella la que se infecta? ¿Cómo inyectamos antibióticos en su torrente sanguíneo? ¿Cómo amputamos un pedazo de alma para que la infección no se extienda?

»La respuesta -continuó el Padre Guillermo-, es que no podemos y no debemos hacer ninguna de estas cosas, porque con el alma no hay términos medios, hijos míos. Vuestro cuerpo es tan sólo un traje que usáis durante el breve lapso que dura vuestra vida, pero vuestra alma es un equipo que habréis de usar por toda la eternidad, y no podéis permitiros el lujo de correr ningún riesgo con ella. No podéis suministrarle antibióticos ni decirle que permanezca dos semanas en cama, porque no posee sistema circulatorio ni puede acostarse... y porque además es condenadamente peligroso intentar curarla con paliativos. -Su voz creció en volumen e intensidad-: Nunca olvidéis esto: ¡no existen las infecciones benignas del alma! No hay diferencias entre serias a insignificantes, entre fatales y no fatales. -¡Existe la infección, y cuando la detectáis debéis extirparla con el filo de la espada del Señor!

Súbitamente Virtud notó un cuchillo apoyado en las costillas.

-Ni un sonido, ni un movimiento -susurró el hombre macilento.

El Padre Guillermo se aclaró la garganta.

-Algunos de vosotros os preguntaréis: ¿cómo puede la cirugía convertir un alma nuevamente en bondadosa? Pues bien, hijos míos, es una pregunta condenadamente buena... y la respuesta no os gustará, porque es tan severa como la era del Señor. -Hizo una pausa teatral-. Nada puede convertir un alma infectada en un alma bondadosa nuevamente -observó a su audiencia, con los ojos echando chispas-. ¿Creéis acaso que podéis engañar a Dios con falsas contriciones? ¡Ja! -Su bramido desdeñoso hizo que el sistema de sonido emitiera un sonido chirriante.

»¿Por qué cortamos, entonces? Porque (y éste es el fondo de la cuestión, hermanos) debemos actuar rápidamente para evitar que la infección contagie otras almas. ¡Tenemos que detener al mal antes de que pase como un cáncer de un alma a otra!

-Podría gritar pidiendo ayuda -susurró Virtud.

-Podría empezar siendo un grito -respondió el hombre macilento-. Le garantizo que terminaría siendo un gorgoteo.

-No hay nada nuevo en esto -continuó diciendo el Padre Guillermo-. ¿Qué hizo el Señor cuando los habitantes de Sodoma se infectaron? Cortó el cáncer de raíz. No se sentó junto a su paciente enfermo a tratar su enfermedad. ¡Usó el cuchillo! ¿Qué hizo cuando vio que el mundo entero era perverso? ¿Fue y practicó microcirugía? ¡Demonios, no! ¡Lo inundó durante cuarenta días y cuarenta noches!

Hizo una pausa, y con un pañuelo negro se secó la transpiración que le cubría el rostro.

-Muy pronto habrá un breve intermedio -susurró el hombre macilento -. Cuando empiece, levántese y camine muy despacio. Iré a su lado -clavó la punta del cuchillo en su costado para reforzar sus palabras.

-¿Por que debería hacerlo? -susurró ella a su vez-. Me matará de todas maneras.

-Puedo pacer que esto sea rápido y sencillo, o bien puedo hacer que sufra varias horas -le respondió con voz carente de emoción-. Eso es todo cuanto puede decidir. Usted elige.

Virtud consideró la posibilidad de huir por la puerta, pero él pareció leerle la mente y la agarró del brazo. Ella cayó pesadamente hacia atrás, pensando a gran velocidad en formas de escapar pero sin descubrir ninguna. Ya había decidido que no iba a abandonar la carpa como una oveja camino del matadero y que, en el peor de los casos, haría que él se viese obligado a matarla frente a dos mil testigos. Aunque -teniendo en cuenta que él actuaba con el conocimiento y el consentimiento del Botinero- no podía estar segura de que alguien levantara un dedo para detenerlo; de hecho, sospechaba que nadie lo haría.

-Pensaréis que algunos ya han aprendido la lección, ¿verdad? -preguntó el Padre Guillermo, alzando la voz-. ¡Creeréis que ya habrán aprendido que no se le puede dar al Señor gato por liebre, que es imposible mantener oculta una infección a Su clínica celestial!

Clavó la mirada en el público.

-Eso es lo que vosotros creéis... pero algunos no aprenden jamás.

De pronto el Padre Guillermo pareció dominado por la furia.

-¡Tal vez penséis que al menos tendrán el buen sentido de no tratar de realizar el trabajo de Satán dentro de la Casa del Señor! -rugió, mientras sacaba una pistola y disparaba una ráfaga hacia donde se encontraba Virtud.

Varios miembros del público gritaron, otros profirieron imprecaciones, y la mayoría, incluida Virtud, se tiró de cabeza al suelo.

Durante los treinta segundos siguientes reinó una confusión total. Luego, la gente comenzó a ponerse de pie y a preguntar que había ocurrido. Cuando Virtud logró hacer lo mismo, advirtió que el hombre macilento estaba muerto; había un hueco calcinado allí donde antes estaba su ojo izquierdo.

-¡No lo toquéis! -tronó el Padre Guillermo cuando otros miembros de la congregación empezaron a darse cuenta de que había una víctima-. Ese hombre ya está destinado. Me pertenece a mí, y al Señor.

El predicador elevó la mirada.

-¡El Señor es mis ojos y mis oídos, y no hay mucho que se nos escape! -El Padre Guillermo se detuvo un momento-. El Señor sostiene mi mano y apunta mis revólveres. ¡Bendito sea el nombre del Señor!

Volvió a guardar el arma en la pistolera.

-Aquí hay una lección que merece ser aprendida, hijos míos... y es que Dios puede aparecer desde el Mal. Cuando le haya quitado el cuero cabelludo a este pecador y lo haya entregado, él, muriéndose, habrá hecho muchísimo más por Dios de lo que jamás en su vida pensó hacer -Inclinó la cabeza-. Recemos una breve oración silenciosa por el alma negra como el carbón de este pobre bastardo pecador, y deseémosle a Satán la mejor de las suertes con él.

Continuó media hora más con su sermón, ignorando el cadáver y sacando a colación toda referencia que consideraba medianamente relacionada con el tema, desde el concepto del ojo por ojo hasta el del Día del Juicio Final, que profetizó más cercano de lo que la mayoría sospechaba.

Finalmente, cuando terminó, explicando que estaba acortando su prédica por respeto al muerto -y también porque la oficina de correos de la Democracia iba a cerrar pronto-, pidió a un muchachito del pueblo que recorriera el pasillo con su cepillo de platino, y no despidió a su congregación hasta que todos realizaron su contribución.

-Os veré a todos mañana muy temprano -dijo el Padre Guillermo, señalando con ello que ya estaban autorizados a levantarse y partir-, y el tema será «Sexo y Pecado». Por ese motivo os sugiero que dejéis a los niños en casa. Serán bienvenidos los donativos, y si alguien quiere traer un par de tartas de chocolate cubiertas con una espesa capa de dulce, os prometo dedicarlas a una causa noble. -De repente señaló a Virtud-. Tú quédate por aquí, jovencita. Debemos hablar muy seriamente.

El muchacho se le acercó con el cepillo y le murmuró algo al oído.

-¡Un momento! -gritó, y aquellos que aún no habían alcanzado la salida se quedaron

petrificados en su sitio.

-No sé quién responde al nombre de la Estaca, ni siquiera de qué sexo es, pero me dicen que ha intentado hacer colar un Yen Real en el cepillo. Como todos sabéis, el Yen Real no es moneda corriente en ningún sitio salvo en el Cerco, y tengo el fuerte presentimiento de que el Buen Señor tomará esto como una afrenta personal. De manera que lo que voy a hacer es pedirle a este apuesto joven que vuelva a pasar entre vosotros; ved si podéis encontrar en vuestros corazones el deseo de colaborar con alguna moneda del reino para comprar con ella comida y vacunas para los pobres infortunados de Kellatra Cuatro, mi próximo destino. En cuanto a esto -dijo, sosteniendo en alto la moneda inaceptable-, la conservaré para el caso de que deba ir en auxilio de algún misionero de la Ira Divina cuyas tareas lo lleven hasta lugares donde pueda ser utilizado.

El muchacho se metió en medio de la multitud, y momentos después salía de ella llevando en la mano dos billetes de cincuenta dólares de María Teresa. El Padre Guillermo movió la cabeza en señal de aprobación, y poco más tarde Virtud se encontró a solas con él en la carpa.

-Quiero darle las gracias -dijo, acercándose a él y tendiéndole la mano-. Habría sido mujer muerta si usted no lo hubiera localizado.

-No podría haberlo hecho si usted no hubiese venido a oír mi sermón -repuso él, estrechando su mano entre las suyas-. Que es como debía ser. Usted viene a elevar sus plegarias al Señor, y el Señor vela por usted. Me da la impresión de que Él piensa que usted tiene una importante misión que cumplir por estos parajes.

-Pues la tengo.

-¿Tan importante como para que un hombre cuya cabeza tiene precio quiera matarla?

-Lo contrató Dimitri Sokol.

-Bueno, estoy seguro de que Satán ya está calentando un asiento especial en el infierno para el señor Sokol. -Hizo una pausa-. A propósito, este hombre tenía dos cómplices. ¿Qué ha sido de ellos?

-Ya no me molestarán-dijo enfáticamente Virtud.

El Padre Guillermo aprobó con la cabeza.

-Bien. Me alegra saber que no necesita de esta clase de protección celestial todo el tiempo. -Le soltó la mano, cogió las gafas y tomó otro sorbo de su bebida azul-. ¿Por qué quiere matarla Sokol?

-No tengo ni la menor idea -le respondió, mirándolo directamente a los ojos.

-¿Sabe una cosa? -dijo él, esbozando una sonrisa divertida-, es una verdadera suerte que Dios tenga grandes planes para usted... porque si no fuera así, la dejaría muda en castigo por mentir dentro de Su casa.

-No sé de qué está hablando -dijo Virtud.

-Vamos, jovencita -dijo el Padre Guillermo-, Dimitri Sokol es un contrabandista y un estafador que piensa que ha solucionado su estigma personal de contrición. -Lanzó una carcajada desdeñosa-. ¡Como si pudiera mantener en secreto todo lo que ha hecho, mientras simula ser un humilde servidor público que asiste asiduamente a la iglesia! -la miró fijamente-. Permítame sugerir que usted lo chantajeó, él le pagó, y que ahora pretende recuperar su dinero.

-Caliente, caliente, pero no para quemarse -dijo Virtud-. Lo chantajeé, es verdad...

-Perfectamente aceptable -la interrumpió-. A veces es necesario sacar el cáncer a la luz antes de cortarlo.

-Pero no por dinero -siguió ella-. Por información.

-¡Ah! -exclamó él, con los ojos brillantes-. ¿Qué clase de información?

-Estoy buscando a Santiago.

Al parecer, el Padre Guillermo encontró esta confesión tremendamente divertida.

-Si yo fuera usted, jovencita, averiguaría dónde se encuentra y escaparía en dirección contraria. Esta información es gratis, y como tal debe de valer más que cualquier cosa que

Sokol le haya dicho.

-Me dijo que hablara con el Alegre Botinero.

-¿De veras? Bueno, supongo que tenía razón. Pero no es muy probable que encuentre al Botinero escuchando ningún sermón... particularmente cuando soy yo quien los da.

-¿Dónde puedo encontrarlo?

-En las colinas, a unos quince kilómetros de la ciudad. Cualquiera de por aquí podría haberle indicado el camino.

-También me dijeron que no es fácil de ver.

-Todo depende de quién sea usted y de qué quiera hablar.

-Me dijeron que usted puede llevarme hasta él -dijo ella sin rodeos.

-Supongo que puedo, sí -respondió el Padre Guillermo.

-¿Lo hará?

-Eso es harina de otro costal -contestó él lentamente.

-¿Quiere decir que no lo hará?

-No he dicho eso. He dicho que eso era otra historia. -Echó una mirada a su alrededor, hasta que sus ojos tropezaron con el cadáver del asesino-. Ese pagano estuvo cerca de conseguirle un encuentro personal con Dios -dijo-. Muy cerca. Es toda una suerte que el Señor estuviera ayudando, dando agudeza a mis ojos y firmeza a mi mano.

-Ya se lo he agradecido. ¿Quiere que lo haga de nuevo?

-Bueno, jovencita -dijo él, sacando su pañuelo negro y frotando significativamente el cepillo-, hay agradecimientos y agradecimientos.

Ella lo contempló un instante, y finalmente comprendió.

-Mil créditos -dijo por fin.

Él la miró con una sonrisa:

-Eso es apenas el primer capítulo de esa otra historia de la que le hablaba.

-Recuerde que se trata tan sólo de una historia, no de una novela -repuso ella-. Dos mil.

Él frunció los labios, considerando la oferta.

-¿Qué tal cocina? -preguntó por último.

-Terriblemente mal.

-Lástima -la miró, luego se encogió de hombros-. Qué diablos, entre la recompensa y su generoso donativo, nos ocuparemos de que cinco mil niños de Kellara Cuatro nunca vuelvan a enfermar de viruela o de la fiebre azul. -Se inclinó, se levantó la pernera izquierda del pantalón y sacó un cuchillo largo de caza que llevaba sujeto a la pantorrilla-. Permítame que recoja la prueba del pastel para la policía local, y saldremos. -Se volvió hacia ella-. tiene dos mil créditos, ¿verdad?

Ella sacó los billetes de la cartera:

-Entonces, ¿trato hecho?

Él tomó el dinero, lo puso en el cepillo, y sonrió:

-¡Demonios, por supuesto, alabado sea el Señor!

9

Se asoma el Botinero, asoman sus pistolas.
Aparece dinero, y él emprende la huida.
Ahí van los polizontes, buscando su guarida...
¡Y el Botinero asoma, escondido en la loma!

Dado que manejaba su propio planeta y tenía libertad de acción en otros diez o quince, podría haberse esperado que el Alegre Botinero estuviera custodiado por un considerable ejército de fugitivos y de asesinos sanguinarios, pero no era así. Tenía informantes, por supuesto, y montones de contactos dentro y fuera de la ley, pero en general trabajaba solo.

Y teniendo en cuenta que trabajaba solo, podría haberse esperado que fuera una especie de gigante, una versión autóctona de Barra Dorada de *Montaña Humana* Bates, pero no lo era. Medía cuatro o cinco centímetros menos de lo normal, le sobraban más de diez kilos, y la verdad era que no poseía ningún rasgo particularmente destacable, a excepción quizá de sus ojos, que prácticamente carecían de color.

Y teniendo en cuenta que no era un espécimen físicamente imponente, podría haberse supuesto que al menos era un experto tirador, un experto en demoliciones o un maestro del disfraz, pero no lo era.

Con lo único que contaba realmente era con una mente ágil, un originalísimo sentido de la moral, y una gran avidez por todo lo que no fuera suyo.

Todo esto era suficiente para que Orfeo Negro le dedicara su atención, pero lo que realmente le interesó al Bardo de la Frontera fue su acento.

Era la primera vez que oía un acento semejante.

Los hombres habían tenido acento cuando aún se encontraban atados a la Tierra, y lo volverían a tener más adelante, en el futuro, miles de años después de que la Frontera Exterior y la Interior hubieran sido totalmente pobladas y civilizadas. Pero durante las eras de la República y de la Democracia, y aun en la temprana Oligarquía, entre las cuales transcurrió un período de seis milenios, cada hombre creció conociendo dos lenguas: la de su mundo de origen, y Terrena (y lo más frecuente era que la lengua de su mundo de origen fuera Terrena). En la Frontera, donde los hombres cambiaban de mundos como sus hermanos de la Tierra y de Deluros VIII cambiaban de camisa, Terrena era lo que hablaba todo el mundo: había sido cuidadosamente concebida por un período de varias décadas para que fuese la clase de idioma que cualquier hombre pudiera aprender con facilidad, un idioma que era casi imposible hablar con acento.

Por eso, cuando Orfeo Negro encontró al Botinero y se sentó a charlar con él, al cabo de un minuto se había dado cuenta de que al Botinero lo habían criado alienígenas.

El Botinero nunca lo negó, pero era imposible tratar de coaccionarlo para que proporcionara algún detalle. Amaba demasiado a las criaturas que lo habían criado para desear verlas convertidas en objeto de estudio y de explotación por miembros de su propia raza, y sabía que eso sería exactamente lo que sucedería si Orfeo Negro las incorporaba a su canción.

Fuera como fuese, el baladista estaba absolutamente cautivado por las ges explosivas del marginal y sus eses sibilantes. Se quedó en Barra Dorada una o dos semanas, y algunos dicen que el Botinero incluso lo llevó a hacer un recorrido para mostrársela. Trabaron amistad, porque a pesar de su inclinación a infringir la ley, el Botinero era una persona muy amable. Volvió a ver a Orfeo unos años más tarde, y ni siquiera mencionó que éste había herido sus sentimientos al dedicarle una sola estrofa; y Orfeo Negro quedó tan impresionado al comprobar que aún seguía en libertad que -sin que el Botinero se lo pidiera- se sentó y agregó un par de estrofas más, incluyendo una en la que hablaba del fuerte del bandido (al que insistió en llamar fortaleza para que rimara).

Fuerte o fortaleza, decidió Virtud mientras estaba frente a la puerta maciza en compañía del Padre Guillermo, era una estructura de mil demonios. En una época menos tecnológica, su estructura habría bastado para resistir el ataque de todo un ejército; en la actualidad, sus sistemas de defensa increíblemente sofisticados podían repeler ataques que vinieran desde arriba, desde abajo, o de delante.

La puerta se abrió finalmente con un suave zumbido, descubriendo al Botinero, que se hallaba de pie en el vestíbulo de entrada con las manos sobre las caderas, observando a Virtud con divertida curiosidad.

Fuera cual fuese el aspecto que ella esperaba que tuviera el jefe de una banda, no era el suyo. La manicura de sus manos blancas y suaves era cuidadosa; su cabello rubio había sido objeto de un esmerado corte según la última moda de Deluros; ninguna marca estropeaba su rostro, totalmente afeitado; y su vestimenta -desde la elegante túnica de terciopelo hasta las botas de caña corta confeccionadas con piel de lagarto- parecía más un anticipo de la tendencia de la moda de la Democracia que un reflejo de lo que ya estaba en boga.

-¡Vaya! -saludó con una sonrisa-. La enigmática Virtud MacKenzie, supongo.

-Y usted es el Botinero.

-El mismo que viste y calza -contesto-. Buenas noches, Padre Guillermo. ¿Qué tal anda el negocio de la salvación?

-Igual que siempre -respondió el predicador-. Satán es un adversario a tiempo completo.

-Tengo entendido que esta tarde le ganó una batalla -dijo el Botinero, con su acento inconfundible-. Pero ¿dónde están mis modales? Entrad, por favor.

La puerta se cerró a su paso cuando entraron, y lo siguieron por un corredor corto que los llevó hasta un enorme salón con una chimenea hasta el techo. Había en él varias alfombras tejidas a mano en Boriga II y en Kalamakii, un conjunto de cuatro exquisitas sillas labradas provenientes de la lejana Antares, y numerosos estantes de madera fina que contenían, literalmente, cientos de tesoros artísticos de todos los mundos de la galaxia.

-¿Qué opina de mis chucherías? preguntó el Botinero a Virtud, cuando la vio admirando un globo de cristal de Bokar, de los días increíblemente lejanos en que los bokaritas eran más una raza de marineros que un planeta de comerciantes viajeros interestelares.

-¡Le cortan a uno la respiración! -dijo ella, fijándose en un *praque,* el fabuloso garrote de tortura de Sabelius III.

-Ésa es una afirmación más acertada de lo que imagina-dijo seriamente el Padre Guillermo-. Un montón de hombres buenos exhalaron su último aliento acumulando esta mal habida riqueza del Botinero.

-Vamos, vamos -dijo el bandido con una risita-. Sabe bien que no hay orden de captura contra mí, Padre Guillermo.

-Hay una pila que llega hasta el techo -replicó el predicador.

-Pero no por asesinato -precisó el Botinero-. Y usted deja el castigo de los crímenes menores en manos de los servidores menores del Señor.

-Es verdad -admitió el Padre Guillermo-. Pero es inmoral hacer, como usted hace, ostentación de sus tesoros manchados de sangre.

-¿Quiere decir que debo guardarlos bajo llave en mi propia casa? -preguntó el Botinero, alzando una ceja. Se detuvo un instante-. ¿Cambiamos de tema? Si seguimos hablando de mi colección, vamos a tener un serio desacuerdo -chasqueó los dedos-. O mejor aún, ¿qué les parece si cenamos? He puesto mi equipo a trabajar en eso hace media hora, cuando ustedes se identificaron en la primera barrera de seguridad.

-¿Equipo? No he notado que hubiera ninguno.

-Es todo automático -explicó el Botinero-. Y muy discreto.

-¿Vive usted solo aquí? -preguntó Virtud, sorprendida.

-¿Es tan difícil de creer? -preguntó él.

-Hubiese dicho que estaría usted rodeado de guardaespaldas -admitió ella.

-Una de las ventajas de vivir solamente con robots es que nunca hay que contar la plata

ni controlar las vitrinas cuando terminan la tarea del día -dijo él-. Además, ¿para qué querría yo guardaespaldas?

-Bueno, tiene usted reputación como criminal de importancia.

-Eso me han dicho -comentó, secamente.

-No ha respondido mi pregunta -insistió ella.

-No sé qué idea tiene usted de lo que hace un criminal importante -dijo el Botinero-, pero en resumidas cuentas, yo no soy más que alguien que contrata mano de obra criminal a gran escala. -Se oyó el repiqueteo de una campanilla, y el bandido se volvió hacia el Padre Guillermo-. La cena está lista. Imagino que habéis venido con apetito.

-No voy a ningún lado sin él -dijo el predicador con franqueza.

Los acompañó al salón comedor, cuyas paredes estaban cubiertas por más vitrinas de artefactos alienígenas. Dominaba la habitación una gran mesa, que fácilmente podría hacer acogido a cuarenta personas, pero los tres cubiertos estaban juntos, dispuestos en uno de los extremos. Las sillas tenían una única pata, considerablemente más ancha en la base que en la punta, y eran mucho más seguras de lo que aparentaban.

-Por favor, tome asiento -dijo el Botinero, acercándole una silla a Virtud.

-Gracias -dijo ella, mientras el Padre Guillermo se sentaba enfrente.

-Normalmente, habría recibido a tan dilectos invitados con mi vajilla Robeliana -dijo el Botinero en tono de disculpa cuando se unió a ellos-. Pero la estoy haciendo restaurar. Espero que el cuarzo Atriano les resulte aceptable. Yo lo encuentro encantador.

-Lo único importante es lo que se sirva en él -respondió el Padre Guillermo, apartándose un poco para permitir que un robot colocara frente a él un apetitoso plato de mariscos mutantes.

-Eso es porque lo único que le preocupa es acumular energía para seguir con su guerra santa -dijo el Botinero-. Aquellos de nosotros que tenemos la fortuna de ser simples espectadores de la batalla entre el Bien y el Mal somos doblemente afortunados al tener la oportunidad de admirar el continente en el que llega la energía.

-¡Espectador, válgame Dios! -ladró el Padre Guillermo, masticando y hablando al mismo tiempo-. ¡Si tiene más asesinos trabajando para usted que Dimitri Sokol!

-Tengo más cuentas que pagar -respondió tranquilamente el Botinero-. Y podría agregar que, gracias a su pequeño ataque de resentimiento en Darius Diez, tengo cuatro asesinos menos que el mes pasado. -Sonrió al predicador-. Sabe usted, me ha causado tantos inconvenientes que debería cobrarle por esta cena.

El Padre Guillermo le devolvió la sonrisa.

-No le pediré ninguna contribución para el cepillo de mi iglesia, y estaremos en paz.

-De acuerdo... siempre y cuando no convierta en hábito el hecho de diezmar mi tropa.

-¡Capturaré a cualquier asesino contra quien haya orden de captura! -dijo firmemente el Padre Guillermo, secándose la comisura de los labios con una servilleta, que luego se ató alrededor del cuello a modo de babero.

El Botinero se encogió de hombros:

-Lo tengo bien merecido, por no controlarlos mejor. Sin embargo, apresándolos cuando lo hizo, me obligó a perder un cargamento de obras de arte que venía de Nelson Diecisiete. Habría preferido que hubiera esperado una semana más antes de continuar con su juerga asesina.

-¡Ja! -murmuró el Padre Guillermo, empujando su copa vacía y haciéndole al robot una seña para que se la volviera a llenar.

El Botinero se volvió hacia Virtud.

-Nunca he soportado al clero -dijo, con cómica seriedad-. Eso me impide sentir compasión por su compañero.

-No parece estar particularmente molesto por haber perdido cuatro hombres -señaló Virtud.

-Eran sólo eso: hombres. Siempre puedo conseguir más -replicó él con indiferencia-. Es

la pérdida de las piezas lo que me duele. Había un cuenco kirosiano torneado a mano que... -suspiró y sacudió la cabeza, y luego alzó la mirada-. Sin embargo, supongo que nuestro amigo tiene que seducir a su Dios de vez en cuando.

-Siga diciendo blasfemias -dijo el Padre Guillermo con aspereza-, y puedo llegar a olvidar que las órdenes de captura contra usted no incluyen el asesinato.

-Realmente, no creerá que puede hacerme daño dentro de mi propia casa, ¿verdad? -dijo el Botinero enormemente divertido-. No diga esas tonterías, o pronto comenzará a creérselas, y todos lo lamentaremos, sobre todo usted.

El predicador lo miró fijamente durante unos instantes, y volvió a concentrarse en la comida que tenía frente a sí.

Virtud se terminó los entremeses, y al momento un robot retiró el plato vacío.

-Son muy eficientes -dijo, indicando al robot que se retiraba y también a otros tres que se acercaban con el plato principal-. Creía que los robots de servicio doméstico costaban un ojo de la cara en la Frontera.

-Lo cuestan -confirmó el Botinero-. Afortunadamente, no los pagué con un ojo de mi cara.

-Totalmente inmoral -murmuró el Padre Guillermo con la boca llena.

-Totalmente práctico -corrigió el Botinero-. Es una regla de oro de los negocios: nunca hay que usar el dinero propio cuando se puede usar el ajeno. Yo sólo encuentro modos creativos de aplicarla. -Se volvió hacia Virtud-. ¿Ya hemos fingido que somos buenos amigos el tiempo suficiente, o prefiere jugar a eso un poquito más antes de hablar de Santiago?

Por un momento pareció sorprendida.

-Hablaremos de él más tarde -dijo.

-Como guste -accedió él-. ¿Puedo preguntar si hay alguna razón especial para ello?

-Al margen de lo que tenga que decirme -le advirtió Virtud-, no quiero que lo diga frente a un rival.

-¿Se refiere al Padre Guillermo? -preguntó el Botinero. Al parecer, ambos hombres encontraban su respuesta enormemente divertida.

-¿Qué tiene de gracioso? -preguntó Virtud.

-¿Se lo dice usted, o se lo digo yo? -preguntó el Botinero al predicador.

El Padre Guillermo miró a Virtud desde el otro lado de la mesa.

-Yo no lo quiero -dijo.

-¿No quiere a Santiago? -repitió ella, incrédula.

-Exacto.

-Pero yo creía que usted quería a cualquier asesino cuya cabeza tuviera precio -insistió ella-. Y la suya tiene el precio más alto de todos. ¿Por qué no está interesado en él?

-Por varias razones -respondió el Padre Guillermo-. Primero, mientras permanezca en libertad, habrá un par de docenas de cazadores de recompensas tras sus huellas. Eso significa dos docenas menos de competidores para mí. Segundo, no merece la pena afrontar todos los problemas que traerá dar con él, al margen de la cuantía de la recompensa. -Hizo una pausa-. Y tercero, no estoy seguro de que alguna vez haya matado a alguien.

-Vamos -dijo Virtud-, lo buscan por treinta y ocho muertes. -Lo culpan de treinta y ocho muertes -corrigió el Padre Guillermo-, que no es lo mismo.

-Hemos estado discutiendo sobre esto durante años -intervino el Botinero-. Yo sigo ofreciéndole que formemos un equipo, y él sigue rechazándome -sonrió-. Parece ser que Dios está empleando asesinos muy selectivos en estos días. -Se volvió hacia el Padre Guillermo-. Es probable que tenga usted razón -dijo, sarcástico-. Seguramente él mató sólo a treinta y dos o treinta y tres de esos hombres y mujeres personalmente, y contrató a alguien para que matara a los restantes.

-¿Por qué quiere matar usted a Santiago? -le preguntó Virtud al Botinero.

-¿Quiere decir, aparte del hecho de que soy un ciudadano honesto que considera ofensiva su sola existencia? -contestó él con ironía-. Digamos que tengo mis razones.

El Padre Guillermo, que ya había dado cuenta del plato principal, dejó los cubiertos y se puso de pie:

-Si no le importa, creo que me marcharé antes de que él comience a exponer esas razones. No me gusta discutir con el estómago lleno.

El Botinero se quedó sentado.

-Pastel de limón -dijo, tentador.

-¿Cubierto de merengue? -preguntó el predicador.

-Tenía el presentimiento de que vendría usted a cenar.

El Padre Guillermo pareció sostener una dura batalla consigo mismo. Finalmente dijo, suspirando:

-Mañana volveré para comérmelo.

-En ese caso, no lo detendré -dijo el Botinero-. Estoy seguro de que ya conoce el camino.

-¿Se asegurará de que Virtud llegue sana y salva a su hotel? -preguntó el Padre Guillermo.

-Por supuesto.

-¿Ha apagado ya todas sus máquinas infernales?

-Todas, menos las dos que están al pie de la colina... y han recibido instrucciones de dejarlo pasar.

-Asegúrese de que las cumplan.

-Lo haré -dijo el Botinero-. Y gracias por traer a esta inocente joven hasta mi guarida de iniquidad.

El Padre Guillermo le dirigió una mirada llena de ira, y luego dio media vuelta y salió de la habitación.

-Un hombre interesante -comentó el Botinero.

-Me sorprende que no se ataquen mutuamente.

-Eso sería malo para nuestros negocios -dijo el Botinero con una risita divertida.

-No lo comprendo.

-Yo le permito hacer negocio en mis mundos, y le doy información ocasional sobre varios asesinos que andan por aquí. A cambio de eso, él me avisa cuando se entera de que se acerca algún cazador de recompensas tan poco selectivo como él.

-Hablando de asesinos, ¿por qué les permitió a tres de ellos que fueran tras de mí en Barra Dorada? -preguntó Virtud.

-Fue un asunto estrictamente financiero -respondió el Botinero, sin asomo de remordimiento-. Les permití actuar aquí a cambio del veinticinco por ciento de sus honorarios... y Dimitri Sokol está ofreciendo mucho dinero por usted.

-¿Así que usted permite que aquí, en Barra Dorada, cualquiera mate a cualquiera, siempre y cuando usted obtenga su tajada del asunto? -dijo ella, sintiendo crecer la furia en su interior.

-Depende de la situación.

-¿Qué había en mi situación que le hizo suponer que yo era prescindible?

-Oh, yo ya sabía que el Lancero la esperaría en la carpa, y que el Padre Guillermo lo reconocería. En cuanto a los otros dos... bueno, si usted no es lo suficientemente buena para protegerse de Henry y de Martha, entonces tampoco lo es para ir tras Santiago. -Bebió otro sorbo de su vino-. De manera que, si usted lograba llegar hasta aquí, era digna de hablar de negocios conmigo... y si no lo lograba, al menos yo habría sido recompensado.

Ella lo miró con fijeza, molesta al comprobar que su furia se evaporaba ante la lógica sincera a implacable de su respuesta. Por último, lo que restaba de ella desapareció por completo, y se encogió de hombros.

-Muy bien. Ahora, háblame de Santiago.

-A su debido tiempo -replicó él-. Antes que nada, digamos que usted me cuenta qué interés tiene por él... y algo de su asociación con Sebastián Cain.

-Mi interés es estrictamente profesional -dijo Virtud-. Soy periodista, y se me ha pagado un sustancioso anticipo por un reportaje sobre él. -De pronto se puso seria-. Y me propongo conseguir ese reportaje, me cueste lo que me cueste.

-Muy bien dicho -respondió el Botinero-. Lo apruebo de todo corazón. ¿Qué me dice de Cain?

-Decidimos hacer un fondo común con nuestros recursos y nuestra información -contestó Virtud-. Nuestros intereses son paralelos, pero no idénticos. Ambos queremos a Santiago, pero él lo quiere por la recompensa y yo lo quiero por el reportaje -se interrumpió y lo observó con expresión pensativa.

-¿Quiere agregar algo más? -le sugirió él amablemente.

-Sólo que en nuestro acuerdo no hay nada sellado con sangre -dijo ella, eligiendo cuidadosamente las palabras-. Si llegara a encontrar a alguien que pudiera ayudarme más... -dejó en suspenso el resto de la frase.

-¡Magnífico! -dijo riendo el Botinero-. ¡Una de las mías!

-¿Quiere decir que cerramos trato? -preguntó Virtud.

El volvió a reír.

-Claro que no... al menos, no en esos términos. Si es capaz de traicionar a un socio, lo mismo hará con otros... y en el fondo, usted siente que Cain es un adversario mucho más terrible que yo. Después de todo, es un cazador de recompensas, y yo no soy más que un coleccionista de arte.

-No es así como lo veo yo.

-No se debe prestar oídos a los rumores injuriosos que se oyen por ahí -dijo el Botinero-. De todas maneras, no es una cosa ni la otra -le sonrió-. No se preocupe, querida mía. Parece que tenemos otro caso de intereses paralelos. Yo no quiero su historia y, aunque ciertamente me gustaría cobrar la recompensa, hay otras cosas que deseo aún más ansiosamente.

-¿Por ejemplo?

-Por ejemplo un competidor menos -dijo el Botinero-. ¿Sabía usted que yo solía trabajar para él?

-No.

-Lo hice... indirectamente casi siempre. En realidad, sólo me encontré con él en dos ocasiones.

-¿Por qué dejó de trabajar para él?

-Tuvimos una diferencia de opiniones.

-¿Sobre qué?

-Metodología -contestó él, sin comprometerse-. De todas maneras, aunque él no sea estrictamente un coleccionista, y ciertamente no tenga interés en nada esotérico, siempre tiene en su poder cierto número de obras de arte. Si llegamos a un acuerdo, podría considerarlas mías, siempre y cuando nuestra pequeña empresa tenga éxito.

-¿De cuántas piezas estamos hablando?

-Francamente, no podría decirlo. Pero tiene depósitos y almacenes por toda la Frontera Interior. Estoy seguro de que me sentiría satisfecho con el botín de la conquista -se encogió de hombros-. Dejemos que los hombres avariciosos e inmorales como Cain se queden con el dinero sucio de sangre -concluyó despreciativamente.

-¿Solamente tomaría aquellas piezas que desea conservar? -preguntó Virtud, repentinamente atenta a la posibilidad de obtener una nueva fuente de ingresos, aparte de sus honorarios por el reportaje.

Él sacudió la cabeza:

-Temo que mis acreedores tengan gustos muy caros, querida mía. Quiero conservar las piezas más finas que encuentre, pero el resto va a ser para mantener mi estilo de vida y, por qué no, para pagar a mis subordinados. No, el precio de mi ayuda son, como diría nuestro amigo el Padre Guillermo, todos los bienes temporales de Santiago.

-¿Por qué no intentó hacerlo antes? -preguntó Virtud.

-Lo he hecho... o más ,bien, he enviado hombres a hacerlo -respondió el Botinero-. Ninguno logró acercarse demasiado antes de ser eliminado. De manera que ahora parece que tendré que tener una participación más activa.

-¿Por qué ahora?

-Bueno, supongo que debería decir que es porque admiro su determinación, o porque deseo entablar una relación sentimental con usted -respondió él-. Pero, aunque ambas cosas sean totalmente ciertas, la verdad es que ciertos hechos recientes me han convencido de que esperar más sería tonto por mi parte.

-¿Qué hechos?

-El Ángel se ha trasladado a la Frontera Interior.

-Cain lo mencionó -dijo Virtud.

-Pues entonces Cain tiene mucha fe en sus habilidades -dijo el Botinero-. A través de un intermediario, le ofrecí a él la misma ayuda que le estoy ofreciendo a usted, a cambio de las mismas consideraciones. La rechazó de plano. Esto podría indicar que, o bien es un solitario tan pertinaz como se dice, o ya está tan cerca de Santiago que no necesita ayuda alguna. Probablemente se trate de la primera de las dos posibilidades, pero no creo poder permitirme el lujo de correr ese riesgo -hizo una pausa-. Así que, ¿tengo o no un acuerdo de sociedad con usted y con Cain?

-En lo que a mí concierne, lo tiene -replicó Virtud-. Tendré que aclararlo con Cain cuando termine su trabajo en Altair, pero no creo que esté interesado en otra cosa que no sea la recompensa. Además -mintió-, no sé por qué debería mencionarse el tema de los bienes de Santiago.

-¡Excelente! -se puso de pie y se dirigió hacia un pequeño gabinete-. Esto merece que abra una botella de mi mejor brandy Alfariano.

Regresó con el brandy y dos copas de cristal.

-Por su salud y próspero futuro, querida mía -dijo, chocando la copa con la de ella después de llenarlas. La contempló admirativamente, preguntándose cuántos coleccionistas de arte habría conocido ella en los mundos de la Democracia, y con cuántos podría relacionarlo en el futuro.

-Y a la salud de una sociedad prometedora -replicó Virtud, estudiándolo con cuidado y añadiendo mentalmente los premios y el dinero por artículos que él podría ayudarle a obtener una vez establecida una relación de trabajo.

-Virtud, querida mía-dijo él, deslumbrándola con su sonrisa más encantadora-, tenemos mucho de que hablar en los días venideros.

-Tengo el presentimiento de que está en lo cierto -replicó ella, con un brillo ambicioso en los ojos.

Él pasó la hora siguiente mostrándole algunas de sus piezas más importantes. Luego, sin necesidad de demasiada presión por ninguna de las partes, se fueron a la cama. Ambos encontraron la experiencia placentera; ambos simularon que había sido un éxtasis.

10

Camino de la Veta Madre
la Gran Nación Sioux tiene su morada.
Encuentran justificados sus crímenes y fraudes
por ser una nación predestinada.

Orfeo Negro no solía dedicar sus versos a alienígenas. No porque fuera parcial o fanático; nada de eso. Pero pensaba que su misión era crear un poema épico destinado a la celebración y perpetuación de la raza del Hombre. En realidad, quienes creían que esa saga estaba compuesta solamente por estrofas de cuatro versos, sin relación entre sí, sobre todos los fugitivos y los rebeldes que le habían causado alguna impresión, estaban absolutamente equivocados. En el momento de su muerte, el poema tenía una extensión de 280.000 versos, la mayoría libres o pentámetros yámbicos, principalmente consagrados a cantar la gloria de la expansión arrolladora del Hombre a lo largo de la Frontera Interior. Las mínimas baladas acerca de seres pintorescos y extravagantes eran poco más que notas al pie o señales muy puntuales en su poema épico, aunque constituían la única parte que interesaba a sus contemporáneos (salvo, por supuesto, a los académicos, que lo adoraban cuando era poco transparente, y prácticamente lo transformaban en un dios cuando era decididamente oscuro).

De cualquier forma, a pesar de que Orfeo no estuviera particularmente interesado en los alienígenas, no tenía nada en contra de ellos para no nombrarlos en su poema si eran realmente especiales, no en el sentido físico, ya que todas las especies eran físicamente especiales, sino especiales en su relación con el Hombre. Y desde ese punto de vista, la Gran Nación Sioux era un poco más especial que la mayoría.

No se trataba, en realidad, de una nación. Constaba de ochenta y cuatro miembros, y tan sólo dos veces, desde su inicio, se habían encontrado todos en el mismo planeta al mismo tiempo. Pertenecían a siete razas sensibles, todas oxígeno-respirantes, cada una proveniente de algún mundo que había sido conquistado militarmente y sojuzgado económicamente por la República o por la Democracia que la sucedió.

Algunas razas eran tan alienígenas que el sojuzgamiento no significaba prácticamente nada para ellas; en su mayoría lo padecían, pero sólo unas cuantas aprendían de él.

Entre éstas se encontraba la Gran Nación Sioux.

Todos sus miembros eran rebeldes y ladrones, asesinos sanguinarios y contrabandistas que jugaban al juego del Hombre en territorio del Hombre: la Frontera Interior. Pero al contrario de sus hermanos menos lúcidos, fueron directamente a las fuentes para llevar a cabo su adoctrinamiento. Todos habían formado parte alguna vez de una banda de forajidos humanos, y todos se habían dado cuenta de que, si uno iba a jugar en el campo de juego del Hombre, lo mejor para él/ella/eso era aprender sus reglas.

Y mientras estudiaban el manual con las reglas, también estudiaron la historia. Se enteraron de que antes de que el Hombre se dedicara a conquistar y a explotar a las razas que encontraba en las estrellas, llevaba ya muchos siglos haciéndolo en su propio planeta. Su líder, un humanoide de plumas doradas proveniente de Morioth II, descubrió que sentía una especial simpatía por los amerindios, que habían sido diezmados metódicamente en una de las últimas fronteras del mundo del Hombre. Adoptó el nombre de Toro Sentado, aunque era físicamente incapaz de sentarse y no tenía ni idea de lo que era un toro; le dio a cada uno de los miembros de su banda un nombre indio (curiosamente, Caballo Loco fue el único otro nombre tomado de los Sioux); adoptó ciertas prácticas propias de los indios de las llanuras americanas, y llamó al grupo la Gran Nación Sioux. Antes de que transcurriera mucho tiempo, ya había sembrado en ellos la convicción de que su misión consistía en ajustar el equilibrio del poder en la Frontera Interior, sacando a la vez un considerable beneficio. No cometían ningún crimen contra ninguna raza que no fuera la del Hombre; no aceptaban comisiones de

Librodot

ninguna otra raza que no fuera la del Hombre, y no usaban contra el Hombre ninguna arma que no hubiera sido creada por él.

Cuando Orfeo escribió sobre ellos, evitando mencionar su condición de alienígenas (aunque efectuó una revisión algunos años más tarde), gran parte del público creyó que eran una banda de fanáticos unidos por el afán de vengar las injusticias cometidas eones antes contra los amerindios. Otros sostenían que eran un grupo de idealistas descarriados dispuestos a reparar una imaginaria injusticia en nombre de una raza minoritaria de la humanidad que había sido exterminada o asimilada largo tiempo atrás. Solamente los pocos que habían tenido tratos con ellos sabían que se trataba simplemente de alienígenas forajidos y de oportunistas, tratando de hacer lo posible por adaptarse a una cultura de la frontera que nunca llegarían a comprender por completo.

Pero fuera cual fuese la motivación de la Gran Nación Sioux, su eficiencia no estaba en tela de juicio. El cuartel general de Toro Sentado se hallaba en el mundo minero de Veta de Diamante, a unos cuarenta kilómetros al sur de Veta Madre, el único Pueblo de Mercaderes del planeta. A través de él, se podían conseguir contactos para cualquier tipo de contrabando que tuviera que ver con la vida humana.

También se podía conseguir información, razón por la cual el Botinero dio instrucciones a la computadora de navegación de Virtud para que pusiera rumbo a Veta de Diamante.

Dos días más tarde, Virtud aterrizaba con su nave en el diminuto Puerto espacial en las afueras de Veta Madre. Era media mañana, y el lejano sol brillaba con un naranja descolorido a través de la calurosa atmósfera de la zona.

El Botinero se dirigió inmediatamente hacia un garaje local, donde pasó más de diez minutos regateando con el propietario el precio del alquiler de un coche terrestre muy antiguo.

-¿Por qué no le has pagado directamente lo que te pedía? -preguntó Virtud irritada, abriendo una de las ventanillas para dejar que entrara el aire, cuando comenzaron a circular por una carretera estrecha y sucia en dirección a la Gran Nación Sioux-. Podemos permitírnoslo.

-Por supuesto que podemos, querida mía -concedió él amablemente-. Pero éste es el mundo de Toro Sentado, así como Barra Dorada es el mío. En estos momentos él ya está enterado de que estamos aquí, y ya que su negocio no consiste en dar información gratis, no es mala idea hacerle saber que no siempre estamos dispuestos a pagar el primer precio que nos dan.

-¿Ofrecerá un segundo?

El Botinero asintió con la cabeza:

-Y un tercero, y un cuarto. Cree fervientemente en el sistema de trueque.

-Parece un personaje interesante -comentó ella, sacando un pañuelo y secándose con él la transpiración que comenzaba a correr por su rostro.

-Es un personaje peligroso -la corrigió el Botinero-. Incluso creo que sería mejor que yo me ocupara de conversar con él y llevara a cabo la negociación en nombre de los dos.

-¿Qué te convierte en mejor que yo para eso? -preguntó ella-. Si me hubieras dejado ocuparme del arreglo por el coche, habría conseguido uno con aire acondicionado... o al menos alguno con mejores parachoques.

-Éste era el único disponible.

-No contestas a mi pregunta: ¿qué te hace pensar que estás mejor cualificado que yo?

-Que se trata de un alienígena.

-¿Y eso qué tiene que ver?

-Fui criado por alienígenas. Sé cómo funciona su mente.

-¿Estás tratando de decirme que te criaron miembros de la raza de Toro Sentado? -le preguntó ella con escepticismo.

-No.

-Entonces, ¿cuál es la diferencia?

-Estoy acostumbrado a tratar con alienígenas.

-Eso es sumar manzanas y naranjas -replicó ella-. Es como si me dijeras que, como estás acostumbrado a disparar armas de fuego, eres muy bueno con el sable. -Chilló cuando el vehículo dio un salto para evitar un bache enorme, y luego se volvió hacia él-. Ante todo, ¿cómo demonios terminaste viviendo con alienígenas?

-Cuando tenía tres años, mi familia se encontraba a bordo de una nave de colonos que se estrelló en Pellinath Cuatro. Hubo sólo dos supervivientes, y uno de ellos murió al cabo de dos días. Los Bellum cuidaron de mí hasta que cumplí diecisiete anos.

-¿Los Bellum? -repitió Virtud-. Nunca los había oído nombrar.

-Hay mucha gente que no sabe que existen -replicó el Botinero-. Viven muy aislados y son muy reservados.

-¿Por qué no notificaron a la Democracia que estabas con ellos?

-Por extraño que parezca, ni siquiera conocían la existencia de la Democracia. De manera que permanecí allí hasta que aterrizó un grupo del Cuerpo de Pioneros y comenzó a trazar mapas del planeta; luego me marché con ellos.

-¿Cómo fue crecer alejado de los de tu raza? -preguntó ella con curiosidad.

-No fue tan terrible, teniendo en cuenta las circunstancias. Creo que fue peor para los Bellum que para mí.

-¡Oh! ¿Por qué?

-Se trataba de una sociedad comunitaria, y el concepto de la propiedad individual no era muy popular entre ellos. -Sonrió-. No hace falta decir que yo no compartía exactamente esta visión del mundo. Pronto hará treinta años que me fui de allí, y apostaría a que algunos sectores de su economía aún no se han recuperado.

-Habría jurado que te tuvieron con ellos el tiempo suficiente para educarte como es debido -comentó Virtud.

-Eso es lo que ellos creyeron -dijo él, soltando una carcajada-. Pero dale a un niño de dos años una muñeca de trapo y dile que es suya, y adquirirá un sentido de la propiedad que ni todo un planeta lleno de Bellum conseguirá suprimir. -Hizo una pausa-. De cualquier manera, nunca se me ha dado bien eso de obedecer órdenes, así que cuando me dijeron que ninguna entidad bienpensante debía desear poseer objeto material alguno, inmediatamente comencé a acumular cosas a una velocidad vertiginosa. -Volvió a sonreír-. Sospecho que eso me hizo adulto.

-Interesante -dijo ella, mientras decidía que el calor era preferible al polvo y cerraba la ventanilla-. Pero sigo sin entender por qué nada de esto te cualifica más que a mí para hablar con Toro Sentado.

-Es un alienígena tratando de actuar como un humano -dijo el Botinero-. Su posición se parece mucho a la mía de hace treinta años; además, ya he tratado con él una vez, así que sé cuál es la manera de hacerlo.

-¿Manera? ¿Qué manera?

-Es experto en rituales amerindios. Sospecho que la mayoría no han existido jamás, pero ha leído un montón de libros y ha visto otros tantos videos realizados por antropólogos medio tontos.

-¿Y eso impresionó tanto a Orfeo Negro que escribió sobre él? -dijo Virtud, obviamente no muy impresionada.

-Ha escrito sobre personajes mucho menos pintorescos -replicó el Botinero-. Tú y yo, por ejemplo.

-Esto puede sorprenderte, pero ni siquiera sabía que formaba parte de su condenada historia hasta que aparecieron mis versos -dijo, soltando un bufido desdeñoso-. Todavía no sé cuándo ni dónde me vio, y no creo que nunca llegue a saber de dónde sacó ese disparate de Reina Virgen.

-De manera que no eres virgen y no eres reina -dijo él con tranquilidad-. A mí jamás me ha perseguido la policía, por más que lo diga la canción. Se trata de un fabricante de mitos, no de un historiador.

-No es un fabricante de mitos ni un historiador -dijo Virtud-. Es un simple baladista, y no de los mejores.

El Botinero sacudió la cabeza:

-Puede darle a su historia forma de balada, pero no es de los que permiten que la métrica le impida decir lo que quiere. La última vez que me visitó le comenté que en la métrica de las estrofas dedicadas a Sócrates, a Altair de Altair y a Charlie *única-vez* había fallos, y él se limitó a sonreír y a decirme que prefería que sus canciones dijeran la verdad a que rimaran.

-Ese tipo es un tonto.

-En ese caso es un tonto muy popular.

-¿Lo crees? -dijo ella-. Deberías oír lo que opina Cain de haber sido apodado el Pájaro Cantor.

-En lugar de quejarse, debería sentirse halagado -dijo el Botinero-. Orfeo lo hizo famoso -se detuvo un instante-. Nos ha hecho famosos a todos, caramba.

-¿Sabes una cosa? -dijo ella, pensativa, volviendo a enjugarse la frente-, tal vez no estemos haciendo lo debido.

-¿En qué sentido?

-Quizá deberíamos haber buscado a Orfeo y preguntarle a él dónde encontrar a Santiago.

-No lo sabe -dijo el Botinero-. Ha estado buscándolo durante los últimos diez años.

-¡Pero escribió sobre él! -protestó Virtud-. Creí que no lo hacía de no conocer personalmente al sujeto.

-Santiago es un caso especial. Después de todo, una saga acerca de la Frontera Interior que no lo mencionara no tendría sentido. Además, Orfeo es como cualquier otro artista: cuanto más avanzada está la obra en la que trabaja, más terror siente de morir antes de terminarla, y de que algún incompetente la complete en su lugar. Quería asegurarse de que los versos dedicados a Santiago estuvieran listos antes de que eso sucediera; imagino que los reescribirá si se encuentra con él alguna vez.

-¿Quién encargó esta condenada canción, dicho sea de paso? -preguntó Virtud.

-Nadie. La hace porque quiere.

-Entonces yo tenía razón -dijo ella con determinación-. Es un tonto.

-¿Por hacer algo que lo hace feliz?

-Por hacerlo gratis.

-Tal vez tenga todo el dinero que necesita -sugirió el Botinero.

Ella se volvió y lo miró fijamente:

-¿Conoces a alguien que tenga todo el dinero que necesita?

El Botinero sonrió.

-Tal vez realmente sea un tonto -dijo por fin.

Súbitamente la carretera se hundió en una depresión arbolada, y el Botinero comenzó a reducir la velocidad.

-¿Qué ocurre? -preguntó Virtud.

-Ya casi hemos llegado -contestó él, saliendo de la carretera justo antes de que ésta trepara para salir de la depresión y continuara a lo largo de una angosta loma-. ¿Ves aquel claro a un kilómetro de aquí?

-¿Qué son esas extrañas estructuras que hay en medio? -preguntó Virtud, señalando más allá de los árboles.

-Entoldados -respondió el Botinero.

-¿Qué es un entoldado?

-Una especie de tienda de campaña en la que acostumbraban a vivir los amerindios... o al menos eso es lo que me dijo Toro Sentado. Personalmente pienso que nadie ha dormido nunca en una cosa así. Resulta demasiado incómodo, y es evidente que no ofrece protección alguna contra los enemigos. -Se encogió de hombros-. Sin embargo, no vale la pena discutir sobre eso; tengo mejores cosas que hacer que ir por ahí estudiando a los aborígenes.

Apagó el motor del coche.

-¿Y ahora qué? -preguntó Virtud.

-Ahora salimos y caminamos -contestó, abriendo la puerta de su lado y esperando a que ella hiciera lo mismo.

-¿Por qué? Estamos a casi medio kilómetro de allí.

-Porque Toro Sentado quiere que sus visitantes lleguen a pie. Confieso que lo entiendo; hay muchas maneras de cargar armas en un vehículo a motor, y tiene más enemigos de los que puede contar. -Hizo una pausa-. Además, de esta forma nos aseguramos de que nos reciba en persona.

-No lo entiendo -dijo Virtud.

-Si la última vez que estuve aquí todo sucedió como de costumbre, tendremos compañía en el camino y entraremos en su campamento custodiados por guardias armados. Imagino que eso le hace sentir que controla la situación.

Como a una señal previamente convenida, desde detrás de los árboles y los matorrales dieron un paso al frente cuatro alienígenas. Mejor dicho, fueron tres -seres azules altos, calvos y demacrados, todos armados hasta los dientes-, los que dieron un paso al frente; el cuarto, que parecía una peluda oruga amarilla, apenas se deslizó. Los cuatro llevaban pinturas de guerra y casco. El Botinero los encontró grotescos, pero a Virtud le parecieron lo bastante interesantes como para tomar una foto con una cámara holográfica en miniatura que llevaba escondida en el cinturón.

Por fin, uno de los alienígenas azules, que se identificó como Cochise, les apuntó con un rifle sónico. Se quedaron inmóviles mientras la oruga literalmente olfateaba las armas que llevaban, se apropiaba de las dos pistolas que el Botinero tenía ocultas, y se las daba a otro de los azules. Cochise movió la cabeza en dirección al campamento, y los dos humanos volvieron a encaminar sus pasos hacia él.

Al llegar, Cochise los acompañó hasta el sitio en el que una fogata se había apagado en algún momento de la noche, les indicó que se sentaran, y los dejó al cuidado de otro alienígena azul.

-Hasta ahora, ¿ha habido algo fuera de lo común? -murmuró Virtud.

-El procedimiento de rutina, nada más -le aseguró el Botinero.

Entonces se abrieron, las aletas que cubrían la entrada de una de las carpas cercanas, y por allí salió Toro Sentado, mientras Virtud disparaba disimuladamente la cámara oculta en su cinturón y ponía en marcha una grabadora a escondidas.

Lo primero que vio de él fueron las plumas doradas. Al principio creyó que eran parte de su atavío, como el amplio tocado ceremonial que llevaba, pero no tardó en darse cuenta de que formaban parte del mismo Toro Sentado.

Medía aproximadamente metro y medio de altura, y era casi tan ancho como alto. Cubría tan inadecuadamente sus genitales con un taparrabos lleno de abalorios, que con una sola mirada Virtud corroboró que se trataba efectivamente de un varón. Se desplazaba con andares de pato sobre unas piernas gruesas y musculosas, unidas de una manera tan extraña que no logró entender cómo podía sentarse, ni siquiera en cuclillas.

Su rostro, como el de los otros alienígenas, estaba cubierto por un dibujo pintado, pero parecía, si no humano, al menos muy expresivo. A Virtud le chocaba que un ser con tantas plumas no tuviera un pico a juego, pero Toro Sentado tenía una nariz ancha y chata, y su boca era fina y fruncida. Los ojos eran de color castaño oscuro y sus pupilas, meras rayas verticales. Si tenía orejas, ella no pudo localizarlas, pero supuso que muy bien podían hallarse cubiertas por el gran tocado.

-Hola, Toro Sentado -dijo el Botinero, comenzando a ponerse de pie-. Qué alegría volver a verte.

-Quédate sentado -replicó Toro Sentado con una voz áspera y rechinante que hirió los oídos de Virtud; resultaba tan inapropiada que ella tuvo la impresión de que la ahuecaba aún más para impresionarlos. El Botinero volvió a sentarse y a cruzar las piernas-. ¿Quién es tu

compañera?

-Virtud MacKenzie -dijo Virtud, dudando entre extender o no la mano, y decidiéndose por esto último-. Soy periodista.

Toro Sentado la observó durante un instante sin cambiar de expresión, luego se volvió hacia el Botinero y se aclaró la garganta, con un sonido chirriante, como de metal contra metal, y que hizo pensar a Virtud que, después de todo, ésa debía de ser su voz normal.

-¿Qué clase de favor esperan de la Gran Nación Sioux?

-Información -respondió de inmediato el Botinero.

-Esta información, ¿acarreará acaso algún perjuicio a uno o más Hombres? -preguntó Toro Sentado.

-Lo hará -dijo el Botinero.

El emplumado alienígena efectuó un torpe movimiento espasmódico con la cabeza, que Virtud interpretó como un asentimiento.

-Esta información, ¿acarreará algún perjuicio a uno o más miembros de cualquier otra raza?

-En absoluto -le aseguró el Botinero.

-¿Es consciente de la pena que se impone por mentir?

-Digamos que puedo hacerme una idea bastante aproximada. -No supongas, Alegre Botinero. -Toro Sentado se inclinó hacia delante y lo miró con intensidad; Virtud decidió entonces que parecía mucho más alienígena que indio-. Si llegara a causarse algún daño a alguien que no sea Hombre como resultado de la información que buscáis, tú y Virtud MacKenzie seréis hallados, no importa dónde os hayáis ocultado. Seréis traídos de vuelta a Veta de Diamante, seréis torturados, seguramente atados a una estaca, y quemados hasta la muerte. ¿Entendido?

-Perfectamente.

-Entonces, haced vuestra pregunta.

-Estamos buscando a Santiago. ¿Sabes dónde está?

-Sí.

Hubo un prolongado silencio.

-¿Y bien? -preguntó Virtud.

-Eso no os lo diré.

-¿Porque no quieres, o porque no puedes? -preguntó el Botinero.

-He dicho lo que he dicho -afirmó Toro Sentado con estoicismo.

-No me había dado cuenta de que le tenías miedo -dijo el Botinero, condescendiente.

-Yo no temo a nadie.

-Entonces ¿por qué no nos dices lo que deseamos saber?

-Porque él le hace la guerra al Hombre. Porque le trae penurias al Hombre. Porque trae caos al Hombre. Porque es Santiago.

-Ya basta de tonterías y diga cuál es su precio -dijo, irritada, Virtud.

Toro Sentado se volvió hacía ella, con las pupilas contrayéndose y dilatándose al ritmo de su respiración.

-Las mujeres no hablan en el consejo.

-Las mujeres con dinero, sí -repuso ella-. ¿Cuánto quiere?

-Usted es muy irritante, incluso para un miembro de su raza -dijo el alienígena-. Comienzo a entender por qué Dimitri Sokol quiere verla muerta -la observó fríamente-. No hay precio. No se lo diré.

-¡Querrá decir que no tiene agallas! -le espetó Virtud.

-No tememos a nadie -dijo Toro Sentado, extendiendo los labios y dejando al descubierto una hilera de dientes brillantes y amarillos-. Incluso la Democracia se acobarda ante la Gran Nación Sioux.

-Que, a su vez, se acobarda ante Santiago, un criminal común con precio puesto a su cabeza.

-Santiago no es el único Hombre cuya cabeza tiene precio -dijo significativamente Toro Sentado-. Haría bien en recordarlo.

-¿Eso es una amenaza? -preguntó Virtud-. ¡Si es mi cabeza la que tiene precio, fue puesto por un criminal de Pegaso, y si usted intenta cobrar ese precio, va a enterarse de lo que les ocurre a los alienígenas pagados de sí mismos que van por ahí matando periodistas humanos! ¿He sido suficientemente clara?

Toro Sentado se limitó a mirarla fijamente, sin hacer ningún comentario.

-Ahora, hablemos de negocios -dijo Virtud-. Tenemos prisa.

El alienígena siguió mirándola.

-Oiga, usted... -comenzó ella a decir acaloradamente.

El Botinero le tocó el brazo.

-Ya es suficiente -dijo-. No está tratando de subir el precio; lo dice de veras. Y, por si lo has olvidado, estamos rodeados por sus fuerzas.

-¿Estás tratando de decirme que hemos hecho todo este viaje para nada? -preguntó Virtud-. ¿Le hablamos durante treinta segundos y nos damos por vencidos, y eso es todo?

-No exactamente -respondió el Botinero-. Al menos, podemos enterarnos de cómo le está yendo a la competencia. -Se volvió hacia Toro Sentado-. También buscamos información que no atañe a Santiago.

-Te escucho.

-Hay un cazador de recompensas, conocido como el Ángel. ¿Dónde está ahora?

Pasaron por todo el ritual acerca de a quién perjudicaría esa información; luego Toro Sentado reconoció que podía dar con el paradero del Ángel en cuestión de minutos. Llamó a un alienígena azul llamado Vittorio, le preguntó algo en una lengua que Virtud no reconoció, lo despidió, y volvió nuevamente su atención hacia el Botinero.

Ahí comenzó el regateo. Toro Sentado exigió 20.000 francos Bonaparte; el Botinero se le rió en la cara y le hizo una contraoferta de 750 créditos. Diez minutos más tarde, aún se hallaban en ese punto, con 236 créditos en disputa, y finalmente el Botinero cedió. El trato quedó cerrado en 6.819 créditos, pagaderos por adelantado.

El Botinero hurgó en su bolsillo y extrajo un fajo de billetes. Llamaron a Vittorio, que salió de una de las carpas cercanas, le dijo algo a Toro Sentado, tomó el dinero, y luego se situó unos pasos detrás de Toro Sentado, con los brazos escuálidos cruzados sobre el pecho estrecho.

-Ahora fumaremos una pipa de la paz -anunció Toro Sentado-. Y luego os daré aquello por lo que habéis pagado.

Movió la cabeza, y una criatura con aspecto de garrote marrón, que Virtud habría confundido fácilmente con un tronco de árbol, se removió y sacó una pipa artesanal de madera de algún lugar oculto entre los pliegues de la corteza que constituía su gruesa piel.

Toro Sentado sacó un diminuto artefacto láser, y volvió a encender los troncos que había entre él y los dos humanos; a un gesto suyo, la oruga se deslizó hasta él, tomó una ramita encendida, y la sostuvo sobre el extremo de la pipa. Toro Sentado hizo varias aspiraciones profundas, gruñó con satisfacción, y luego pasó la pipa al Botinero, quien se llenó la boca de humo, pareció analizar su sabor por un momento, y lo dejó salir.

Cuando le llegó el turno a Virtud, él *se* la alcanzó y le susurró:

-No lo inhales.

Ella siguió sus instrucciones, retuvo un par de veces el espeso humo gris en la boca, asegurándose de que nada de él pasara por su garganta, y finalmente lo exhaló.

-¿Qué es? -preguntó, haciendo una mueca y pasándole la pipa al alienígena amarillo, que se la llevó-. Era asquerosamente dulce.

-Algún compuesto alucinógeno -le respondió con suavidad-. Es uno de sus juegos de salón favoritos -hizo una mueca-. Tengo la sospecha de que insiste en fumarlo para poder ver cómo los humanos hacen el ridículo. Trágate una sola bocanada de esa porquería y te pasarás una semana viendo visiones. -Se volvió hacia Toro Sentado-. ¿Puedo ya obtener mi

información?

-Vittorio dice que el hombre que buscáis está actualmente en el planeta Glenovar, perteneciente al sistema Zeta Halioth.

El Botinero frunció el ceño:

-¿Estás seguro?

-Estoy seguro.

-¿No hay ninguna posibilidad de error, o de que te refieras a un hombre equivocado?

-Ninguna.

-Muy bien -hizo una pausa-. Te daré una última oportunidad para que hablemos de Santiago. Estamos en condiciones de hacerte una oferta muy jugosa.

-No traicionaré a Santiago.

-Creí que se ganaba la vida traicionando Hombres -terció Virtud fríamente.

-Sólo en detrimento de otros Hombres -repuso plácidamente Toro Sentado.

El Botinero se puso de pie y ayudó a Virtud a hacer lo mismo.

-Entonces, creo que ha llegado el momento de que nos despidamos de ti.

-¿No buscas otra información?

-No.

-¿No tienes curiosidad por saber algo acerca de un cargamento de esculturas de antracita, en tránsito entre Pisgah y Genovaith Cuatro? -sugirió el alienígena emplumado, con los labios curvados en lo que parecía una sonrisa.

El Botinero sonrió a su vez:

-Tenía tanta curiosidad, que ordené que lo interceptaran cuando pasara por el sistema Karobus. Eso debe de haber ocurrido hace más o menos una hora.

-¿De verdad?

-De verdad -dijo el Botinero.

-Eres un villano lleno de recursos, Alegre Botinero -dijo Toro Sentado.

-En ese caso, podría presentar mi solicitud de ingreso a la Gran Nación Sioux -replicó con sarcasmo.

-No eres aceptable -dijo Toro Sentado-. Tus armas ya han sido colocadas en tu vehículo. -Se dio la vuelta, y caminó como un pato hacia su tienda.

Cuando el alienígena emplumado hubo desaparecido, el Botinero se volvió hacia Virtud.

-Tenemos problemas -anunció, solemne.

-¿Sí?

Él asintió:

-Él Ángel ya está mucho más cerca de Santiago de lo que creía.

-¿Más cerca que nosotros? -preguntó ella.

-Probablemente.

-¿Cómo es posible? Si sabes a quién está viendo, ¿por qué no entrevistamos nosotros primero a esa persona?

-No sé a quién está viendo. Lo que sí sé es que hay tres o cuatro posibles vías de búsqueda para quien vaya detrás de Santiago. Nosotros nos estamos guiando por sus operaciones de contrabando; si el Ángel se encuentra en Glenovar, está siguiendo la pista del dinero -frunció el ceño-. Y está haciendo un trabajo de primera: en cuatro semanas ha logrado llegar más lejos que tú en todo un año... y no tenía a Cain para que lo ayudara. Tengo la sensación de que se mueve dentro de los tres o cuatro mundos de alguien que probablemente pueda señalarle el planeta donde Santiago ha instalado su cuartel general, y que tal vez incluso le dé su dirección exacta, y el número de su habitación.

-¿Altair de Altair podrá hacer lo mismo por Cain? -preguntó Virtud.

-No lo sé. Quizá -dijo el Botinero, encogiéndose de hombros.

-Pero lo dudas.

-Te aseguro que no lo sé -repitió él.

Virtud se irguió y se volvió hacia el entoldado donde se encontraba Toro Sentado.

-¡Eh, Toro Sentado! -le gritó-. ¡Vuelva a salir!

Un momento después, salió el alienígena.

-¿Cuál es su precio por matar al Ángel? -le preguntó ella.

Él guardó silencio un minuto, como si lo estuviera calculando.

-Cinco millones de créditos -anunció por fin.

-¿Cinco millones? -repitió ella con incredulidad-. ¡Debe de estar bromeando! ¡Eso es más de lo que la Democracia está ofreciendo por cualquier criminal, salvo Santiago!

-Llevaré a muchos de mis guerreros, y la mayoría morirán -hizo una pausa-. EI Pájaro Cantor también es un asesino, y es su socio. ¿Por qué no le pide a él que mate al Ángel?

-Porque se lo estoy pidiendo a usted -contestó ella con brusquedad, preguntándose irritada sí había alguien en la Frontera que no supiera que se había asociado con Cain.

-Ya le he dicho cuál es mi precio. ¿Está dispuesta a pagarlo?

-Ni lo sueñe -replicó Virtud.

Toro Sentado volvió a entrar a su carpa sin decir una sola palabra más.

-¿Adónde irá el Ángel tras abandonar Glenovar? -preguntó Virtud, mientras caminaba junto al Botinero hacia su coche terrestre.

-¿Quién sabe? -dijo él, encogiéndose de hombros-. Probablemente al sistema Lambda Karos. Tarde o temprano, todas las pistas de dinero terminan pasando por ahí.

-Tal vez debamos llegar primero allí y eliminar a su contacto -sugirió ella.

-No sé quién es su contacto, y aunque lo supiera me parece que de ahora en adelante deberíamos partir de la base de que todos sus contactos saben cuidarse muy bien. Se necesitaría un especialista para eso, alguien como Cain.

-¿Y bien? -dijo ella, expectante.

Él suspiró:

-Ni hablar. También lo necesitamos para seguir nuestra propia línea de investigación. De los tres, es el más apto para sobrevivir a un encuentro con Altair de Altair y algunos de los otros que lo esperan a lo largo del camino. Tú tienes muchas cualidades maravillosas, Virtud: mientes y engañas, chantajeas y alardeas con mucho descaro, y eres decididamente deliciosa en la cama... pero, sencillamente, no eres una hábil asesina profesional.

Virtud aspiró profundamente, retuvo el aire tal vez medio minuto, y luego lo dejó salir con un bufido.

-Piensas que el Ángel va a llegar primero, ¿no es así? -dijo sin rodeos.

Él se encogió de hombros sin comprometerse:

-Es una posibilidad.

Virtud contempló largamente a su compañero, y al hacerlo llegó a la conclusión de que había apostado su dinero al caballo equivocado.

-Tal vez yo pueda ir hasta el sistema Lambda Karos y esperarlo allí -sugirió, con lo que esperaba que fuese el grado adecuado de indiferencia.

-¿Esperarlo? -repitió el Botinero-. ¿Quieres decir, al Ángel? ¿Qué ganarías con eso?

Ella se encogió de hombros inocentemente.

-¿Quién sabe? Quizás encuentre alguna manera de desorientarlo, o al menos podría hacerle perder tiempo -hizo una pausa-. En todo caso, tendríamos una idea clara de dónde está y de lo rápidos que son sus progresos. Eso tiene que sernos de utilidad.

-Me temo que se te ve demasiado el plumero, querida mía -repuso el Botinero, con un asomo de sonrisa divertida-. ¿Cómo te propones desorientarlo, si no sabes quién es su contacto ni la información que éste le suministra? En cuanto a tener idea de dónde está, eso es infinitamente menos importante que saber hacia dónde va. -Se detuvo un instante, soltó una risita y sacudió la cabeza-. No has hecho muy bien los deberes, Virtud: el Ángel no acepta socios. Nunca.

-¿Quién ha hablado de asociarse con el Ángel? -preguntó ella acalorada, enojada consigo misma por haber sido tan transparente-. Lo único que quiero es no perderlo de vista y,

si puedo, indicarle la ruta equivocada.

-O acompañarlo en la correcta -sugirió, irónico, el Botinero.

-Eres muy desconfiado -dijo Virtud-. Supongo que debo atribuirlo a tu educación.

-¿Y qué tal atribuirlo a mi actual compañía?

-Puedes perder el tiempo atribuyendo culpas -dijo ella-. Yo intento usar el mío en pescar al Ángel.

-Estás comportándote como una tonta, querida mía -dijo el Botinero-. O es posible que no estuvieras prestándole a Toro Sentado toda la atención que correspondía.

-¿De qué estás hablando?

-Sokol aún te persigue. En realidad, Toro Sentado no te mató en cuanto aterrizaste únicamente porque estabas conmigo; gracias a mí ha hecho muy buenos negocios a lo largo de los años. Tan pronto como te vayas sola, eres nuevamente presa fácil.

-¿Acaso piensas que voy a temblar de terror por un minúsculo alienígena achaparrado que vive en una tienda? -dijo ella, riendo.

-Tu asesino podría ser cualquiera. No sabes con quién ha hecho tratos Sokol. -Hizo una pausa y añadió-: En cuanto a Toro Sentado, puede no parecer gran cosa, y no se rodea de lujos, pero es un antagonista temible.

-Y si me quedo contigo, ¿tú serás quien me proteja?

-Indirectamente. Hay mucha gente que no desea ofenderme.

-Al menos Cain tiene algo de experiencia matando gente.

Él sonrió:

-Yo contrato a la gente como Cain, querida mía.

Llegaron hasta un árbol caído que les bloqueaba el paso y lo rodearon.

-¿Cuál es la pieza artística más importante de la galaxia? -preguntó Virtud de pronto.

El reflexionó un instante.

-En Antares Tres hay un tapiz de más de un kilómetro de largo -dijo-. Cuarenta generaciones de antareanos han trabajado en él; cuenta la historia de su raza en cerca de dos mil exquisitas escenas. Diría que es la más singular. ¿Por qué?

-¿Qué serías capaz de arriesgar para hacerte con él?

-Todo lo que tengo.

-Bien. Santiago es la historia más importante de la galaxia, y asumiré todos los riesgos que sean necesarios para hacerme con él.

-Debería agregar que no arriesgaría la vida por ese tapiz -dijo el Botinero.

-Eso es porque ya no tienes ambiciones -dijo Virtud-. Yo sí. Quiero ser la mejor.. y si ver al Ángel puede ayudarme a conseguir lo que quiero, entonces estoy ansiosa por hacerlo.

Llegaron hasta el vehículo; el Botinero recogió sus pistolas del asiento y las devolvió a sus fundas.

-¿Estás segura que no vas a reconsiderarlo?

-Estoy segura.

-Entonces tal vez sea mejor que vaya contigo -dijo él suspirando.

-No es necesario que ambos vayamos hasta allí. Os mantendré informados, a Cain y a ti, acerca de sus andanzas. -Hizo una pausa-. Creo que lo mejor que puedes hacer es ir a Altaír y reunirte con él allí.

-Probablemente -asintió él con desgana-. Hay una cuestión, sin embargo: ¿cómo voy a llegar hasta allí? Mi nave se quedó en Barra Dorada.

-Eres un hombre de recursos -dijo Virtud-. Estoy segura de que encontrarás el medio -se detuvo-. Ahora, por favor, llévame de vuelta a mi nave.

-¿Y si me niego?

-Entonces caminaré; el resultado será el mismo, pero cuando vea a Cain le diré que estás trabajando para el Ángel y que debe matarte en cuanto te vea.

El Botinero la observó, sorprendido de no estar sorprendido:

-Supongo que lo harías -hizo una pausa-. El planeta más importante de los que están

cerca es Kakkab Kastu Cuatro. ¿Puedes, al menos, llevarme hasta allí?

Ella consideró un momento su petición, luego asintió.

-Supongo que unas cuantas horas no tienen importancia, siempre y cuando llegue a donde voy -se volvió hacia él-. Pero pagarás el combustible extra.

-Lo descontaremos de tu parte en los honorarios de Toro Sentado.

-Nunca he accedido a pagarle a Toro Sentado -dijo ella-. Podría haber obtenido esa información del propio Cain.

-Si todavía está vivo.

-Si no lo está, quiero la mitad de la recompensa si logras matar a Santiago.

-Eres una negociadora de cuidado, querida mía -dijo el Botinero, sacudiendo la cabeza con fingido cansancio.

-Una hace lo que debe -dijo Virtud.

-Ahórrate los tópicos -dijo él secamente.

-Lo considero un buen consejo a seguir.

-Sólo hasta que lo encuentres con el Ángel -le predijo él-. Entonces quiera Dios apiadarse de tu alma, ya que estará en sus manos muy pronto.

TERCERA PARTE

EL LIBRO DEL ALEGRE BOTINERO

Librodot

11

Ven si te atreves, pero ten cuidado.
Ven a la guarida de Altair de Altair.
Ruega por las almas de buenos y malvados,
caídos en la trampa de Altair de Altair.

En la Frontera se cuentan muchas historias sobre Altair de Altair.

Algunas afirman que, al igual que el Alegre Botinero, fue criada por alienígenas y que creció sintiendo un odio profundo por su propia raza que, de alguna manera, el Botinero evitó.

Otras que dicen que no era en absoluto humana, pero que podía cambiar su aspecto a voluntad y que seducía a sus víctimas, conduciéndolas a la muerte con un irresistible canto de sirena.

Homero de Troya, el autoproclamado Poeta Popular que pasó la mitad de su vida intentando sin éxito escribir una saga de la Frontera capaz de disputarle la popularidad al poema épico de Orfeo, juraba que era una mutante que mataba a sus enemigos utilizando rayos mentales que les hacían añicos los sesos.

Incluso había un grupo en Walpurgis III, planeta colonizado por adoradores del demonio, que creía que ella era una devota practicante de los cultos de la Magia Negra, y que provocaba la destrucción por medio de sortilegios y pociones.

En cuanto al propio Orfeo Negro, fue directamente a las fuentes, como siempre. Después de llegar al sistema Altair, le llevó más de un mes seguir su rastro, y luego tuvo que esperar una semana más hasta que accedió a verla. Cuando finalmente se encontraron frente a frente, él le echó una mirada y decidió que era la mujer más hermosa que había visto desde la muerte de su amada Eurídice.

Cuando partió, veinte minutos después, ni siquiera estaba seguro de que fuera una mujer, pero sí sabía que se trataba de la asesina más formidable que jamás conociera.

Nunca más habló de ella, aunque la mencionó en un par de versos, y cuando otros le preguntaban sobre Altair de Altair siempre hallaba la forma de cambiar de tema. Nadie sabe qué sucedió durante su breve encuentro, pero obviamente tuvo un profundo efecto sobre él, que se mantuvo hasta el fin de sus días.

Uno de los que deseaban que Orfeo Negro hubiese escrito un poco más acerca de ella era Sebastián Cain, sólo para tener alguna idea de lo que le esperaba cuando finalmente la encontrara.

Había tardado dos semanas en descubrir que ella no vivía en Altair III sino más bien debajo, y en aquel momento se encontraba al acecho, revólver en mano, en la intrincada red de túneles y subterráneos que conducían hasta sus habitaciones. Le había costado diez mil créditos averiguar cómo y por dónde entrar al aparentemente infinito laberinto, y se había pasado casi dos días tratando de despistar a los tres hombres que habían estado siguiéndolo desde que aterrizara. Por fin, razonablemente seguro de que ya nadie lo seguía, había entrado en el mundo subterráneo de Altair de Altair.

De eso haría dos horas. Desde entonces la temperatura había ido bajando y el aire se había vuelto malsano, rancio y húmedo. Los pasillos estaban iluminados por luces azules difusas que les daban un aspecto surrealista, pero ninguno tenía marcas o señales, y cuando volvió a encontrarse otra vez en el lugar donde había comenzado, sacó un pequeño cuchillo y comenzó a grabar toscos símbolos indicadores en cada intersección.

Se detuvo, se enjugó el sudor que le cubría el rostro y maldijo por lo bajo. Tenía que haber un camino más rápido para llegar a su cuartel general. Decidió concederse una hora más. Si para entonces daba con ella, bien; si no, volvería sobre sus pasos, regresaría a la superficie, recuperaría su dinero de manos del hombre que le había vendido la información -tal vez incluso lo matara- y comenzaría su búsqueda otra vez desde el principio. Si volvía al hotel, estaba seguro de que su trío de perseguidores aparecería una vez más; quizá pudiera

separar a uno de ellos de los otros y hallar algún medio, indoloro o no, de extraerle la información que necesitaba.

Comenzó otra vez a caminar, preguntándose si no haría mejor en volver de inmediato a la superficie para buscar una ruta más directa. Pero entonces llegó a una nueva intersección y descubrió que el túnel que se abría a la derecha estaba iluminado por una intensa luz roja, no por la azul habitual. Se metió en él sin vacilar.

Giraba a la derecha, luego continuaba en línea recta unos tres metros, y finalmente describía un semicírculo hacia la izquierda, sin cruzarse ni una vez con ningún otro pasillo. Al final se ensanchaba, las paredes iban formando gradualmente perfectos ángulos rectos con el techo y el suelo, y notó que las luces eran considerablemente más brillantes.

De pronto el pasillo se acabó, y se encontró en un pequeño vestíbulo que conducía a una gran estancia bien iluminada. Iba a entrar en ella, pero dio un salto hacia atrás cuando se dio cuenta de que su camino estaba bloqueado por un campo de fuerzas electrónico.

Se aproximó cautelosamente a la entrada y miró hacía dentro de la cámara. Medía cerca de veinte metros de largo, y sus paredes de piedra pulida relucían como prismas con la luz artificial. No tenía idea de cómo era el techo porque la habitación se esfumaba en la oscuridad a unos diez metros sobre el suelo. Apoyados contra dos de las paredes, a una altura de dos metros y medio, había enormes tanques de agua llenos de formas de vida acuática alienígena que podía verse, no a través de paredes de vidrio, sino por pantallas translúcidas de energía.

En el centro de la habitación había un escritorio con una consola de ordenador y cinco pantallas pequeñas; una de ellas contenía alguna clase de texto, y las otras cuatro, distintas áreas del laberinto. A la izquierda del escritorio había dos sofás. Uno estaba vacío, y en el otro yacía una mujer de una belleza que cortaba el aliento. Sus rasgos eran humanos, pero tan exóticos que, de alguna manera, parecían alienígenas. Tenía la piel blanca como la nieve, el cabello largo y oscuro y unos ojos enormes que parecían demasiado azules bajo sus cejas extrañamente arqueadas. Sus facciones, desde los labios llenos y la delicada nariz hasta las orejas apenas señaladas, estaban exquisitamente cinceladas. La vestimenta sencilla que rodeaba en espiral su cuerpo flexible estaba confeccionada con algún material metálico que parecía cambiar de color cada vez que ella se movía o respiraba.

-Bienvenido, Sebastián Cain -dijo con voz melodiosa y cantarina-. He estado observándolo buscar su camino a través de mi laberinto.

-¿Es usted Altair de Altair?

-Por supuesto.

-He recorrido un largo camino para hablar con usted -dijo él.

-Me encantará hacerlo. Tenemos muchas cosas en común -hizo una pausa-. Por eso le permití encontrarme. Es usted la tercera persona que entra en esta habitación.

-Todavía no he entrado -le hizo notar él.

-Debo protegerme -dijo ella en tono de disculpa-. Después de todo, mi cabeza tiene precio, y usted es un cazador de recompensas.

-No tengo interés profesional en usted -le aseguró él-. Sólo quiero hablar.

-Aun así no ha dejado de llevar el arma en la mano desde que entró en mi laberinto.

-Usted no es la única que siente la necesidad de protegerse -replicó él-. No sería el primer hombre que usted ha matado.

-Ambos somos unos asesinos -dijo Altair de Altair-. ¿Pactamos una tregua?

-¿Por cuánto tiempo?

-Antes de que termine recibirá una advertencia.

-Estoy impaciente.

-Entonces deje su revólver en el vestíbulo. Puede recogerlo cuando se vaya.

-Ni lo sueñe.

-¿Al menos puede volver a enfundarlo?

Él lo hizo y ella se puso de pie; caminó hacia el ordenador y pulsó un pequeño botón octogonal.

-El escudo está desactivado -anunció ella-. Ya puede entrar.

-Gracias -dijo él, pasando cautelosamente a través de la puerta y dando un paso dentro de la habitación. El suelo estaba cubierto por una sustancia suave y blanda, más resistente de lo que parecía, que resplandecía con diferentes colores cada vez que apoyaba su pie en ella.

-He estado deseando encontrarme con usted desde hace mucho tiempo -dijo Altair de Altair.

-¿De veras?

-Sí -dijo ella-. La muerte es una profesión solitaria. Es muy poco frecuente que a una la visiten sus iguales.

-No somos exactamente iguales -contestó Cain-. Usted es una asesina; yo soy un cazador de recompensas.

-Pero nuestros respectivos trabajos tienen muchas facetas comunes -señaló ella-. La espera sin fin hasta que aparece la presa, el momento gozoso de matarla, la desconfianza en los cómplices, el anhelo de soledad. ¿Coincide conmigo?

-Quizá -dijo él sin comprometerse-. Pero las diferencias son aún mayores, y sigue siendo un hecho que usted comete asesinatos para cualquiera que pague su precio, en tanto yo mato criminales según mi propio criterio.

-Es verdad -dijo, pensativa-. Pero aun así, incluso entre los cazadores de recompensas usted es un ejemplar único.

-Oh. ¿En qué sentido?

-Muchos de los que se ganan la vida matando a infractores de la ley lo han sido ellos mismos alguna vez. Pacificador MacDougal era un contrabandista, Giles Sans Pitié y Barnaby Wheeler eran bandídos, incluso el Ángel era un asesino. De todos ellos, solamente usted se ha movido siempre dentro de la ley.

-Está en un error -dijo él-. Mi cabeza también ha tenido precio.

-Estaba luchando en nombre de lo que creía un gobierno legítimo en el exilio -replicó ella con una sonrisa.

-¿Cómo lo sabe?

-He estado estudiándolo mucho tiempo -dijo Altair de Altair-. En nuestro negocio, uno no vive demasiado si no conoce la cara del enemigo.

-Yo no soy su enemigo.

-Y Santiago no es el suyo -replicó ella-. ¿Por qué quiere verlo muerto?

-¿Qué le hace pensar que tengo interés en Santiago? -preguntó Cain.

-¿Qué otro pudo hacerlo salir de Recuerdo? -preguntó ella a su vez-. Repito: ¿por qué quiere verlo muerto?

Cain sonrió:

-¿Ha visto el importe de la recompensa?

-Usted es un cazador de recompensas de mucho éxito. No necesita dinero.

-Todo el mundo necesita dinero.

-Un hombre como usted debe de tener otra razón -insistió ella.

Él la contempló un instante, y luego se encogió de hombros.

-Podría significar algo -dijo, por último.

-¡Ah! -exclamó ella, y sonrió-. ¡Sabía que usted era diferente! -Volvió al sofá y se recostó-. ¿Sabe usted que ni una sola de las muertes que he causado jamás ha significado nada?

-¿Qué me dice de matar al gobernador de Alsacia Cuatro? -le preguntó Cain.

-Un segundo más tarde había un nuevo gobernador, ¿y qué había cambiado? -sacudió la cabeza-. No, la belleza de la profesión de asesino es que nada significa nunca nada, y aun así la necesidad de asesinar nunca disminuye. Solamente usted, entre todos los asesinos que conozco, quiere que sus acciones representen alguna diferencia.

-Háblame de los asesinos que conoce -dijo Cain.

-¿De alguno en especial?

-De Santiago.

Jamás lo he visto personalmente.

-Creo que sí lo ha hecho -insistió Cain.

-¿Por qué?

-Porque usted mató a un hombre llamado Kastartos.

-¿Qué tiene el uno que ver con el otro? -preguntó ella.

-Kastartos planeaba delatar a Santiago -respondió Cain-. Trató de que lo ayudara Jonathan Stern. Stern pensó que no valía la pena correr el riesgo, y corrió la voz de lo que Kastartos pensaba hacerle a Santiago. Es razonable suponer que Santiago mandó matarlo.

Ella lo observó con agrado, pero no hizo ningún comentario. -Si la orden provino directamente de él, no sería ilógico pensar que usted se encontró con él, y que sabe dónde está, ¿no es así? -continuó él.

Jamás contrató personalmente mis servicios -replicó ella-. Sólo trabaja con intermediarios.

-¿Quiénes son?

-Eso no es asunto suyo.

-Si lo dice por miedo a una represalia, no hay razón para que Santiago se entere de que nos hemos encontrado.

-Ya lo sabe.

-¿Cómo?

-Porque es Santiago.

-Hace que parezca una especie de superhombre -dijo Cain.

-Sólo es un hombre, y puede ser asesinado como cualquier otro hombre -dijo ella-. Usted tiene mucho en común con él.

-¿Se refiere a que ambos podemos ser asesinados? -preguntó en tono irónico.

-También a eso -dijo ella con una sonrisa enigmática.

De pronto hubo una agitación en uno de los acuarios y un pez brillante de color naranja, sin ojos, estilizado como una daga, se metió bajo la fina arena que cubría el fondo y volvió a salir con un crustáceo a rayas negras y amarillas. El pez anaranjado lanzó el crustáceo hacia arriba y atacó su bajo vientre suave, golpeando directamente sus partes más vulnerables, guiado por lo que Cain supuso que sería una especie de sonar. Alrededor de ellos el agua se volvió rosada a causa del fluido que corría por las venas del crustáceo, y al instante medio centenar de otras formas marinas de quizá diez especies diferentes se habían arremolinado en un frenesí por apoderarse del alimento.

-Son criaturas hermosas, ¿no cree? -dijo Altair de Altair, con una expresión de excitación casi inhumana en el rostro-. Y salvajes -continuó con entonación cantarina-. Matan por el alimento, y cuando están ya saciados, matan por el placer de matar.

-Interesante -dijo él sin comprometerse.

-Fascinante -le corrigió ella con convicción-. Hay uno que usted no puede ver porque vive bajo la arena. No es este crustáceo torpe, sino un animal hermoso, resplandeciente como el sol de la mañana. Los demás lo buscan sin descanso, pero no pueden encontrarlo -sonrió-. Le he puesto el nombre de Santiago.

-¿Y qué pez es Altair de Altair? -preguntó él.

-Ninguno -lo contempló a través de las pestañas entreabiertas-. Mato solamente a cambio de una recompensa.

-Nadie le está pidiendo que mate, en absoluto -dijo Cain pacientemente-. Sólo necesito saber dónde encontrar a Santiago. -Hizo una pausa-. Estoy dispuesto a darle un porcentaje de la recompensa si la información demuestra ser de utilidad.

-¿De veras lo está?

-El diez por ciento del precio puesto a su cabeza le permitiría dedicarse a su acuario mucho tiempo.

-¿Sabe lo que haría si usted intentara apropiarse de mi pez resplandeciente? -preguntó

de pronto ella.

-¿Qué?

-Lo mataría, Sebastián Cain. Lo mataría porque ese pez es mío, y usted se estaría apropiando de algo que no le pertenece.

-¿Está tratando de decirme que cree tener primacía sobre Santiago?

-Santiago es mío.

-Entonces ¿por qué aún está vivo?

-Porque la recompensa aumenta cada año, y soy muy paciente. Cuando sea lo suficientemente elevada entonces lo mataré.

-Ya es bastante elevada.

-Lo será más -dijo ella con seguridad.

-¿Y no le preocupa que alguien se le adelante?

-¿De veras cree que es fácil matarlo? -preguntó ella, obviamente divertida-. Se trata de Santiago.

-Si piensa que no es posible hacerlo, ¿por qué no me da la información que deseo?

-No le haría ningún bien.

-En ese caso, no le haría a usted ningún daño -dijo Cain.

Lo observó largamente y luego dijo, con un suspiro:

-Hay cosas más importantes que la información.

-¿Por ejemplo?

-El don de la vida -dijo ella-. No le fue otorgado a nadie que haya entrado en mi guarida. Pero, dado que llevo la solitaria vida del asesino, respeto a los otros que hacen lo mismo. Prometa que regresará a Recuerdo y que irá tras premios más modestos, y podrá salir de aquí con vida.

-Después de encontrar a Santiago -replicó él, súbitamente cauteloso.

-Entonces, es usted un tonto -dijo ella-. ¿Sabía que mientras nosotros estamos aquí hablando, Virtud MacKenzie corre a unirse al Ángel para traicionarlo?

Por un instante, pareció sorprendido, pero se encogió de hombros:

-No será la primera vez que me traicionan -dijo-. Y a ella no le reportará nada bueno.

-Eso es muy cierto -dijo Altair de Altair-. Ya que, apenas terminemos aquí, voy a cazar al Ángel y a todos sus secuaces.

-¿Por inmiscuirse en coto vedado? -preguntó él, irónico.

-Sí.

-Si piensa matar a todos los cazadores de recompensas que están buscando a Santiago, va a descubrir que tiene entre manos un empleo a tiempo completo.

-La mayoría de ellos son insignificantes partículas de desechos en el cosmos -replicó ella-. Ni siquiera *Pacificador* MacDougal o Johnny *Un-billete* encontrarán jamás a Santiago. De entre todos ellos, solamente usted y el Ángel son capaces de dar con él.

-¿Qué me dice de Giles Sans Pitié?

-El Ángel lo mató la semana pasada -respondió Altair de Altair-. Giles Sans Pitié lo buscó en Glenovar y le propuso una alianza. -Calló por un instante-. El Ángel no está más habituado que yo a la competencia.

-Le advertí que se mantuviera lejos del Ángel -comentó Cain.

-Se da cuenta, por supuesto, de que tengo las mismas razones para hacerle a usted lo que el Ángel le hizo a Giles Sans Pitié.

-Yo no se lo aconsejaría -dijo Cain en tono amenazador.

-Olvide su arma, Sebastián Cain -dijo ella, con una expresión insondable en su rostro exótico-. No le hará ningún bien.

-Me disculpará si no hago caso de su advertencia -dijo él, desenfundando el revólver y apuntándola.

-¿Cómo me matará? -preguntó ella, con un divertida expresión de interés en los ojos azules-. ¿Una bala en la cabeza? Es su sello de identidad, ¿verdad?

-No tengo sello de identidad.

-Todos los buenos asesinos lo tienen -replicó ella-. El de Giles Sans Pitié era su puño de metal; el de *Pacificador* MacDougal, un haz de luz fino como un lápiz; el de *Montaña Humana* Bates, sus manos desnudas; el de usted, una bala. Sólo el Ángel, que es hábil con todas las armas, usa una de ellas para el exterminio.

-¿Y cuál es su sello? -preguntó Cain.

-Ya lo verá -dijo ella con suavidad.

Y entonces, de repente, desapareció de la cámara subterránea de Altair III para encontrarse de pie a orillas de un arroyo claro, con el ardiente sol sylariano pegando en su cuello. Iba descalzo y la hierba alta, meciéndose bajo la suave brisa, parecía terciopelo entre los dedos de sus pies.

Miró hacia la otra orilla del arroyo y vio a una joven con el cabello rubio trenzado meticulosamente y un cutis rozagante y bronceado por el sol. Llevaba un sencillo vestido azul, cuya falda recogía cuidadosamente por encima de las rodillas, y tenía los pies sumergidos hasta los tobillos en el agua.

-Ayúdame -le dijo, con la voz ronca de preocupación.

-Es poco profundo -contestó él, riendo-. Simplemente atraviésalo caminando.

-Me caeré.

-No, no te caerás.

-No te burles de mí, Sebastián -le rogó, extendiendo la mano hacia él-. ¡Por favor!

-Muy bien -dijo él con una sonrisa.

Qué gracioso, reflexionó cuando metió un pie en el arroyo y sintió el agua fría que se arremolinaba a su alrededor. La había conocido hacía muchos años, la había amado desde el primer momento, y ni aun así podía recordar cómo se llamaba, aunque le fuera la vida en ello.

-Soy Jennifer-dijo ella.

-Cierto -asintió-. Jennifer.

-Por favor, Sebastián, date prisa -dijo ella-. Tengo miedo.

-Ya voy.

Atravesó el arroyo en cinco zancadas, sintiéndose notablemente estimulado al contacto con el agua.

-¿Ves? -le dijo riendo-. No pasa nada -se interrumpió, momentáneamente desorientado-. ¿Y ahora qué?

-Ahora llévame a cuestas hasta la orilla.

-¿Por qué no me das la mano y te ayudo hasta allí? -le preguntó él.

-Las piedras me lastiman los pies -dijo ella, casi cantando-. ¿No me harías el favor de llevarme en brazos?

-Si es lo que deseas -dijo él, suspirando.

-Primero debes dejar el palo -dijo ella.

Cain frunció el ceño:

-¿Qué palo?

-El palo que llevas en la mano derecha. No puedes cargar conmigo si llevas un palo.

-Seguro que puedo -dijo, súbitamente molesto.

-Me haré daño -dijo ella-, y puede estropearme el vestido. Déjalo, por favor, Sebastián.

Él retrocedió un paso, todavía reacio a dejar el palo.

-Aquí hay algo que no cuadra -dijo, frunciendo otra vez el ceño.

-¿Qué es? -dijo ella inocentemente.

-No lo sé -dijo él-. Tal vez sea el vestido.

El vestido se convirtió en una falda morada y una blusa blanca con volantes.

-¿Así está mejor, Sebastián?

La observó un momento.

-Supongo que sí -dijo, por último.

-Entonces llévame hasta la orilla. Se hace tarde.

-¿Para qué?

Ella soltó una risita.

-Ya lo sabes -dijo, con aire de complicidad.

-Oh.

Cain permaneció inmóvil.

-¿Y bien? -dijo ella.

-Sigue sin cuadrar -dijo él, confundido.

-¿Qué, Sebastián?

-No lo sé. Déjame pensar un minuto.

-No tenemos un minuto, Sebastián. Es tarde. No me fastidies así.

-Ya casi lo tengo. -Avanzó un paso.

-¡Deprisa, Sebastián! -dijo ella, con un matiz de urgencia en la voz.

Él se aproximó, incómodo.

-El palo, Sebastián -canturreó, seductora-. Déjalo en el suelo.

Él dejó el palo.

-Gracias -le dijo, con una extraña sonrisa en los labios-. ¿Eres feliz, Sebastián?

-Supongo que sí -dijo él, esforzándose por responder su sonrisa.

-Me alegro mucho.

-¿Qué tienes en la mano? -preguntó él, señalando un objeto brillante que no había visto antes.

-Una flor -dijo ella-. Una adorable flor de plata.

-Es bonita -dijo él, sintiendo que la incomodidad crecía en su interior.

-¿Te gustaría verla de cerca, Sebastián?

-Sí. Yo... ¡Mierda! -murmuró, saltando hacia el palo. Lo tomó mientras rodaba por el suelo, apuntó y lo apretó.

De pronto se produjo una fuerte explosión y volvió a encontrarse en la cámara subterránea, con Altair de Altair caída de espaldas. La sangre fluía de un pequeño orificio que tenía entre los ojos, y con una mano todavía aferraba una daga de plata.

Cain permaneció inmóvil, jadeante, con el cuerpo empapado en sudor, intentando recuperar la compostura. Tardó un minuto entero en lograr que las manos dejaran de temblarle; y finalmente volvió a guardar el revólver en la pistolera.

Luego se acercó a Altair de Altair y bajó los ojos hacia ella.

-No hay ningún arroyo en Sylaria-dijo débilmente.

La examinó para asegurarse de que estuviera muerta y luego se puso de pie, con las manos apoyadas en las caderas.

-Magnífico -murmuró-. Vuelta a empezar.

-No necesariamente -dijo una voz.

-¿Quién anda ahí? -preguntó, refugiándose tras el cadáver y sacando la pistola.

-Mi nombre es Schussler -dijo la voz, y entonces Cain se dio cuenta de que provenía del ordenador-. Si vuelve sobre sus pasos, me encontrará esperándolo a la entrada del laberinto.

-¿Cómo lo reconoceré?

-No le resultará en absoluto difícil -dijo la voz con una risita amarga-. Eso se lo aseguro.

12

Anhela sentir el contacto carnal.
Siente que el Destino lo cortó de raíz.
Ansía una mujer, fresca y virginal.
Schussler el Cyborg, *maquinaria infeliz.*

Orfeo Negro encontró a muchos personajes únicos en sus andanzas por la Frontera Interior. Había asesinos y jugadores, predicadores y cazadores de recompenses, millonarios y pobres, santos y pecadores, un panorama completo de renegados, aventureros e inadaptados, pero ninguno se podía medir con Schussler *el Cyborg*, cuya tragedia consistía en que no quería en absoluto ser único.

El Padre Guillermo, por ejemplo, amaba las candilejas; a Schussler le horrorizaban. Sócrates disfrutaba con el poder; Schussler lo despreciaba. Sebastián Cain buscaba la soledad; Schussler la odiaba. El Ángel había matado un número casi incalculable de hombres; Schussler amaba toda forma de vida, menos la propia. La Rosa de los Sargazos había perdido la costumbre de tener contacto humano; Schussler clamaba por él. Los hombres, las mujeres y los alienígenas que Orfeo había incluido en su canción eran más grandes que la vida; Schussler era más grande que cualquiera de ellos, y lo único que quería era ser más pequeño.

Mucha gente lo consideraba un milagro de la ciencia, un testimonio brillante de la síntesis entre el hombre y la máquina; pero Orfeo Negro vio lo que había debajo de la superficie resplandeciente, más allá de las maravillas de tecnologías sofisticadas, directamente dentro del alma torturada de Schussler, y lloró por lo que vio.

Se encontraron una sola vez, en Altair III. Orfeo permaneció a su lado todo un día y una noche, mientras Schussler narraba su extraña y desdichada historia. Partieron ambos a la mañana siguiente, Orfeo para continuar su viaje interestelar, Schussler para servir a su señora y esperar, contra toda esperanza, la liberación de la muerte.

Las cosas comenzaron a cambiar cuando el Alegre Botinero aterrizó en Altair. En justicia podrían haber tenido mucho en común, ya que a uno de ellos lo habían criado alienígenas, en tanto que al otro lo habían reconstruido; pero la fuerza que impulsaba la vida del Botinero era la acumulación de propiedades ajenas, en tanto Schussler, que era en sí mismo una propiedad, pensaba que toda forma de propiedad privada era una inmoralidad.

Sin embargo, cada uno de ellos se jugaba muchas cosas en el encuentro entre Cain y Altair de Altair, de manera que rápidamente llegaron a un acuerdo, y aguardaron los acontecimientos.

Era media tarde cuando Cain salió del laberinto, protegiéndose los ojos del pálido sol con la mano. Echó una mirada al árido paisaje rojo que tenía alrededor, y a unos ochenta metros vio una nave espacial muy pequeña, de diseño no humano. Un hombre vestido con elegancia se apoyaba contra ella, pero en cuanto vio a Cain comenzó a caminar a su encuentro.

-¡No puedo explicarle lo encantado que estoy de que haya sobrevivido! -le dijo con un acento especial.

-¿Es usted Schussler? -preguntó Cain. Empezaba a sudar.

-Me temo que no. Me llaman el Alegre Botinero.

-Virtud MacKenzie me envió un mensaje diciéndome que debía encontrarme con usted -dijo Cain-. ¿No está un poco lejos de su territorio?

-No; mientras usted esté aquí, no -replicó tranquilamente el Botinero. Miró los páramos desolados que los rodeaban-. Aunque no estaría de más que fuese un mundo más interesante. No puedo imaginar por qué querría vivir alguien en un lugar semejante. Sospecho que lo único que crece en Altair Tres son el polvo y los bichos.

-Sea cual fuere el trato que Virtud haya hecho con usted, es asunto de ella, no mío -dijo Cain con firmeza-. ¿Dónde está Schussler? ¿A bordo de la nave?

Librodot

-En cierto modo -el Botinero sonrió-. Él es la nave.

-¿Qué está diciendo? -preguntó Cain, dando un manotazo a un gran insecto rojo que se había posado sobre su cuello.

-Schussler -dijo el Botinero- es un cyborg.

Cain observó la nave, con su casco resplandeciente bajo el sol.

Jamás ha existido un cyborg semejante -dijo, convencido.

-Bueno, ahora existe. Orfeo le dedicó tres versos...

-Orfeo escribió tantas cosas que cuesta mantenerse al tanto de todo -replicó Cain.

-Tal vez debería haberlo intentado -dijo el Botinero-. En ese caso se habría enterado de todo lo relativo a Schussler.

Cain volvió a contemplar la nave.

-¿Realmente es una nave espacial? -preguntó, dudando.

-¿Por qué habría de mentirle?

-Sin pensarlo demasiado, puedo imaginar cien razones para ello. -Sacudió la mano para espantar una nube de diminutos insectos parecidos a mosquitos-. ¿Cómo lo hace para comunicarse?

-Tiene un sistema de altavoces. Suena igual que el intercomunicador de cualquier nave.

-Tengo que hablar con él.

-No se irá a ninguna parte -dijo el Botinero mientras se volvía apenas para protegerse el rostro de una nube de polvo levantada por una repentina brisa ardiente-. ¿Por qué no habla primero conmigo?

-¿Sobre qué?

-Sobre Santiago.

-No estoy interesado -contestó Cain.

-¿En Santiago?

-En hablar con usted -dijo Cain- . He oído cosas sobre usted, Botinero.

-Todas son mentira, puedo asegurárselo -dijo el Botinero con suavidad.

-Puede hacerlo?

-Desde luego -replicó el Botinero con una risa divertida-. Cualquiera que pueda contarle la verdad sobre mí está convenientemente muerto y enterrado -sacó un cigarro delgado y lo encendió-. Ya que no quiere hablar de Santiago, ¿qué le parece si hablarnos de Virtud?

-¿Qué pasa con Virtud?

-Lo que le ha dicho Altair de Altair es absolutamente cierto.

Está a punto de asociarse con el Ángel.

-¿Cómo sabe lo que me ha dicho? -preguntó Cain, incisivo. -He sido espectador de su breve encuentro -dijo el Botinero, dejando caer la ceniza al suelo, y liquidando con ella un grillo altariano de diez patas, púrpura y dorado.

-¿Cómo se las ha arreglado para verlo?

-Con la ayuda de nuestro amigo cyborg, aquí presente -respondió el Botinero tranquilamente-. Está atrapado dentro de la computadora de Altair de Altair -sonrió-. Sería más que ingenuo si no le confesara que sabía que se encontraba aquí para obtener información de Altair de Altair y, por todo lo que sé de ella, no era demasiado probable que se la diera. De manera que, al no haber motivo alguno para que ambos arriesgáramos nuestra vida, hice un arreglo con Schussler y le di apoyo moral silencioso mientras lo observábamos desde aquí. -El Botinero hizo una pausa-. Exactamente, ¿qué le ha hecho ella al final, allí dentro?

-¿Qué ha parecido, visto desde aquí? -preguntó Cain con curiosidad.

-Nada del otro mundo. Lo urgía a que cruzara un arroyo, pero no pudimos ver ninguno... o me equivoco o intentaba convencerlo de que su revólver era un palo? -con la inflexión de su voz logró que la pregunta pareciera una observación.

-Algo por el estilo.

-Pues bien, debo reconocer que es todo lo bueno que Virtud dijo que era. Cualquier apostador habría aceptado apuestas de diez a uno a favor de que Altair de Altair lo mataría,

especialmente en su propio territorio.

-Sin duda, su apoyo moral ha marcado la diferencia -dijo Cain secamente-. ¿Qué habría hecho usted si me hubiese matado?

-No es mucho lo que podría haber hecho -admitió el Botinero-. Con usted muerto, y Virtud a punto de aliarse con el enemigo, me habría quedado sin socios.

-Hay cosas peores que quedarse sin socios -dijo Cain-. Como no quedarse sin ellos. -Hizo una pausa y añadió-: ¿Por qué partió Virtud en pos del Ángel?

-Pensaba que era obvio -replicó el Botinero-. Llegó a la conclusión de que él tenía más posibilidades que usted de matar a Santiago.

-¿Eso dijo?

-Claro que no. Lo que me dijo era que planeaba espiarlo y tal vez suministrarle información falsa.

-Y un cuerno -dijo Cain.

-Ésa es exactamente mi opinión. Por otro lado, no puedo tomarme muy en serio su deserción. Basándome en lo que sé sobre el Ángel, su expectativa de vida una vez que se encuentre con él, y sin ser demasiado pesimista, es de diez minutos.

-Matar a Virtud es mucho más difícil de lo que imagina -comentó Cain. Guardó silencio un instante, luego miró al Botinero a los ojos-. Muy bien -dijo-. Así que Virtud se ha marchado para unirse al Ángel. ¿Qué le hace suponer que estoy buscando otro socio?

-No tiene por qué buscarlo -dijo el Botinero con una sonrisa confiada-. Lo tiene frente a usted.

-¿Y qué cree que puede aportar a esta sociedad? -preguntó Cain, escéptico.

-Mucho más de lo que aportó Virtud -replicó el Botinero, sacando un pañuelo y secándose el sudor de la cara-. Por una razón: solía trabajar para Santiago. Puedo identificarlo para usted.

-Lo puedo identificar por mi cuenta.

-¿Quiere decir, por su cicatriz? -el Botinero rió-. ¿Y qué sucede si lleva guantes, o usa una prótesis como mano? --entrecerró los ojos-. También sé otras cosas -dijo, persuasivo-. Sé cuál es el mundo que está dispuesto a causarle problemas al Ángel. Conozco a media docena de hombres que todavía son empleados de Santiago. Conozco un buen número de lugares a los que lleva los objetos robados -una sonrisa satisfecha le iluminó el rostro-. ¿Cómo podría compararse con lo que Virtud podría hacer por usted?

-¿Qué desea obtener a cambio de todo eso? -preguntó Cain, la vista clavada en él, suspicaz.

-Nada que pueda interesarle -dijo el Botinero-. Aunque si cree que es lo suficientemente importante como para darme parte de la recompensa, no me negaría.

-¿Y qué es, exactamente, lo que le interesa?

-¿Sabe usted qué hago para vivir? -preguntó el Botinero.

-Roba, hace contrabando y mata -dijo Cain.

El Botinero rió:

-Además de eso, quiero decir.

-Dígamelo.

-No sería inapropiado decir que soy coleccionista de arte. Usted quiere el dinero de la recompensa; yo no tengo interés en él. Virtud, en la improbable hipótesis de que estuviera diciéndome la verdad y no hubiera tratado de unirse al Ángel, sólo desea un reportaje periodístico. Ninguno de nuestros deseos choca en ningún punto. Por lo tanto, no veo por qué no podríamos trabajar juntos.

-¿Por qué no va a buscarlo usted mismo? -preguntó Cain, frotándose un ojo en el que le había entrado una gota de sudor-. De esa forma, tendría la recompensa y los objetos de arte.

-No soy un asesino -replicó el Botinero-. Como ya le he dicho, todavía no estoy seguro de qué ha intentado hacerle Altair de Altair allá abajo, pero no me cabe duda de que yo no habría conseguido sobrevivir... y le puedo asegurar que ella era mucho más fácil de matar que

Santiago. Yo aportaré la información; usted pondrá la experiencia. Ése es el trato.

-Me lo pensaré.

-Mejor que lo haga rápido.

-¿Por qué? -preguntó Cain, sardónico-. ¿Va a buscarse otro asesino?

-No -contestó muy seriamente el Botinero-. Usted es el único que quiero. Después de todo, mató a Altair de Altair. ¿Sabe cuántos cazadores de recompensas han muerto en el intento? -De un manotazo apartó un insecto que zumbaba alrededor de su cara-. Pero usted está en una carrera, y por cada minuto de retraso el Ángel le saca un minuto más de ventaja.

-Creo que ha dicho algo acerca de un planeta que le va a traer problemas.

-Lo he dicho -le confirmó el Botinero-. Pero triunfará sobre ellos. Es el mejor.

-Entonces ¿por qué no le ofrece sus servicios a él?

-Porque él no los necesita. Usted sí -le tendió la mano-. Bueno, ¿hacemos un trato?

Cain miró la mano que se le ofrecía, sin tomarla.

-¿Qué puede perder? -agregó el Botinero.

Cain lo observó atentamente y por fin asintió:

-Muy bien... hasta que se demuestre que esa información es errónea.

-No lo es.

-Pongámosla a prueba. ¿Dónde piensa Virtud MacKenzie encontrar al Ángel?

-En Lambda Karos Tres, si tiene suerte.

-¿Y si no?

-En Nuevo Ecuador, o en Questados Cuatro. Depende de lo que averigüe en Lambda Karos.

Cain lo miró un momento.

-*Medio Penique* Terwilliger me está esperando en mi nave. Creo que es preferible que lo envíe a vigilar a Virtud mientras ella está vigilando al Ángel; así sabremos a qué atenernos.

-¿Confía en que él le diga la verdad? -preguntó el Botinero.

-Confío en que actúe según sus propios intereses -replicó Cain-. Y será mucho más rico siéndome leal que desertando.

-Sólo por curiosidad: si lo tiene en nómina, ¿por qué no estaba ayudándole contra Altair de Altair?

-Por la misma razón que usted -dijo Cain-. No habría hecho más que estorbar.

-Touché -dijo el Botinero con una risita-. De paso, si se trata del mismo Terwilliger en el que estoy pensando, *Montaña Humana* Bates anda tras él.

-Lo sé. Ésa es otra de las razones por la que seguirá siéndome leal. -Cain hizo una pausa mientras el Botinero arrojaba su cigarro al polvo pardorrojizo y lo aplastaba con el tacón-. Y ahora, si no tiene nada más que agregar, creo que lo mejor es que vaya a hablar con Schussler.

-Sea amable con él -dijo el Botinero, y se apartó para dejar paso al cazador de recompensas cuando éste comenzó a caminar hacia la nave-. Puede ser algo extraño, pero lo necesitamos.

-¿A él? ¿Quiere decir a Schussler?

El Botinero asintió:

-No soy el único que tiene información, y la de él es diferente de la mía. Conoce cada lugar en el que ha estado Altair de Altair, y a todos los que vió. Aunque nunca se haya encontrado con Santiago, es casi seguro que fue Schussler quien recibió la orden de acabar con Kastartos; tiene que saber de dónde provino.

-¿Qué puede uno ofrecerle a una nave espacial? -preguntó Cain con ironía-. No debe poder darle ningún uso al dinero.

-Estoy seguro de que a él se le ocurrirá algo -dijo el Botinero.

-No sé -dijo Cain-. A un tipo que desea convertirse en nave espacial...

-Tengo la extraña sensación de que «desea» no es la palabra acertada.

Llegaron a la nave e hicieron un alto. De pronto se abrió una puerta en un costado.

-Vaya primero -dijo el Botinero, sacando otro cigarro-. Me uniré a usted dentro de unos

minutos.

-¿Por qué? -preguntó Cain con suspicacia.

El Botinero mostró su cigarro:

-A él no le gusta que fume en su interior.

Cain hizo una mueca:

-A mí tampoco me gustaría que alguien fumara en mi estómago, si pudiera meterse en él.

Entró en la nave compacta por la puerta abierta y se encontró en medio de una cabina brillantemente iluminada. Los paneles de control y los terminales no se parecían en nada a todo lo que él conocía, e incluso los textos digitales que se veían en pantalla estaban en un idioma que no le era familiar.

-¿Schussler? -dijo, titubeando-. ¿Está aquí?

-Siempre estoy aquí -respondió Schussler con una voz melodiosa que no era para nada la que Cain esperaba oír.

-Soy Cain.

-Lo sé. Puedo verlo.

-¿Puede? -preguntó Cain sorprendido-. ¿Cómo?

-Estoy conectado a varios aparatos sensoriales.

-¿De manera que puede ver tanto en su interior como en el exterior?

-Y oír, oler, y utilizar sentidos que los humanos no pueden siquiera concebir.

-Debe de ser practico -señaló Cain.

-Si a uno le gusta ser una nave espacial.

-¿Le gusta?

-No.

-Entonces ¿por qué lo es?

-Sucedió hace diecisiete años -dijo Schussler-. Yo era un hombre de negocios que iba camino de Alfa Prego para una conferencia. Mi nave se estrelló en Kalkos Dos.

-No me suena.

-Es un mundo de fuera del circuito, poblado por una raza de viajeros estelares llamada Graal.

-Tampoco me suenan.

-Aún no han sido asimilados por la Democracia -respondió Schussler-. Sea como fuere, me estrellé, y me encontraron. Pero cuando pudieron rescatarme de entre los metales retorcidos no se podía hacer mucho. -La voz se interrumpió por un momento, y cuando volvió a hablar sonó más temblorosa-: Me mantuvieron con vida, Dios sabe cómo, durante cinco meses, hasta que salí del coma. Luego me dieron a elegir: podían dejarme morir, rápidamente y sin dolor, o podía seguir viviendo bajo la forma de un cyborg -Schussler suspiró-. Entonces yo era más joven, y había muchas cosas que todavía tenía interés en ver, así que elegí la última opción.

-Pero ¿por qué le dieron forma de nave espacial?

-Kalkos Dos es un mundo-astillero. Hicieron lo que sabían hacer.

-¿Y qué me dice de las prótesis? -insistió Cain-. Tengo un ojo artificial que tardé un día en colocarme, y que ve mejor que el que tenía.

-No eran humanos -explicó Schussler.

-Podrían haberse puesto en contacto con un mundo humano.

-No quedaba demasiado con lo que trabajar -hizo una pausa-. ¿Quiere ver al Schussler real, el remanente humano que es la fuerza que mueve esta nave?

-¿Por qué no? -dijo Cain, encogiéndose de hombros.

-Camine hacia la terminal de computadora más cercana a la pantalla.

-¿Ésta?

-Eso es.

-Los controles no tienen sentido.

-Están en lenguaje graal. Presione el tercero desde la izquierda, en la fila de arriba.

Cain hizo lo que se le decía, y Schussler dio las indicaciones para activar otros siete controles.

Uno de los paneles posteriores se deslizó para descubrir una pequeña caja negra de no más de treinta centímetros de lado, con cientos de cables y tubos conectados.

-¡Santo cielo! -murmuró Cain-. ¿Eso es todo lo que quedó de usted?

-¿Se da cuenta ahora de por qué no se molestaron en buscar prótesis? -preguntó Schussler amargamente mientras el panel se deslizaba nuevamente a su lugar-. Aun así, no lo hicieron del todo mal, teniendo en cuenta las circunstancias. Cuando trato de mover los dedos, altero los giroscopios. Cuando siento hambre, el combustible producido por mi cuerpo sintético la sacia. Cuando quiero hablar, activo un complejo sistema de espirales vibrátiles microscópicas que dan como resultado lo que está oyendo. No tengo el control de la nave; soy la nave. Reviso todas mis funciones, navego por mis propios medios, me comunico con otras naves, incluso apunto y disparo armas cuando surge la necesidad de hacerlo. En realidad, todavía no conozco la totalidad de mis poderes, ya que las computadoras graal no están basadas en el lenguaje binario ni en ningún otro sistema conocido por el Hombre, y aún estoy aprendiendo cosas nuevas sobre mí mismo todos los días.

-Parece una existencia muy interesante -dijo Cain, sin mucho entusiasmo.

-Es una existencia terrible -dijo Schussler.

-Bueno, es mejor que estar muerto.

-Eso pensé una vez -replicó Schussler-. Estaba equivocado. -Hizo una pausa-. Puedo analizar el aire para usted, descomponerlo en tantos átomos de esto y tantas moléculas de aquello, pero no puedo respirarlo. No hay comida que no pueda preparar en mi cocina, pero no puedo comerla -se interrumpió nuevamente y luego la hermosa voz volvió a hablar, esta vez en un tono más angustiado-. Puedo contar los poros de la mano de una mujer, dar un informe químico de su composición, medir las uñas a la escala de una millonésima de centímetro... ¡pero no puedo tocarla!

-Si es tan desdichado, ¿por qué no se ha matado? -preguntó Cain-. No debe de ser tan difícil estrellarse contra un planeta, o caer dentro del núcleo de una estrella.

-Un hombre puede elegir eso -dijo Schussler con amargura-. Una máquina, no.

-Pero usted es un hombre -dijo Cain-. Está usando esta nave como otro hombre usaría un traje.

-Ojalá fuese así, pero no lo es. Soy la nave, y la nave soy yo, y cuando los Graal nos unieron en esta alianza infernal, introdujeron dos instrucciones tan poderosas que no puedo desobedecerlas. La primera es proteger mi propia existencia.

-¿Y la otra?

-A los Graal les costó un montón de dinero construirme. Lo consiguieron vendiéndome en subasta. Me explicaron que, dado que mi expectativa de vida es virtualmente infinita, estaban seguros de que me alegraría usar un segmento insignificante de ella en ayudarlos a amortizar mi costo -suspiró, con un sonido melódico que, en cierto modo, a Cain le recordó un órgano-. La otra instrucción fue la de obedecer las órdenes de mi propietario por un lapso de treinta años.

-¿Quién es su propietario?

-Era Altair de Altair -respondió Schussler.

En ese momento, el Botinero entró en la nave.

-Hace un calor de mil demonios allá fuera -dijo, yendo hacia un asiento mullido y acomodándose en él. Se volvió hacia Cain-. ¿Ya le ha formulado la pregunta?

-¿Qué pregunta? -preguntó Cain.

El Botinero se echó a reír.

-Si tiene más de una, entonces me la ha ocultado. -Hizo una pausa-. Y bien, Schussler.. ¿ya lo has hecho?

-Todavía no -respondió el cyborg.

-Repito: ¿qué pregunta? -dijo Cain.

-Aún tenemos que conversar de ciertas cosas -dijo Schussler-. Luego le plantearé mi pregunta.

-¿Sabe que le ofrecí un trabajo permanente en Barra Dorada y que lo ha rechazado? -dijo el Botinero dirigiéndose a Cain.

-No transportaré objetos robados -dijo firmemente Schussler.

-Usted mismo puede ser considerado un objeto robado -le hizo notar el Botinero amablemente-, desde el momento en que aún faltan trece años para que finalice su contrato.

-No soy mercancía robada -replicó Schussler-. Perteneceré a Cain durante los próximos trece años.

-¿Qué? -exclamó Cain, sobresaltado-. Eso no es legislación altairiana.

-Es una de las condiciones de mí contrato con los Graal -dijo Schussler-. Comprendieron que Altair de Altair operaba fuera del ámbito de la ley humana, y se estableció explícitamente que, si algún representante de un gobierno humano la mataba antes de que mi contrato expirara, yo me convertiría en propiedad de ese representante. Como cazador de recompensas a quien la Democracia pagará por haberla asesinado, usted se convierte en mi nuevo propietario.

-Yo no quiero ser su propietario -dijo Cain.

-Un momento -intercedió el Botinero-. Tratemos este tema con calma.

-Schussler, usted me indicó cuando estaba en la caverna que podría ayudarme -dijo Cain, mirando el panel tras el cual estaba el Schussler esencial-. ¿Qué tenía en mente?

-Puedo mostrarle dónde estuvo Altair de Altair, con quién habló, y muchas otras cosas.

-Si carga todos esos datos en la computadora de mi nave, lo declaro agente libre desde este mismo instante -dijo Cain-. No necesito otra nave.

-Terwilliger necesita su nave, si realmente lo va a enviar a Lambda Karos -señaló el Botinero.

-Puede usar la suya -dijo Cain-. Somos socios, ¿recuerda?

-Ese punto es discutible -dijo Schussler-. No puedo pasar esos datos a su computadora. El lenguaje que utilizan mis sistemas es diferente.

-Vamos, Schussler -dijo Cain-. Utiliza el mismo lenguaje de mi computadora cada vez que recibe las coordenadas de aterrizaje. ¿Cuál es su verdadero problema?

-¡Por favor, lléveme con usted! -dijo Schussler de repente, con una nota de desesperación en la voz-. ¡Hace tanto tiempo que no puedo hablar con otro ser humano! -Cain pareció titubear, y Schussler prosiguió-: Lo serviré con absoluta fidelidad hasta que encontremos a Santiago. Lo guiaré y lo protegeré, lo alimentaré y lo transportaré, y no pido nada a cambio, salvo su compañía.

-¿Nada? -dijo significativamente el Botinero.

-Hasta que haya encontrado a Santiago -dijo Schussler-. Entonces sí, tendré una sola petición que hacerle.

-¿Cuál?

-Que me mate -dijo Schussler el Cyborg.

13

El Pájaro Cantor acecha, el Pájaro Cantor mata.
Para pagar sus cuentas el Pájaro Cantor trabaja.
Así que, amigos, cuidado con caer bajo su vista:
si sois su presa, no habrá quien os asista.

-Eso no le pertenece -dijo Schussler.

El Botinero, cansado de estar sentado en una silla no demasiado cómoda, se había puesto de pie y estaba examinando varios artefactos extraños sujetos a la pared de la cabina de control.

-Desde ese punto de vista, tampoco le pertenece a usted -replicó tranquilamente. Tomó una escultura de ónix, rompiendo el campo magnético que la sujetaba a la pared-. Interesante pieza -comentó, examinándola más de cerca-. ¿Dónde la obtuvo su propietaria anterior? ¿Hesporite Tres?

-Neiburi Dos -contestó Schussler.

-El mismo sistema estelar -señaló el Botinero con aire de satisfacción-. No la habría creído capaz de un gusto tan exquisito. ¿Sabe cuál es el precio legal de esta pequeña pieza?

-No -dijo Schussler.

-Y usted tampoco -intervino Cain, levantando la vista de la mesa donde se encontraba desarmada una de sus pistolas, que estaba limpiando meticulosamente-. Pero apuesto a que puede darnos el valor que tiene en el mercado negro con la aproximación de una décima de crédito.

-*Touché* -dijo sonriendo el Botinero.

-Póngala de nuevo en su lugar -dijo Schussler.

-Estoy admirándola.

-Y evaluándola, de paso -dijo secamente Cain.

-Es la fuerza de la costumbre -admitió el Botinero, sosteniendo la escultura cerca de la pared hasta que el campo magnético la atrajo hacia ella. Comenzó a estudiar otra pieza.

-Todavía estoy observándole -dijo Schussler.

-Qué reconfortante.

-Será mejor que no intente robar nada -prosiguió el cyborg.

-Nunca robo a mis amigos -dijo el Botinero.

-Lo sé todo sobre usted, Botinero -dijo Schussler-. No tiene amigos.

-Eso simplifica las cosas -repuso el Botinero con una sonrisa-. Si calma sus temores, tampoco robo a mis socios cuando uno de ellos es, casualmente, un cazador de recompensas. -De pronto una pequeña escultura atrajo su atención, y la sacó del campo-. Vaya, vaya -musitó-. La villa está llena de sorpresas.

-¿Qué tiene ahí? -preguntó Cain. El Botinero alzó la pieza-. No tiene nada de especial.

-En realidad, es una obra de arte mediocre -coincidió el Botinero-. Es su lugar de origen lo que la hace interesante.

-¿Y cuál es?

-Pellinath Cuatro.

-No me suena -dijo Cain.

-Es el planeta donde me crié. Esto fue esculpido por uno de los Bellum.

-¿Sus benefactores? -preguntó Schussler, interesado.

El Botinero asintió, estudiando la escultura.

-Creo que vendí esto... oh, hace diez o doce años, en Nueva Rhodesia. Me pregunto cómo se hizo con ella Altair de Altair.

-¿Cómo eran los Bellum? -preguntó Schussler.

-No eran malos, en absoluto, teniendo en cuenta que no estábamos para nada de acuerdo

con respecto al *laissez faire* del capitalismo -respondió el Botinero-. A pesar de ello, me alimentaron y me brindaron protección, y les estoy agradecido por eso.

-No tan agradecido como para no robarles -señaló Cain con sarcasmo.

-Es verdad -coincidió el Botinero-. Por otra parte, si Dios hubiera puesto serias objeciones a lo que hago, no habría creado las compañías de seguros. -Hizo una pausa-. Además, no me llevé mucho. Eran excepcionalmente pobres como artesanos. Supongo que se debe a que no pueden distinguir los colores y a que carecen de pulgares. -Echó otra ojeada a la pieza y volvió a colocarla en la pared. Luego miró el panel que escondía la esencia de Schussler-. Háble me de los Graal.

-Eran básicamente humanoides -relató el cyborg-, si consideramos humanoide toda rata que camina erguida sobre dos piernas. Al margen de eso, no tenían mucho en común con los Hombres.

-No cuesta creerlo, a la vista de la forma que tienen estos asientos -dijo el Botinero con una mueca-. ¿Qué clase de arte producían?

La nave lanzó una carcajada melodiosa y divertida.

-Nada que pudiera interesarle. No tenían ojos; usaban una especie de sonar. Y, a pesar de que nunca vi sus obras de arte, estoy seguro de que debían de reflejar sus limitaciones.

-¡Qué penal -suspiró el Botinero-. Al menos mis alienígenas me dieron algo para recordarlos, aun a mi pesar.

-Los míos también -dijo Schussler, y la melodía de su voz contrastó marcadamente con la ironía de sus palabras.

-¿Dónde se encuentra ese mundo en el que lo construyeron? -preguntó el Botinero-. Nunca había oído hablar del sistema Kalkos.

-En el grupo estelar Corbellus -respondió Schussler.

-Una vez estuve allí -señaló el Botinero-. ¿Alguna vez ha oído hablar de Firme Esperanza?

-He oído hablar de ella -contestó el cyborg-, pero nunca he estado allí.

-A mí también me suena -dijo Cain-. ¿Orfeo no escribió algo sobre ese lugar? ¿Algo sobre Deneb o Delfín *el Árabe, o* algo parecido?

-Darley el *Árabe* -dijo el Botinero-. Orfeo le puso ese nombre. En realidad, puso nombre a los tres patriarcas. -Hizo una pausa-. Mis modestos negocios tuvieron que ver solamente con el Barbado.

-No tengo ninguna referencia sobre él -dijo Cain.

-Me temo que lo dejé con una cierta desconfianza hacia los forasteros -dijo el Botinero con una sonrisa-. Se negó a hablar con Orfeo.

-Es un individuo inteligente -murmuró Cain.

-Yo no entendí la canción -terció Schussler-. Sonaba... bueno, a racista.

-«Darley *el Árabe,* violento y gallardo / otra esposa e hijo añadió al serrallo» -citó el Botinero-. Supongo que eso es lo más cercano al racismo que haya escrito Orfeo. -Se volvió hacia el panel que ocultaba a Schussler-. Firme Esperanza fue fundada por tres grandes familias, que muy pronto tuvieron una disputa y comenzaron a pelear entre ellas. Al ser un conflicto familiar, ninguna de las familias implicadas quiso importar mercenarios de fuera. Entonces, un día, *el Árabe* concibió la idea de comprar por correo cerca de doscientas esposas y de engendrar su propio ejército... todo por cumplir con su deber, seguramente -soltó una risita-. Los otros dos patriarcas tardaron apenas una semana en seguir su ejemplo. Se han pasado los últimos veinte años peleando de día y fabricando soldaditos de noche.

-¿Y los nombres? -preguntó Schussler.

-Orfeo descubrió que todos los caballos de carreras, allá en la vieja Tierra, descendían de tres sementales; así que bautizó a los tres patriarcas con los nombres de esos tres caballos: Darley *el Árabe,* Byerly *el Turco y G*odolphin *el Barbado.*

-¿Qué negocios tenía usted con el Barbado? -preguntó Cain.

-Sabía que no tenía necesidad de mercenarios, pero pensé que podría estar interesado en

comprar un cargamento de armas que aportar a la batalla.

-¿Acertó?

-Casi -admitió el Botinero-. La Armada lo confiscó un mes después de que se lo entregara.

-No estaba enterado de que la Armada hubiera intervenido alguna vez en el grupo estelar Corbellus -dijo Schussler.

-No lo hizo... hasta que algún desconsiderado se apropió de unos cuantos miles de armas láser pertenecientes a sus arsenales.

-¿Santiago lo expulsó por eso ? -preguntó Cain.

-¿Por qué piensa eso?

-Porque robarle a la Armada no es su estilo. Para llevar a cabo una operación semejante necesitaba sentirse respaldado por la fuerza de Santiago. Mi suposición es que lo echó por vender armas que él deseaba conservar.

-No podría estar más equivocado -dijo el Botinero con indignación.

-¿Está intentando seriamente decirme que robó esas armas por su cuenta? -dijo Cain.

-Oh, fue una operación de Santiago desde el principio hasta el fin -acordó el Botinero-. Y sí, tuvimos un ligero desacuerdo sobre su destino último. Pero separamos nuestros caminos por una razón que no tenía ninguna relación con esto.

-La gran duda -dijo Cain irónicamente.

-Me sorprende que Santiago o Godolphin el *Barbado* no hayan encargado matarlo -dijo Schussler.

-El Barbado lo hizo -repuso el Botinero-. Afortunadamente, mi asesino potencial trató de atacarme en mi fortaleza de Barra Dorada, donde inclusive el Ángel tendría dificultades para infligirme algún daño.

-¿Cómo sabe que fue el Barbado quien contrató al asesino, y no Santiago? -preguntó el cyborg.

-Porque aún estoy aquí. -El Botinero deambuló alrededor de la mesa sobre la que Cain trabajaba. Ya había puesto las balas en la primera pistola y se disponía a limpiar y engrasar la segunda-. ¿Sabe una cosa? -preguntó, contemplando las piezas cuidadosamente colocadas sobre la mesa-. Hay algo que me intriga desde que lo observé con Altair de Altair.

-Lo escucho -dijo Cain, sin altar la vista.

-¿Por qué usó un arma de proyectiles? -dijo el Botinero.

-Son más precisas que las pistolas láser o las sónicas, y como no necesitan una fuente de energía para funcionar, resultan más prácticas.

-Pero hacen mucho ruido.

-¿Y qué?

-Habría jurado que el sigilo y el silencio eran fundamentales en su profesión.

Cain sonrió.

-Son fundamentales mientras estoy al acecho de mi presa. En cuanto comienzo a disparar, me importa un carajo que alguien se entere de que estoy allí -hizo una breve pausa-. No soy uno de sus secuaces, Botinero. Estoy dentro de la ley; no tengo por qué escaparme furtivamente cuando culmina mi trabajo.

-Queda claro -admitió el Botinero.

-Un revólver láser está muy bien si uno debe cubrir un área muy extensa -continuó Cain-. Pero no es un instrumento de precisión. A cada cual lo suyo: yo prefiero las balas.

-Me pregunto qué método usó el Ángel con Giles Sans Pitié -musitó Schussler.

Cain se encogió de hombros:

-Supongo que lo descubriremos a su debido tiempo. No creo que Orfeo Negro pueda resistirse a incluirlo en su estúpida canción.

-¿Qué tiene que criticarle a nuestro amigo Orfeo? -preguntó el Botinero.

-Es amigo suyo, no mío.

-Lo hizo a usted famoso -puntualizó el Botinero-. Dentro de un siglo, esa canción será

lo único que le recuerde a la gente que usted, Schussler o yo mismo existimos alguna vez. Considérelo como una forma de inmortalidad.

-La inmortalidad es una cualidad muy sobrevalorada -intervino Schussler, en un tono melódico que destilaba amargura.

-Gran parte de la gente que conozco estaría en desacuerdo con esa afirmación -dijo el Botinero.

-Gran parte de la gente que usted conoce se ha pasado la vida tratando de eludir al verdugo -replicó el cyborg.

-Gran parte de la gente que él conoce ya se ha encontrado con el verdugo -comentó Cain.

-Algunos de ellos se han encontrado con ejecutores menos formales -completó el Botinero-. Todavía estoy molesto por su pequeño asunto en Declan Cuatro.

-¿Se refiere a Sócrates? -preguntó Cain.

-¿Sócrates? -bufó despectivamente el Botinero-. Por supuesto que no. Hay doce millones de hombres en Declan Cuatro, todos valen lo mismo y son reemplazables. -Hizo una pausa y añadió-: Pero usted destruyó un cuenco robeliano que yo había estado buscando más de tres años.

-Sólo era un cuenco -dijo Cain-. Me encontraba allí por algo más importante.

-¿Sólo un cuenco? -repitió el Botinero, moralmente ultrajado-. ¡Mi querido amigo, era uno de los seis únicos cuencos que aún existían!

-He visto muchos como ése.

Durante un breve instante el Botinero pareció interesado. Luego, lanzó un suspiro.

-Supongo que a usted todos los cuencos le parecen iguales.

-En parte tiene razón -dijo Cain, deslizando el cañón de su pistola hasta su lugar y haciéndolo girar suavemente hasta que oyó un «clic» conocido-. Igual que a usted la gente.

-¿Y para usted no significa nada que haya casi un trillón de personas desparramadas por la Democracia, y solamente seis cuencos robelianos de esa forma y diseño?

-Significa que usted va a quedarse sin trabajo antes que yo.

-Significa -replicó el Botinero-, que ha destruido una obra de arte irreemplazable.

-También destruí a un hombre que había que destruir -contestó Cain-. En síntesis, diría que bien valió la pena.

-Ni siquiera existía una orden de captura contra Sócrates.

-Entonces considere que matarlo fue un servicio a la humanidad.

-No me había dado cuenta de que estaba en el negocio de la filantropía -dijo el Botinero.

-Hay cosas más importantes que el dinero -dijo Cain.

-Es verdad... pero todas ellas cuestan dinero. -El Botinero levantó los brazos sobre la cabeza, se desperezó con un gruñido, y se volvió hacia el panel de Schussler-. Tengo hambre. ¿Qué tiene en la cocina?

-Tengo una gama completa de productos derivados de la soja -respondió el cyborg.

-¿No tiene nada de carne?

-Me temo que no... pero puedo preparar algunos platos prácticamente iguales a la carne.

-Eso ya lo tengo oído -murmuró el Botinero.

-Es mejor que acepte lo que le ofrece -dijo Cain-. No vamos a desviarnos hacia ningún planeta que tenga una tienda de comestibles.

El Botinero se encogió de hombros:

-¿Puede preparar algo que se parezca a mariscos con salsa de crema?

-Puedo intentarlo. -Schussler hizo una pausa-. ¿Qué le gustaría a usted, Sebastián?

-Lo que sea más fácil -dijo Cain.

-¿Qué le parece un bistec? -sugirió el cyborg.

-¿Qué tal una ensalada? -contraatacó Cain-. Ya he comido filetes de soja.

-Si os acercáis a la cocina, vuestras cenas están listas -anunció Schussler.

-¿De qué está hablando? -dijo el Botinero suspicaz-. Sólo hace un instante que la hemos

pedido.

-Con la tecnología Graal se preparan las comidas casi instantáneamente -explicó el cyborg-. Especialmente si puedo trabajar con ingredientes crudos adaptables, como los productos derivados de la soja.

Cain y el Botinero intercambiaron miradas dubitativas y entraron en la cocina, una habitación larga y estrecha en la que la mayor parte del equipamiento quedaba oculto.

-¿Dónde se supone que comeremos? -preguntó el Botinero.

-Puedo desplegar una mesa pequeña -dijo Schussler-, pero no va a haber espacio suficiente para ambos en ella.

-Nos quedaremos de pie -dijo Cain-. ¿Dónde está la comida?

-La tendré dentro de un segundo -dijo Schussler-. Ah, aquí viene.

Se abrió un reluciente panel de metal, y aparecieron dos platos indescriptibles sobre un mostrador pulido.

El Botinero quiso coger sus mariscos, y retiró la mano soltando una imprecación.

-Olvidé avisaros de que el plato está caliente.

-Gracias -dijo el Botinero en tono cáustico. Se metió la mano en el bolsillo, sacó de él un pañuelo de seda con monograma, se envolvió los dedos, y tomó el plato-. Necesitaría cuchillo y tenedor.

-Ojalá pudiera ayudarlo -dijo Schussler en tono de disculpa-. Pero Altair de Altair no usaba cubiertos humanos. Prefería éstos.

Sobre el mostrador aparecieron dos objetos de metal de aspecto extraño.

El Botinero tomó uno de ellos y lo examinó.

-Magnífico -dijo-. Parece tan práctico como comer sopa con palillos.

Cain tomó el otro, lo estudió un momento, y luego empezó a utilizarlo para comerse la ensalada.

-¿Cómo lo hace? -preguntó el Botinero.

-Ya he visto estas cosas en el sistema Teron -dijo Cain, pinchando un tomate artificial y envolviendo un trozo de lechuga artificial a su alrededor-. Un cazador de recompensas teronés me enseñó a usarlas. No va tan mal, una vez que le coges el tranquillo.

-¿Cómo funcionan con la salsa de crema? -preguntó el Botinero, contemplando su plato.

-Inténtelo y lo descubrirá-dijo Cain, volviendo su atención a la ensalada.

El Botinero hizo tres o cuatro intentos fallidos, pero finalmente consiguió manejar rudimentariamente su utensilio y pudo llevarse a la boca un trocito de seudomarisco sin que se le cayera.

-¿Y bien? -dijo ansiosamente Schussler-. ¿Qué os parece?

-No está mal -dijo Cain sin comprometerse.

-Le diré qué no es -murmuró el Botinero-. No es langosta de Barra Dorada. -Tomó otro bocado-. Aun así, supongo que podría haber sido peor.

-¿Me haría un favor? -pidió Schussler después de un momento de silencio.

-Depende -respondió el Botinero-. ¿Qué tiene en mente?

-Dígame qué sabor tiene.

-Para ser sincero, sabe a producto derivado de la soja disfrazado de marisco en salsa de crema.

-Por favor -insistió Schussler, ansioso-. Yo lo procesé, lo cociné y lo serví... pero no puedo probarlo. Descríbalo para mí.

-Como le dije: una aproximación rudimentaria al pescado con salsa de crema.

-¡No puede ser tan poco imaginativo! -exclamó Schussler con algo de desesperación en su hermosa voz tintineante-. Cuénteme algo sobre la salsa. ¿Es espesa? ¿Caliente? ¿Dulce? ¿Puede identificar las especias? ¿A qué clase de marisco sabe?

-No es nada del otro mundo -dijo el Botinero-. Los sabores son más bien suaves.

-Descríbalos.

-Me está obligando a insultarlo. La comida apenas merece ser comida, y menos ser

descrita-dijo irritado el Botinero-. Está arruinando lo que de por sí ya era una comida completamente olvidable.

-¡Me lo debe! -reclamó Schussler.

-Más tarde-dijo el Botinero- Todavía sabe peor por culpa de su lamento plañidero.

Cain suspiró, se acercó con sus cubiertos y tomó un trocito de marisco artificial, después de haberlo bañado abundantemente en la salsa de crema. Lo masticó a conciencia, y comenzó a describirle a Schussler todos los matices de su sabor mientras el Botinero tomaba su plato y se metía en la cabina de control para terminar de comer a solas.

Cain se le unió veinte minutos más tarde.

-¿Todavía está de mal humor? -preguntó el Botinero.

-Pregúnteselo usted mismo.

El Botinero se volvió hacia el panel de Schussler:

-No pensará pasarse toda la noche preguntándome cómo se siente mi litera, ¿verdad?

No hubo respuesta.

-Hay un nombre para usted: una nave espacial llorona.

-Está hiriendo sus sentimientos -dijo Cain.

-No sin razón. O cortamos de raíz este comportamiento desde el primer brote, o pasará cada minuto preguntándonos cómo saben o cómo se sienten las cosas.

-No cuesta tanto decírselo. Lo ha pasado muy mal.

El Botinero se quedó mirándolo.

-Estamos obteniendo una cosecha de asesinos muy extraña esta temporada -comentó finalmente.

-¿Sabe una cosa? -preguntó Cain-, también puede preguntarle cómo se siente después de haber reducido a cero la cantidad de oxígeno de la cabina.

-No si desea morir como tiene programado -dijo el Botinero confiado y, después de una pausa, añadió-: ¿Realmente va a matarlo cuando encuentre la base de Santiago?

-Dije que lo haría.

-Ya sé lo que dijo.

-Haré lo que le prometí.

-Pero no será feliz haciéndolo.

-Nunca lo soy matando cosas -dijo Cain.

El Botinero reflexionó tanto sobre esta afirmación como sobre otras que Cain había hecho desde que abandonaran Altair III. Se pasó los siguientes minutos estudiando a su nuevo socio, comparándolo con lo que sabía acerca del Ángel, y preguntándose si, después de todo, Virtud MacKenzie no habría hecho la elección correcta.

14

Ay, Pobre Yorick, lo conocí muy bien:
No podía bajar del carrusel.
Tuvo esperanzas, sueños y confianza;
ay, Pobre Yorick, se perdieron en lontananza.

Su nombre no era realmente el de Pobre Yorick... al menos, al principio. Vino al mundo como Herman Ludwig Menke, y vivió veinte años con ese nombre. Luego se unió a una *troupe* de actores que viajaban a través del Cerco Galáctico, y se convirtió en Brewster Moss; corre el rumor de que incluso actuó para el Ángel, mucho antes de convertirse él mismo en el Ángel.

Sea como fuere, para cuando cumplió cuarenta años ya tenía otro nombre, Sterling Wilkes, con el que se hizo famoso cuando casi sin ayuda provocó el renacimiento shakespeariano en Lodin XI. Como tal también alcanzó notoriedad debido a sus diversas adicciones.

Seis años más tarde, después de haber sufrido un trance alucinógeno frente a un nutrido público que había pagado para verlo, le prohibieron salir a escena. Era el momento de adoptar un nuevo nombre -el de Pobre Yorick parecía apropiado en aquellas circunstancias-, y una nueva profesión. Dada su inclinación por lo artístico, y considerando que todo lo que sabía hacer se relacionaba con el teatro, apareció en la Frontera Interior como tramoyista, y durante los diez años siguientes produjo una cantidad infinita de coronas de utilería, revólveres de juguete, joyas falsas, falsos tronos, y de piedras preciosas casi reales en engarces casi valiosos.

Asimismo mantuvo ocupados a un número considerable de traficantes de drogas, y cuando pasó de inyectarse alucinógenos a masticar semillas de alphanella, se vio obligado a incrementar sus ingresos poniendo su fina mano de artesano al servicio de empresas menos legítimas que el escenario. Como la calidad de su trabajo se vio menguada debido a su dependencia, perdió su empleo legal, así como muchos de sus encargos ilegales, y hubo de limitarse a vender cuadros de actores que había conocido, hechos a la ligera durante sus raros períodos de lucidez.

Pocos años después, Orfeo Negro entró en posesión de cuatro de esos cuadros, a instantáneamente advirtió que había tropezado con un interesante aunque errático talento.

Le llevó casi un año dar con el Pobre Yorick, que estaba viviendo en un hotel de mala muerte en Hildegarde, gastando cada crédito que conseguía en alimentar su adicción. Orfeo trató de convencerlo de que viajara con él por el espacio e ilustrara su saga, pero a Yorick le importaba más su contacto más próximo que la posteridad. Finalmente el Bardo de la Frontera Interior se dió por vencido, compró los cuadros restantes de Yorick, le encargó un cuadro de su Eurídice que jamás sería terminado, y se marchó para siempre. Le dedicó al Pobre Yorick una sola estrofa de su canción. Habría deseado escribir más, para contarle a su público qué clase de talento singular yacía escondido bajo ese exterior deteriorado; pero decidió que un aumento de los encargos sólo significaría más compra de drogas y apresuraría la muerte de Yorick.

Debe decirse, en descargo de Yorick, que intentó completar la pintura de Eurídice; pero el dinero que había recibido por ella desapareció en una semana, y él tenía que saciar un apetito que parecía no tener fin. Como Orfeo lo había dejado sin ninguna obra de arte para vender, volvió a su antigua ocupación de falsificar. Pero de vez en cuando, una hora aquí, un fin de semana allá, volvía a trabajar en su obra maestra.

De hecho, se hallaba trabajando en ella cuando Schussler aterrizó en Roosevelt III.

-Mundo insignificante y desagradable -dijo Cain cuando él y el Botinero salieron del interior del cyborg y se encontraron de pie, protegiéndose de la lluvia que nunca cesaba de

caer sobre el planeta, en la húmeda superficie del puerto espacial.

-Simplemente, hace juego -dijo el Botinero, dirigiendo sus pasos hacia la terminal- con el hombre insignificante y desagradable que estamos buscando. -Se quedó callado un instante-. ¿Quién iba a pensar que el Pobre Yorick sería el último eslabón entre Altair de Altair y Santiago?

-Yo habría dicho que usted lo sabía -dijo Cain con un dejo de ironía-. Especialmente después de esa charla acerca de cómo lo necesitaba yo.

-Por eso nos necesita a Schussler y a mí. Él sabía que Yorick era el hombre que buscábamos, y yo sabía dónde encontrarlo.

-¿No sería hora de que compartiera ese bocado sin hueso informativo conmigo? -sugirió Cain.

El Botinero se encogió de hombros:

-No puedo darle una dirección. Iremos a la ciudad, buscaremos el hotel más barato en la zona más pobre, y esperaremos.

-¿Y si no está allí?

-Estará allí, o por los alrededores -dijo el Botinero-. Si no tenemos otro remedio, nos limitaremos a seguirle los pasos al vendedor de sueños local, y nos conducirá directamente hasta él.

-¿Qué aspecto tiene el Pobre Yorick?

-Realmente, no podría decírselo. Jamás me he encontrado con él personalmente.

-Pero está seguro de saber dónde estará -dijo Cain en tono cáustico.

-Hice algunos negocios con él hace tiempo -replicó el Botinero-. Y tengo la costumbre de averiguar todo lo que puedo sobre mis socios comerciales.. Sé que está en Roosevelt Tres, y sé que hay una sola ciudad en Roosevelt Tres; encontrar su paradero exacto es un ejercicio puramente mecánico.

Llegaron a la terminal, alquilaron un vehículo, y condujeron hacia la ciudad cercana que, al igual que el planeta, se llamaba Roosevelt. Alguien -un arquitecto, un planificador urbano, un director de alguna corporación, alguien- había tenido alguna vez planes ambiciosos para Roosevelt. El Puerto espacial estaba construido de manera tal que podía absorber diez veces el tráfico que recibía en ese momento; la ciudad estaba entrecruzada por numerosas calles y la plaza central tenía dos rascacielos que no habrían desentonado en Deluros VIII. Algunos siglos antes, sin embargo, la Democracia había hecho una pausa para consolidar sus posesiones; cuando volvió a expandirse, lo hizo en una dirección diferente, dejando Roosevelt III como otro engranaje sin importancia en la vasta maquinaria humana, ni abandonado ni demasiado tenido en cuenta. La proyectada megalópolis se convirtió en una ciudad de expectativas limitadas, mientras modestos edificios de departamentos, tiendas indescriptibles, oficinas anodinas y estructuras públicas poco imaginativas rodeaban paulatinamente los dos enormes edificios de acero y vidrio como aves de rapiña que esperaran pacientemente que su víctima potencial terminase de morir para poder tomar parte en el festín.

El Botinero dio una vuelta alrededor de la ciudad, y luego se situó con instinto infalible en una de las zonas más derruidas y detuvo el vehículo.

-Me atrevería a decir que no nos encontramos a más de cuatrocientos metros de él en este momento -dijo, alcanzándole a Cain un protector contra la lluvia y activando el suyo.

-No puede haber nada mucho más ruinoso que esto -convino Cain, observando desapasionadamente a unos cuantos borrachos y vagabundos que los contemplaban a través de la lluvia torrencial al abrigo de bares sórdidos y hoteles mugrientos.

-Tengo la sensación de no ir vestido apropiadamente para la ocasión -dijo el Botinero, bajando los ojos hacia su túnica de satén, sus pantalones de corte perfecto y sus botines hechos a mano.

-No es el único que piensa así -comentó Cain, contemplando al hombre excepcionalmente corpulento, de torso como un barril, que estaba estudiándolos desde una distancia de un metro y medio, indiferente a la lluvia que le corría por la cabeza descubierta.

-Bueno, es evidente que no queremos a toda esa chusma saliendo de sus guaridas -dijo el Botinero, imperturbable-. Pienso que lo mejor es que usted se haga cargo de ellos.

-¿Qué hace cuando se encuentra en una situación como ésta y no hay un cazador de recompensas cerca? -preguntó secamente Cain.

-No carezco totalmente de recursos -replicó el Botinero, sacando un aparatito del tamaño de una pelota de golf. La lanzó al aire, la atrapó, y volvió a metérsela en el bolsillo.

-¿Una bomba incendiaria?

El Botinero asintió.

-Es más poderosa de lo que parece. Puede hacer desaparecer una manzana entera, y la detonación se propaga por doquier, aun en un clima como éste -sonrió-. Sin embargo, preferiría no tener que usarla. No tendría sentido freír a Yorick antes de que podamos hablar con él.

-Según dice, estamos a no más de cuatrocientos metros de él -dijo Cain, mirando la calle de arriba abajo-. Esta calle se estrecha, y hay en ella quince o veinte hoteluchos y pensiones. ¿Cómo hacemos para elegir uno?

-Preguntando, por supuesto -dijo el Botinero, yendo hacia una taberna. Pasó algunos minutos intercambiando murmullos con el tabernero y volvió junto a Cain, que se había quedado esperando al lado de la puerta.

-¿Ha tenido suerte?

-Todavía no -admitió el Botinero-. No hay que preocuparse. El día aún es joven, si bien un poco húmedo.

Chapoteó bajo la lluvia hasta otras dos tabernas, igualmente sin éxito.

-¡Ah! -exclamó con una sonrisa cuando llegaron a un bar tras cuya vidriera colgaba una acuarela de una mujer desnuda de grandes pechos-. ¡Nos estamos acercando! Reconozco el estilo.

-¿Colecciona las pinturas de Yorick?

-Las mejores.

El Botinero entró en el edificio, habló con el tabernero, deslizó un billete de quinientos créditos a través del mostrador lleno de marcas, dijo algo más, y momentos después volvió a salir a la acera.

-Vive en el hotel San Juan del Monte, calle arriba -anunció el Botinero-. Cuando no consigue suficiente dinero para las semillas de alphanella, cambia sus pinturas por tragos.

-No es malo -comentó Cain, contemplando el desnudo.

-Es condenadamente bueno, teniendo en cuenta que probablemente cuando lo pintó no sabía ni cómo se llamaba. Le ofrecí comprárselo, pero el propietario no quiere venderlo. Tengo la impresión de que es una buena representación de su novia.

-O de su socia comercial.

-Una cosa no excluye necesariamente la otra -dijo el Botinero, encaminándose hacia el hotel San Juan del Monte-. Menos aún aquí.

Solamente un hombre pareció intentar detenerlos, pero algo en la cara de Cain lo convenció de reconsiderar su decisión, y llegaron al hotel sin más incidentes.

Hacía mucho tiempo que el vestíbulo del San Juan del Monte había sido limpiado por última vez, y más tiempo aún que lo habían pintado. El suelo, especialmente alrededor de la entrada, estaba asqueroso, y todo el lugar olía a moho. Frente al mostrador del conserje había una alfombra pequeña y barata; estaba en medio de una parte del suelo más clara en la que, obviamente, alguna vez había habido otra alfombra más grande. Rectángulos descoloridos señalaban aquellos lugares de las paredes, que en algún momento habían estado cubiertos por pinturas y holografías. Las pocas sillas que había, así como los sillones, necesitaban urgentemente un arreglo, y la única cabina videofónica carecía de cámara.

El Botinero echó una mirada a su alrededor, comprobó satisfecho que aquél era precisamente el tipo de lugar donde probablemente residía el Pobre Yorick, y se encaminó hacia el mostrador.

El empleado mal afeitado, cuyo codo izquierdo asomaba por un agujero que tenía en la túnica, miró con expresión aburrida a su visitante.

-Buenas tardes -dijo el Botinero con una sonrisa amistosa-. Hace un tiempo terrible ahí fuera.

-¿Ha cruzado todo mi vestíbulo para decirme eso? -preguntó el conserje en tono cáustico.

-En realidad, estoy buscando a un amigo.

-Le deseo suerte -dijo el conserje.

-Se llama Yorick.

-Gran cosa.

El Botinero se le acercó y lo agarró por la parte delantera de la manchada túnica, levantándolo hasta la mitad del mostrador.

-Pobre Yorick -dijo con una sonrisa amable-. Odio tener que presionarlo, pero tenemos prisa.

-Habitación tres diecisiete -musitó el conserje.

-Muchas gracias -dijo el Botinero, soltándolo-. Ha sido de gran ayuda. -Miró a su alrededor-. Supongo que no funciona ninguno de los ascensores.

-El del centro sí -respondió el conserje malhumorado, señalando un grupo de viejos ascensores.

-Excelente -dijo el Botinero. Hizo una inclinación de cabeza a Cain, que atravesó el vestíbulo y se le unió frente al ascensor-. Si hay algo que no puedo soportar -dijo-, es un sirviente de mal carácter. Usted está cubriéndome las espaldas, ¿verdad?

-No va a hacerle nada -dijo Cain.

-¿Cómo sabe que no tiene un arma escondida bajo el mostrador?

-Si alguna vez hubo allí un arma, hace tiempo que fue robada o empeñada -dijo Cain mientras las puertas se cerraban tras ellos y el ascensor comenzaba a subir-. No obstante, creo que será mejor que bajemos por las escaleras, para más seguridad.

El ascensor se detuvo dando bandazos y se balanceó inseguro cuando Cain y el Botinero bajaron en el tercer piso, que estaba aún en peores condiciones que el vestíbulo. Algunos de los cuartos carecían directamente de puerta, otros la tenían cubierta de graffiti y el olor a moho dominante se había convertido en olor a orina.

-Tres diecisiete -anunció el Botinero, haciendo un gesto en dirección a la última puerta-. Las cosas mejoran para nuestro amigo Yorick: tiene una vista panorámica.

Llamó una vez, y al no obtener respuesta marcó el número tres diecisiete en la cerradura de combinación.

-Siempre he admirado un sistema de seguridad complejo. ¿Usted no? -comentó con una sonrisa mientras la puerta se deslizaba dentro de la pared.

Un hombre frágil y arruinado, de cutis cetrino y dientes podridos, se hallaba sentado, totalmente desnudo, en una silla desvencijada, al lado de una ventana rota, indiferente a la lluvia que lo salpicaba tras rebotar en el cristal astillado. Estaba trabajando en una pintura con breves pinceladas increíblemente veloces, murmurando para sus adentros mientras repasaba una y otra vez el contorno del rostro de una hermosa mujer, sin lograr nunca la proporción correcta. Desparramados por el suelo había recipientes llenos de diamantes, rubíes, zafiros y esmeraldas artificiales, una compleja máquina para dorar metales, y cierta cantidad de herramientas de joyería.

El hombre levantó la vista hacia sus dos visitantes, les dirigió una sonrisa breve y nerviosa, dio algunos toques más de color a la tela, arrojó la paleta al suelo y volvió el rostro hacia Cain y el Botinero.

-Buenas tardes, Yorick -dijo el Botinero-. Me pregunto si puede concedernos unos minutos de su tiempo.

Yorick lo observó un instante, frunció el ceño, volvió a contemplar su tela, y luego se volvió hacia él una vez más, con una expresión confusa pintada en el rostro.

-Usted no está en mi pintura -dijo, por último.

-No -dijo el Botinero-. Estoy en su habitación.

-¿Mi habitación? -repitió Yorick.

-Exacto.

-Bueno -dijo, con un encogimiento de hombros-, tenía que ser una u otra. -Miró atentamente al Botinero-. ¿Lo conozco?

-Ha oído hablar de mí: soy el Alegre Botinero.

Yorick bajó la cabeza, todavía con el ceño fruncido.

-Alegre, alegre, alegre... -murmuró. De pronto alzó la mirada-. No lo conozco, pero he oído hablar de usted -dijo con una sonrisa satisfecha. Se volvió hacia Cain-. A usted también lo conozco.

-¿De veras?

-Es el Pájaro Cantor -dijo enfáticamente, súbitamente racional-. Lo sé todo sobre usted. Me encontraba en Bellefontaine cuando mató a Jack de Diamantes. Eso sí que fue un tiroteo. -De repente su rostro perdió toda expresión-. Tiroteo -dijo, como si la palabra hubiera perdido sentido-. Tiroteo, tiroteo, tiroteo -y tan velozmente como había llegado, el vacío abandonó su cara estropeada-. ¿Qué está haciendo aquí, Pájaro Cantor?

-Necesito un poco de información -dijo Cain, sentándose en el borde de la cama deshecha de Yorick.

-Yo también necesito una cosita -dijo Yorick con un guiño, mientras soltaba una risita aguda-. Un montón de cositas. Cositas masticables, cositas dulces.

-Tal vez podamos hacer un trato -dijo Cain.

-Tal vez tal vez tal vez -dijo Yorick, escupiendo las palabras entrecortadamente-. Tal vez podamos. -Se detuvo un instante y de pronto pareció alerta-. ¿Qué opina de hacer un trato? -sugirió.

-Buena idea-dijo Cain.

-¿Por qué está aquí él? -preguntó Yorick, señalando al Botinero.

-Le gustan sus pinturas -dijo Cain.

-Oh, sí que le gustan, ¿verdad? -cloqueó Yorick-. Y más que eso. Así que usted es el Botinero, ¿no es así?

-El único -dijo el Botinero.

-Bien, único Botinero -dijo Yorick-, ¿alguna vez el museo del Oro del Rin descubrió el único Princesa de la Costa Norte que falsifiqué para usted?

-Aún está allí, en su vitrina bajo la vigilancia del guardián permanente.

-¿Y usted tiene la piedra auténtica?

-Por supuesto.

-Por su-puesto -repitió Yorick-. Su-pues-to-por -dijo, jugando con las sílabas-. To-su-pues-por -se puso de pie y contempló al Botinero-. ¡Mi mensajero fue asesinado! -dijo en tono acusador.

-Muy lamentable -dijo el Botinero-. Espero que no piense que yo tengo algo que ver con eso.

-Usted garantizó su seguridad -dijo Yorick de mal talante.

-Le garanticé que podía entrar sin inconvenientes a mi fortaleza -lo corrigió el Botinero-. Lo que haya hecho después, era cosa de él.

-Nunca recibí mi dinero.

-Yo le pagué al mensajero. Mi obligación para con usted terminó ahí. -Metió la mano en el bolsillo-. Sin embargo, no querría que nos convirtiéramos en enemigos. ¿Servirá esto para que quedemos en paz? -Se sacó del bolsillo tres pequeñas semillas tostadas.

-¡Deme deme deme deme deme! -murmuró Yorick, arrebatándoselas de la mano. Corrió hasta un armario desvencijado, abrió el cajón superior, y arrojó dos de las semillas sobre un montón de ropa sucia. Se puso la tercera en la boca.

-¿Dónde diablos consiguió esas cosas? -preguntó Cain-. Cuando estaba en Altair no

sabía que íbamos a venir a ver al Pobre Yorick.

El Botinero sonrió:

-¿Para qué cree que le pagué quinientos créditos al tabernero?

-Para conseguir información... o al menos eso creí.

-La información cuesta, como mucho, veinticinco créditos en un vertedero como éste. El resto era para semillas de alphanella.

Yorick había vuelto a sentarse en su silla, con expresión súbitamente sosegada mientras deslizaba la semilla entre la mejilla y la encía y el jugo comenzaba a bajar por su garganta.

-Gracias -dijo, con expresión relajada; su mirada era finalmente clara-. Sabe, a veces pienso que solamente estoy cuerdo cuando tengo una semilla en la boca.

-Bien -dijo Cain-. Chúpela durante un rato. No la mastique hasta que hayamos terminado de hablar.

-Lo que usted diga, Pájaro Cantor-respondió amablemente Yorick-. ¡Oh, rayos, es muy buena! No sé cómo vivía antes de conocer esta cosa.

-¿Responsablemente? -sugirió Cain con sarcasmo.

Yorick entrecerró los ojos y sonrió.

-Ah, sí, el asesino trabado por un código moral. Sé algo sobre usted, Pájaro Cantor. -Calló unos instantes-. Le dio un pase a un amigo mío.

-¿Un pase? -preguntó, confundido, el Botinero.

-Quentin Cicero -dijo Yorick, asintiendo con la cabeza, con los ojos aún cerrados-. Lo atrapó, y luego lo dejó ir. Buen hombre, el Pájaro Cantor.

-¿Usted dejó ir a Quentin Cicero? -preguntó el Botinero, volviéndose hacia Cain.

-No fue tan simple -replicó Cain-. Tenía una rehén.

-Eso jamás detuvo a ningún cazador de recompensas -dijo Yorick plácidamente-. ¿Y si la hubiera matado? Razón de más para atraparlo.

-¿Lo dejó ir? -repitió el Botinero, furioso-. ¡Ese bastardo mató a dos de mis secuaces!

-Lamento oír eso -dijo Cain.

-¿Usted lo lamenta? ¡Uno de ellos llevaba cincuenta mil créditos míos!

-Pero el rehén sobrevivió -dijo Yorick.

-¿Ve? -preguntó el Botinero-. Usted va por ahí permitiendo que los rehenes sobrevivan y, tarde o temprano, termina eso costándole dinero a un respetable hombre de negocios.

-Lo tendré en cuenta la próxima vez -dijo Cain.

-¿A quién anda buscando ahora, Pájaro Cantor? -preguntó Yorick. Guardó un momento de silencio; luego dijo-: Sé dónde puede encontrar a Altair de Altair.

-Ya la encontré.

-Era humana o no? -preguntó Yorick-. Nunca pude asegurarlo.

-Yo tampoco -dijo Cain.

-Hermosa, sin embargo.

-Mucho -convino Cain.

-¿Cuánto obtuvo por matarla? -preguntó Yorick.

-Nada.

Yorick sonrió.

-Entonces, está buscando a Santiago -chupó la semilla con alegría-. Es sorprendente cómo se aclara todo después de uno o dos minutos, qué absolutamente transparente resulta. Usted la mató, conversó con su nave, y ahora está aquí.

-Exacto.

-¿Y espera que yo le diga cuál es el próximo paso?

Cain hizo un gesto con la cabeza, asintiendo, y Yorick, al no escuchar la respuesta, abrió los ojos.

-¿Cómo va a matarlo, Pájaro Cantor?

-No lo sabré hasta encontrarlo -dijo Cain.

-¿Y qué pasa si él tiene un rehén?

-¿Lo tiene?

Yorick soltó una carcajada:

-¿Cómo puedo saberlo?

-¿Cómo podría saberlo yo? -respondió Cain.

Yorick contempló a Cain largamente.

-Es usted un buen hombre, Pájaro Cantor -dijo, finalmente-. Creo que voy a decide lo que quiere saber.

-Gracias.

-Y yo soy un buen hombre, así que me parece que va a tener que pagarme tres mil créditos.

-Quinientos -dijo rápidamente el Botinero.

-Cállese -dijo Cain sacando un fajo de billetes y separando de él seis billetes de quinientos créditos.

-Gracias, Pájaro Cantor -dijo Yorick, buscándose un bolsillo y notando entonces que iba desnudo. Caminó hacia su armario y arrojó el dinero dentro del mismo cajón en el que había depositado las dos semillas de alphanella. Luego volvió a su silla, y se dejó caer perezosamente en ella-. El hombre que necesita es Billy *Tres-Ojos*.

-He oído hablar de él -señaló Cain.

-Todo el mundo ha oído hablar de él por aquí. Tiene montones de órdenes de captura, Pájaro Cantor.

-¿Cuál es su relación con Santiago?

-Trabaja para él.

-¿Directamente?

Yorick asintió.

-Cuando falsifiqué un juego de dos bandejas para Stalin Ruble, de Nueva Georgia, fue Billy *Tres-Ojos* quien las recogió y se las entregó a Santiago. Y la última vez que Santiago tuvo un encargo para Altair de Altair, yo fui el intermediario.

-¿Dónde está Billy *Tres-Ojos* ahora? -preguntó Cain.

-En Puerto Seguro. ¿Alguna vez lo ha oído mencionar?

-No.

-Es una colonia planetaria, en el sistema Westminster.

-¿Cómo puedo dar con él?

Yorick rió por lo bajo:

-Es muy fácil de reconocer. Giles Sans Pitié lo atrapó hace ocho años y le hizo una marca en la frente con su puño de metal antes de que se le escapara. Por eso le llaman así; Orfeo pensó que parecía un tercer ojo.

-¿Cuántas ciudades hay en Puerto Seguro?

-Ninguna -respondió Yorick-. Ninguna ninguna ninguna ninguna ninguna.

-Chupe otra vez la semilla -dijo Cain-. Está patinando de nuevo.

Yorick chupó ruidosamente, y la mirada se le volvió a aclarar. -No hay ciudades -dijo en tono cansino-. Hay dos o tres puebluchos. La mayoría de los habitantes son granjeros. Haga el recorrido por las tabernas locales; estará en una de ellas -calló un instante-. ¿Necesita algo más?

-Creo que no.

-Bien -Yorick sonrió-. Está empezando a gastarse. El efecto desaparecerá dentro de uno o dos minutos, a menos que muerda la semilla.

Cain se puso de pie.

-Gracias -dijo.

-Todo sea por el Pájaro Cantor.

Cain se encaminó hacia la puerta, y se volvió hacia el Botinero, que permanecía donde estaba, cómodamente recostado contra la asquerosa pared.

-Vamos -le dijo.

-Vaya usted -dijo el Botinero-. Tengo un pequeño asunto que tratar con el amigo Yorick.

-Lo espero abajo.

El Botinero sacudió la cabeza:

-Podría llevar varios días.

-¿De qué diablos está hablando? -preguntó Cain.

-Quiero encargarle algunas pinturas.

-Entonces hágalo, y salgamos de aquí.

-Usted lo ha visto -dijo el Botinero-. Si quiero conseguir lo que busco, debo hacerle de niñera mientras trabaja.

-Haga lo que quiera -dijo Cain-. Pero no me voy a quedar dando vueltas por esta pocilga mientras usted aumenta su colección.

-Vaya hasta Puerto Seguro -dijo el Botinero-. Fletaré una nave y me reuniré allí con usted.

-Si salgo solo de este hotel, nuestra sociedad queda disuelta.

-Si mata a Santiago antes de que me reúna con usted, la sociedad queda disuelta -convino el Botinero-. Pero si llego antes de que le dé alcance, la mantenemos.

-Por la mitad del trato original.

-Usted no tiene interés en lo que yo quiero -dijo el Botinero.

-Ya voy a encontrar alguno.

El Botinero parecía desconcertado.

-Puerto Seguro es sólo otra parada en el camino. Todavía me necesita.

-No tanto como usted a mí -dijo Cain. Frunció el ceño-. De todas maneras, ¿a qué viene todo esto? ¿Cuánto pueden valer sus pinturas?

-No tanto como Santiago, lo admito -dijo el Botinero-. Pero Yorick está aquí, ahora, y Santiago puede estar a años de distancia. Me reuniré con usted.

-Por la mitad.

El Botinero suspiró.

-Por la mitad. -Hizo una pausa-. Si abandona Puerto Seguro antes de que yo llegue, deje un mensaje indicándome dónde puedo encontrarlo.

-¿Dejarlo, dónde?

-Si no encuentra a nadie en quien confiar, haga que Schussler lo envíe a Barra Dorada.

Cain se volvió hacia Yorick:

-En cuanto me marche de aquí, nada de lo que ocurra entre ustedes dos será problema mío... pero debo advertirle que dejar tres mil créditos en la misma habitación en la que se encuentra el Botinero es como dejar un pedazo de carne en la misma habitación en la que se encuentra un carnívoro hambriento.

-Eso me ofende -dijo el Botinero, más divertido que ofendido. -Oféndase todo lo que quiera -dijo Cain-. Pero si es un hombre religioso, no lo niegue, o Dios lo castigará. -Caminó hacia el armario, y se plantó al lado-. ¿Qué le parece si deja que el hotel los custodie hasta que él se vaya?

Yorick sonrió:

-Este hotel hace que el Botinero parezca un aficionado.

-¿Tiene algún amigo a quien le pueda dejar el dinero?

Yorick negó con la cabeza.

-Muy bien -dijo Cain-. ¿Qué le parece si lo deposito en la sucursal bancaria del Puerto espacial y les digo que solamente se lo den a usted? La impresión de su voz debe de estar registrada allí.

-Estaría muy bien-dijo Yorick-. Pero déjeme mil créditos. No quiero tener que ir al Puerto espacial apenas me quede sin semillas.

-Él se los robará-dijo Cain.

-¿Mil créditos? No los necesita.

-Algo hará con ellos.

-Se trata de mi dinero. Deje mil créditos.

Cain abrió el armario y tomó una cuarta parte del fajo de billetes de quinientos créditos.

-Les diré que no se los entreguen a menos que vaya solo.

-Gracias, Pájaro Cantor -dijo Yorick plácidamente.

-¿Seguro que no quiere contar las joyas falsas antes de partir? -preguntó el Botinero, sardónico.

-No -dijo Cain-. Pero le pediré a Schussler que haga un rápido inventario de las obras de arte de Altair de Altair antes de que despeguemos.

Cain se dio la vuelta y se acercó a la puerta. El Botinero fue inmediatamente hasta el armario, buscó otra semilla, y se la dio a Yorick.

-Tenga -dijo-. No comience a masticarla hasta que hayamos hablado.

Yorick se sacó de la boca la primera semilla, que ahora tenía un color amarillo pálido, la apoyó cuidadosamente sobre el antepecho de la ventana, y se metió la nueva. El Botinero fue hacia la ventana y se quedó mirando la calle bajo la lluvia, hasta que vio la figura de Cain encaminándose hacia el vehículo.

-¿Qué clase de pinturas quiere, Botinero? -preguntó Yorick amablemente, deleitándose con los jugos de la semilla nueva.

-Ninguna -dijo el Botinero.

-Entonces ¿a qué viene todo esto?

-Billy *Tres-Ojos* está muerto. *Pacificador* MacDougal lo pescó hace cuatro meses.

-Pobre Billy -dijo Yorick, sonriendo tranquilamente-. Me encantaba esa marca que tenía en la frente -alzó la mirada hacia el Botinero-. Tal vez convenga que vaya a decírselo al Pájaro Cantor.

El Botinero negó con la cabeza:

-Estoy esperando a que abandone el planeta para poder irme después.

-Bueno, nadie lo ha acusado jamás de cometer pecado de lealtad.

-Y nadie lo hará -repuso el Botinero-. De todos modos, estaba dispuesto a quedarme con él a lo largo del trayecto que nos dejara a las puertas de Santiago -hizo una pausa-. Pero no es el indicado.

-¿El indicado?

-El indicado para matar a Santiago.

-Ya lo sé -dijo Yorick con una sonrisa eufórica-. Por eso le he dicho la verdad.

-¿Qué verdad?

-Sobre Puerto Seguro. Es su próxima parada.

-Se lo acabo de decir: Billy *Tres-Ojos* está muerto. Bien -dijo el Botinero, sacando un rollo de billetes y sosteniéndolos frente a la nariz de Yorick-, ¿cuál es mi próxima parada?

-¿Quién sabe? -dijo Yorick, amable -. ¿Adónde va?

-¿Dónde cree usted que puedo encontrar a Santiago?

-Para encontrarlo -insistió Yorick- vaya con el Pájaro Cantor.

-Permítame una aclaración -dijo el Botinero-: ¿adónde debería ir para matarlo?

-Es mi mejor cliente -dijo Yorick. Calló un momento, pensativo-. Es mi único cliente. No quiero que lo maten.

-Le compraré tantas semillas de alphanella que ya no volverá a necesitarlo.

-No viviré el tiempo suficiente para gastar el dinero que me ha dado el Pájaro Cantor -dijo tranquilamente Yorick-.Para qué querría más?

El Botinero lo contempló un instante, luego se encogió de hombros. Comenzó a caminar alrededor de la habitación, examinando las gemas artificiales, y finalmente se detuvo frente a la tela.

-¿Va a terminar esto? -preguntó.

-Probablemente, no.

-Se la compraré si lo hace.

-Ya está vendida, a nuestro amigo Orfeo Negro.

El Botinero estudió el retrato con renovado interés.

-¿Eurídice?

-Creo que así la llamaba él. Me dejó un par de holografías, pero las perdí hace mucho tiempo.

-Usted podría haber sido un artista del demonio.

-Soy más feliz así.

-Qué estupidez.

-Mis pinturas causan placer a los demás. Mi debilidad me lo causa a mí.

-Es un tonto.

Yorick sonrió.

-Pero soy un tonto honesto. ¿Tiene algo más que decirme, Botinero?

-Nada.

-Bien -trituró la semilla entre sus molares hasta convertirla en pulpa, falta un minuto para que me haga efecto. ¿Le importaría dejarme solo?

El Botinero levantó del suelo varios bocetos descartados y se los guardó cuidadosamente en la túnica.

-Recuerdos -dijo con una sonrisa, mientras iba hacia la puerta.

-Ahora que ha abandonado a su socio, ¿cuál será su próximo paso?

-No me faltan proyectos -dijo el Botinero confidencialmente.

-A la gente como usted nunca le faltan -dijo Yorick, a quien ya se le empezaba a enturbiar la mirada.

-La gente como yo consigue lo que quiere -dijo el Botinero, dando un paso otra vez hacia el interior, y observando si se producía alguna reacción-. La gente como Cain ni siquiera sabe lo que quiere.

Yorick ya se hallaba más allá de cualquier respuesta, con su cuerpo frágil en estado catatónico. El Botinero lo miró un momento, luego fue hasta el armario y tomó uno de los dos fajos restantes de billetes de quinientos créditos.

-Reembolso por gastos -le explicó a su paralizado anfitrión.

Dio dos pasos hacia la puerta, se detuvo, se encogió de hombros, y volvió hasta el armario; sacó el fajo restante y se lo metió en su bolsillo.

-Vicio asqueroso, las drogas -dijo, contemplando al Pobre Yorick y sacudiendo la cabeza con falso pesar-. Algún día me agradecerá que haya apartado la tentación de su camino.

Pocos minutos después iba camino del puerto espacial, perdido en sus pensamientos, analizando todos los aspectos de su situación con la fría precisión de un matemático. Finalmente puso en una balanza los diversos elementos, y encontró la solución justo antes de llegar. Poco después empezó a hacer los arreglos que lo situarían nuevamente en el centro de la ecuación.

CUARTA PARTE
EL LIBRO DEL ÁNGEL

Librodot

15

Le llaman el Ángel, Ángel de la Muerte,
si te enfrentas a él, exhalarás tu último aliento.
Ojos fríos, sin vida, más destreza y astucia,
deseos de matar y armas a cientos.

Nadie sabía de dónde venía. Se rumoreaba que había nacido en la Tierra misma, pero él nunca hablaba del tema.

Nadie sabía dónde se había iniciado, ni por qué había elegido aquella ocupación en concreto. Hay quienes dicen que había estado casado, que su esposa había sido violada y asesinada, y que él se desquitó con toda la galaxia. Algunos estaban seguros de que había sido un mercenario que se había vuelto loco durante una acción especialmente cruenta... pero ninguna de las personas que lo conocieron y vivieron para contarlo lo consideraban un chiflado; en realidad era su absoluta cordura lo que lo convertía en una persona tan atemorizante. Otros creían que, al igual que Cain, era sencillamente un revolucionario desencantado.

Nadie conocía su verdadero nombre, ni cómo había terminado llamándose el Ángel.

Nadie sabía por qué para trabajar elegía la Frontera Exterior, fuera del Cerco Galáctico, donde había tantos mundos inmersos en la Democracia en los que él podía ejercer su cruento oficio.

Pero había algo que todo el mundo sabía: cuando el Ángel elegía a su presa, la presa tenía los días contados.

En una profesión en la que la fama podía conseguirse con una sola muerte -Sebastián Cain, Giles Sans Pitié y Pacificador MacDougal poseían en conjunto un total de menos de setenta, y Johnny *Un-Billete* aún estaba buscando la sexta-, el Ángel había dado caza a más de un centenar de fugitivos. En una profesión en la que el anonimato iba de la mano del éxito, el Ángel era conocido en un millar de mundos. En una profesión en la que cada profesional establecía su propio territorio y prohibía la entrada a su propiedad, el Ángel iba a donde le daba la gana.

Orfeo se encontró con él sólo en una ocasión, allí en Barbizon, la puerta de entrada de la Frontera Interior, tres semanas antes de matar a Giles Sans Pitié. Sólo conversaron durante diez minutos, que para Orfeo fueron más que suficiente. Su público había imaginado que le dedicaría al Ángel no menos de una docena de versos -al fin y al cabo, le había dedicado tres a Cain y nueve a Giles Sans Pitié- pero con la perspicacia que lo había convertido en el Bardo de la Frontera Interior, Orfeo escribió una única estrofa. Cuando se le pidió una explicación, se limitó a sonreír y respondió que esas cuatro líneas decían todo lo que había que decir del Ángel.

Virtud MacKenzie deseó que hubiera escrito algo más, aunque sólo fuera para tener una idea más clara de lo que podía esperar si alguna vez se topaba con el Ángel. Había llegado al sistema Lambda Karos dos días después de que él se marchara, y se le había vuelto a escapar en Questados IV. Llegó a Nuevo Ecuador tres días más tarde, averiguó su paradero en la oficina de prensa local, sólo recibió respuestas negativas y finalmente regresó a su hotel, donde durmió una siesta corta, se duchó, se cambió de ropa y bajó a cenar al restaurante de la planta principal.

Tres horas más tarde estaba sentada a una mesa de la parte trasera de The King's Rook, una taberna que servía como centro de reunión a los periodistas del lugar. Dos hombres y una mujer -todos del mundo de la prensa- y otro hombre, un prospector que se había hecho rico en el cinturón de asteroides, a dos planetas de distancia de Nuevo Ecuador, se encontraban sentados alrededor de la mesa, mirando fijamente las cartas que estaban a la vista delante de Virtud.

-Te toca a ti -dijo el prospector en tono impaciente.

-No me metas prisa -repuso Virtud mientras sorbía su whisky, y observó la carta que

estaba boca abajo hasta que logró enfocarla-. Estoy pensando. -Finalmente deslizó un billete de cien sobre el fieltro gastado, hasta el centro de la mesa-. Veo -anunció.

El prospector y uno de los hombres abandonaron, la mujer subió otros cincuenta billetes, el otro hombre dobló la apuesta y Virtud, después de pensarlo un poco más, igualó la apuesta de la mujer.

-Míralas y échate a llorar-dijo la mujer con una sonrisa irónica mientras ponía la carta boca arriba.

-Maldición -farfulló Virtud al tiempo que arrojaba sobre la mesa la carta que tenía boca abajo. Cogió la botella que tenía más cerca y se sirvió otro trago-. No habrás aprendido a jugar con un pequeño roedor llamado Terwilliger, o no?

-¿Alguien abandona? -preguntó uno de los hombres, mirando directamente a Virtud.

-No cuando voy perdiendo casi dos mil billetes -repuso ella en tono agresivo.

-¿Alguien más?

-Maldición -dijo el prospector-. Si ella quiere seguir jugando, estoy dispuesto a seguir quedándome con su dinero.

-No pienso seguir perdiendo -aseguró Virtud.

-Entonces será mejor que dejes la bebida -dijo el prospector-. Ella te ha ganado.

-Cuando quiera tu consejo, te lo pediré -replicó Virtud, intentando recordar exactamente cuáles eran las cartas del ganador.

-Harías muy bien -se encogió de hombros-. ¿Quién da?

-Yo -dijo un periodista. Empezó a mezclar las cartas.

En ese momento entró en la taberna un hombre bien vestido; miró a su alrededor y se acercó directamente a los cinco que jugaban a las cartas. Ellos no le prestaron atención hasta que se detuvo, a pocos pasos de distancia.

-Estaba pensando -comentó- si no os importa que me sume a la partida.

Los periodistas lo miraron fijamente y no respondieron.

-Póngase cómodo -repuso Virtud.

-Gracias -aceptó el hombre-. A propósito, me he enterado de que hay una partida excelente que necesita algunos jugadores.

-¿Si? -preguntó el prospector en actitud nerviosa-. ¿Dónde?

-Allí -respondió el hombre mientras señalaba una mesa desocupada en el otro extremo de la taberna.

El prospector y los tres periodistas estuvieron a punto de chocar mientras se lanzaban hacia la otra mesa.

Confundida, Virtud se levantó para seguirlos.

-¿Qué demonios tiene de malo esta mesa? -masculló.

-Usted no -comentó el hombre en tono firme mientras se sentaba en una de las sillas repentinamente desocupadas.

Virtud lo observó a la luz trémula de la taberna. Era un hombre alto, aunque no tanto como Cain, y bastante robusto, aunque no demasiado musculoso. Tenía el cabello tan rubio que parecía casi blanco, y sus cejas apenas resultaban visibles. Era imposible adivinar su edad. Sus ojos fríos y penetrantes, casi transparentes, no eran exactamente azules ni exactamente grises. El resto de su rostro no tenía nada de especial; era bastante hermoso, pero los ojos casi incoloros llamaban la atención de inmediato.

Llevaba un traje gris oscuro, casi negro, de corte severo y exquisitamente confeccionado. Debajo de la chaqueta llevaba una túnica plateada de estilo conservador y las botas, aunque sin tantos adornos como las del Botinero, parecían sin embargo más caras. En el meñique de la mano izquierda llevaba un anillo de platino con un diamante engarzado absolutamente fabuloso.

-Eres el Ángel -dijo ella. No era una pregunta.

Él asintió.

-Te imaginaba distinto -dijo por fin Virtud, intentando ganar tiempo mientras ataba

cabos.

-¿En qué sentido?

-Más parecido a un asesino.

-¿Y qué aspecto tiene un asesino? -preguntó el Ángel.

-Más delgado y más ávido -aclaró. De pronto se le ocurrió algo-. ¿Has venido a matarme?

-Seguramente no -respondió él mientras sacaba un cigarro largo y delgado y lo encendía-. ¿Te molesta si fumo?

Ella miró fijamente sus ojos sin color y sacudió la cabeza.

-Bien -continuó el Ángel. Se inclinó repentinamente hacia delante-. Llevas más de una semana siguiéndome. ¿Por qué?

-¿Qué te hace pensar que alguien ha estado siguiéndote? -repuso Virtud.

El Ángel esbozó una sonrisa fría y sin vida.

-Llegaste a Lambda Karos Dos dos días después de mi partida y empezaste a hacer preguntas sobre mí. Tu siguiente escala fue Questados Cuatro. Volviste a preguntar por mi paradero. Ahora estás aquí. ¿Qué debo deducir?

-¿Coincidencia? -sugirió Virtud sin convicción.

El Ángel la miró fijamente hasta que ella empezó a mover los dedos, incómoda.

-Si me das esa respuesta, es que debo de parecerte muy estúpido -comentó él por fin-. Te lo preguntaré una vez más: ¿por qué me estás siguiendo?

-Soy periodista -le explicó Virtud-. Eres un personaje romántico. Pensé que podía escribir un buen artículo sobre ti.

Él volvió a mirarla fijamente, sin expresión, sin pasión, y ella volvió a sentirse terriblemente incómoda.

-Te lo preguntaré una sola vez más -le advirtió-, así que quiero que pienses la respuesta con mucho cuidado.

-Me estás poniendo nerviosa -dijo Virtud en tono arrogante.

-A mí me pone nervioso que me persigan -repuso el Ángel-. ¿Por qué has estado haciéndolo?

-Quería encontrarte.

Virtud se dio cuenta de que tenía el vaso vacío y se estiró para coger la botella, pero el Ángel fue más rápido y la colocó en el otro extremo de la mesa.

-¿Por qué querías encontrarme? -Insistió.

-Creo que podemos ayudarnos mutuamente.

Él la observó en silencio y ella continuó.

-Tú vas tras Santiago. Y yo también.

-Entonces somos rivales.

-No -se apresuró a decir-. No busco la recompensa. Lo único que quiero es el reportaje. -Hizo una pausa-. Y de paso podría escribir también un artículo sobre ti.

-No me interesan tus aspiraciones periodísticas -declaró el Ángel-. ¿Por qué tendría que permitir que me acompañaras?

-Tengo información que quizá tú no conoces -sugirió Virtud.

-Lo dudo.

-¿Puedes permitirte correr el riesgo?

-Supongo que sí. -Hizo una pausa y volvió a observarla-. Pero no sé si puedo correr el riesgo de que corras al encuentro de Sebastián y le digas dónde estoy y adónde me dirijo.

-¿Quién es Sebastián Cain? -preguntó ella con inocencia.

-Es un hombre muy estúpido que lleva demasiado exceso de equipaje -repuso el Ángel-. ¿Le propusiste a él el mismo trato que a mí... que él se quede con la recompensa y tú con el reportaje?

-Sí. Pero el Botinero también se lleva algo. La colección de arte de Santiago, creo.

-¿Y Cain te ha enviado aquí para que me espíes?

Ella sacudió la cabeza.

-Venir fue idea mía -lo miró en silencio y volvió a sentirse obligada a decir más de lo que quería-. He evaluado a los candidatos y me quedo con el ganador. Si alguien puede matar a Santiago, eres tú.

-Y tú me serás absolutamente leal ¿verdad? -preguntó en tono irónico-. Hasta que sepas que hay alguien aún mejor.

-Eso no es justo.

-¿Acaso lo es vender a tu compañero? -preguntó él con un cierto disgusto-. Me pregunto qué tiene Cain que hace que la gente lo abandone. El Alegre Botinero también lo ha dejado, ya lo sabes.

-¿Quién te ha dicho eso? -preguntó Virtud, auténticamente sorprendida.

-Tengo mis fuentes. Espero que se ponga en contacto conmigo en cualquier momento para ver si he cambiado de idea con respecto a no querer un socio. -Hizo una pausa-. Le diré que no he cambiado de idea.

-¿Ésa es la respuesta que me das a mí? -preguntó ella, repentinamente temerosa por lo que ocurría con los supuestos socios. Miró a su alrededor en busca de apoyo o consuelo y descubrió que los clientes abandonaban la taberna mientras miraban con terror al Ángel.

-No estoy seguro -dijo él-. Posees información que podría resultarme útil.

-Te lo dije -comentó ella petulante.

-No sobre Santiago -aclaró el Ángel con desdén-. No sabes nada de él.

-¿De qué estás hablando entonces?

-De Sebastián Cain -dijo el Ángel-. Me estoy acercando a Santiago. Tres o cuatro mundos más, otra semana, otro mes, y allí estaré. -Dio una chupada al cigarro-. Cain también se está acercando. tiene esa nave cyborg, y ya ha visitado al drogadicto de Roosevelt Tres. -Hizo una pausa-. Y mató a Altair de Altair -añadió con cierta admiración.

-Puedo decírtelo todo sobre él -afirmó Virtud en tono triunfal.

-Lo sé.

Ella aguardó.

-¿Qué hay para mí?

-La cobertura exclusiva de la muerte de Santiago.

-Y una serie de artículos sobre ti -añadió ella rápidamente. El volvió a observarla.

-No tientes la suerte. Me gustaría tener información sobre Cain, pero no la necesito.

-¿Un artículo?

El Ángel no respondió, pero clavó en ella sus ojos claros y fríos. -De acuerdo -dijo ella por fin.

-Has tornado una decisión inteligente -afirmó el Ángel.

-Bien, ya que vamos a viajar juntos, ¿adónde nos dirigiremos primero? -preguntó Virtud.

-Lo sabré dentro de unos minutos.

-¿Basándote en algo de lo que yo voy a decirte? -le preguntó ella escéptica.

El Ángel sacudió la cabeza.

-Ya te lo he dicho: no posees ninguna información útil sobre Santiago. Pero en Nuevo Ecuador hay un hombre que sí la tiene. Supongo que aparecerá por aquí de un momento a otro.

-¿Por qué?

-Porque yo se lo pedí.

-¿Es que todo el mundo hace lo que le pides? -preguntó Virtud un tanto resentida.

-La mayoría -repuso él.

-¿Y los que no lo hacen?

-Pronto desean haberlo hecho. -Tras una breve pausa añadió-: Creo que ya es hora de que empieces a hablarme de Cain.

-¿En este momento?

-En cuanto recuperes la sobriedad -respondió mientras le hacía una señal al camarero; éste se acercó a toda prisa y se inclinó en actitud servil.

-La señora desea una taza de café cargado -le dijo el Ángel. -¿Y el señor?

-Un vino blanco, creo -repuso el Ángel-. No demasiado dulce. Tal vez uno de Alfar.

-Enseguida, señor -dijo el camarero y se alejó a toda prisa. Al cabo de un instante regresó, colocó una taza grande de café delante de Virtud y le ofreció un vaso al Ángel.

-Esto no es vino de Alfar -sentenció éste después de tomar un sorbo.

-No, señor -dijo el camarero, nervioso-. No tenemos. Pero éste es de Valkyria, que tiene unos viñedos excelentes. Es una cosecha fantástica, se lo aseguro.

El Ángel tomó otro sorbo mientras el camarero lo observaba con aprensión; finalmente asintió, dando su aprobación. El camarero hizo señas a un ayudante, que llevó la botella a la mesa.

-¿Cuánto le debo? -preguntó el Ángel.

-La casa invita, señor.

-¿Está seguro?

-Sí, señor. Es un placer servirle.

-Gracias -respondió el Ángel, despidiendo al camarero y al ayudante con un movimiento de la mano- los dos se retiraron rápidamente y volvieron a ocupar su puesto detrás de la barra.

-Esto no es muy justo -protestó Virtud.

-¿A qué te refieres?

-Yo estoy tomando café mientras tú bebes vino.

-¿Acaso tenías la idea de que la vida es justa? -preguntó el Ángel en tono irónico.

-Podría estar bebiendo whisky y jugando a las cartas -añadió ella taciturna mientras observaba a los periodistas, que le lanzaban miradas furtivas.

-Ellos no quieren tu compañía.

-¿Por qué crees eso? -preguntó Virtud.

-Porque has estado aquí sentada, charlando conmigo. Esperarán lo que consideran un tiempo prudencial, tal vez cinco minutos más, y luego se marcharán antes de que puedas reunirte con ellos.

-¿Estás seguro?

-Absolutamente.

-¿Esto ocurre siempre?

-Sí.

-Debes de ser un hombre muy solitario.

-Hay compensaciones -respondió él, seco-. Seguramente Sebastián Cain te lo ha dicho.

-No estoy segura de que él esté de acuerdo contigo.

-Entonces ¿por qué es un cazador de recompensas? -preguntó el Ángel, repentinamente interesado.

-Quiere hacer algo importante -repuso ella con una sonrisa cínica-. O significativo. Lo que salga primero.

-Dios nos proteja de los hombres rectos con buenas intenciones -comentó el Ángel. Tomó otro sorbo de vino y volvió a encender el cigarro, que se había apagado.

-Supongo que si abundaran te quedarías sin trabajo -comentó Virtud.

-No creo que eso sea un peligro inminente -aseguró el Ángel-. Volvamos al tema de Cain. La pista del dinero es mucho más fácil de seguir que la del contrabando. ¿Por qué eligió Cain esta última?

-Fue sobre eso que consiguió la primera información consistente.

-No es tan difícil conseguir información.

-Tal vez para ti sea más fácil que para él.

-Por lo que dices, no parece un hombre terrible -señaló el Ángel-. Todo lo contrario de la idea que yo tengo de él, considerando lo lejos que ha llegado.

-No todos los cazadores de recompensas son iguales -respondió Virtud mientras metía la mano en el bolso y cogía un cigarrillo-. Por ejemplo, no logro imaginarme a Cain matando a alguien, y me resulta igualmente difícil imaginar que tú dejes a alguien vivo.

-Me juzgas mal. Yo sólo mato fugitivos.

-¿Y qué me dices de Giles Sans Pitié?

-Y tontos -se corrigió..

-He oído montones de cosas sobre él, buenas y malas -comentó Virtud-, pero nunca había oído a alguien llamarle tonto.

-Eso es porque la mayor parte de la gente le tenía miedo.

-¿Por qué lo mataste?

-Me propuso una alianza. Me negué. Me amenazó -sonrió fríamente-. Eso fue una tontería.

-¿Lo mataste porque te amenazó?

-Seguramente tú piensas que habría sido más amable esperar a que me diera unos cuantos golpes en la cabeza con el puño metálico -sugirió el Ángel.

-¿Cómo sabes que no estaba marcándose un farol?

-No lo sé. Pero cuando un hombre adopta una postura, debe estar preparado para vivir, o morir, por las consecuencias de sus

actos. Giles Sans Pitié me amenazó con matarme. Sólo existía una consecuencia posible.

-¿Cómo lo mataste? -preguntó Virtud.

-De una manera eficiente -respondió él-. Ahora busca en el bolso y apaga el magnetófono. Se supone que tenemos que hablar de Cain, no hacer mi perfil biográfico.

-No puedes culpar a una chica por intentarlo -le advirtió ella en un tono desenfadado mientras apagaba la grabadora.

El Ángel se sirvió otro vaso de vino mientras los cuatro jugadores de cartas salían en silencio de la taberna.

-¿Cuál fue la reacción de Cain cuando descubrió que tendría que enfrentarse a Altair de Altair?

-No pareció asustado, si te refieres a eso -respondió Virtud.

-No era eso lo que quería decir. Cualquier hombre que haya estado en nuestra profesión tanto tiempo como Cain ha aprendido a dominar el miedo -el Ángel se inclinó ligeramente hacia delante-. ¿Estaba excitado?

-No hay demasiadas cosas que lo exciten. Yo diría que estaba resignado.

-Qué pena.

-¿Por qué? ¿A ti te excita matar a la gente?

-Matar a la mayoría de la gente es una tarea que se debe hacer lo más rápida y eficientemente posible -dijo el Ángel-. Pero matar a alguien como Altair de Altair... -su rostro se iluminó-. Los niveles más elevados en cualquier campo no se distinguen del arte... y el arte me resulta excitante.

-¿Entonces es por eso que quieres encontrar a Santiago? -preguntó Virtud-. ¿Porque él te permite competir al más elevado nivel?

El Ángel sacudió la cabeza.

-Estoy persiguiendo a Santiago porque necesito la recompensa. El desafío que él supone no es más que un premio adicional.

-Venga -dijo Virtud escéptica-. Conozco tus antecedentes. ¿Realmente esperas que me crea que todavía quieres más dinero?

-Lo que tú creas me da absolutamente lo mismo -replicó el Ángel.

-¡Pero has ganado decenas de millones de créditos! -insistió ella.

-Mis acreedores tienen gustos caros -dijo él.

De pronto centró su atención en un hombre menudo y corpulento, calvo y de rostro rubicundo, que entraba cautelosamente en la taberna.

El hombre miró a su alrededor con fastidio, vio al Ángel y se acercó a la mesa.

-¿Señor Breshinsky? -preguntó el Ángel.

El hombre asintió; tenía el rostro bañado en sudor.

-Me dijeron que quería usted verme -dijo con recelo.

-También le dijeron qué información necesito.

-Lamento comunicarle que no tengo acceso a ella -dijo Breshinsky inquieto.

-Usted es el contable de la rama de Nuevo Ecuador del Banco de Misthayen, ¿verdad?

Breshinsky volvió a asentir.

-Entonces sabe en qué mundo estableció Dimitrios Galos inicialmente su negocio contable.

-La ley me prohíbe comunicarle eso -protestó Breshinsky-. Es información confidencial.

-Que ahora va a transmitirme -insistió el Ángel mirando atentamente al incómodo banquero.

-¡Eso está fuera de discusión!

-Si estuviera fuera de discusión, no habría venido.

-Vine porque nadie le dice que no al Ángel.

-Entonces no diga que no ahora, porque podría enfadarme mucho con usted -le advirtió el Ángel con suavidad.

-¡Esto podría costarme el puesto de trabajo!

-Podría costarle mucho más que el puesto de trabajo.

Breshinsky pareció encogerse.

-¿Quién es su acompañante? -preguntó por fin-. No puedo divulgar información delicada como ésta delante de terceros.

-Garantizo personalmente su silencio.

-¿Está seguro? -preguntó Breshinsky mirando a Virtud.

-Acabo de darle mi palabra.

Se produjo otra pausa incómoda.

-¿Podemos al menos convenir algún tipo de compensación? -preguntó Breshinsky. Las manos le temblaban visiblemente-. Si esto se supiera, todo mi futuro estaría en peligro.

-Por supuesto -admitió el Ángel-. No soy un necio.

-Fantástico -exclamó Breshinsky; sacó del bolsillo un pañuelo de seda y se secó la frente-. ¿Puedo sentarme?

-No será necesario -repuso el Ángel-. Yo nunca regateo. Haré una oferta y usted podrá aceptarla o rechazarla.

-De acuerdo -aceptó Breshinsky-. ¿Cuál es su oferta?

-Su vida, señor Breshinsky -respondió el Ángel con serenidad.-

El hombrecillo jadeó y luego soltó una risita nerviosa.

-¡Está bromeando!

-Nunca bromeo con los negocios.

Breshinsky lo miró atentamente y emitió un sonido que parecía una mezcla de suspiro y sollozo.

-La cuenta se abrió en Sunnybeach.

-Gracias, señor Breshinsky -dijo el Ángel-. Me ha resultado muy útil.

-¿Ahora puedo irme?

El Ángel asintió y el banquero caminó rápidamente en dirección a la puerta.

-¿Realmente lo habrías matado si no te hubiera dicho lo que querías saber? -le preguntó Virtud.

-Por supuesto.

-Creía que sólo matabas fugitivos.

-Y estúpidos -añadió el Ángel-. Con el tiempo uno llega a darse cuenta de que todo el mundo es una cosa a otra.

-¿Incluso Santiago?

-Casi todo el mundo -se corrigió.

-Eres un tío muy cínico -sentenció ella.

-Son las malas compañías -repuso él. Se dio cuenta de que su cigarro había vuelto a apagarse y desenvolvió y encendió otro-. Nos marcharemos a Sunnybeach mañana al amanecer.

-Entonces será mejor que vuelva a mi hotel y empiece a preparar las maletas -decidió Virtud. Hizo una pausa y agregó-: ¿Qué hago con mi nave?

-Ése no es problema mío -le espetó el Ángel.

-Muchísimas gracias.

-Si estás descontenta con los arreglos puedes quedarte en Nuevo Ecuador -le recordó el Ángel.

-Imposible -repuso ella-. Ahora somos socios. Me quedaré contigo.

-No somos socios -la corrigió-. Somos compañeros de viaje, eso es todo. Y te quedarás conmigo sólo mientras me resultes útil. -Se puso de pie-. Reúnete conmigo en mi nave, al amanecer. -¿Cómo la reconoceré? -le preguntó mientras él empezaba a caminar en dirección a la puerta.

El Ángel se detuvo y se volvió hacia ella.

-Eres periodista investigadora -le recordó-. La encontrarás.

Salió y Virtud MacKenzie se quedó sola en la taberna casi desierta. Permaneció varios minutos inmóvil y absorta en sus pensamientos, intentando asimilar lo que había visto y aprendido del Ángel. Ya no tenía dudas de que él encontraría a Santiago, y muy pocas de que lograría asesinarlo. Pero por primera vez desde que había comenzado su investigación, se sentía insegura de sus actos; el Ángel la atemorizaba como ningún otro hombre.

Volvió a analizar las diversas alternativas que tenía: encontrar y unirse a Cain o al Botinero una vez más, actuar por su cuenta o abandonar todo el maldito asunto y vivir del recuerdo de su inacabado avance. Las comparó con la posibilidad de quedarse con el Ángel y finalmente llegó a la conclusión de que si bien no había tomado la decisión más segura, había tomado la correcta.

Se puso de pie, caminó hasta el extremo opuesto de la mesa en la que el Ángel había dejado la botella, bebió dos largos tragos y salió en dirección al hotel mientras intentaba imaginar algunos datos sobre Cain y Santiago que la ayudaran a seguir siendo valiosa para el Ángel.

16

¡Ven a la guarida de la fría Reina Virgen!
¡Ven a ver cosas que nunca se vieron!
Montones de dinero las paredes revisten,
¡y una reina bandida sin par en todo el cielo!

La gente solía preguntarle a Orfeo Negro sobre esos versos porque parecían muy distintos de su estrofa original sobre Virtud MacKenzie. Al principio él se sentía verdaderamente desconcertado -a fin de cuentas, no los había escrito él- pero después de un tiempo ató cabos, se imaginó quién los había escrito y por qué, y decidió dejarlos así, probablemente para confundir un poco más a los académicos que habían convertido en una costumbre el hecho de malinterpretarlo constantemente.

En una ocasión en qué el Ángel había insinuado que tenía una necesidad constante de dinero, Virtud decidió convencerlo de que ella podía conseguirlo; de modo que escribió rápidamente los cuatro versos, desparramó alrededor un poco de dinero de difícil identificación y se aseguró de que los versos le llamaran la atención.

Ella fue la culpable de machacar más de lo habitual; en cierto modo, no tuvieron el efecto que había previsto. La primera vez que el Ángel los oyó señaló que Orfeo debía de haber descubierto una segunda Reina Virgen; nunca más volvió a nombrarlos. Cuando llegaron a oídos del Botinero, éste llegó a la conclusión de que el dinero no era lo único que Virtud era capaz de amontonar hasta el cielo. En cuanto a Cain, que los oyó después de llegar a Puerto Seguro, hizo una mueca y le comentó a Schussler que algunas de las cosas mencionadas se habían visto con demasiada frecuencia. De todos los hombres y extraterrestres a los que Virtud había conocido en la Frontera Interior, sólo Toro Sentado -jefe de la Gran Nación Sioux- aceptaba que los versos habían sido escritos realmente por Orfeo Negro, y descubrió que coincidía plenamente en que la reserva no era exactamente uno de los rasgos más notables de la Reina Virgen.

De hecho, para lo único que sirvieron fue para que Virtud obtuviera otra pequeña dosis de inmortalidad cuando Orfeo los incorporó a su balada.

Entretanto, lo demás fue formal, como de costumbre, durante el viaje de dos días a Sunnybeach. El Ángel le hizo toda clase de preguntas sobre todos los aspectos de la personalidad de Cain, sobre cada aspecto de su pasado, sobre todas las esperanzas que pudiera haber expresado con respecto a su futuro.

Ella respondió con la verdad cada vez que pudo y cuando no pudo hacerlo, mintió.

Aunque él suponía que los conocimientos de Virtud sobre Cain eran, en el mejor de los casos, incompletos, la imagen que surgió lo desconcertó y lo perturbó. Comprendía a los hombres que mataban para obtener un beneficio, a los hombres que mataban por odio, incluso a los que mataban por fortalecer su ego... pero Cain no parecía entrar en ninguna de esas categorías. Y así como desconfiaba de cualquier cosa que contradecía su experiencia, ahora desconfiaba de Cain.

Por su parte, Virtud intentó aprender más sobre el Ángel, especialmente de su pasado y sus motivos para convertirse primero en asesino y luego en cazador de recompensas. Él no se negaba abiertamente a responderle; se limitaba a pasar por alto sus preguntas, y cuando la miraba con sus ojos incoloros a ella se le quitaban las ganas de insistir en el tema.

Por fin llegaron a Sunnybeach, donde había bastante más tránsito de lo que ella esperaba. En la mayor parte de los mundos de la Frontera uno sencillamente reducía la velocidad y aterrizaba; pero en aquel caso el procedimiento no era distinto que en el corazón de la Democracia.

Primero sonó por radio una voz que les pedía que se identificaran.

-Éste es el Cruz *del Sur,* a doscientos ochenta y un días galácticos estándar de Spica Six;

William Jennings, de raza humana, al mando -repuso el Ángel.

-¿Número de registro?

El Ángel recitó un número de once dígitos.

-¿Propósito de la visita?

-Turismo.

-¿Está equipado para aterrizar en el planeta, o necesitará un hangar orbital?

-Puedo aterrizar en cualquier puerto espacial de Clase Siete o más elevado.

-Por favor, mantenga su órbita hasta que podamos darle la confirmación -indicó la voz, y la conexión se interrumpió.

-¿Quién es William Jennings? -preguntó Virtud.

-Soy yo... hasta que pasemos la aduana.

-Supongo que el punto de origen de la nave y el número de registro también son falsos.

-No son reales -dijo el Ángel-, que no es lo mismo que decir que son falsos. Puedo demostrar que son lo que digo, como puedo demostrar que soy William Jennings.

-¿Por qué no decides quién eres realmente? -le preguntó Virtud-. No creo que cazar recompensas sea ilegal.

-Suele espantar a la presa y alertar a los rivales.

-¿Entonces qué sentido tiene que te identifiques? -insistió ella.

-No me importa si cuando ya me he ido de un mundo alguien sabe que he estado en él -respondió el Ángel con desdén.

En la radio volvió a sonar la voz.

-Atención, Cruz *del Sur.* Necesitamos saber cuántas identidades sensibles más hay a bordo de su nave.

-Una más -repuso el Ángel.

-Por favor identifíquela.

-Virtud MacKenzie, pasajera, de raza humana, que subió en Nuevo Ecuador hace dos días estándar.

-¿Cuál era su actividad en Nuevo Ecuador?

-Turismo.

-¿Tiempo que se propone permanecer en Sunnybeach?

-No tengo ni idea -respondió el Ángel.

-Necesito una respuesta concreta -anunció la voz con petulancia.

-Me propongo permanecer aquí durante diez días.

-La economía de Sunnybeach se basa en las libras Plantagenet. ¿Necesitará cambiar moneda?

-Lo único que necesito es un lugar para aterrizar con mi nave.

-Por favor mantenga la órbita -indicó la voz y la conexión volvió a interrumpirse.

-Me siento como si estuviera de regreso en la Democracia -comentó Virtud.

-Esto es una lata -coincidió él-. Cuando tenga mi propio planeta, no toleraré estas tonterías burocráticas.

-¿Tu propio planeta? -repitió ella.

Él asintió.

Virtud se echó a reír.

-¿Acaso piensas que una agradecida Democracia te dará tu propio planeta sólo por matar a Santiago?

-No.

-¿Entonces de qué estás hablando?

Él se volvió hacia ella y, por un instante, Virtud pensó que tal vez pensaba poner fin de inmediato a su indeseado interrogatorio. En lugar de eso, él dio instrucciones al ordenador de su nave para que creara el holograma de una sección transversal del Cerco Galáctico.

-¿Ves esto? -le preguntó al tiempo que señalaba una brillante estrella amarilla.

Ella asintió.

-Es una estrella G-Cuatro con once planetas, el cuarto de los cuales se llama Lejano Londres. Su población ha aumentado hasta alcanzar la cifra de casi trescientos mil seres desde que fue colonizado por primera vez. -Hizo una pausa-. El Lejano Londres ha sido gobernado por una monarquía hereditaria cuyo último descendiente murió hace unos años dejando una deuda considerable. El gobierno ha puesto un anuncio pidiendo un nuevo monarca.

-¿La condición es que saldes las deudas de la dolida familia del difunto? -preguntó Virtud.

-Esencialmente, así es -respondió el Ángel.

-¿Cuánto más necesitas?

-Matar a Santiago sería más o menos suficiente.

-¿Y luego te retirarás a una vida tranquila como gobernante de los campesinos? -preguntó ella.

-Siempre he querido tener mi propio mundo que gobernar.

-Bueno -dijo ella-, al menos habrá un mundo en el que no tendremos estos impedimentos estúpidos para aterrizar. -Hizo una pausa y luego añadió-: ¿Has pensado qué otras mejoras harás?

-No. Pero creo que puedo garantizar algo.

-Vaya. ¿De qué se trata?

-Será seguro caminar por las calles de mi ciudad.

-Creo que no me gustaría infringir la ley en tu ciudad -comentó Virtud-. ¿Qué piensa el pueblo de esa idea?

-Teniendo en cuenta lo que han sido los anteriores monarcas, la aprobarán.

-¿Y si no lo hacen?

-Entonces aprenderán a adaptarse -dijo el Ángel suavemente.

De pronto se oyó un crujido en la radio.

-Cruz del Sur, está autorizado a aterrizar. Ahora incorporaremos las coordenadas a su ordenador -durante dos segundos se oyó un zumbido agudo; enseguida la nave comenzó a disminuir la velocidad y a descender en dirección a la superficie de SUnnybeach.

-Espero que tu pasaporte esté en regla -comentó el Ángel-. Supongo que los de la aduana serán igualmente pomposos y autosuficientes.

-Por supuesto -respondió ella.

Pero cuando aterrizaron fue objeto de un breve acoso debido a que su pasaporte no había sido registrado desde Pegaso. Cuando por fin la liberaron, el Ángel había desaparecido y ella recorrió rápidamente el puerto espacial buscándolo. Pasó junto a un grupo de vendedores humanos y junto a varios extraterrestres que vendían de todo, desde golosinas incomibles hasta incomprensibles tallas de madera, y finalmente encontró al cazador de recompensas en un quiosco de tabaco, comprando cigarrillos a un ser rosado y tripodal de Hesporite III.

-Esto está plagado de extraterrestres -comentó Virtud-. No sabía que Sunnybeach fuera tan cosmopolita.

-No lo es -aclaró el Ángel-. No se les permite abandonar la zona de comercio libre que rodea el puerto espacial.

-Dicho sea de paso, quiero agradecerte lo mucho que me ayudaste con los de la aduana -dijo ella en tono irónico.

-Mis documentos estaban en regla -repuso él.

-Podrías haber esperado.

-Los socios esperan. Los compañeros de viaje no.

Pagó los cigarrillos, se los guardó en un bolsillo de la solapa y empezó a seguir los indicadores que conducían a la zona de alquiler de vehículos.

Virtud fue tras él.

Cuando llegaron, él se detuvo y se volvió hacia ella.

-No vas a venir conmigo. Búscate lo propio vehículo y regístrate en el Welcome Inn.

-¿Por qué no podemos entrar juntos en la ciudad? -preguntó ella-. Será más conveniente.

-Porque te siguen.

-¿Qué?

-Ya me has oído.

-Yo no veo a nadie -protestó Virtud.

-Yo sí.

--Entonces cómo sabes que no te siguen a ti?

-Porque cuando salí de la aduana él se quedó y te esperó.

-¿Qué aspecto tiene? -preguntó Virtud.

-No es tan torpe -sentenció el Ángel-. Sólo lo he visto dos veces, y brevemente.

-¿Cómo sabes que me sigue a mí si sólo lo has visto dos veces?

-Lo sé -repuso serenamente.

-¿Y ahora te vas a ir? -le preguntó ella.

-No me está siguiendo a mí -repitió el Ángel.

-Espero que en Lejano Londres no estén esperando a un rey caballeroso.

-No lo esperan -concluyó el Ángel mientras caminaba hacia el vehículo de alquiler.

-¡Espera! -pidió Virtud-. ¿Qué hago con este individuo?

-Eso es asunto tuyo. Pero en lo lugar yo intentaría averiguar qué quiere antes de conducirlo hasta mi hotel.

-También es tu hotel -argumentó ella, desesperada-. Si no me ayudas a sacármelo de encima, sabrá dónde te hospedas. Eso podría significar un buen pellizco de dinero para alguien.

-No es mi hotel -repuso él.

-¿Ah no? ¿Entonces dónde te alojarás?

-Ese no es el tipo de información que comparto con mis compañeros de viaje.

-¿Entonces cómo te encontraré?

-Yo te encontraré -repuso él-. Me reuniré contigo en el vestíbulo del Welcome Inn al amanecer.

-Si aún estoy viva -repuso ella amargamente.

-Si aún estás viva -coincidió el Ángel.

Arrojó su única maleta en la parte de atrás del vehículo, subió al asiento del conductor, lo cargó en su cuenta con una tarjeta de identificación y arrancó.

Virtud esperó durante diez minutos, mirando las sombras con terror, y por fin alquiló su propio vehículo y partió en dirección al brillante sol de Sunnybeach. Cuando se encontraba a mitad de camino se dio cuenta de que había olvidado su equipaje en el puerto espacial, pero decidió no volver a buscarlo.

Lo primero que pensaba hacer al llegar a la ciudad más cercana -que, como era de esperar, se llamaba igual que el planeta- era recorrer las calles y mirar escaparates hasta identificar a su perseguidor. Su decisión duró unos treinta segundos. Quien había puesto nombre a aquel planeta tenía un mordaz sentido del humor: Sunnybeach era un mundo desierto con unos ochocientos kilómetros de playa por cada palmo de agua. Una vez abandonados los límites de su vehículo con aire acondicionado, el calor le resultó opresivo y tuvo la sensación de que la única variación del clima era alguna tormenta de arena de vez en cuando.

Estaba a punto de desplomarse a causa del simple esfuerzo de recorrer media manzana cuando llegó a un restaurante pequeño y elegante. Entró, pidió una mesa frente a la puerta de entrada y fingió estudiar el menú mientras vigilaba la puerta con atención.

Alrededor de cinco minutos más tarde, un rostro conocido con barba, rematado por una mata de desordenado pelo rojizo, miró por la ventana; un instante después *Medio Penique* Terwilliger entraba en el restaurante y avanzaba directamente hacia la mesa de Virtud.

-¡Maldita sea! -barbotó ella, aliviada y molesta al mismo tiempo-. ¿Eres tú el que me ha estado siguiendo?

-Sí -dijo él, sin aliento-. Tenemos que hablar.

-No tengo nada que decirte.

-Tienes más de lo que crees -afirmó Terwilliger mientras observaba la puerta con la misma atención con que lo había hecho ella un instante antes. Le hizo señas al camarero-. ¿Hay algún otro comedor?

-¿Otro comedor, señor?

-Alguno que no se vea desde la calle -aclaró Terwilliger.

-No lo abrimos pasta la hora de cenar -respondió el camarero.

Terwilliger agitó un billete de cien créditos delante de sus narices.

-Ábralo ya -dijo-. Y ciérrelo en cuanto nos hayamos sentado.

El camarero cogió el billete sin el menor pudor y los condujo por una puerta pasta un comedor más pequeño en el que sólo había seis mesas con mantel de encaje.

-Cobre de ahí dos cervezas y guárdese el cambio -dijo el menudo jugador cuando él y Virtud se sentaron.

El camarero arqueó una ceja y salió del comedor.

-¿Qué demonios estás haciendo aquí? -le preguntó Virtud cuando se quedaron a solas.

-Esperarte -repuso Terwilliger-. Iba a dame dos días más para que aparecieras y luego pensaba largarme a Hallmark.

-¿Por qué me estabas persiguiendo como un criminal?

-Tengo mis razones -repuso él.

-¿Te refieres al Ángel? -preguntó Virtud-. A él le importa un comino con quién hablo.

-No estoy preocupado por el Ángel.

-¿Entonces por qué estás preocupado?

-Por Montaña Humana Bates.

-¿Todavía te persigue?

-El hombre se niega a olvidar el pasado -se quejó Terwilliger de mal humor-. Me ha perseguido por toda la Frontera Interior.

-Al parecer me hiciste lo mismo a mí -señaló Virtud-. ¿También estabas en Nuevo Ecuador?

El pequeño jugador sacudió la cabeza.

-Te seguí hasta Questados Cuatro. Luego Bates empezó a pisarme los talones otra vez, así que decidí saltar unos cuantos mundos delante de ti, por si te estaba utilizando para encontrarme. -Respiró profundamente y luego añadió-: El Botinero me dijo que el Ángel probablemente pasaría por Sunnybeach o por Hallmark, según lo que averiguara en Lambda Karos, y vine primero aquí. Parecía un planeta de vacaciones -hizo una mueca-. Deberían descuartizar al individuo que le dio nombre. Colgarlo es poco.

-¿Por qué me buscabas?

-Cain me envió.

-¿A espiarme?

-Bueno, espiar es una palabra horrible -comentó Terwilliger mientras sacaba del bolsillo un mazo de cartas y las barajaba con movimientos nerviosos-. Además, si realmente te hubiera estado espiando, me habría ocultado. Nunca te habrías enterado de que estaba aquí.

-Esperaba oír cómo chasqueaba una columna -dijo ella en tono desagradable.

Él hizo una mueca.

-No me lo recuerdes.

-De acuerdo -dijo Virtud-. No estás espiando. Estás aquí sólo para probar el delicioso clima de Sunnybeach. -Hizo una pausa-. ¿Para qué más estás aquí?

-Para evaluar la situación.

-¿Y cuál es el resultado de lo evaluación?

-Es bastante evidente -comentó Terwilliger-. Has bajado de la nave. Ahora trabajas con el Ángel.

-¿Y vas a ir corriendo a contárselo a Cain?

-No tengo otra alternativa.

-Claro que la tienes -lo corrigió Virtud-. Puedes decidir no contárselo.

-¿Y arriesgarme a perder el diez por ciento de la recompensa? -preguntó Terwilliger-. Imposible.

El camarero entró en el comedor y colocó un vaso y un envase de cerveza delante de cada uno de ellos.

-Gracias -dijo Virtud mientras llenaba su vaso.

-¿Puedo tomar nota ahora?

-Esto es todo lo que vamos a tomar -repuso el jugador.

-Permítame aclararle que esto es un restaurante, no una taberna -señaló el camarero en tono cortés.

Terwilliger sacó del bolsillo otro billete de cien créditos y se lo extendió al camarero.

-Vuelva a aclararlo dentro de una hora -sugirió.

El camarero se guardó el dinero, recogió la bandeja y se alejó en dirección a la puerta con paso gracioso y estudiado. Al cabo de un instante volvían a estar solos.

Virtud vació su vaso y se volvió hacia el jugador.

-¿Adónde ha llegado Cain?

Terwilliger se encogió de hombros.

-¿Quién sabe? No estoy en contacto con él desde que salí de Altair Tres.

-El Ángel mencionó que había obtenido cierta información de un drogadicto de Roosevelt Tres.

-No estaba enterado -dijo Terwilliger.

-Si no sabes dónde está, ¿cómo demonios se supone que vas a ponerte en contacto con él?

-Por mediación de Schussler.

-¿Schussler? -repitió Virtud-. ¿Quién es?

-Schussler es más una cosa que una persona-dijo Terwilliger.

-¿Es esa nave cibernética de la que he oído hablar?

Terwilliger asintió.

-Schussler pertenecía a Altair de Altair, ¿verdad?

-Sí.

-¿Así que probablemente ha tenido acceso a cierta información de sus bancos de datos?

-No lo sé -dijo Terwilliger-. Supongo que sí.

-Entonces eso significa que Cain tiene aún otra fuente de información -reflexionó Virtud en voz alta-. Podría estar más cerca de lo que pensábamos. -De pronto se volvió hacia Terwilliger-. ¿Por qué lo abandonó el Botinero?

-No sabía que lo hubiera hecho.

-No eres exactamente lo que se dice una fuente de información -comentó ella en tono mordaz.

-Se supone que debo reunirla, no entregarla -repuso el jugador.

Se produjo un breve silencio.

-Tal vez lo despidió -sugirió ella en tono reflexivo.

-¿Tal vez quién despidió a quién?

-Cain -dijo ella-. Tal vez decidió que ya no necesitaba al Botinero. Tal vez ha llegado a la conclusión de que ese ser cibernético tiene la clave.

El camarero volvió a entrar.

-Creí haberle dicho que nos dejara en paz -puntualizó Terwilliger malhumorado.

-Lo sé, señor, pero si usted es el señor Terwilliger tengo un mensaje para usted.

El jugador se puso pálido.

-¿Se lo han dado personalmente?

-No, señor. Ha llegado desde el Puerto espacial.

-Salga.

-Pero el mensaje, señor...

-¡No quiero oírlo! -le espetó Terwilliger.

El camarero lo observó durante un instante, luego se encogió de hombros y se marchó.

-¡Maldición! -murmuró el jugador.

-¿De qué se trata? -preguntó Virtud.

-*Montaña Humana* Bates -dijo Terwilliger-. Ha aterrizado en Sunnybeach... y tiene a alguien pisándome los talones. De lo contrario no habría sabido que estoy aquí.

-Tu amigo Bates no es muy listo -comentó Virtud mientras se llenaba el vaso de cerveza-. ¿Por qué anuncia su presencia si te está siguiendo?

-Tú no lo has visto -comentó Terwilliger en tono desolado-. No hay forma de que pueda pasar inadvertido.

-Pero hacerse anunciar... ¡por Dios! -exclamó ella con desdén.

-Simplemente me hace saber que está enterado de que estoy aquí -señaló Terwilliger-. Es su manera de hacer una broma. Cree que con eso me aterrorizará -se interrumpió y sonrió débilmente-. Y tiene razón.

-¿Qué vas a hacer al respecto?

Terwilliger soltó una risita nerviosa.

-Voy a tomar un par de tragos y luego saldré corriendo a tal velocidad que la cabeza lo dará vueltas.

-¿Irás al encuentro de Cain?

-Él es mi ángel guardián -reflexionó un instante y agregó-: Salvo...

-¿Salvo qué?

-Cain se encuentra a algunos miles de años-luz de aquí, y tú tienes un ángel propio. Me olvidaré de mi informe si logras que me proteja a mí.

-¿Durante cuánto tiempo? -preguntó ella.

-Hasta que salga de este sistema sano y salvo.

-Con una condición.

-¿Cuál? -preguntó el jugador, suspicaz.

-Antes de irte debes ponerte en contacto con Cain y decirle que estoy retrasando y despistando al Ángel, y que aún le soy fiel -repuso Virtud.

-¿Por si él llega antes allí? -preguntó Terwilliger con ironía.

-Es una posibilidad.

-No lo sé -respondió Terwilliger en tono vacilante-. Si lo descubre, perderé mi parte.

-Bates está entre tú y tu nave -señaló ella-. ¿Qué es el diez por ciento para un hombre muerto?

Observó el reverso de sus cartas durante un instante y luego asintió.

-Trato hecho -dijo por fin-. Podrás lograr que el Ángel me proteja, ¿verdad?

Virtud le lanzó una mirada confiada.

-Él hará lo que yo le diga -le aseguró.

17

Más grande que los grandes, más alto que los altos,
más ruin que los más ruines, y aún un poco más.
Bebe como una esponja el día entero, y no es ningún santo.
Es Montaña Humana *Bates, y está ansioso por pelear.*

Su verdadero nombre era Hiram Ezekial Bates. Había nacido en la colonia de Hera y a los ocho años ya media casi dos metros.

Sus padres consultaron con varios especialistas. De ellos, el incompetente sugirió que simplemente había crecido prematuramente; los otros sabían que su sistema pituitario estaba alterado, pero después de someterlo a infinidad de exámenes y pruebas no pudieron recomendar nada para componerlo. Finalmente, cuando cumplió los doce años -momento en que había alcanzado los dos metros quince- encontraron a un médico que podía detener su crecimiento.

El problema era que nadie le había preguntado a Hiram qué opinaba él, y la cuestión era que disfrutaba de la idea de ser el humano más grande de la galaxia. Cuando por fin lo llevaron al médico, le dislocó cuatro vértebras al pobre hombre, le rompió las dos piernas y literalmente destrozó su despacho.

Ese fue el día en que se convirtió en *Montaña Humana* Bates.

Lo encerraron en un hogar para jóvenes perturbados. Derrumbó la pared de ladrillos con sus propias manos y partió con rumbo desconocido; reapareció unos cinco años más tarde en la Frontera Interior. Por aquel entonces había alcanzado sus dimensiones definitivas -dos metros sesenta y doscientos sesenta kilos de músculos fuertes y duros como una roca- y había sobrevivido gracias a una serie de trabajos de poca importancia antes de mandarlo todo al infierno y convertirse en jugador.

Tenía casi treinta años la primera vez que Orfeo Negro lo vio. Estaba sentado jugando una partida de póquer en la trastienda de un bar de Binder X, rodeado por cinco toscos mineros. Había estado perdiendo bastante dinero, y no estaba nada contento. Finalmente lanzó una mirada fulminante a los demás y les anunció en voz alta y beligerante que su suerte había cambiado y que tenía la intención de ganar las siguientes manos.

Las apuestas subían a seis mil créditos en la mano siguiente, cuando Bates puso sus cartas sobre la mesa. Tenía una pareja de seis. Dos de sus contrincantes tenían escalera de color y uno de ellos *full*. Todos dejaron las cartas en la mesa, boca abajo, y dijeron que no tenían nada que lo superara. En cierto modo, tenían razón.

Se sucedieron otros dos incidentes de esta clase, y cuando Bates recuperó lo que había perdido esa noche, cogió su dinero y abandonó la partida, para adentrarse aún más en la Frontera. Aquello dejó una impresión imborrable en Orfeo Negro.

Sus caminos se cruzaron una vez más, unos cinco años más tarde, en Barios IV Orfeo se sintió atraído por el ruido de una riña en un bar, y al llegar al lugar descubrió que Bates había desafiado a toda la clientela del sórdido bar del puerto espacial. Era un grupo de bebedores, gente de mal vivir, prospectores y ayudantes y operadores de carga; pero Bates los había derribado como si fueran un puñado de palillos, riendo con su vozarrón característico. Uno tras otro, todos fueron arrojados por las ventanas o contra las paredes, hasta que sólo Bates y Orfeo quedaron en pie.

-¡Escribe eso en tu condenada canción! -gritó con alegría. Arrojó en la barra dinero suficiente para reparar los daños y salió a la noche brumosa.

Orfeo le tomó la palabra y le dedicó seis versos. También intentó preparar una pelea entre Bates y *Rompecráneos* Murchison, que era el campeón oficioso de los pesos pesado de la Frontera Interior, pero Murchison hizo algunas averiguaciones y decidió que no quería tener nada que ver con Bates.

Librodot

Mientras estaba de pie en el vestíbulo del Welcomme Inn, observando la calle con aprensión mientras Virtud MacKenzie se registraba en recepción, *Medio Penique* Terwilliger llegó a la conclusión de que coincidía plenamente con Murchison.

-Muy bien -dijo Virtud mientras se acercaba a él-. Estoy preparada.

-Perfecto -repuso el pequeño jugador-. Subamos a tu habitación y esperemos al Ángel allí.

-Se supone que va a reunirse conmigo aquí mismo.

-¿Cuándo?

-Al atardecer.

-Faltan dos horas, o más -se quejó Terwilliger-. Maldita sea, para entonces Bates podría haber llegado caminando desde el Puerto espacial.

-Nadie camina con este clima.

-¡Caray! ¡Ya sabes a qué me refiero! -intentó recuperar la compostura-. No pienso quedarme sentado en el estúpido vestíbulo de este estúpido hotel durante dos horas. Podría muy bien quedarme de pie en la calle con una diana pintada en la frente.

-De acuerdo -aceptó Virtud-. Envía el mensaje y puedes esconderte en mi habitación.

-¿Mensaje? ¿Qué mensaje?

-A Cain.

-¿Ahora mismo? -preguntó él.

-Cuando tú quieras -respondió Virtud dulcemente-. Pero no podrás subir a mi habitación mientras no lo hagas.

Terwilliger le lanzó una mirada fulminante y suspiró, resignado.

-Tú ganas. ¿Desde dónde lo envío?

-Estoy segura de que el hotel posee un transmisor subespacial de rayos . Pregunta en recepción.

-¿Qué número de habitación tienes?

-¿Por qué? -preguntó ella con suspicacia.

-Tendré que cargar el gasto en tu habitación.

-Claro que no.

-¡Pero si no tengo dinero!

-Vamos, pequeño roedor -dijo Virtud-. Te vi sobornar al camarero en el restaurante.

-Ese dinero era de Cain -argumentó él en tono lastimero.

-Me importa un cuerno de quién es el dinero que gastas, siempre que no sea mío.

-¿Estás segura de que no quieres pagarlo? -Insistió-. Me parece un poco inmoral usar su dinero para enviarle un mensaje falso.

-No tan inmoral como mentirme a mí con respecto a tus finanzas -replicó ella con firmeza-. Ahora mete la mano en el bolsillo y busca.

Terwilliger se encogió de hombros, se acercó al mostrador de recepción, pidió una cabina y se dispuso a cruzar el vestíbulo en dirección a la misma.

-Estoy segura de que no te importa que te acompañe -comentó Virtud mientras se unía a él.

-Eres muy desconfiada-dijo el jugador-. Te convertirás en una vieja cascarrabias.

-En una vieja cascarrabias rica -lo corrigió y sonrió.

Él tardó unos dos minutos en redactar el mensaje y otro en emitir las instrucciones de ruta y codificación para que Schussler pudiera recibirlo. Luego pagó la cuenta en el mostrador y se volvió hacia Virtud.

-¿Ya estás satisfecha? -le preguntó-. ¿O prefieres que me quede en la calle, con un montón de carteles señalándome?

-No me tientes -le advirtió ella mientras se encaminaba hacía el ascensor. Terwilliger la siguió, y un minuto más tarde los dos recorrían el pasillo del cuarto piso.

-Hemos llegado -dijo Virtud mientras apretaba el mecanismo de la cerradura con el pulgar. En menos de un segundo el dispositivo registró su huella dactilar y la comprobó en el

ordenador de recepción; la puerta se abrió enseguida.

-Bonito -comentó Terwilliger entrando en la habitación antes que ella-. Muy bonito.

-No está mal -coincidió Virtud. Hizo que la puerta se cerrara a sus espaldas.

La habitación era grande y despejada, de unos ocho metros de lado; tenía una alfombra mullida, una cama enorme y un par de sillas may cómodas. En una de las paredes había un armario empotrado que contenía un sistema de entretenimiento holográfico que en ese momento mostraba una serie de anuncios de la mundana vida nocturna de Sunnybeach. En una mesa pequeña, entre las dos sillas, había instrucciones para convertirla en mesa de juego, con tableros de ajedrez, backgammon y *jabob,* un juego de cartas extraterrestre que se había convertido en el último grito en los establecimientos de juego más frecuentados por los humanos.

-¡No había estado en un lugar como éste desde que hice mi segunda fortuna! -exclamó Terwilliger. -¿Tu segunda fortuna? -repitió ella-. ¿Qué ocurrió con ella? Él sonrió de mala gana. -Lo mismo que ocurrió con la primera. Virtud lo miró, suspiró, sacudió la cabeza y se acercó al armario.

-Ábrete -musitó.

No ocurrió nada.

-Ábrete -repitió.

Nada.

-Maldita sea. No funciona. Si tuviera que guardar algo, llamaría a recepción para quejarme.

-Espera un minuto -dijo Terwilliger-. He visto uno de éstos en otra ocasión.

Se acercó a la puerta decorada y la traspasó con la mano.

-¿Qué demonios haces? -preguntó ella.

-Nada -respondió Terwilliger-. Aquí no hay ninguna puerta. Es una proyección holográfica -sonrió y señaló un par de lentes

holográficas camufladas-. Es más barato que instalar una puerta taIlada a mano como ésta, y una vez que te acostumbras a ella también resulta más cómoda. Además -añadió-, puedes hacerla decorar nuevamente por el precio de un par de imágenes grabadas.

-Me pregunto cuántas otras cosas son falsas -comentó Virtud mientras se paseaba por la habitación y tocaba los diversos objetos-. Supongo que sólo la puerta del armarlo.

-Prueba con el cuarto de baño -sugirió él.

Se acercó a la puerta del baño, intentó atravesarla y chocó con ella.

-No me refería a la puerta -aclaró Terwilliger mientras le daba la orden de abrirse-. Pero apuesto todo lo que tengo a que esas coronas doradas de la ducha no existen realmente.

-¿Ducha? -preguntó Virtud de mal humor-. ¡Mierda! Tenía la intención de darme un buen baño esta noche.

-¿En un desierto? Caray, apuesto a que ni siquiera en las suites hay agua, a no ser para beber.

-Oh, bueno -dijo ella mientras regresaba al dormitorio y se acercaba a una de las sillas-. Podríamos relajarnos y esperar al Ángel, entonces.

-Buena idea -aceptó Terwilliger al tiempo que se sentaba frente a ella. Sacó las cartas y empezó a mezclarlas sobre la mesa-. ¿Te apetece algún juego de azar?

-No, gracias.

-¿Estás segura?

-Si te dedicaras a los juegos de azar y no a los juegos con resultados predeterminados, ahora no estarías escondido aquí -sentenció ella.

-Puedes repartir -sugirió Terwilliger.

-Blackjack -dijo Virtud enseguida, mientras cogía las cartas-. Diez créditos la mano. El que reparte gana todo.

-Fantástico... siempre y cuando aceptes mis pagarés, en caso de que yo pierda.

-Puedes jugar con el dinero de Cain -sugirió Virtud-. Al fin y al cabo, todos somos

socios, de modo que todo quedará en familia, por así decirlo.

-Qué demonios -dijo él encogiéndose de hombros-. ¿Por qué no?

Jugaron durante casi dos horas, en las que Terwilliger ganó cuatrocientos créditos sin tener ni una sola vez la oportunidad de repartir.

Finalmente Virtud miró por la ventana, le devolvió el mazo, sacó cuatro billetes de cien de su bolsa, los dejó en la mesa y se puso de pie.

-Casi es la hora -señaló.

-¿Por qué no te reúnes con él y lo traes hasta aquí? -sugirió Terwilliger, nervioso.

-¿Y si se retrasa y me cruzo primero con tu amigo? -argumentó ella-. ¿Realmente quieres quedarte encerrado en una habitación que sólo tiene una salida?

-Tienes razón -admitió él de mala gana y la siguió hacia la puerta.

Bajaron al vestíbulo, que empezaba a llenarse de gente a medida que se acercaba la hora de la cena, y Virtud observó atentamente a los presentes.

-¿Está aquí? -preguntó el jugador.

-No.

-¿Entonces qué hacemos?

-Esperamos -repuso ella.

-¿Y si alguien lo ha matado? -preguntó Terwilliger, que empezaba a sentirse dominado por el pánico.

-Si alguien ha matado al Ángel, será mejor que te arrodilles y empieces a rezar -señaló Virtud-. Porque te aseguro que para ti habrá llegado el día del Juicio Final. Ahora deja de temblar e intenta no mojarte los pantalones.

Terwilliger estaba tan ocupado mirando la calle por las ventanas del vestíbulo que no acertó a responder.

-Ya puedes relajarte -le dijo Virtud un segundo más tarde al ver que el Ángel aparecía en la entrada-. Ha llegado.

Terwilliger lanzó un sonoro suspiro de alivio y Virtud se preguntó cuánto tiempo habría estado conteniendo la respiración.

-¿Te has enterado de algo útil? -preguntó mientras el Ángel cruzaba el vestíbulo y se acercaba a ella.

-En cierto modo -repuso él-. Mañana tengo que ver a otro hombre -se interrumpió y luego añadió-: ¿Quién es tu amigo?

-*Medio Penique* Terwilliger.

-¿Es el que yo vi en el Puerto espacial?

-Sí. Trabaja para Sebastián Cain.

El Ángel lo miró fijamente y no dijo nada.

-Bueno, en realidad ésa no es una afirmación muy pertinente -dijo el jugador en tono nervioso-. En este momento mis servicios están abiertos al mercado.

-Que tengas suerte -dijo el Ángel-. Ahora lárgate.

-¿Qué? -preguntó Terwilliger.

-Lo sé todo con respecto a ti. Eres un jugador deshonesto; te cruzaste con Cain en Port Étrange y lo abandonaste en Altair Tres. No tienes nada que me interese.

Virtud se volvió hacia Terwilliger.

-Lo lamento -le dijo.

-¡Un momento! -gritó, llamando la atención de los presentes-. ¡Teníamos un trato! Yo lo cumplí. ¡Ahora él tiene que protegerme!

-Sea cual fuere el trato, lo hiciste con ella -dijo el Ángel en tono sereno.

-¡No! -exclamó Terwilliger desesperado-. ¡Lo necesito!

El Ángel lo miró en silencio.

-¿No lo entiende? -gritó Terwilliger-. *¡Montaña Humana* Bates viene hacia aquí para matarme!

-No sin motivo, de lo contrario me habría enterado -comentó el Ángel.

El jugador se volvió hacia Virtud.

-Tienes que hacer que me proteja, o de lo contrario le diré lo que me hiciste hacer.

-Después de todo, podría resultarnos útil -sugirió Virtud con cautela.

-Por lo que veo, a ti ya te ha resultado útil -repuso el Ángel en tono cortante-. A mí no me sirve para nada.

-Puedo decirte cosas sobre Cain -se apresuró a decir Terwilliger-. Dónde ha estado, adónde va, cosas por el estilo.

-Ya sé dónde ha estado y adónde va.

-¡Puedo decirte dónde está Santiago!

-Tú no sabes dónde está Santiago -replicó el Ángel-. Ahora lárgate.

-Pero yo...

De pronto Terwilliger se quedó paralizado con la vista fija en la entrada del hotel. En el vestíbulo se oyeron algunos comentarios de admiración, y Virtud y el Ángel se volvieron para ver cuál era el motivo de la conmoción.

Al otro lado de la puerta se encontraba un hombre gigantesco. La desordenada cabellera castaña le caía sobre los hombros, su dentadura blanca resplandecía detrás de una barba muy espesa, y sus ojos azules perforaron a *Medio Penique* Terwilliger. Llevaba un traje hecho a mano con las pieles curadas de los animales que había matado con sus propias manos, y sus botas -salvo los tacones de acero- también eran de pieles de animales.

-¡A ti te busco! -rugió *Montaña Humana* Bates, señalando a Terwilliger.

El empleado de recepción tocó enseguida el panel de su ordenador, y la gruesa puerta de entrada se cerró.

-¡Tiene que ayudarme! -rogó Terwilliger.

-Te metiste solo en esta situación -le recordó el Ángel-. Tendrás que salir solo.

Frustrado, Terwilliger empezó a maldecir, sin poder apartar la vista de la puerta. De pronto se oyó un ruido sordo que se repitió a intervalos regulares durante unos cinco segundos y él supo que *Montaña Humana* Bates estaba intentando derribar la puerta con *sus puños.*

-¿No puedes hacer algo? -preguntó Virtud.

-No me interesa -respondió el Ángel sin emoción en la voz.

La puerta empezó a combarse y al cabo de un instante cedió por completo. Mientras *Montaña Humana* Bates entraba en el vestíbulo, los clientes y el personal se escabulleron en busca de algún lugar seguro.

-¡Soy Montaña Humana Bates! -rugió-. ¡Mi padre era un remolino y mi madre un rayo! ¡Y yo soy un leviatán, la más descomunal bestia de las tenebrosas profundidades! -Empezó a caminar de un lado a otro, delante del aterrorizado Terwilliger-. ¡Soy mitad ciclón y mitad tornado! ¡Soy Behemoth, la gigantesca fiera de la Frontera! ¡Fui engendrado en una supernova y bautizado en un lago de lava! ¡Puedo luchar mejor, beber, joder y maldecir más que cualquier hombre o cualquier extraterrestre que haya sido parido o engendrado!

Terwilliger, con el rostro empapado en lágrimas, se volvió hacia el Ángel, que se había apartado unos pasos de él.

-¡Por favor! -gimió.

-¿Crees que este enano va a ayudarte? -preguntó Bates. Echó hacia atrás su cabezota y soltó una carcajada-. ¡Por favor, podría aplastarlo como a un insecto! Le arrancaría las piernas y los brazos a mordiscos y luego escupiría sus huesos.

El Ángel lo miró con expresión levemente interesada, pero no hizo ningún comentario.

-¡He recorrido media galaxia para encontrarte, escuálido gusano! -gritó Bates concentrándose otra vez en Terwilliger-. Me he quedado sin comer, sin dormir y sin mujeres esperando este momento.

Se estiró con sorprendente rapidez teniendo en cuenta su corpulencia; tomó al jugador de la pechera de su túnica y lo acercó de un tirón.

-¡Ahora sabrás lo que le ocurre a quien cree que puede burlarse de *Montaña Humana* Bates!

Con una sola mano levantó a Terwilliger por encima de su cabeza.

-¡Virtud! -gimió el jugador-. ¡Por Dios, haz que él haga algo!

El Ángel lo observó sin expresión en el rostro mientras Bates rodeaba a Terwilliger con sus enormes brazos y apretaba. Se oyó

un único aullido de dolor seguido de un crujido brusco y a continuación Bates arrojó el cuerpo inerte del jugador en el suelo del vestíbulo.

El gigante fulminó con la mirada a los presentes y puso un pie sobre el cuello de Terwilliger.

-¡Soy Montaña Humana Bates, y he cumplido mi justa y terrible venganza! -rugió desafiante-. ¡Ahora todos vosotros tendréis algo que contar a vuestros nietos!

Se volvió lentamente hasta que quedó frente a Virtud y al Ángel.

-¡Tú! -bramó mientras la señalaba a ella con un enorme dedo.

-¿Yo? -preguntó Virtud.

-El te llamaba a ti-dijo Bates-. ¿Por qué?

Virtud intentó articular una respuesta pero descubrió que tenía la boca demasiado seca para hablar y se encogió de hombros.

-Él me debía doscientos mil créditos. ¿Qué relación tenías con él?

-Apenas lo conocía -logró decir Virtud.

-Tú quién eres?

-Oh, nadie muy importante -dijo ella dando un paso atrás.

-Si descubro que me has mentido, volveré a buscarte -le prometió.

Ella tragó saliva y asintió.

-¿Y bien? -preguntó mientras se volvía hacia el empleado de recepción.

-¿Y bien qué, señor? -preguntó el hombre con voz temblorosa.

Bates señaló el cadáver que yacía a sus pies.

-¿No piensa limpiar esta porquería?

-Sí, señor -respondió el empleado al tiempo que presionaba el código de mantenimiento en su ordenador-. Enseguida, señor.

-Bien. No me gustaría que la gente pensara que un hotel elegante como éste acepta a repugnantes gusanos como ése. -Para dar énfasis a la última palabra escupió sobre el cadáver de Terwilliger y volvió a levantar la vista-. ¡Muy bien! Que cada uno se ocupe de sus asuntos.

Nadie se movió.

-¡Que sea ahora! -rugió.

De pronto el vestíbulo se convirtió en un hormiguero mientras la gente se apresuraba hacia las salidas y los ascensores. Un instante después no quedaba nadie salvo Bates, Virtud, el Ángel, el empleado de recepción y dos encargados de mantenimiento que acababan de llegar y se preparaban para retirar el cuerpo retorcido del pequeño jugador.

Montaña Humana Bates dio unos pasos en dirección a Virtud y al Ángel.

-¡Vosotros también! -ordenó-. Fuera.

El Ángel empezó a caminar hacia la puerta principal.

-¡Jamás he visto cosa igual! -susurró Virtud-. Es una especie de fuerza primitiva.

-Habla demasiado -comentó el Ángel.

-¡Te he oído! -dijo Bates en tono amenazante.

El Ángel siguió caminando y Bates se acercó de una zancada, lo cogió del hombro y lo hizo girar.

-Nadie sigue caminando mientras yo le estoy hablando -le advirtió Bates con una sonrisa espantosa.

El Ángel se soltó y lo miró a los ojos.

-No me gusta que me toquen -dijo suavemente.

-No te gusta, ¿eh? -repitió Bates con una sonrisa mientras volvía a poner la mano en el hombro del Ángel.

El Ángel lo apartó de un manotazo.

-No, no me gusta.

De pronto Bates lo golpeó en el pecho y lo hizo retroceder bruscamente contra la pared.

-¡Déjalo en paz! -exclamó Virtud-. -,No te ha hecho nada!

-Me ha insultado -afirmó Bates mientras se acercaba al Ángel en actitud amenazadora-. ¡Además, ahora estoy furioso! No hay como romper un cuello para encenderle la sangre a un hombre.

-¡Ángel, dile que lo sientes y larguémonos de aquí! -pidió Virtud desesperada, viendo que la fama y la fortuna de esfumaban e imaginando el cuerpo del Ángel convertido en un montón de huesos junto al de Terwilliger.

-¿Tú eres el Ángel? -preguntó Bates con una expresión de momentáneo desconcierto en el rostro.

-Así es.

-¿Entonces por qué dices que hablo demasiado?

-Porque es verdad -repuso el Ángel.

-¡No me importa a quién has matado! -gritó Bates, repentinamente furioso-. Vas a disculparte, o de lo contrario me haré famoso como el hombre que mató al Ángel con sus propias manos. El Ángel lo miró fríamente durante un instante. Finalmente dijo:

-Lamento que hables demasiado.

-¡Eso es! -gruñó Bates-. ¡Eres hombre muerto! ¡Esta noche habrá un Ángel más en el infierno!

Dio dos pasos más hacia delante y quedó al alcance del Ángel.

-Aún puedes detenerte -dijo el Ángel-. No tienes coraje.

Bates soltó una maldición, se llevó la mano a la espalda y arrojó un golpe directo a la cabeza del Ángel. Éste se agachó y el puño del gigante se hundió en la pared. Mientras intentaba sacar la mano de allí, el Ángel se estiró, hizo dos movimientos increíblemente rápidos con la mano derecha y se apartó.

Bates soltó otra maldición mientras intentaba una vez más sacar la mano de la pared. Entonces una expresión extraña le contorsionó el rostro; bajó lentamente la vista y vio que sus tripas se desparramaban por el corte abierto en su chaqueta.

-¡No puedo creerlo! -musitó, intentando retenerlas con la mano que le quedaba libre.

El Ángel guardó el arma en el mecanismo que llevaba oculto debajo de la manga.

-¡Pero yo *soy Montaña Humana* Bates! -musitó el gigante en tono incrédulo, y murió.

-¡Dios mío! -exclamó Virtud mirando con morbosa fascinación a Bates, que aún colgaba de la pared, sujeto por la mano-. ¿Con qué lo has cortado?

-Con algo afilado -repuso el Ángel con serenidad. Se acercó al mostrador de recepción-. Será mejor que llame a la policía --dijo.

-Accioné la alarma en cuanto ese tío derribó la puerta -respondió el empleado; estaba pálido y sudoroso-. Llegarán de un momento a otro.

-Confío en que estará dispuesto a declarar que lo maté en defensa propia -añadió el Ángel.

-Absolutamente, señor... eh... señor Ángel...

El Ángel lo miró fijamente durante un instante y luego se volvió hacia Virtud.

-Todo fue culpa tuya, lo sabes -le dijo.

-¿Mía? -preguntó ella.

Él asintió.

-Si no le hubieras prometido a Terwilliger que yo lo protegería, él no se habría quedado por aquí hasta que Bates apareció.

-Entonces Bates lo habría matado a cincuenta metros de distancia de aquí, o a menos de un kilómetro, o en el Puerto espacial -dijo Virtud-. No me culpes a mí de eso.

-Pero yo no habría tenido que matar a Bates -le explicó el Ángel con paciencia-. Ha sido un esfuerzo inútil. No vale ni un centavo en ningún lugar de la Frontera.

-¿Eso es todo lo que representa para ti? -dijo Virtud incrédula-. ¿Un esfuerzo inútil?

¡Dios mío, era un leviatán, como él mismo dijo!

-Era sólo un hombre. Sangraba como cualquier otro.

En ese momento llegó la policía y el Ángel pasó un par de minutos relatando lo ocurrido a un respetuoso oficial que tuvo el sentido común de no pedirle el pasaporte.

Finalmente, cuando terminó su declaración y mientras el oficial interrogaba al empleado de recepción y otros dos policías intentaban sacar la mano de Bates de la pared, el Ángel se acercó otra vez a Virtud.

-A propósito, ¿qué hizo exactamente Terwilliger por ti a cambio de mi protección?

-Nada.

-Te he hecho una pregunta -insistió-. Y espero una respuesta.

-Envió un mensaje totalmente innecesario a un hombre al que jamás volveré a ver -dijo Virtud sinceramente, observando con terror y reverencia el colosal cadáver de *Montaña Humana* Bates.

-¿Cain? -preguntó el Ángel.

Ella se volvió y le preguntó, sonriente:

-¿Quién es Cain?

Librodot

18

Camino a la feria, Simón el Simple *conoció a un pastelero.*
En plena calle lo mató Simón el Simple *sin más trámite.*
A Simón el Simple *le agrada su nueva vida de bandolero:*
no brilla para pasteles su cuchillo de acero.

Jamás empuñó un cuchillo; sólo era una licencia poética por parte de Orfeo Negro.

Y era cualquier cosa menos simple.

De hecho, tenía títulos relacionados con las matemáticas y la óptica láser y dos o tres ciencias esotéricas más, y enseñó en una de las mayores universidades de Lodin XI durante casi una década. Había hecho una gran inversión en el mercado de materias primas cuando una cosecha extraordinaria de kirtt, el equivalente lodiniano del trigo, hizo bajar los precios en picado y acabó con sus ahorros de toda su vida. Fue poco después cuando decidió que el salario de un profesor jamás le permitiría comprar todas las cosas que quería.

Así que abandonó la Democracia y partió hacia la Frontera Interior, donde emprendió de nuevo sus estudios, con el asesinato como asignatura principal y la bigamia como asignatura secundaria. Mató a sus cuatro esposas y se las ingenió para cobrar el seguro de tres de ellas antes de que se le ocurriera que podía ganar mucho más dinero si no se limitaba a asesinar a sus esposas.

Por eso se convirtió en asesino a sueldo. Debido a que tenía una mente científica, prefería las armas láser de fabricación propia; y como sentía un gran respeto por aquellos que poseían más habilidades físicas que él, tendía a especializarse en trampas mortales meticulosamente diseñadas, en lugar de elegir las confrontaciones personales.

Su nueva profesión lo obligaba a cierto grado de modestia, tanto que adoptó la apariencia protectora del analfabetismo científico. Orfeo veía más allá, por supuesto -ver más allá de lo que parecía la gente a simple vista era una de las cosas que mejor hacía-, y lo llamaba Simón *el Simple* en tono de broma. El nombre le quedó, y poco después la holografía de Simón adornaba las paredes de las estaciones postales de la Frontera Interior.

El Ángel estaba de pie en la oficina de correos del puerto espacial, mirando el rostro de Simón mientras comprobaba si había algún fugitivo digno de atención, mientras Virtud, con el bolso colgado de un hombro, lo esperaba en la entrada.

-Pensé que querías concentrarte en Santiago -le dijo cuando se reunió con ella-. ¿Por qué pierdes el tiempo estudiando a un puñado de villanos de segunda categoría?

-Es la fuerza de la costumbre -respondió mientras bajaba por el pasillo que conducía a la nave espacial-. Además, por lo que sé, Cain o algún otro ya lo ha matado... y yo todavía tengo que comprar un planeta.

-De modo que, en efecto, la pared de la oficina de correos es tu periódico profesional -comentó Virtud.

-Nunca me lo había planteado de ese modo.

-Eso es porque no eres periodista -dijo ella.

Esta vez hubo mucho menos papeleo que durante su última estancia en el puerto espacial. Virtud suponía que las autoridades locales habían dado orden de alejar al Ángel del planeta lo más pronto posible. De modo que pocos minutos más tarde estaban en uno de los más de treinta hangares de alquiler para naves espaciales privadas, subiendo a bordo.

-Algo va mal -comentó el Ángel mientras inspeccionaba el panel de control auxiliar que se encontraba dentro de la escotilla.

-¿A qué te refieres?

-El sistema de seguridad ha quedado activado. No toques nada.

-¿Va a estallar? -preguntó ella con aprensión.

Él sacudió la cabeza.

-Lo dudo. Si hubieran puesto una bomba, habrías estallado en cuanto pusiste un pie en la nave.

-¿Por eso me dejaste entrar primero? -le preguntó.

Él no respondió pero miró con atención a su alrededor, sin moverse, y se volvió hacia ella.

-De acuerdo -dijo-. Volvamos a bajar... con cuidado.

Ella salió tras él por la escotilla y al cabo de un momento estaba a unos quince metros de distancia, observando la nave, mientras el Ángel hablaba por el intercomunicador con el personal de seguridad del Puerto espacial.

-No ha sucedido nada -dijo ella cuando él volvió a su lado.

-Si no ha estallado mientras estabas dentro, no es probable que estalle sólo porque la miras -señaló él.

-¿Entonces qué ha pasado?

-Eso es lo que intento averiguar.

Un instante más tarde apareció un funcionario de seguridad con aspecto atormentado.

-¿Cuál es el problema? -preguntó.

-Alguien ha estado en mi nave -aseguró el Ángel.

-¿Sí? ¿Quién?

-Eso es lo que me gustaría averiguar.

El funcionario de seguridad caminó hasta el intercomunicador, pidió comunicarse con un despacho, susurró algo y luego volvió junto al Ángel.

-Según parece, su mecánico vino exactamente antes del amanecer.

-No tengo mecánico.

-Me dicen que sus papeles estaban en regla, y que incluso tenía una orden de trabajo firmada por usted.

-¿Con qué firma? -preguntó el Ángel en tono brusco.

-El Ángel, supongo -respondió el funcionario-. Después de lo de anoche, su identidad no es precisamente desconocida.

-¿Cómo saben que era mi firma? -preguntó el Ángel-. ¿Con qué la compararon?

-¿Cómo demonios voy a saberlo? -preguntó el funcionario-. Supongo que no se molestaron en compararla con nada. El hombre trabaja para una firma de prestigio. Probablemente creyeron en su palabra.

-¿Qué arreglos dijo que pensaba hacer?

-No tengo ni la menor idea -dijo el funcionario de seguridad.

-¿Por qué no?

-Mire... me he pasado las cinco últimas horas ayudando a los del departamento de embarque a localizar un animal perdido que supuestamente había llegado desde el Sector Antares. No sé lo que usted me pregunta, pero lo comprobaré con seguridad y mantenimiento y con quien demonios sea que tenga su orden de trabajo archivada.

-Hágalo inmediatamente -lo apremió el Ángel-. Después verifique con su patrón si han oído hablar de él. Y luego consiga un mecánico del que usted pueda responder personalmente y haga que registre mi nave de arriba abajo.

-Dónde puedo localizarlo? -le preguntó el funcionario de seguridad.

-Estaré en el restaurante, esperando su informe.

-Tal vez tarde un poco.

-Procure que no sea así.

El Ángel echó a andar por el pasillo, seguido por Virtud. Pasaron junto a varias tiendas de recuerdos y junto a un par de restaurantes extraterrestres, y finalmente llegaron a un restaurante enorme para Hombres. El cazador de recompensas miró a su alrededor, pasó una serie de mesas vacías y se detuvo junto a una que se encontraba en un rincón del comedor y que le gustó.

-¿Por qué aquí? -preguntó Virtud mientras se sentaba frente a él.

-Alguien ha saboteado mi nave -repuso él-. Me siento más cómodo sentado de espaldas a la pared.

-Pero no te importa que yo esté de espaldas a la puerta, ¿no? -le reprochó.

-En lo más mínimo -contestó el Ángel.

-¿Siempre has sido tan considerado con los demás, o es algo que adquiriste con la madurez? -preguntó ella con sarcasmo.

-Siéntate donde te apetezca -sugirió él al tiempo que señalaba una serie de mesas vacías-. A mí no me importa.

Virtud suspiró.

-Cambiemos de tema. ¿Te has enterado de algo útil esta mañana?

-Me he enterado del nombre y la localización del siguiente mundo que visitaremos.

-¿Te importaría compartir ese insignificante dato, o vamos a jugar a las adivinanzas?

-Te lo diré cuando abandonemos Sunnybeach.

-¡Qué tontería! -protestó ella-. Aunque me dijeras a qué planeta vamos, no sé a quién ni qué buscas allí. ¿Realmente piensas que reservaré un pasaje mientras tú esperas que el mecánico revise tu nave?

-No.

-¿Entonces por qué te comportas así?

-Porque para un hombre de mi profesión la virtud más importante no es el dominio de las armas ni del combate físico, sino la atención meticulosa a los detalles.

-¿Qué tiene eso que ver con lo que estamos hablando?

-Escucha atentamente porque voy a explicártelo una sola vez -le advirtió el Ángel mientras encendía un delgado cigarro-. Si te digo el nombre de nuestra siguiente escala, sólo hay dos cosas que puedes hacer con la información: pasarla por alto o utilizarla. Si la pasas por alto, como seguramente harás, no la necesitas; pero si la utilizas, lo harás en perjuicio mío.

-Pero en Nuevo Ecuador me dijiste que vendríamos a Sunnybeach -señaló ella.

-En Nuevo Ecuador mi nave funcionaba -repuso él-. Si hubieras usado por tu cuenta esa información, no habrías vivido para ver Sunnybeach.

-No tengo palabras para expresar lo mucho que me conmueve tanta confianza-dijo ella en actitud cínica.

-No concedo mi confianza alegremente -repuso el Ángel-. Tú no has hecho nada para ganártela.

-¿De qué estás hablando? Te conté todo lo de Cain, ¿no?

-Traicionar a un socio no es exactamente el tipo de conducta que inspira confianza-dijo el Ángel. Hizo una pausa y añadió-: ¿Te he comentado que me detuve en el centro de información de tu hotel esta mañana, mientras aún dormías?

-¿Qué?

Él asintió.

-Sentía curiosidad por el mensaje que habías hecho que Terwilliger enviara a Cain ayer por la tarde. El empleado de servicio fue lo bastante amable para mostrarme una copia.

-¡No está autorizado a hacer eso!

-Cuando hablé con él de las opciones que tenía, parecía más que feliz de complacerme.

-Te hablé del asunto anoche -dijo Virtud, a la defensiva-. Eso no significa nada. Simplemente estaba cubriéndome las espaldas... pero tú eres el único en quien invertí mi dinero.

Él la miró fijamente pero no respondió.

-Escucha -continuó ella-. Podría haberme quedado en el puerto espacial ayer, cuando te fuiste a la ciudad en la primera nave. No lo hice. Eso debería demostrarte algo.

-Eso demuestra que tienes un instinto de conservación muy desarrollado -repuso él.

-¡No sé por qué pierdo el tiempo hablando contigo! -estalló ella.

-Porque quieres encontrar a Santiago -dijo el Ángel mientras le hacía señas a una

camarera y le indicaba que les sirviera dos cafés-. El problema -prosiguió- es que él parece habernos encontrado a nosotros primero.

-¿Piensas que Santiago ha saboteado la nave? -preguntó Virtud.

-No personalmente, por supuesto. Pero sospecho que ordenó que lo hicieran.

-¿Por qué no te asesinó, sencillamente?

-Soy más duro de matar de lo que tú imaginas -dijo serenamente.

-¿Pero qué obtendría saboteando la nave? -insistió ella-. No puede ser una advertencia. Tiene que saber que a ti el miedo no te hará desistir.

-Eso es lo que me preocupa -coincidió el Ángel-. No tiene ningún sentido... y Santiago no es ningún estúpido.

-Tal vez quien lo ordenó fue Cain, o el Botinero -sugirió Virtud-. No cabe duda de que tienen interés en que te retrases.

El Ángel sacudió la cabeza.

-Tienen aún más interés en detenerme.

-Que no haya estallado aún no significa que no haya una bomba.

-Nadie va a llorarnos ni a vengarnos -respondió el Ángel-. Si había una bomba, tendría que haber estallado en el momento en que subimos a la nave.

-¡Habla por ti! -exclamó ella-. Yo tengo montones de amigos.

-Lo dudo -dijo el Ángel.

Llegó el café y ambos esperaron a que la camarera se alejara para volver a hablar.

-¿No podría haber sido un amigo de *Montaña Humana* Bates? -preguntó Virtud.

-Dudo de que él tuviera amigos -opinó el Ángel-. Además, uno no venga la muerte de un amigo saboteando la nave de su asesino -arrugó el entrecejo-. tiene que ser obra de Santiago. Me gustaría que tuviera algo más de sentido.

Una mujer vestida de mecánico entró en la cafetería, miró a su alrededor y se acercó a su mesa.

-¿Es usted el ... ? ¿Es usted el señor William Jennings? -preguntó en tono vacilante.

-Sí.

-Acabo de echar un vistazo a su nave -anunció la mujer-. Tendré que revisarla mucho más detenidamente antes de darle un informe completo de los daños, pero usted tenía razón: alguien ha estado manipulándola.

-Supongo que no había explosivos.

Ella sacudió la cabeza.

-Nada que yo haya podido encontrar. Al parecer la intención no era matarlo sino simplemente retenerlo aquí unos días.

-¿Cuántos?

-Si me baso en lo que he encontrado hasta ahora, calculo que tardaré dos o tres días en conseguir los repuestos y colocarlos. -Hizo una pausa-. Podría representar mucho dinero. ¿Quiere antes un presupuesto?

El Ángel sacudió la cabeza.

-Haga lo que sea necesario para que funcione.

-¿Dónde podré encontrarlo cuando esté lista? -preguntó la mujer.

-No podrá -repuso él-. Pero yo pasaré un par de veces al día. ¿Por quién debo preguntar?

La mujer le dio su nombre y su número de identificación; luego salió de la cafetería.

-Aún pareces desconcertado -comentó Virtud.

-Todavía lo estoy -respondió el Ángel-. ¿Qué le hace pensar a Santiago que gana algo reteniéndome aquí durante dos o tres días? Aún no puedo estar tan cerca de él.

Terminó su café y pidió otro.

-¿Por qué no vamos al bar? -sugirió Virtud mirando con disgusto su café.

-Porque queremos tener la cabeza despejada hasta que descubramos lo que está ocurriendo -repuso el Ángel con igual disgusto.

Ella lo fulminó con la mirada, luego se encogió de hombros y sorbió el contenido de su

taza semivacía.

Guardaron silencio durante otros cinco minutos y luego el funcionario de seguridad se presentó ante el Ángel.

-He comprobado que el mecánico... -empezó a decir.

-Su compañía nunca ha oído hablar de él, y usted no puede encontrarlo en la guía telefónica -dijo el Ángel. No era una pregunta.

El funcionario suspiró y asintió.

-Alguien ha metido la pata, realmente. -Sacó una copia bidimensional de la tarjeta de identificación del mecánico-. Este es el individuo. ¿Le resulta conocido?

El Ángel estudió la fotografía que aparecía exactamente encima de la firma y la huella dactilar del hombre.

-No -dijo-. ¿Le importa si la conservo?

-En absoluto -respondió el funcionario-. Si necesitamos otra copia, está en la computadora -después de una pausa, añadió-: Seguiremos con las comprobaciones a partir de esto, y supongo que usted tiene... bien, ciertas fuentes privadas de información.

El Ángel no respondió.

-Bien, entonces -dijo el funcionario-, si me disculpa, debo volver a mi trabajo.

-¿Para ocuparse del saboteador?

El hombre sacudió la cabeza.

-El escáner está averiado en una de las terminales de pasajeros -dijo a modo de disculpa-. Uno de estos días. Pero me aseguraré de que la oficina siga la pista de su misterioso mecánico.

El Ángel se limitó a mirarlo fijamente.

-Si no lo han resuelto mañana por la mañana, yo mismo me haré cargo de la investigación -prometió con una tensa sonrisa. Retrocedió, tropezó con una mesa, se disculpó, dio media vuelta y salió a toda prisa de la cafetería.

-¿Te importa si le echo un vistazo? -le preguntó Virtud.

-En absoluto -dijo el Ángel al tiempo que le entregaba la tarjeta.

Ella observó el rostro barbudo.

-Te apuesto cinco contra diez a que ahora va totalmente afeitado... eso si todo este pelo era de verdad.

Le devolvió la tarjeta. Él le echó un último vistazo, luego se la deslizó en un bolsillo, arrojó un par de monedas sobre la mesa y se puso de pie.

-Vamos -dijo.

-¿Adónde?

-No vamos a entretenernos con preguntas ahora -señaló el Ángel-. Y la burocracia del puerto espacial no nos servirá de nada. En cierto modo, esto puede haber sido una bendición disfrazada.

-¿Qué te hace pensar eso? -preguntó ella.

-Si logro encontrar al hombre que ha saboteado mi nave, tal vez pueda conseguir línea directa con Santiago. Podríamos ahorrar un par de semanas.

-¿Por dónde empezamos a buscarlo?

-No estamos buscándolo; yo estoy buscándolo -dijo con firmeza-. Tú regresarás a tu hotel y me esperarás allí.

-¡Ni lo sueñes!

Él la miró con expresión gélida.

-Si no te he dicho cuál es nuestra siguiente escala, puedes estar segura de que no te permitiré que me acompañes si existe la posibilidad de que realmente descubra dónde está Santiago.

Ella estaba a punto de protestar otra vez, pero en los ojos descoloridos de él vio algo que le hizo decidir lo contrario.

Caminaron en silencio por el puerto espacial hasta la zona de alquiler de vehículos.

Cuando llegaron, Virtud se volvió hacia el Ángel.

-¿Otra vez transportes separados? -preguntó con ironía.

Él negó con la cabeza.

-Iremos juntos.

-No puede ser por cortesía, y ya hemos descartado la caballerosidad -comentó en tono suspicaz.

-Quiero asegurarme de que vas directamente a tu hotel.

-¿Vas a montar guardia en mi puerta para asegurarte de que me quedo dentro?

-Cuando hayas cruzado la puerta principal, no me importa demasiado lo que hagas, siempre y cuando no trates de seguirme.

El Ángel alquiló un vehículo, y cuando comenzaban el viaje de

diez minutos a la ciudad descubrieron que el sistema de aire acondicionado estaba averiado. Virtud decidió no quejarse hasta que él lo hiciera, y se sorprendió al descubrir que al final del trayecto él tenía la cara tan seca como dentro del puerto espacial, mientras que ella estaba empapada.

El Ángel frenó junto a la entrada del Welcome Inn, donde los trabajadores estaban volviendo a colocar lo que *Montaña Humana* Bates había roto. Entonces se volvió hacia ella.

-No me pondré en contacto contigo hasta mañana, a menos que averigüe lo que estoy buscando. Te lo advierto una vez más; no me sigas. Teniendo en cuenta que no sé por dónde empezar, lo haré con los ejemplares más viles del elemento criminal local, e iré ascendiendo. No es probable que me demuestren mucha amistad, y existen muy pocas posibilidades de que pueda protegerte si estás agazapada en las sombras... así que limítate a quedarte en tu habitación, cena y relájate.

-¿Y crees que podrás averiguar quién saboteó la nave intimidando a un puñado de sinvergüenzas de poca monta? -le preguntó con ironía.

-Tal vez no -reconoció él-. Lo más probable es que el hombre que trabajó en la nave ya esté lejos de Sunnybeach. Pero estoy obligado a quedarme aquí unos días, y tengo que empezar por algún lado, así que...

De pronto se interrumpió y miró atentamente por la ventanilla a un mendigo andrajoso que pedía monedas a unos quince metros de distancia.

Finalmente el Ángel sonrió.

-Ahora todo tiene sentido -dijo en voz baja.

-¿A qué te refieres ?

-No importa -se volvió hacia ella-. Cuando entres en el hotel, consíguete un asiento bonito y cómodo en el vestíbulo.

-¿De qué estás hablando?

-Ya me has oído.

-Tengo calor y estoy cansada, y ya que estoy inmovilizada en este infierno, tengo la intención de ir a mi habitación, darme una ducha seca y cambiarme de ropa.

-No te lo aconsejo -le advirtió el Ángel.

-¡Empiezo a estar harta y cansada de aceptar órdenes de ti! -protestó Virtud.

-De acuerdo -dijo él encogiéndose de hombros-. Haz lo que quieras.

-¿Por qué no puedo ir a mi habitación? -preguntó Virtud, repentinamente insegura.

-Porque estaba trabajando a partir de una premisa falsa -le explicó él-. Pensaba que alguien estaba empeñado en detenerme. Y es a ti a quien siguen. -Se estiró hasta el panel de control y tocó el pestillo de la puerta-. Ahora entra en el vestíbulo y no mires a tu alrededor.

De pronto Virtud se encontró bajando a la acera, sin pensar en el intenso calor, mientras el Ángel arrancaba y se perdía en la distancia. Haciendo un esfuerzo por mirar hacia delante, pasó junto a recepción, giró a la izquierda y encontró un asiento parcialmente oculto de la puerta de entrada.

Se quedó absolutamente inmóvil; tenía miedo de llamar la atención y se preguntó qué debía hacer a continuación. Empezó a estudiar furtivamente a la gente que se encontraba en el

vestíbulo, intentando decidir cuál de los presentes parecía un asesino, y llegó a la turbadora conclusión de que todos lo parecían.

Por fin, después de lo que le pareció una eternidad, el Ángel entró en el vestíbulo acompañado por el mendigo, que parecía terriblemente confundido. El cazador de recompensas echó un vistazo en dirección a Virtud y sacudió la cabeza.

Ella se levantó de inmediato y se señaló con expresión interrogadora. Él asintió. Mientras se unía a ellos en dirección al ascensor, Virtud notó que el Ángel apoyaba un arma pequeña contra la espalda del mendigo.

-Insisto, señor.. está cometiendo un terrible error -gimió el mendigo cuando los tres entraron en el ascensor y subieron hasta el piso en que se encontraba la habitación de Virtud-. Jamás en mi vida lo he visto, se lo juro por Dios.

-Pero yo te he visto a ti -replicó el Ángel con voz sombría-. Mirándome desde la pared de la oficina de correos.

Jamás he estado en esa oficina.

El Ángel no respondió y unos segundos más tarde el ascensor se detuvo.

-¿Quién es? -preguntó Virtud mientras salían al pasillo desierto.-

-Se llama Simón *el Simple* -dijo el Ángel empujando al mendigo con su bastón hasta que el hombre empezó a caminar-. Y es un poco más sofisticado de lo que parece.

-Bueno, ahí tiene, señor -comentó el mendigo-. No me llamo Simón. Me llamo Brubaker, señor, Robert Brubaker. Tengo el documento en un bolsillo.

-Sigue caminando -lo apremió el Ángel.

-Si realmente es un asesino buscado, ¿cómo pasó la aduana? -preguntó Virtud.

-De la misma manera que William Jennings -repuso el Ángel-. Si yo quisiera, podría conseguir diez pasaportes auténticos que dijeran que soy Robert Brubaker.

-Supongo que lo harías -reconoció Virtud.

-¡Pero yo soy Robert Brubaker! -protestó el mendigo-. Soy un honesto y esforzado trabajador.

-Esforzado, ya lo creo -dijo el Ángel mientras se detenían frente a la puerta de la habitación de Virtud-. Párate aquí.

El mendigo se detuvo.

-Muy bien -dijo el Ángel al tiempo que retrocedía unos cuantos pasos-. Virtud, abre la puerta y luego hazte a un lado. Tú -añadió haciéndole una seña al mendigo con el arma-, entra primero.

-¿Luego podré irme a casa? -preguntó el hombre.

-Luego hablaremos del asunto.

Virtud extendió una mano, dejó que el ordenador de la cerradura registrara su huella dactilar y se apartó mientras la puerta se deslizaba dentro de la pared. El mendigo sacudió la cabeza y los miró como si realmente hubiera caído en manos de un loco. Suspiró y entró en la habitación.

No ocurrió nada.

El Ángel se acercó a la puerta.

-Acércate a la ventana -le ordenó.

El mendigo hizo lo que le decía.

-Ahora siéntate en cada silla, y luego en la cama.

El Ángel esperó mientras el mendigo cumplía las órdenes; luego le hizo señas a Virtud. Ella entró en la habitación y por último el Ángel traspuso la puerta.

-Debes de estar equivocado -comentó Virtud.

-Cierra la puerta y quédate quieta -dijo el Ángel observando la habitación.

-¡Eh! -protestó el mendigo-. ¡Prometió que me dejaría ir! -Te prometí que hablaríamos -lo corrigió el Ángel mientras caminaba cuidadosamente por la habitación mirando cada uno de los muebles-. ¿Estás dispuesto a decirme dónde está?

-¿Dónde está qué? -preguntó el hombre.

-¡Mi armario! -exclamó Virtud de pronto.

-Ábrelo -le ordenó el Ángel al mendigo.

-Ya está abierto -aclaró Virtud mientras se apartaba-. Sólo es una proyección holográfica.

-¿Cómo se apaga?

-No lo sé.

-Llama a recepción y diles que la desconecten -le indicó el Ángel.

Ella hizo lo que le ordenaba, y un instante después el armario desapareció dejando en su lugar una única varilla de metal que se extendía a lo largo de un fragmento de pared.

-¡Qué alivio! -dijo Virtud con un suspiro-. Por un momento me habías convencido.

El mendigo se acercó al Ángel.

-Tengo esposa y tres hijos que dependen de mí -dijo en tono lastimero-. ¿Ahora puedo irme?

El Ángel lo arrojó de un empujón sobre una silla.

-Eres hombre muerto, Simón -dijo-. La única pregunta es si te mato ahora o más tarde.

-¡Pero no me llamo Simón! -gritó el hombre, desesperado-. ¡Soy Robert Brubaker!

-Cállate -dijo el Ángel serenamente. Continuó con su metódica inspección de la habitación. Cuando llegó a la puerta del cuarto de baño se detuvo y se volvió hacia el mendigo con una sonrisa dibujada en el rostro.

-Inteligente -dijo con admiración-. Muy inteligente, Simón.

-No sé de qué está hablando.

-De la forma en que lo camuflaste.

-¡Yo no camuflé nada!

-No podías estar seguro de que no entrara alguna camarera antes que Virtud, de modo que no podías camuflarlo y matar a la primera persona que entrara por esa puerta o abriera el armario.

-Escuche -sugirió el mendigo-. Si entro en el baño, ¿después me dejará ir?

-Sí -aceptó el Ángel-. Pero pareces acalorado e incómodo. Creo que tal vez sería mejor que antes te dieras una ducha seca.

-No necesito una ducha seca. Lo único que quiero es irme.

-Pero yo insisto.

-¡Maldición! -gritó el mendigo-. ¡Me apunta con un arma, me trae hasta aquí, me acusa de ser alguien a quien jamás he visto y me amenaza con matarme! ¿No le parece suficiente? ¿No puede dejarme en paz de una vez?

-En cuanto te hayas duchado -insistió el Ángel.

-No voy a desvestirme delante de una desconocida.

-Puedes dejarte la ropa puesta.

-Señora -le dijo a Virtud en tono de súplica-. ¿Puede hacer algo para que me deje ir? ¡Sólo soy un mendigo que no le ha hecho daño a nadie!

-Ella no decide nada -le advirtió el Ángel mientras se estiraba y lo cogía firmemente de la muñeca-. Acabemos con esto.

El mendigo retrocedió y el Ángel lo soltó.

-De acuerdo -musitó el mendigo-. Usted gana.

-¿Entonces realmente es Simón *el Simple?* -exclamó Virtud. -Te lo dije.

-¿Por qué la ducha seca? -preguntó ella.

-Es lo único que, supuestamente, la camarera no tocaría, aun cuando limpiara todo el cuarto de baño -explicó el Ángel-. Y en un planeta en el que la temperatura media ronda los cincuenta grados, ducharte es lo primero que harías al llegar. -Se volvió hacia Simón-. ¿Estoy en lo cierto?

Simón *el Simple* asintió con expresión de cansancio.

-¿Explosivos o láser? -preguntó el Ángel.

-Láser.

-¿Por qué querías matarme? -preguntó Virtud.

-Hay un individuo en Pegaso que te tiene echado el ojo -repuso Simón.

-¿Dimitri Sokol? -preguntó ella, sorprendida.

-Sí, ése.

-Pero ya lo intentó en Barra Dorada -reflexionó Virtud-. Pensé que todo había terminado.

-Esto no es un juego, y las reglas no son las de los caballeros -intervino el Ángel-. El hecho de que Sokol haya fallado una vez no significa que vaya a renunciar. -Hizo una pausa y añadió-: Cuando vi a nuestro amigo de pie fuera del hotel, me dí cuenta de que me había equivocado al pensar que Santiago saboteó la nave. Simón tenía que vigilar el lugar anoche para enterarse de cuál era tu número, y tenía que saber que yo no iba a quedarme aquí. En cualquier caso, el hecho de que él estuviera aquí significa que era a ti a quien buscaba. Simplemente estaba esperando para poder confirmar tu muerte. Probablemente Sokol le exigiera una prueba holográfica, o tal vez tu cadáver -el Ángel se volvió hacia Simón-. Evidentemente saboteaste mi nave para hacer que ella se quedara en Sunnybeach hasta que tú pudieras matarla, ¿pero por qué hacer las cosas de una forma tan retorcida? ¿Por qué no matarla simplemente cuando aterrizamos en el puerto espacial?

Simón no respondió.

-Si tengo que preguntártelo otra vez -dijo el Ángel suavemente-, desearás haberme respondido a la primera.

Simón el Simple miró los ojos fríos del Ángel y comprendió que éste decía la verdad.

-Sokol hizo correr la voz de que ella viajaba con cazadores de recompensas: primero el Pájaro Cantor, luego el Padre Guillermo, y ahora usted. Eso significaba que si yo intentaba atacarla a la luz del día tendría que enfrentarme también a usted, y esa posibilidad no me gustaba. Así que supuse que la manera más segura de hacerlo era sabotear la nave y matarla cuando regresara aquí. Créame, Ángel -dijo sinceramente-, jamás he intentado matarlo a usted. Hice cuanto pude para que usted quedara al margen mientras yo llevaba a cabo mi trabajo.

-¡Lo dices como si matarme a mí fuera absolutamente aceptable! -exclamó Virtud.

-Bueno, algo debes de haberle hecho a Sokol, de lo contrario él no me habría dado la orden -repuso Simón.

-Lo que hice es algo que sólo nos concierne a él y a mí -repuso Virtud.

-Evidentemente, ya no es así -comentó el Ángel. Se volvió hacia Simón el Simple-. Tengo una última pregunta que hacerte: ¿cuánto te ofreció Sokol?

-Cincuenta mil créditos.

-¿Tanto? -preguntó Virtud, impresionada.

-Virtud, quiero que recuerdes esa cifra -indicó el Ángel-. De acuerdo, Simón. Ya es hora de que tomes esa ducha.

-¡Pero no intentaba matarlo a usted! -insistió Simón, desesperado.-

-Te buscan, y tu cabeza tiene precio.

-¡Vivo o muerto! -protestó Simón-. ¡Llame a la policía y entrégueme a ellos!

-La ducha -repitió el Ángel fríamente.

-¿Pero por qué? Para usted valgo lo mismo de cualquier manera.

-Tengo prisa, y me has costado tres días.

-¿Y va a matarme por eso? ¡Es una locura!

El Ángel apuntó a Simón *el Simple* con el arma.

-Empieza a moverte, o te mataré donde estás.

Las lágrimas empezaron a rodar por las mejillas de Simón; se puso de pie de mala gana y entró en el cuarto de baño. El Ángel lo siguió. Al cabo de un instante Virtud oyó un solo chillido de profundo dolor. Luego el Ángel salió.

-Buen viaje -ironizó Virtud- ¡Imagínate! ¡Al hijo de puta no le parecía mal asesinarme!

-Cuando cobre la recompensa, creo que le haré saber a tu amigo Sokol que espero que

pague la reparación de mi nave.

-Jamás lo hará.

-Sé cómo convencerlo -comentó el Ángel en tono seco-. Ahora quiero que le eches un vistazo a Simón *el Simple.*

-¿Por qué?

-Porque yo lo digo.

Virtud se encogió de hombros y entró en el cuarto de baño. Simón *el Simple* estaba echado de espaldas, con el rostro y parte del torso quemados por cientos de diminutos rayos láser que lo habían atravesado en el momento en que el Ángel había abierto la ducha. Olía a carne chamuscada y de varias de las heridas se elevaban delgadas columnas de humo negro.

Virtud contuvo el deseo de vomitar y volvió al dormitorio.

-¡Dios, tiene un aspecto espantoso! -reconoció.

-Ha tenido una muerte horrible -repuso el Ángel.

-¿No podías entregarlo a la policía? -preguntó ella-. Nadie merece morir así.

-Podría haberlo hecho.

-¿Entonces por qué no lo hiciste?

-Porque tú necesitabas una lección.

-¿Él murió porque tú querías darme una lección? preguntó en tono de incredulidad.

-Iba a morir igualmente, lo matara yo o lo matara el gobierno -repuso el Ángel-. No gastes demasiadas lágrimas en él. Asesinó a más de veinticinco hombres y mujeres, y la muerte que sufrió estaba pensada para ti.

-¿Qué se supone que debo aprender de todo eso? -preguntó Virtud.

-Eres una mujer de bastante coraje y con muchos recursos -empezó a decir el Ángel.

-Gracias -dijo ella irónicamente.

-Pero también careces por completo de imaginación -añadió él-. Actúas precipitadamente, sin pensar en las consecuencias. Quería que vieras el cadáver de Simón porque quiero que sepas que te estás asociando con personas para las que esto no es una aventura excitante sino un asunto absolutamente serio.

-Ya lo sabía.

-Quería reforzar esa idea -Insistió el Ángel- antes de que escuches lo que voy a decirte.

-¿Qué es? -preguntó ella con aprensión.

-En las últimas veinticuatro horas he tenido que matar a dos hombres. Ninguno de los dos tenía asuntos pendientes conmigo.

-Bates tampoco tenía asuntos pendientes conmigo -aclaró Virtud-. Buscaba a Terwilliger.

-Que, a su vez, estaba aquí para verte a ti -especificó el Ángel-. Me has causado muchos inconvenientes y has retrasado tres días mi búsqueda de Santiago.

-¿Adónde quieres llegar?

-Hasta ahora estaba absolutamente dispuesto a dejar que siguieras tu camino cuando quisieras -dijo-. Pero después de haber estado en Sunnybeach, me perteneces, y cuando lleguemos al planeta de Santiago saldarás tu deuda.

-¿Cómo?

-Te lo haré saber cuando lleguemos. Pero si intentas dejarme antes, o desobedecer mis órdenes cuando lleguemos, te prometo que aceptaré la recompensa de Dimitri Sokol y yo mismo te mataré.

Cuando miró sus ojos fríos y sin vida, Virtud supo que hablaba en serio, y esa convicción la aterrorizó más que cualquier amenaza de Sokol, o del propio Santiago.

QUINTA PARTE

EL LIBRO DE RIZO DE LUNA

Librodot

19

En su viaje por las estrellas, Rizo de Luna
Ha lustrado con cera miles de barras.
En cientos de mundos ha probado fortuna,
pero sólo halló guijarros, cuando buscaba perlas.

Las manchas de grasa y la ropa andrajosa ocultaban a una chica realmente bonita. Sus ojos azules habían visto demasiadas cosas y derramado demasiadas lágrimas; sus espaldas anchas habían soportado demasiadas cargas y sus dedos delgados habrían sido suaves y blancos de haber llevado una vida más cómoda.

Si tenía algún otro nombre, aparte de Rizo de Luna, no lograba recordarlo. Y sí había considerado propio algún mundo, tampoco podía recordarlo.

Tenía diecinueve años y ya había visto a Orfeo Negro cuatro veces. Él incluso comenzó a decir en broma que entraría en el bar menos pensado, en el planeta menos pensado, y que allí encontraría a Rizo de Luna fregando el suelo, limpiando mesas o lavando platos. El momento más importante de su corta vida era el único verso que él creó sobre ella una noche en Voorhite XIV, mientras estaba tocando el laúd y cantando su balada para apartar la mente de la tormenta que azotaba la atmósfera más allá del recinto abovedado de la colonia.

Ella, esa niña abandonada con un futuro que no parecía más prometedor que su pasado, lo fascinaba. ¿De dónde salía? ¿En cuántos mundos había estado? ¿Qué buscaba? ¿No tenía más aspiraciones que ser camarera de la galaxia? Intentó ayudarlo, pero realmente no conocía ninguna de las respuestas.

La última vez que él la vio fue en Trefoil III. Estaba sirviendo unas veinticinco mesas ella sola y se retrasaba cada vez más. Cuando su patrón empezó a gritarle y a amenazarla con que la golpearía si no rendía más, Orfeo se adelantó y afirmó que dado que ella no recordaba cuándo había nacido, él declaraba oficialmente que ese día cumplía diecisiete años y que la invitaba a comer. La multitud estaba sedienta y de mal humor, y probablemente ni Sebastián Cain ni Pacificador MacDougal podrían haberse llevado a la camarera de la taberna sin sufrir ningún contratiempo; pero como él era Orfeo Negro lo dejaron salir del bar sin decir una sola palabra.

Le dio de comer, le compró ropa nueva, e incluso le ofreció que se quedara con él hasta que pudiera conseguirle un trabajo fijo en algún otro mundo. Ella respondió con encantadora sinceridad que no le guardaba rencor a su patrón y que no deseaba ninguna otra clase de trabajo. Orfeo tenía la sensación de que ella tenía miedo de crear algún vínculo, tanto emocional como financiero, que pudiera atarla a algún mundo determinado hasta que por fin encontrara ese algo aún no definido que estaba buscando. Hablaron hasta bien entrada la mañana. El bardo que encontraba tanto placer en la infinita variedad de Hombres y mundos que visitaba, era totalmente incapaz de comprender las ansias de correr mundo de alguien que parecía no encontrar placer en nada.

Finalmente, cuando llegó el momento de que él se marchara, le ofreció unos cuantos cientos de créditos, suficientes para reservar un pasaje a otro planeta con taberna, pero ella se negó a aceptarlos y le explicó que rara vez tardaba más de uno o dos meses en ahorrar dinero suficiente para mudarse al mundo siguiente, y que se sentiría culpable si aceptara el dinero de un hombre que ya había hecho tanto por ella.

Mientras partía hacia su siguiente escala, Orfeo tuvo la convicción de que la encontraría regularmente cada dos años... Pero jamás volvieron a encontrarse, porque mientras él continuaba viajando sin rumbo, inmortalizando hombres y acontecimientos, Rizo de Luna finalmente llegó, después de muchos intentos fallidos, a la colonia de Puerto Seguro, que era donde Cain la había encontrado por primera vez.

Cain entró en el Barleycorn, la más grande de las dos tabernas locales, poco después de que Schussler aterrizara a última hora de la tarde. Estaba totalmente desierto. Observó el cartel de la entrada, que proclamaba: «NUNCA CERRAMOS», se encogió de hombros y se sentó a una de las mesas.

-Le atiendo enseguida, señor -dijo Rizo de Luna mientras salía de la cocina con una jarra de cerveza enorme y la llevaba a una mesa grande al otro extremo de la taberna.

Le sonrió, volvió a desaparecer y regresó medio minuto más tarde con un asado descomunal que dejó junto a la jarra.

-Eso parece carne de verdad -comentó Cain.

-Lo es -dijo ella con orgullo-. En Puerto Seguro criamos nuestro propio ganado vacuno. -Se acercó a la mesa de Cain-. ¿Puedo ayudarle, señor?

-Es posible -repuso él-. Estoy buscando a alguien.

-¿A quién?

-A Billy *Tres- Ojos.* ¿Has oído hablar de él?

Ella asintió.

-Sí, señor.

-¿Por casualidad sabes dónde está?

-Ha muerto, señor.

Cain arrugó el entrecejo.

-¿Estás segura?

Ella volvió a asentir.

-¿Cuándo y dónde murió?

-Fue asesinado ahí fuera -dijo ella, señalando la calle-, por un hombre Ilamado MacDougal.

-¿Pacificador MacDougal? -preguntó Cain.

-Sí, señor. Así se llamaba.

-¡Mierda! -musitó Cain. Miró a la joven-. ¿Tenía amigos aquí?

-¿El señor MacDougal?

-Billy *Tres-Ojos.*

-Oh, sí -repuso ella-. Billy le caía bien a todo el mundo.

-No creo que hablemos del mismo hombre.

-Seguro que sí, señor -afirmó Rizo de Luna-. Después de todo, ¿cuántos hombres podrían haberse llamado Billy *Tres-Ojos?*

-¿Tenía una cicatriz grande en la frente?

-Exactamente encima del puente de la nariz. Sí, señor.

-¿Y le caía bien a todo el mundo? -añadió Cain, sorprendido. -Sí, señor -repuso Rizo de Luna-. Siempre estaba contando historias divertidas. Me apené mucho cuando murió.

-¿Quién dirías tú que era su amigo más íntimo en Puerto Seguro?-

Ella se encogió de hombros.

-No lo sé, señor. Yo sólo lo veía cuando venía aquí.

-¿Solía venir solo?

-Sí, señor. Pero cuando Ilegaba aquí, hablaba con todo el mundo.

-Comprendo -dijo Cain y suspiró-.bueno, será mejor que me quede por aquí y hable con alguna de las personas con las que él hablaba. Tráeme una cerveza, ¿quieres?

-Sí, señor -respondió Rizo de Luna. Se acercó a la barra, colocó un vaso bajo un grifo y volvió junto a Cain.

-Gracias -dijo él.

-Debo decirle, señor, que no vendrá casi nadie hasta dentro de tres o cuatro horas.

-¿Qué me dices del grupo que debe venir a comer? -preguntó Cain señalando el asado.

Ella sonrió.

-Oh, no es un grupo. Eso es para un solo hombre.

-Ahí debe de haber más de dos kilos de carne -calculó Cain-. ¿Me estás diciendo que un

solo hombre se comerá todo eso?

Rizo de Luna asintió.

-Oh, sí, señor. Y la tarta de chocolate que está en el horno.

Cain volvió a mirar el asado.

-¿Lo hace como una apuesta? -preguntó con curiosidad.

-No, señor -respondió Rizo de Luna-. Come lo mismo todos los días.

-Por casualidad no medirá cuatro metros de estatura y tendrá el pelo rojo, ¿verdad? -preguntó Cain, bromeando sólo en parte.

La muchachita se echó a reír.

-No, señor. Sólo es un hombre.

-Si puede zamparse toda esa comida, no es sólo un hombre -comentó Cain. Después de una pausa añadió-: Dicho sea de paso, ¿cuánto tiempo hace que murió Billy *Tres-Ojos*?

-Cuatro o cinco meses, señor -respondió y guardó silencio-. ¡Oh! -exclamó de pronto-. ¡Olvidé las patatas!

-Deberíais cambiar el cartel de la entrada -comentó Cain-. Pensaba que este lugar no era más que una taberna.

-Lo es.

-Pero estás sirviendo comida -puntualizó él.

-Sólo al Padre Guillermo. Es algo así como un cliente especial.

Se volvió para regresar a la cocina, pero Cain la tomó del brazo.

-¿El Padre Guillermo está en Puerto Seguro? -preguntó.

-Sí, señor. Estará aquí dentro de unos minutos.

-¿Cuánto tiempo lleva aquí?

-No estoy segura, señor -dijo Rizo de Luna-. Tal vez una semana.

-No vi su tienda de campaña al entrar en la ciudad.

-¿Tienda de campaña, señor?

-Es un predicador.

-Lo sé, señor, pero dice que está de vacaciones.

Cain arrugó el entrecejo.

-¿Él también te preguntó por Billy *Tres-Ojos*?

-No, señor. -La muchacha pareció incómoda-. Me está haciendo daño, señor.

-Lo siento -se disculpó Cain mientras soltaba el brazo de la joven-. ¿Estás segura de que él no dijo nada sobre Billy *Tres-Ojos*?

-A mí no, señor. -Empezó a caminar hacia la cocina-. Disculpe, pero tengo que traer las patatas.

-¿Mencionó a Santiago? -preguntó Cain.

-¿Por qué lo haría? -preguntó Rizo de Luna mientras se detenía a pocos pasos de la puerta de la cocina.

-Porque es cazador de recompensas, además de predicador.

-¿Qué tiene que ver eso con Santiago?

Cain la miró, sorprendido por su ignorancia.

-Santiago es el forajido más buscado de la Frontera.

-Usted debe de estar equivocado, señor -dijo Rizo de Luna mientras se inclinaba hacia delante para que la puerta detectara su presencia y se deslizara para dejarla pasar-. Santiago es un héroe.

-¿Para quién? -preguntó Cain.

La muchachita se echó a reír como si acabara de contarle un chiste, y antes de que pudiera seguir haciéndole preguntas entró en la cocina y lo dejó dando sorbos de cerveza con expresión reflexiva y observando la puerta que pronto la alejó de su vista.

Salió un instante después con una fuente enorme llena de patatas gratinadas.

-Háblame de Santiago -le pidió Cain mientras ella se acercaba a la mesa del Padre Guillermo.

-No lo conozco, señor -contestó Rizo de Luna.

-¿Qué te hace pensar que es un héroe?

-Todo el mundo lo dice.

-¿Quién es todo el mundo? -insistió Cain.

-Oh, mucha gente -respondió ella encogiéndose de hombros-. ¿Le traigo otra cerveza, señor?

-Prefiero que me hables de Santiago -dijo Cain.

-Pero yo no lo conozco -protestó Rizo de Luna.

-Mide cuatro metros de estatura y tiene el pelo rojo -dijo una voz profunda desde la entrada-. ¿Qué más quiere saber?

Cain se volvió y en la entrada vio a un hombre corpulento, completamente vestido de negro, con dos pistolas láser claramente visibles.

-¿Usted es el Padre Guillermo? -preguntó.

-Para servirle -dijo el Padre Guillermo al tiempo que se acercaba y le extendía una mano enorme-. Y usted es...

-Sebastián Cain -respondió Cain, sorprendido por la fuerza de los dedos regordetes.

-¡Ah! -exclamó el Padre Guillermo con una sonrisa-. ¡Usted es el amigo de Virtud MacKenzie!

Cain asintió.

-Y usted es el hombre que le salvó la vida en Barra Dorada.

-El Señor fue su Salvador -repuso el Padre Guillermo-. Yo soy simplemente Su instrumento.

-¿Qué hace Su instrumento en un mundo apartado y pequeño como Puerto Seguro? -preguntó Cain.

-Si se lo dijera, no me creería -contestó el Padre Guillermo con una sonrisa.

-Tal vez no... pero suponga que me lo dice y deja que yo lo decida.

-Bueno, la verdad es que cuando descubrí lo maravillosamente bien que cocina esta criatura -le sonrió a Rizo de Luna-, decidí que era hora de tomarme unas vacaciones; y dado que soy un hombre al que le gusta la comodidad, ¿qué mejor lugar que éste para hacerlo?

-¿Es verdad que cocinas tú? -preguntó Cain.

-Sí, señor -respondió Rizo de Luna.

Él se volvió hacia el Padre Guillermo.

-Aún no me ha dicho qué estaba haciendo aquí.

El Padre Guillermo volvió a sonreír y deslizó los dedos de la mano derecha hacia la culata de la pistola.

-No sabía que estuviera obligado a hacerlo.

-Sólo intentaba entablar una conversación -comentó Cain encogiéndose de hombros.

-Teniendo en cuenta que no insiste, no tengo inconveniente en decírselo -señaló el predicador-. Me instalé aquí hace unos cuantos días porque mi nave necesitaba algunos arreglos sin importancia. -Se acercó a su mesa-. Me encantaría continuar con la conversación, pero sería un pecado dejar que este magnífico plato se enfriara. ¿Quiere sentarse conmigo?

-Me sentaré con usted -aceptó Cain mientras se levantaba y se acercaba a la otra mesa-. Pero no tengo mucho apetito.

-Es una pena -dijo el Padre Guillermo en actitud poco sincera. Cogió la enorme servilleta, se la ató alrededor del cuello, acercó la fuente hacia sí y cortó algunos trozos grandes de carne. Luego pinchó uno de los trozos con el tenedor, se lo llevó a la boca y empezó a masticar ruidosamente-. Tal vez me permita hacerle la misma pregunta que usted me ha hecho: ¿qué hace en Puerto Seguro un famoso cazador de recompensas como Sebastián Cain?

-Simplemente estoy bebiendo cerveza.

-Dios no tolera a los mentirosos, Sebastián -le advirtió el Padre Guillermo. Lo miró atentamente-. Y yo menos aún.

-He venido a buscar a Billy *Tres-Ojos.*

-¿Había una recompensa por él?

-Tal vez.

-¿Tal vez? -repitió el Padre Guillermo, mientras tragaba un poco más de comida y la regaba con un enorme vaso de cerveza.

-No lo sé. No he venido a matarlo; busco cierta información.

-¿Sobre Santiago?

-¿Por qué supone eso? -preguntó Cain.

-Porque cuando entré estabas hablando de él.

-Me parece que aquí todo el mundo habla de Santiago.

-También sé de tu asociación con Virtud MacKenzie -señaló el Padre Guillermo. Terminó el último trozo de carne que había cortado, estudió la posibilidad de servirse un segundo plato de patatas gratinadas, decidió que no y atacó el asado con renovado vigor-. ¿Qué pensabas averiguar gracias a Billy *Tres-Ojos?*

-Dónde encontrarlo.

-Entonces piensas ser tú quien mate a Santiago? -preguntó el Padre Guillermo con la boca llena.

-Pretendo intentarlo -respondió Cain. Hizo una pausa-. Tengo la impresión de que me estoy acercando bastante a él.

-¿Qué te hace pensar eso?

-Que el peor delito de los que se cometen en Puerto Seguro es robar una tienda... pero tres cazadores de recompensas han llegado aquí durante los cuatro últimos meses: usted, yo, y *Pacificador* MacDougal. Eso debe de significar algo.

El Padre Guillermo arrugó el entrecejo.

-¿MacDougal? ¿Está aquí?

-Ya no. Él mató a Billy *Tres-Ojos.*

-Bueno, ahí tienes -dijo el predicador con determinación.

-¿A qué se refiere?

-A la coincidencia. Tú y MacDougal ibais tras Billy *Tres-Ojos*, y yo estoy aquí porque mi nave tuvo un problema.

-¿Por qué estaba aquí Billy *Tres-Ojos*? -preguntó Cain.

El Padre Guillermo se encogió de hombros.

-¿Quién sabe?

-Alguien debe de saberlo -afirmó Cain-. Era un asesino. ¿Qué hacía en un mundo como Puerto Seguro?

-Se ocultaba, seguramente. -El Padre Guillermo tomó un último bocado-. ¡Rizo de Luna! -gritó.

-¿Así se llama?

El predicador asintió.

-Encantador, ¿no? Evoca imágenes de polvo de estrellas y belleza etérea.

-Lo he oído antes en algún sitio -dijo Cain frunciendo el ceño.

-Sí, señor-dijo Rizo de Luna saliendo de la cocina.

-Creo que es hora de la tarta, hija mía -anunció el Padre Guillermo.

Rizo de Luna miró el plato ceñuda.

-Vuelvo a decirle, señor, que si insiste en terminar la comida a esta velocidad se pondrá enfermo.

-¿Quién ha dicho que he terminado? -El Padre Guillermo rió -. Aún me queda la mayor parte de las patatas y media jarra de cerveza. Pero la tarta supondría un agradable cambio de ritmo.

-¿No prefiere descansar un poco y esperar un rato para digerir lo que ha comido? -preguntó Rizo de Luna.

-Ya lo habré digerido cuando vuelvas con la tarta. -Hizo una pausa y añadió-: La has

Librodot

cortado en capas con ese caramelo glaseado del que hablamos ayer, ¿verdad?

-Sí, señor.

Le lanzó por el aire una moneda de platino.

-¡Ésa es mi chica!

Ella cogió la moneda, se la guardó en un bolsillo y regresó a la cocina a buscar la tarta.

-Una criatura deliciosa -dijo el Padre Guillermo-. Aquí está perdiendo el tiempo. Le ofrecí trabajo como mi cocinera personal, pero lo rechazó.

-Al ritmo que usted come, a lo mejor piensa que no es probable que usted le proporcione empleo a largo plazo -comentó Cain en tono seco.

-¡Tonterías! -exclamó el predicador-. El Señor tiene un trabajo importante para mí, Sebastián. Tengo pensado vivir mucho, mucho tiempo... que es más de lo que se puede decir de los cazadores de recompensas que intentan matar a Santiago.

-Usted también es un cazador de recompensas -puntualizó Cain.

-Ah, pero yo soy uno de los inteligentes. No busco a Santiago.

-¿Por qué no? El precio que ofrecen por su cabeza podría servir para construir un montón de iglesias.

-La gente ha estado intentando encontrarlo durante treinta años o más, sin éxito -repuso el Padre Guillermo-. No vale la pena hacer el esfuerzo.

Rizo de Luna salió de la cocina con una espléndida tarta de varias capas de chocolate.

-Ha sido una tarde muy interesante -comentó Cain mientras dejaba la tarta en la mesa.

-¿De veras? -preguntó el predicador mientras observaba la tarta con la expresión de felicidad de un niño que abre un regalo.

Cain asintió.

-Sí, así es. Hasta ahora he conocido a dos personas en Puerto Seguro. Una de ellas piensa que Santiago es un héroe, y la otra es un cazador de recompensas que de todas maneras no tiene interés en él.

-Rizo de Luna, cariño -dijo el Padre Guillermo, pasando por alto el comentario de Cain-, ¿crees que si buscas bien podrás encontrar un poco de helado para acompañar esta exquisita tarta?

-Creo que se nos terminó todo el helado ayer, señor -respondió ella.

Él pareció defraudado.

-Compruébalo de todos modos, por si acaso.

Ella se encogió de hombros y entró en la cocina.

-Rizo de Luna -repitió Cain-. ¿No escribió Orfeo Negro algo sobre ella hace un par de años?

El Padre Guillermo asintió.

-Me habló de él. Tengo entendido que también le ofreció un trabajo, y que ella tampoco lo aceptó. Es una jovencita muy independiente.

-Y también ha viajado mucho -comentó Cain-. Me pregunto qué hace aquí.

-¿Por qué no se lo pregunta a ella? -sugirió el Padre Guillermo mientras se terminaba la cerveza-. En cuanto a mí -añadió mientras se frotaba las manos regordetas-, creo que no tengo esperanzas de que encuentre ese helado. -Cogió un cuchillo-. ¿Quiere que le corte un trozo?

-No, gracias -repuso Cain mientras el predicador cortaba un tercio de la tarta y se lo servía.

El Padre Guillermo observó la tarta un instante, luego cogió un bocado y lo probó.

-Sebastián -dijo con una expresión extática generalmente reservada a sus comunicaciones con Dios-, ¡no sabe lo que se pierde!

- Veinte mil calorías, aproximadamente -repuso Cain.

-Predico intensamente y mato con intensidad -señaló el Padre Guillermo con seriedad-. Dios comprende que también tengo que comer con intensidad. Aquí en la Frontera no se puede estar débil si uno se dedica a la obra del Señor.

-Le creo -aseguró Cain-. Sólo espero que su corazón y sus riñones también lo crean.

-El Señor es mi pastor -recitó el predicador mientras atacaba la tarta con entusiasmo-. Todo me saldrá bien.

Rizo de Luna volvió a acercarse a la mesa.

-Lo siento, Padre Guillermo, pero no queda nada de helado. -Te acordarás de conseguir un poco para mañana? -preguntó el Padre Guillermo con un ansia infantil.

-Lo intentaré.

-¡Buena chica! -exclamó y volvió a concentrarse en la tarta. -¿Quiere que me lleve las patatas, señor?

Él puso una de sus manazas sobre la fuente.

-Yo me ocuparé de ellas, criatura, no temas.

-¿Alguna vez has pensado en ser jefa de cocina de un barco? -le preguntó Cain sonriendo.

-Oh, no, señor -repuso Rizo de Luna con expresión seria-. Me gusta mi trabajo tal como es.

-El Padre Guillermo me ha sugerido que te pregunte por qué viniste a Puerto Seguro -comentó Cain.

-No lo sé -dijo ella encogiéndose de hombros-. Había oído hablar del lugar y me pareció que sería bonito.

-¿Cuánto hace que estás aquí?

Ella clavó la vista en el techo y movió los labios en silencio, contando los días y los meses.

-La semana que viene hará dos años, señor.

-Es mucho tiempo para que lo pases en un mismo lugar, ¿no? -¿A qué se refiere, señor?

-Orfeo dice que has estado en más de cien mundos.

-Era un hombre muy agradable -comentó ella-. Me incluyó en su canción...

-Y dijo que te gustaba viajar por toda la galaxia.

-Así es.

-Pero te detuviste aquí -señaló Cain.

-Me gusta este mundo.

-¿Y los otros te desagradan?

Ella se encogió de hombros.

-Algunos.

-¿Y los demás?

-Eran bastante bonitos, supongo. Pero éste me gusta más.

-¿Qué tiene de especial? -preguntó Cain.

Ella pareció desconcertada.

-Nada.

-¿Entonces por qué te gusta más?

-No lo sé. La gente es agradable, y me gusta mi trabajo, y tengo un lugar bonito donde vivir.

-Ya basta -intervino el Padre Guillermo.

-Usted me dijo que se lo preguntara -replicó Cain.

-Hay una diferencia entre preguntar a importunar. Ahora déjala en paz.

Cain se encogió de hombros.

-Lamento haberte molestado, Rizo de Luna.

-No me ha molestado, señor -contestó ella-. Usted y el Padre Guillermo han sido muy amables conmigo.

Entró un hombre mayor y se acercó a la mesa contigua a la que había ocupado Cain. Rizo de Luna fue a atenderlo.

-Bien, Sebastián -dijo el Padre Guillermo mientras se terminaba el trozo de tarta que tenía en el plato y cortaba los dos tercios restantes por la mitad-, supongo que reanudarás tu camino, ya que el hombre al que has venido a buscar ha muerto.

-Supongo que sí -admitió Cain.

-Bien, ha sido un placer conocerte y hablar contigo.

-¿Cuánto tiempo se quedará usted por aquí? -le preguntó Cain.

-Por la forma en que cocina esta criatura, podría quedarme para siempre -contestó el Padre Guillermo-. Pero creo que me pondré en marcha dentro de dos o tres días. Aquí todavía hay un montón de almas por salvar... y unas cuantas que enviar con Satán.

-¿Pero no la de Santiago?

El Padre Guillermo sonrió.

-Supongo que si me topara con él, tal vez me lo pensaría -respondió-. Pero tengo mejores cosas que hacer que recorrer toda la galaxia persiguiendo una quimera.

-A cada cual lo suyo -concluyó Cain mientras se ponía de pie.

El Padre Guillermo le tendió una mano embadurnada de chocolate, y Cain la estrechó.

-Es usted un hombre interesante -comentó Cain-. Espero volver a verlo algún día.

-¿Quién sabe? -repuso el predicador-. Los caminos del Señor son inescrutables.

La oscuridad había caído cuando Sebastián salió a la húmeda atmósfera de Puerto Seguro, y tardó un poco en orientarse. Las tres diminutas lunas del planeta eran claramente visibles pero proporcionaban poca luz, y en la calle desierta tampoco había alumbrado.

La población estaba compuesta por cinco manzanas de casas, y Schussler se había posado a poco más de tres kilómetros de distancia.

Cuando el cazador de recompensas estuvo seguro del camino a seguir, volvió sobre sus pasos y pasó los diez minutos siguientes recorriendo un sendero de tierra que daba a un enorme maizal mutante, con mazorcas de entre tres y cuatro metros de altura que contenían un promedio de veinte espigas cada una.

Oyó el lejano mugido de un ternero. Sabía que los embriones importados tenían que nacer y crecer antes de poder ser sacrificados, pero aunque el asado del Padre Guillermo no le había parecido nada raro, en cierto modo oír a un ternero que crecía en un mundo ajeno, a trillones de kilómetros de donde había sido engendrado, le parecía absolutamente incongruente.

Siguió caminando, y al cabo de otros quince minutos llegó adonde esperaba Schussler, que lo reconoció cuando aún estaba a unos cientos de metros de distancia y abrió la escotilla para que entrara.

-¿Billy *Tres-Ojos* tenía algo útil que decir? -preguntó el cyborg cuando Cain se instaló en la cabina de mando.

-Está muerto -respondió Cain-. Pacificador MacDougal lo liquidó hace cuatro meses.

-Lo lamento -dijo Schussler. Después de una breve pausa, añadió-: ¡Apuesto a que el Botinero lo supo en todo momento!

-No me sorprendería.

-¿Adónde iremos ahora?

-A ninguna parte -respondió Cain-. Aquí está ocurriendo algo curioso.

-¿Curioso?

-Me he encontrado con el Padre Guillermo.

-¿Qué estaba haciendo? -preguntó Schussler.

-Dice que está de vacaciones.

-Curioso -musitó Schussler-. Aunque creo que es posible.

-Cualquier cosa es posible -comentó Cain-. Pero ¿por qué aquí, y por qué ahora?

-Realmente parece extraño que tantos cazadores de recompensas hayan visitado últimamente un mundo pequeño, inocuo agrícola -admitió Schussler.

-Y conocí a una muchacha llamada Rizo de Luna.

-El nombre no me resulta conocido.

-No es más que una camarera -repuso fríamente Cain-. No muy bonita, no muy inteligente. De unos veinte años, como máximo.

-¿Entonces por qué te interesa?

-Porque Orfeo Negro escribió sobre ella.

-Orfeo ha escrito sobre miles de personas.

-Y cuatro de nosotros estamos a tres kilómetros de distancia uno de otro, en una pequeña colonia en medio de la nada -reflexionó Cain.

-No me lo había planteado así -comentó Schussler-. Es muy interesante.

-Yo diría que sí.

-Muy interesante -repitió el cyborg.

-De todas formas, según Orfeo, Rizo de Luna ha estado en cien planetas.

-Yo mismo he estado en más de trescientos -comentó Schussler-. ¿Qué tiene eso de extraordinario?

-Nada. Pero significa que tuvo que estar en más de un mundo por mes desde los diez o los once años... y ahora, por alguna razón, lleva dos años viviendo en Puerto Seguro. ¿Qué la llevó a interrumpir los viajes?

-Esa es una buena pregunta -convino el cyborg-. ¿Cuál es la respuesta?

-No la conozco... por ahora.

-¿Te has enterado de algo más con respecto a ella?

-Sí -repuso Cain-. Piensa que Santiago es un héroe.

-¿Por qué? -preguntó Schussler.

-No lo sé -dijo Cain-. Pero te aseguro que voy a averiguarlo. -Hizo una pausa y añadió-: ¿Puedes conseguirme alguna información?

-¿De qué tipo?

-Sé que en este planeta no tienen puertos espaciales, pero tiene que existir alguna agencia reguladora que te haya permitido aterrizar y que te haya dado las coordenadas correspondientes.

-Sí, existe.

-Ponte en contacto con ellos y mira si puedes averiguar cuánto tiempo lleva aquí el Padre Guillermo.

Schussler tuvo la información lista treinta segundos más tarde.

-Hace casi un mes que está en Puerto Seguro.

-Me ha dicho que aterrizó aquí con problemas de motor hace una semana. Rizo de Luna me ha dicho lo mismo.

-Si quieres puedo confirmarlo.

-No es necesario. -Cain miró fijamente la pared y arrugó el entrecejo-. Me pregunto qué está esperando.

-Nos estamos acercando, ¿no? -preguntó Schussler, y el tono lastimero de su voz melodiosa quedó momentáneamente iluminado por una nota de anticipación.

-Mucho -repuso Cain en tono suave.

Librodot

20

Charlie única-vez *comete algún error,*
pero más de una vez no lo repite.
Como negra antracita es su corazón.
Es difícil que su sangre de hielo se agite.

Fue el nombre lo que lo logró.

Sin duda, Orfeo Negro no tenía motivo para incluirlo en la balada. No era héroe ni villano, jugador ni ladrón, cyborg ni cazador de recompensas; de hecho, no había en él nada llamativo. Sólo era un trotamundos llamado Charles Marlowe Felcher, que vagaba de un mundo agrícola a otro, bebiendo demasiado para compensar lo poco que trabajaba.

Tenía una veta mezquina., pero no era un espécimen de físico impresionante, y su dominio de los puñetazos y la defensa personal dejaba mucho que desear. No era demasiado inclinado a saldar sus deudas, pero dado que eso era algo por todos sabido, nadie jamás le concedía crédito, y menos aún los dueños de los bares. Llevaba una impresionante pistola sónica en la cadera, pero no era muy certero con ella, y la mayor parte de las veces se olvidaba de cargarla.

Pero tenía ese nombre, y Orfeo no pudo dejar de incluirlo en un verso.

Como no era muy locuaz, nadie sabía exactamente por qué le llamaban Charlie *única-vez.* Algunos decían que era porque se había casado una vez en su juventud, había abandonado a su esposa al viajar a la Frontera, y había jurado que jamás volvería a vivir con una mujer. Otros forjaron una compleja leyenda acerca de cómo había cumplido una condena por algún crimen y había jurado que cometería una sola vez todos los actos criminales existentes, pare que la policía jamás volviera a encontrar un patrón de su conducta. Una tercera historia afirmaba que se había ganado el apodo tras prometer que jamás regresaría a un mundo que ya hubiese visitado. Algunos de sus enemigos -y sin duda tenía unos cuantos- decían que le había puesto el nombre *Nariz Chata* Sal, una de las prostitutas más célebres del sistema Tumiga, después de que le pagara para pasar con ella todo un fin de semana y hacerlo sólo una vez.

A Orfeo no le interesaba el origen de su nombre, sino sólo las imágenes fascinantes que evocaba; y dado que lo había sorprendido en un mal día, cuando había estado bebiendo bastante y no tenía el mejor de los humores, el verso salió así.

El verso de Charlie *Única-Vez* era un añadido reciente a la canción, y en consecuencia muy pocas personas de Puerto Seguro lo habían oído, lo que tal vez era lo más conveniente, ya que tarde o temprano quien había oído la canción y las histories empezaba a preguntarle acerca de *Nariz Chata* Sal, y la mayor parte de las veces él y quien preguntaba terminaban en la cárcel o en el hospital local.

Llegó en uno de esos días típicos de Puerto Seguro -caluroso, soleado y bastante húmedo- y pasó las primeras horas buscando trabajo en uno de los mayores complejos agrícolas. Aún estaba haciendo el recorrido cuando Cain se levantó, se afeitó, se duchó y entró en la población.

El lugar tenía el sabor de una de esas pequeñas poblaciones de la vieja Tierra, con hileras de edificios y casas formando rectángulos bien definidos. Incluso el estilo era similar: muchas de las casas tenían buhardilla y una galería enorme. Se detuvo a examinar una de ellas y no se sorprendió al descubrir que debajo del revestimiento de madera había una capa de una aleación de titanio, y que la casa funcionaba con energía de fusión.

Caminó otra manzana y vio la figura del Padre Guillermo sentada en el porche delantero de su pequeño hotel, balanceándose suavemente atrás y adelante en la enorme mecedora de madera. Usaba la mano de visera mientras observaba acercarse al cazador de recompensas.

-Buenos días, Sebastián -dijo-. Hermoso día, ¿no?

Cain asintió.

-Así es. Buenos días Padre Guillermo.

-Pensaba que ya habrías salido en busca de Santiago -comentó el predicador.

-No hay prisa -repuso Cain-. Pensaba probar yo también algunos de los platos de Rizo de Luna. -Hizo una pausa y añadió-: Además, hace treinta años o más que Santiago anda suelto. Unos cuantos días más no tienen importancia.

-Oí decir que el Ángel se está acercando a él.

-Eso dicen.

-¿Y no te preocupa?

-Intento que eso no me quite el sueño -respondió Cain.

-Eres un hombre confiado, Sebastián Cain -sentenció el Padre Guillermo-. En tu lugar, habría salido anoche mismo de Puerto Seguro.

-Pero yo no soy usted -contestó Cain.

-Eso es verdad -convino el predicador-. Bueno, que disfrutes de tu visita. ¿Te gustaría cenar conmigo esta noche?

-Puede ser.

-Pareces muy poco entusiasmado -señaló el Padre Guillermo.

-Usted come tan rápido que es posible que se trague mi brazo antes de darse cuenta de que ha cometido un error -comentó Cain con una sonrisa.

El Padre Guillermo echó la cabeza hacia atrás y soltó una estentórea carcajada. Finalmente recuperó el aliento.

-¡Me caes bien, Sebastián! ¡Te lo aseguro! -De pronto se puso serio-. Espero que nunca tengamos que enfrentarnos.

-¿Tiene pensado infringir la ley? -preguntó Cain.

-¿Yo? -gruñó el Padre Guillermo -. ¡Jamás!

-Yo tampoco.

El Padre Guillermo lo observó atentamente.

-¿Quieres subir y sentarte un rato a mi lado?

-Tal vez más tarde -respondió Cain-. Tengo que ir a comprar algunas provisiones.

-Ve con Dios, Sebastián -lo despidió el predicador. Levantó la vista al cielo-. Un hermoso día... La clase de día que hace que uno olvide todo el mal que inunda la galaxia.

Cain asintió y siguió caminando calle abajo hasta que llegó a una pequeña tienda de artículos en general. Entró y quedó momentáneamente congelado por la ráfaga de aire frío.

-Buenos días, señor -dijo el propietario, un hombre corpulento de mediana edad que se había peinado meticulosamente la cabellera rala para cubrir parte de su calva, logrando simplemente atraer la atención sobre ella-. ¿Puedo ayudarlo en algo?

-Tal vez -respondió Cain mirando los diversos pasillos-. ¿Aquí tienen libros o grabaciones?

-En Puerto Seguro no hay periocintas -le informó-. Aquí jamás ocurre nada excitante -añadió con una sonrisa, como pidiendo disculpas-. Pero tenemos una selección de grabaciones y revistas de mundos cercanos. ¿Busca usted algo en especial?

-Sí -respondió Cain-. ¿Tiene material sobre Santiago?

-Nada que valga la pena -respondió el vendedor-. Sólo las estúpidas especulaciones de siempre escritas por incompetentes que no tienen nada mejor que hacer -suspiró-. Después de tantos años, alguien podría contar la verdad sobre él, diría yo.

-¿Cuál es la verdad? -preguntó Cain.

-Es un gran hombre, un gran hombre, y siguen tratándolo como a un delincuente común.

-No quiero parecer grosero -dijo Cain con cuidado-, pero en ninguna de las historias que he oído sobre él se le describe como otra cosa que un proscrito.

-Usted ha escuchado a quien no corresponde.

-¿Usted es uno de los que corresponde escuchar?

-¿Cómo dice?

-¿Qué puede decirme de Santiago?

-Oh, no demasiado -respondió el vendedor.

-Sólo que es un gran hombre -señaló Cain.

-Así es, señor -dijo el vendedor con entusiasmo-. Encontrará nuestras revistas y grabaciones en la mitad del pasillo tres, después de los ordenadores.

-Gracias -repuso Cain. Caminó hasta el sector de las grabaciones, curioseó durante un par de minutos y salió.

Su siguiente parada fue en la barbería, donde se hizo afeitar mientras escuchaba al barbero, que le contaba con expresión imperturbable que jamás había oído hablar de nadie que se llamara Santiago.

Cain pasó el resto de la mañana vagando por la población, entablando conversación cada vez que podía. La gente estaba dividida en dos grupos iguales: la mitad pensaba que Santiago era un santo y la otra mitad no reconocía su nombre.

Finalmente regresó al hotel donde se alojaba el Padre Guillermo. El predicador seguía meciéndose tranquilamente bajo el sol, sorbiendo una bebida larga y helada con una paja.

-Hola, Sebastián -lo saludó-. ¿Has decidido unirte a mí?

-Durante un par de minutos -dijo Cain al tiempo que acercaba una silla.

-Sólo dispongo de un par de minutos -repuso el Padre Guillermo-. Es casi la hora del almuerzo. -Hizo una pausa y añadió-: ¿Has tenido una mañana provechosa?

-Interesante, al menos -respondió Cain.

-Veo que no vienes cargado de provisiones -señaló el predicador con una vaga sonrisa.

-He decidido cargar con ellas cuando pase la hora del calor -mintió Cain.

-Buena idea -opinó el Padre Guillermo-. ¿Te marcharás entonces?

Cain se encogió de hombros.

-Es posible.

-¿Y adónde irás, Sebastián?

-Aún no lo he decidido. ¿Y usted?

-A Szandor Dos, tal vez; quizás a Greenwillow. Hace un par de años que no predico en ninguno de esos lugares. -Hizo una pausa y añadió-: Supongo que me detendré en una oficina de correos por el camino y lo decidiré después de ver la última lista de buscados.

-¿No hay oficina de correos en Puerto Seguro? -preguntó Cain.

El Padre Guillermo sacudió la cabeza.

-No es un planeta lo bastante grande. La correspondencia se entrega cada tres semanas en la compañía química local. Los habitantes la recogen cuando llega, y el resto se reparte cuando entregan los fertilizantes y los insecticidas en las granjas.

-¿En cuántas entregas de correspondencia ha estado usted?

-En dos -respondió el Padre Guillermo.

-Anoche me contó que sólo llevaba aquí una semana -puntualizó Cain.

-Anoche tú no le habías pedido a esa maldita nave tuya que hiciera averiguaciones con las autoridades locales -repuso el predicador-. Ha sido una imprudencia, Sebastián, dudar de la palabra de un servidor del Señor.

-¿Acaso mentir no es pecado? -preguntó Cain con suavidad.

-Dios puede ser muy comprensivo -aseguró el Padre Guillermo.

-¿Es igualmente comprensivo con todas las personas que me han mentido esta mañana?

-Nadie te ha mentido, Sebastián.

-Más de una docena de hombres me han contado que jamás han oído hablar de Santiago.

-Casi nadie -se corrigió el Padre Guillermo.

-¿Cuándo se supone que aparecerá? -preguntó Cain.

-¿Quién?

-Santiago.

El Padre Guillermo chasqueó la lengua.

-Estás dejándote llevar por la imaginación, Sebastián.

-Pensé que íbamos a hablar-dijo Cain.

-Ya estamos hablando -aclaró el predicador.

-Uno de los dos está hablando -to corrigió Cain-. Y uno de los dos sigue mintiendo.

El Padre Guillermo sonrió.

-Tienes suerte de que estoy de vacaciones, Sebastián. He arrancado varias cabelleras por menos que esto. -Su sonrisa se desvaneció-. De todas maneras, en tu lugar yo no tentaría la suerte.

-¿Debo dar por terminada nuestra conversación? -preguntó Cain en tono cáustico.

-En modo alguno -repuso el Padre Guillermo mientras se ponía de pie-. Pero creo que continuaremos mientras comemos. ¡Estoy famélico!

Cruzó la calle sin pavimentar hasta la taberna, y Cain lo siguió.

Rizo de Luna ya había preparado la mesa para el Padre Guillermo y pareció desconcertada al ver que Cain entraba con él.

-No sabía que iba a venir usted, señor -dijo como disculpándose-. No le he preparado nada.

-Puede comerse uno de mis bocadillos -dijo el predicador en un gesto magnánimo.

Cain miró la mesa.

-¿Está seguro de que siete serán suficientes para usted? -le preguntó irónicamente.

-Dios nos exige sacrificios -aseguró el Padre Guillermo mientras se ataba una servilleta alrededor del cuello y se sentaba. Se volvió hacia Rizo de Luna-. ¿Te acordaste de comprar el helado, pequeña?

-Sí, señor -respondió Rizo de Luna.

-¡Excelente! A propósito, el señor Cain será mi invitado a comer.

-¿El señor Cain? -repitió ella al tiempo que clavaba la mirada en Cain-. ¿Usted es el Pájaro Cantor?

Cain asintió.

-No es mi nombre favorito.

-He oído hablar de usted en toda la Frontera -continuó ella con entusiasmo-. ¡Orfeo Negro le dedicó tres versos! -Hizo una pausa, avergonzada, y añadió-: Lamento no haberlo reconocido anoche.

-No tenías por qué reconocerme -repuso Cain.

-¡Pero usted es famoso!

-No más que tú y el Padre Guillermo -puntualizó Cain-. Todos estamos en esa maldita canción.

La joven pareció dolida.

-¿No le gusta la canción de Orfeo?

-No demasiado -respondió él. Vio que Rizo de Luna estaba a punto de echarse a llorar y se apresuró a añadir-: Pero el verso que escribió sobre ti es encantador.

-¿De veras piensa eso? -preguntó la joven con una sonrisa.

Cain asintió.

-¿Llegaste a encontrar las perlas que según él buscabas?

-En realidad no estaba buscando perlas -respondió-.. Sólo era una forma de decir.

-¿Qué estabas buscando en todos esos mundos? -preguntó Cain.

Ella se encogió de hombros. -No lo sé.

-Tal vez los dos buscábamos lo mismo -sugirió,

-Tal vez -coincidió ella-. ¿Usted qué busca?

-A Santiago.

Jamás lo vi, señor.

-¿Conoces a alguien que lo haya visto?

-No sabría decide, señor -respondió Rizo de Luna-. Quiero decir que si usted hubiera conocido a Santiago no se lo contaría a alguien como yo, ¿verdad?

-¿Te gustaría conocerlo?

-¿A un héroe tan grandioso como él? -reflexionó la joven-. Él no tendría tiempo para alguien como yo, señor.

-Rizo de Luna, cariño -intervino el Padre Guillermo, que había estado comiendo con fruición mientras ellos conversaban-. Creo que te aceptaré otra jarra de cerveza.

-Enseguida, señor -dijo ella. Pasó al otro lado de la barra y colocó una jarra debajo de la espita.

-Será mejor que ataques, Sebastián -sugirió el Padre Guillermo-, o no quedará nada para ti.

-Coma usted -respondió Cain-. En realidad yo no tengo demasiado apetito.

-Anoche tampoco tenías apetito -señaló el predicador-. No me extraña que estés tan demacrado. ¿Nunca comes?

-A bordo de mi nave -repuso Cain.

-No podrías meterme en esa maldita mezcla de máquina y hombre -afirmó el Padre Guillermo con devoción-. Me sorprende que Dios haya permitido que exista.

-Si Dios no quisiera que los Hombres se convirtieran en naves espaciales, no habría creado a esos Graal -replicó Cain con una sonrisa.

El Padre Guillermo levantó la vista del plato.

-Sebastián, puedes hacer todas las preguntas que quieras sobre Santiago... pero cuando te burlas del Señor corres un gran riesgo. ¿Comprendes lo que te digo?

-Si le he ofendido, me disculpo -declaró Cain.

-Lo que debe preocuparte no es si me ofendes a mí -indicó el predicador-, sino si ofendes al Señor.

-Entonces pido disculpas a los dos.

El Padre Guillermo lo observó durante unos minutos, intentando dilucidar si Cain se estaba burlando de él; luego asintió y volvió a concentrarse en la comida.

Rizo de Luna le sirvió la cerveza al Padre Guillermo. Cain estaba a punto de seguir interrogándola cuando se abrió la puerta y entró Charles Marlowe Felcher, se acercó a la barra y pidió una cerveza y un whisky.

Tenía aspecto de estar acalorado y desalentado, y lo estaba realmente.

-Buenas tardes -dijo saludando con la cabeza a Cain y al Padre Guillermo.

-Saludos, vecino -respondió el predicador-. Aunque creo que faltan algunos minutos para que termine la mañana.

-Parece la tarde -repuso Charlie *Única-vez* después de beberse el whisky y empezar a atacar la cerveza-. He estado toda la mañana haciendo el recorrido, buscando trabajo.

-No es mucho lo que se puede conseguir en Puerto Seguro -opinó el Padre Guillermo.

-Ya lo he comprobado -le hizo una señal a Rizo de Luna y levantó el vaso de whisky-. Tráelo lleno, cariño -volvió a mirar al Padre Guillermo-. No sabía que esto también era restaurante.

-No lo es -dijo el predicador-. Yo soy amigo de la familia.

-¿Vive por aquí?

-Sólo estoy de vacaciones.

-¿Usted también? -le preguntó a Cain.

-Sólo estoy tomando una cerveza -respondió Cain.

-¿Cómo se llama, amigo? -preguntó el Padre Guillermo.

-Felcher. Charles Felcher -respondió-. Pero casi todos me llaman Charlie *única-Vez.*

-Orfeo me habló de usted -comentó Rizo de Luna en tono de desaprobación.

-Bueno, sea lo que fuere lo que te haya dicho, seguramente era una mentira -opinó Charlie *única-vez-.* Después de todo, para eso le pagan, ¿verdad?

-No le pagan nada -replicó ella.

-Entonces es más tonto de lo que yo pensaba -dijo Charlie soltando una carcajada; se tomó el segundo whisky y tendió el vaso para que se lo llenaran otra vez.

-¡No es ningún tonto! -exclamó ella airada-. ¡Es un gran artista!

-¿Nadie te ha dicho que el cliente siempre tiene razón? -le preguntó Charlie *Unica-vez.*

-No cuando dice cosas desagradables sobre Orfeo Negro -contestó ella desafiante.

-Como quieras -dijo él encogiéndose de hombros-. Yo sólo he venido a tomar un trago y a refrescarme.

El Padre Guillermo volvió a concentrarse en su comida mientras Cain bebía cerveza con expresión pensativa y decidía no seguir interrogando a Rizo de Luna hasta que Charlie *Única-vez* se hubiera marchado o hubiera quedado fuera de combate. Decidió que lo más probable sería esto último, teniendo en cuenta el ritmo al que bebía whisky combinado con cerveza.

-Rizo de Luna, cariño, creo que podría tomar dos o tres bocadillos más antes de que me trajeras el postre -anunció el Padre Guillermo después de vaciar el plato-. Y esta vez ponles un poco más de queso.

-Sí, señor -dijo ella mientras entraba en la cocina.

-Parece que ser amigo de la familia es un buen asunto -comentó Charlie *Única-vez* apartando la vista de la bebida.

-Tiene sus ventajas -convino el Padre Guillermo-. Sobre todo para un clérigo que dona todo su dinero para obras de caridad.

Charlie sonrió irónicamente.

-¿Usted es predicador?

-Tengo el privilegio de servir al Señor en esa y en otras formas -repuso el Padre Guillermo.

-No creo que tenga mucho trabajo en un lugar tan atrasado como éste.

-Como le he dicho, estoy de vacaciones.

-Un lugar estúpido para venir a pasar unas vacaciones.

-Ah, pero son mis vacaciones -dijo el Padre Guillermo con una sonrisa-. ¿Usted está trabajando?

-Yo estoy trabajando en esta botella, en eso estoy trabajando -dijo Charlie *única-vez-.* Empezaba a arrastrar las palabras.

Rizo de Luna regresó con los bocadillos y los colocó delante del Padre Guillermo; luego volvió a ocupar su puesto detrás de la barra.

-Esos bocadillos tienen muy buen aspecto -comentó Charlie *única-vez-.* Creo que yo también comeré uno.

-Lo lamento, señor, pero no servimos bocadillos -intervino Rizo de Luna.

-Si puedes hacerlos para un predicador, puedes hacerlos para un honesto trabajador -dijo Charlie *única-vez* en un tono irritante.

-De veras que no puedo, señor -le aseguró Rizo de Luna-. Estos salen de la cocina privada del propietario.

-¡Me importa un cuerno de dónde salen! -gruñó Charlie-. Si él puede comerlos, yo también.

Rizo de Luna miró al Padre Guillermo, que asintió con un gesto casi imperceptible.

-Muy bien, señor -le dijo la joven a Charlie *única-vez.* Vuelvo enseguida con sus bocadillos.

Entró en la cocina y él miró con expresión triunfal al Padre Guillermo y a Cain.

-A esta gente hay que saber hablarle -comentó con aire petulante.

Los dos lo miraron en silencio y él volvió a concentrarse en su bebida.

Rizo de Luna reapareció pocos minutos después cargada con dos bandejas. Dejó una en la barra, delante de Charlie *Única-vez,* y llevó la otra con el postre a la mesa del Padre Guillermo.

-¡Ah! -exclamó el predicador-. ¡Has encontrado fresas para mi tarta de queso! ¡Eres un verdadero ángel, mi pequeña!

-¿De veras es tarta de queso? -preguntó taciturno Charlie *Única-vez.*

-¡De la mejor! -exclamó el Padre Guillermo con entusiasmo-. ¡Esta niña es una verdadera artista en la cocina!

-También tomaré una porción -le dijo a Rizo de Luna.

-Creo que no hay más -repuso ella.

-No vamos a empezar otra vez con lo mismo, ¿verdad, cariño? -preguntó Charlie-. Te digo que quiero una porción de tarta.

-Le está diciendo la verdad -terció el Padre Guillermo-. Sólo hace una por día. Yo las prefiero frescas.

-Entonces prepara otra -ordenó Charlie *Única-vez.*

-No puedo, señor -respondió Rizo de Luna-. Hago la compra cada mañana. Al Padre Guillermo no le gusta que use ingredientes congelados.

-¿Usted es el Padre Guillermo? -preguntó Charlie *Únicavez,* sorprendido.

-Así es.

-¿El cazador de recompensas?

-Cuando Dios así lo quiere.

-¿Esta joven tiene alguna relación con usted?

-No.

-Entonces no le interesa nada de lo que yo hablo con ella. -Charlie *Única-vez* se volvió nuevamente hacia Rizo de Luna-. Sal a comprar los ingredientes.

-No estoy autorizada a salir, señor.

Cuando ella pasó a su lado, Charlie *Única-vez* la cogió del brazo.

-Pensé que habíamos llegado a la conclusión de que el cliente siempre tiene razón.

-¡Me está haciendo daño! -exclamó Rizo de Luna, intentando soltarse.

-Y haré algo más que eso si no te das cuenta de quién manda aquí -dijo en tono desagradable.

-Suéltala-dijo Cain suavemente.

-Nadie te ha preguntado nada -dijo Charlie *Única-vez* perforándolo con la mirada, sin soltar el brazo de la chica-. ¿Por qué te metes?

-Yo soy otro amigo de la familia-dijo Cain.

-¿Sí? -preguntó Charlie *Única-vez* irónico-. Bien, tú y tu maldita familia podéis iros al infierno.

-Has bebido demasiado -comentó Cain al tiempo que se ponía de pie lentamente-. Ahora suéltala y lárgate.

-¿Tú también eres cazador de recompensas? -preguntó Charlie con sarcasmo.

-Casualmente, sí.

-¿Tienes nombre?

-Sebastián Cain.

-¿El Pájaro Cantor? -preguntó Charlie *Única-vez* arrugando el entrecejo-. ¿Qué ocurre aquí, hay alguna convención?

-Lo que hay es un borracho que busca problemas -respondió Cain amenazador.

-Venga -repuso Charlie *Única-vez* con una carcajada-. Todo el mundo sabe que vosotros no matáis a nadie que no esté buscado por la ley. Ésta es una conversación privada entre esta jovencita y yo. ¿Por qué no sacas tus narices de esto?

-Suéltala y lárgate, y nadie saldrá perjudicado -dijo Cain lentamente.

De pronto Charlie *Única-vez* le retorció el brazo a Rizo de Luna; con la mano que le quedaba libre sacó un cuchillo y lo acercó al cuello de la joven.

-¡Si te acercas un solo paso, la corto en rodajas! -gruñó.

-¿Crees que habrá alguna recompensa por Charlie *Únicavez?* -preguntó Cain sin quitarle los ojos de encima.

El Padre Guillermo asintió, se echó hacia atrás la chaqueta y dejó a la vista sus pistolas láser.

-¿Por un pecador como él? En algún sitio tienen que ofrecer recompensa, Sebastián.

Charlie *Única-vez* empezó a darse cuenta de que Lo tenían prácticamente acorralado, pero la borrachera no le permitía encontrar una salida a la situación. Apretó un poco más el

brazo de Rizo de Luna y empezó a acercarse lentamente a la puerta, sujetando a la muchacha entre él y los dos cazadores de recompensas.

-¡Moveos y la mato!

Cain se encogió de hombros y se volvió hacia el Padre Guillermo como si fuera a decirle algo más.

Entonces, con un solo movimiento rápido giró, sacó su pistola y disparó a Charlie *Única-vez* entre los ojos. El local vibró con el sonido del disparo.

Rizo de Luna gritó al tiempo que Charlie *Única-vez* caía al suelo, y Cain se acercó a ella y la rodeó con un brazo.

-Está bien-dijo suavemente-. Ahora estás a salvo.

-Bonito trabajo -comentó el Padre Guillermo con admiración -. Eres tan bueno como dicen. -Se acercó al cuerpo de Charlie *Única-vez* y estudió su rostro atentamente-. No me resulta conocido -dijo tras una pausa-. Pero nunca se sabe.

-Si lo quiere, es suyo -ofreció Cain.

-¿Lo dices en serio?

-Considérelo una contribución tardía a su Iglesia -dijo Cain en tono seco.

-¡Alabado sea el Señor, tengo otro converso! -exclamó el Padre Guillermo soltando una carcajada; sacó el cuchillo.

-Vamos afuera -le dijo Cain a Rizo de Luna-. No tienes que ver esto.

-¿Qué va a hacer? -preguntó ella mirando al predicador con horrorizada fascinación.

-Nada que nos concierna

-repuso Cain mientras la llevaba hacia la puerta.

Ella salió a la calle con él, aún temblando, mientras la gente del lugar salía de tiendas y casas para dirigirse a la taberna. Cain no les hizo caso y siguió caminando hasta que él y Rizo de Luna estuvieron bien apartados de la multitud.

-¿Estás bien, o quieres que te lleve a ver a un médico? -le preguntó.

-Estoy bien, señor -respondió ella.

-¿Estás segura? -le preguntó él mientras desde la taberna llegaba la voz del Padre Guillermo, que aseguraba a los mirones que no se había cometido ningún crimen y que otro pecador había sido enviado a reunirse con Satán unos años antes de lo previsto.

-Sí, señor-dijo Rizo de Luna-. Estoy bien, de verdad.

-Bueno. Eso ha sido una advertencia.

Ella levantó la vista.

-Usted me ha salvado la vida. ¿Por qué?

-Me gustas -repuso Cain-. Y nunca he sentido mucho aprecio por la gente como Charlie *única-vez.*

-¿Qué puedo hacer para recompensarle? -le preguntó ella.

-Puedes decirme la verdad sobre Santiago.

Ella pensó un instante en la respuesta y luego asintió.

-Si es lo que usted quiere... -dijo.

-El Padre Guillermo lo está esperando. ¿Cuándo se supone que Ilegará?

-Ya está aquí -anunció Rizo de Luna.

-¿Santiago está en Puerto Seguro en este momento? -preguntó Cain sorprendido.

-Sí.

-¿Cuánto hace que está aquí?

-Hace años, supongo -repuso Rizo de Luna-. Vive aquí.

-¡Que me cuelguen! -farfulló Cain-. ¿Puedes llevarme hasta donde está?

-No. Pero puedo presentarle a alguien que puede hacerlo.

-¿Cuándo?

Ella se encogió de hombros.

-Ahora mismo, si quiere.

De pronto Cain notó la presencia del Padre Guillermo y al volverse encontró al

predicador a unos seis metros de distancia con su espeluznante trofeo en la mano.

-Eres muy insistente, Sebastián Cain -dijo-. Admiro eso en un hombre.

-Si él ha estado aquí todo el tiempo, ¿por qué aún no ha ido a buscarlo? -preguntó Cain.

-No lo quiero.

-¿Por qué no?

-Tengo mis motivos.

-Bien, yo tengo los míos para querer encontrarlo.

-Eso es lo que he llegado a comprender.

-No tengo nada contra usted -le aseguró Cain con expresión seria-. Pero si intenta detenerme, lo mataré.

Jamás se me ocurriría hacer algo así -comentó el Padre Guillermo apartando las manos de sus pistolas láser.

-¿Tiene pensado estar aquí cuando yo vuelva? -preguntó Cain.

-En caso de que vuelva -lo corrigió el predicador.

-Lo veré entonces -le advirtió Cain. Hizo una pausa y añadió en tono irónico-: ¿No va a desearme buena suerte?

-Que Dios lo acompañe, hijo mío -le deseó el Padre Guillermo sinceramente.

Un instante después, Cain seguía a Rizo de Luna calle abajo, esperando en cierto modo sentir el dolor punzante del láser en la espalda. Quedó gratamente sorprendido al ver que doblaba la esquina sano y salvo, mientras las palabras del Padre Guillermo aún resonaban en su mente.

21

Anita la Silenciosa *no habla jamás.*
Jamás murmura, jamás grita.
No susurra, no llama...
Pero algún día dirá toda la verdad.

Orfeo sentía algo por ella.

Era un algo indefinido -un aire, una actitud, una manera de moverse- que le hacía pensar que ella guardaba un enorme secreto en su interior.

No tenía idea de lo acertado que estaba.

Ella se llamaba Anita *la Silenciosa.* No era mucho, pero podría haberlo sido.

Lo único que todos sabían sobre ella era que algo bastante malo le había sucedido cuando tenía once o doce años y vivía en Raxar II. Pasó dos años en el hospital, y cuando salió estaba recuperada físicamente... pero jamás volvió a hablar. Era capaz de hablar, dijeron los médicos; pero la experiencia que había vivido la había traumatizado, tal vez para siempre.

Apareció en algunos lugares bastante extraños a lo largo de los años -Altair III, Goldenrod, Kalami II- pero nunca se quedó mucho tiempo.

Nadie sabía qué hacía en esos mundos, y muy pocos sabían que consideraba Puerto Seguro su hogar.

-¿Anita *la Silenciosa?* -repitió Cain cuando Rizo de Luna le dijo adónde lo llevaba-. ¿Ella también está aquí?

-Sí, señor.

-Parece que la mitad de la gente sobre la que Orfeo Negro escribió está en Puerto Seguro -comentó.

-En realidad no, señor -respondió Rizo de Luna-. Sólo estamos usted y yo, su nave, el Padre Guillermo y Anita *la Silenciosa.*

-¿Orfeo no decía que era sordomuda?

-No habla, pero puede oír todo lo que uno dice.

-¿Cuál es su relación con Santiago?

-Trabaja para él, señor -afirmó Rizo de Luna.

-¿Estás segura?

Rizo de Luna asintió.

-Sí, señor.

-Dicho sea de paso -señaló Cain-, puedes dejar de llamarme señor. Mi nombre es Sebastián.

-Gracias, señor. Es un nombre muy bonito.

-¿Te lo parece? -preguntó él en tono vacilante.

-Sí, así es. ¿A usted no?

-Supongo que es mejor que Pájaro Cantor -repuso. Miró a su alrededor-. ¿Anita *la Silenciosa* vive en medio de un maizal? -preguntó.

-Claro que no -respondió Rizo de Luna con una carcajada. -Bueno, allí es adonde vamos -le comentó-. Estamos a más de un kilómetro de la ciudad.

-Tiene una casa a menos de un kilómetro camino arriba, señor. -Sebastián -la corrigió.

-Sebastián.

-¿Cómo la conociste?

Rizo de Luna se encogió de hombros.

-No lo recuerdo. En la iglesia, tal vez. No pudo ser en la taberna, porque ella no bebe.

-¿Y sois muy amigas?

-No somos íntimas -respondió, subrayando la palabra-. Nunca he tenido una amiga íntima.

-¿La conoces bien?

-A veces pasa por la mañana y tomamos el té juntas, y de vez en cuando, cuando tengo el día libre, voy a visitarla -repuso Rizo de Luna.

-¿Qué te hace pensar que ella me llevará hasta Santiago? -insistió Cain.

-¿Por qué no iba a hacerlo?

-Porque yo soy un cazador de recompensas.

-Santiago lo sabe, señor.

-¿Santiago sabe de mí? -preguntó Cain, sorprendido.

-Santiago lo sabe todo -contestó ella.

Él la observó, pero no hizo ningún comentario, y pasaron los minutos siguientes caminando en silencio.

-Ahí está, señor -dijo ella señalando una pequeña estructura que se alzaba a unos quince metros del camino.

-Parece desierta -comentó Cain.

-Oh, está en casa, señor -le aseguró Rizo de Luna con mucha convicción.

-¿Por qué estás tan segura? -preguntó él.

-¿En qué otro sitio podría estar?

-No tengo ni idea -respondió Cain mientras se apartaba del camino y seguía un estrecho sendero que conducía a la puerta delantera.

Esperó a que el sistema de seguridad los registrara a ambos, y cuando ya estaba seguro de que tenía razón con respecto a que la casa estaba desierta, la puerta se deslizó en la pared y él se encontró frente a una mujer menuda y delgada, vestida con un traje militar muy antiguo.

Tenía unos treinta años y sus rasgos eran marcados y duros. Tenía una cicatriz que comenzaba en la frente y cruzaba la ceja derecha hasta la mejilla, y que incluso la cirugía estética había sido incapaz de ocultar. No usaba maquillaje, lo que hacía que sus labios delgados parecieran más finos aún.

-Hola, Anita -dijo Rizo de Luna-. Éste es Sebastián Cain. Le gustaría conocerte.

Anita *la Silenciosa* les hizo una seña para que entraran en la casa, y Cain siguió a las dos mujeres por un pequeño vestíbulo, hasta una sala de estar más grande de lo que parecía desde fuera. Las paredes estaban cubiertas de estanterías que, a su vez, estaban cubiertas de desordenados montones de libros y cintas grabadas. En un rincón, sobre un escritorio destartalado, había un ordenador cubierto de polvo, y al ver el texto de la pantalla, Cain se dió cuenta de que la habían interrumpido mientras leía.

El mobiliario hacía juego con la decoración de la habitación: viejo, no muy cómodo, y colocado sin la menor preocupación por el diseño ni el orden. Anita *la Silenciosa* señaló primero a Cain y luego la silla más grande y él se sentó mientras Rizo de Luna se acomodaba en el suelo, con las piernas cruzadas, junto a él.

Anita *la Silenciosa* movió la mano como si estuviera sirviendo algo.

-Sí, un poco de té me encantaría -aceptó Rizo de Luna-. ¿Y usted, señor?

-El té está muy bien -convino Cain.

Anita *la Silenciosa* se obligó a sonreír; luego salió de la habitación y volvió enseguida con una tetera de porcelana desportillada y tres tazas en una bandeja de plástico.

-Gracias -dijo Cain mientras cogía una de las tazas.

Anita *la Silenciosa* hizo con la mano un gesto como si exprimiera un limón.

-No entiendo -dijo Cain.

-Quiere saber si le apetece con un poco de limón -explicó Rizo de Luna.

-No, gracias -dijo Cain mientras Rizo de Luna se estiraba y se servía en la otra taza.

Anita *la Silenciosa* se acercó a un sofá cubierto por una sábana, colocó la bandeja en la mesa más cercana, se sentó y miró a Cain con expresión de desconcierto.

-El quiere encontrarse con Santiago -le explicó Rizo de Luna. Hizo una pausa y añadió-: Yo le dije que tú lo llevarías hasta él.

Anita *la Silenciosa* arqueó una ceja.

-Se lo prometí, Anita -dijo Rizo de Luna.

Anita *la Silenciosa* hizo un movimiento con las manos que Cain no logró interpretar.

-Porque me salvó la vida.

Otro movimiento.

-Un hombre muy despreciable entró en la taberna a intentó hacerme daño, y él lo impidió.

Anita *la Silenciosa* observó a Cain.

-¿Lo llevarás, Anita?

Anita *la Silenciosa* permaneció quieta durante un instante y luego asintió.

-¡Gracias! -exclamó Rizo de Luna con alegría-. ¡Sabía que lo harías!

Anita *la Silenciosa* siguió mirando a Cain, que la miró a los ojos. Finalmente se volvió hacia Rizo de Luna e hizo otro movimiento con las manos.

Rizo de Luna se volvió hacia Cain.

-Quiere que ahora me vaya.

-¿Cómo hablaré con ella?

-Ella siempre logra hacerse entender -le aseguró Rizo de Luna.

-Espero que sí -dijo él-. No sé qué demonios estaba haciendo cuando hablaba contigo con las manos.

-Me está enseñando el lenguaje de los signos, pero tiene otras maneras de comunicarse.

-Entonces te agradezco tu ayuda-dijo Cain mientras se ponía de pie y la ayudaba a levantarse-. Espero que volvamos a encontrarnos.

-Es usted un hombre muy agradable, Sebastián -dijo ella mientras se ponía de pie y le besaba la mejilla.

Entonces, repentinamente avergonzada, dio media vuelta y salió a toda prisa.

-¿Cuándo podemos empezar? -preguntó Cain.

Anita *la Silenciosa* levantó la mano con la palma hacia arriba, dándole a entender que esperara, y se acercó a la ventana. Cuando Rizo de Luna llegó al camino y empezó a caminar en dirección a la población, ella se volvió hacia Cain.

-Pronto -dijo.

-¿Qué? -preguntó Cain, sorprendido.

-Empezaremos enseguida -repuso ella en tono firme-. Pero creo que primero deberíamos tener una breve charla.

-Creía que no podías hablar.

-Puedo, cuando tengo algo que decir, señor Cain -respondió Anita *la Silenciosa.*

-¿Por qué finges ser muda? -le preguntó.

-Para no tener que responder preguntas estúpidas. -Se sentó y tomó un sorbo de té-. Ha venido a matarlo, ¿verdad?

-Sí, así es.

-¿Por qué?

-Ofrecen una recompensa por él.

-¿Y ésa es la única razón?

-¿Cuántas más necesitas? -preguntó Cain.

-En realidad esperaba algo más significativo -dijo Anita *la Silenciosa-.* No me gustaría pensar que le hemos juzgado erróneamente.

-¿Juzgarme erróneamente? -repitió Cain.

-Le hemos estado esperando, señor Cain, desde que Santiago le dijo a Gerónimo Gentry que lo pusiera en el camino que finalmente le conduciría a Puerto Seguro.

-Espera un momento -dijo Cain, confundido-. ¿Me estás diciendo que Santiago quería que yo lo encontrara?

-Eso es exactamente lo que le estoy diciendo.

-No te creo.

-Crea lo que quiera -dijo Anita *la Silenciosa* encogiéndose de hombros-. ¿Cómo cree

que llegó hasta aquí, después de tantos años sin ningún progreso?

Él la miró fijamente y no respondió.

-No estoy dando a entender que le facilitara las cosas -continuó-. Eso no habría servido a sus propósitos. Pero él permitió que las cosas sucedieran; decidió darle un empujón inicial.

-¿Por qué?

-Lo ha estado estudiando durante mucho tiempo, señor Cain -continuó Anita *la Silenciosa-.* Desde que llegó a la Frontera.

-¿Pero por qué?

-Porque él estudia a todo el mundo.

-Pero no permite que nadie lo encuentre.

-No -respondió ella-. Usted sólo es el segundo.

-¿Quién fue el primero?

-No importa -dijo Anita *la Silenciosa-.* Ahora está muerto.

-¿Qué me dices del Padre Guillermo? -preguntó Cain.

-¿Qué ocurre con él?

-El encontró a Santiago.

-Se equivoca, señor Cain -repuso Anita *la Silenciosa-. Él* no está buscando a Santiago.

-¿Entonces qué hace aquí?

-No estoy segura de que vaya a creerme si se lo digo -contestó ella.

-Tal vez no -convino Cain-. ¿Pero por qué no me lo dices, de todos modos, y dejas que yo lo decida?

-Está aquí para proteger a Santiago.

-¿De mí? -preguntó Cain escéptico-. ¿Entonces por qué no se enfrentó a mí cuando tuvo la oportunidad de hacerlo?

-No está preocupado por usted.

Cain guardó silencio durante un instante.

-¿El Ángel? -preguntó por fin.

Ella asintió.

-Estará aquí dentro de poco.

-Supongo que ha llegado hasta aquí sin la ayuda de Santiago. -Así es.

-Y que Santiago no quiere que el Ángel lo encuentre -añadió Cain.

-Dudo de que lo haya pensado siquiera -repuso Anita *la Silenciosa-.* Protegerlo fue idea del Padre Guillermo, no suya.

-¿Por qué el Padre Guillermo ayudaría a un hombre cuya cabeza tiene precio? -preguntó Cain.

-Eso es lo que espero mostrarle antes de que se reúna con Santiago -dijo Anita *la Silenciosa* al tiempo que terminaba su té y se servía otra taza.

-¿Cómo encaja Rizo de Luna en todo esto?

-Ella no es más que una camarera encantadora, eso es todo.

-Pero ella sabía que Santiago está en Puerto Seguro -señaló Cain.

-Como todas las personas con las que usted habló esta mañana. -¿Y nadie intentó delatarlo a cambio de la recompensa?

-En realidad, hubo seis o siete personas que lo intentaron -reconoció ella-. Los encontrará enterrados en distintos cementerios del planeta.

-Volvamos un momento al tema de Rizo de Luna -pidió Cain, intentando asimilar todo lo que Anita *la Silenciosa* le había contado-. Estuvo visitando un mundo por mes durante la mayor parte de su vida. ¿Por qué vino aquí?

-Por casualidad, nada más.

-¿Y por qué se ha quedado?

-Por la misma razón que yo -dijo Anita *la Silenciosa.*

-Muy bien -dijo Cain-. ¿Por qué te has quedado tú?

-Porque Santiago es un gran hombre.

-Santiago es un ladrón y un asesino.

-Es un punto de vista -dijo ella.

-El punto de vista no tiene nada que ver con esto -repuso Cain-. El hombre ha estado matando y saqueando desde antes de que tú nacieras. La Democracia ha logrado relacionarlo con casi cuarenta asesinatos, y probablemente ha habido más de un centenar de los que no saben nada. Y sé de buena fuente que tiene almacenes llenos de mercancía robada en toda la Frontera Interior.

-¿He de suponer que su fuente es el Alegre Botinero?

-Él no arriesgaría su vida si no supiera que existen -respondió Cain.

-No estoy discutiendo sobre su existencia -dijo Anita *la Silenciosa-.* Sólo sobre la interpretación que hace de ellos. -Tras una pausa añadió-: Y a propósito, no imagino al Botinero arriesgando su vida en este momento.

-¿Él también forma parte de todo esto?

-Claro que no -repuso ella-. Lo fue una vez, pero Santiago lo despidió.

-¿Una pelea entre ladrones? -sugirió Cain.

-Sólo había un ladrón implicado -respondió ella con severidad-. Y él ya no trabaja para nosotros. Yo estaba a favor de matarlo, pero Santiago decidió dejarlo vivo.

Cain se echó hacia atrás y suspiro.

-De acuerdo -dijo por fin-. Rizo de Luna y tú me habéis dicho varias veces que Santiago es un gran hombre. Ahora dime por qué piensas eso.

-Es justo -sentenció Anita *la Silenciosa-.* Usted me dice que Santiago es responsable de la muerte de ciento cuarenta hombres. Permítame que le diga que la cifra actual se acerca a los ochocientos.

-¿Y eso lo convierte en un gran hombre? -preguntó Cain en tono irónico.

-¿A cuántos hombres ha matado usted, señor Cain?

-Eso no viene al caso -se defendió Cain.

-Dígamelo, de todas maneras.

-A treinta y siete.

-Está mintiendo, señor Cain -dijo ella con una sonrisa.

-Claro que no.

-Casualmente sé que ha matado a más de cinco mil hombres y mujeres solamente en Sylaria.

-Eso era la guerra -argumentó él.

-No, señor Cain. Eso era la revolución.

-¿Estás intentando decirme que Santiago es un revolucionario? -preguntó con escepticismo.

-Así es.

-Una mujer llamada Rosa de los Sargazos sugirió lo mismo -dijo él-. Tampoco la creí. ¿Contra qué se supone que se rebelaba?

-Contra la Democracia.

Cain soltó una carcajada.

-¿Estás sugiriendo en serio que él espera derribar la Democracia?

-No, señor Cain. La Democracia controla decenas de miles de mundos, y alberga a un noventa y ocho por ciento de la población humana en la galaxia. Hay más de treinta millones de naves en su flota, y posee una inagotable riqueza de recursos de los que puede disponer. Sería una tontería soñar con derribarla.

-¿Entonces?

-Él sólo pretende neutralizarla en la Frontera, para erradicar sus abusos más abyectos.

-¿Almacenando obras de arte y asesinando a contrabandistas de poca monta como Duncan Black?

-Duncan Black era un traidor -dijo ella fríamente-. Fue ejecutado, no asesinado.

-El resultado final fue más o menos el mismo -comentó Cain.

-¿Nunca ejecutó a nadie por abandonar lo que usted consideraba una causa justa, señor Cain? -preguntó ella.

Él guardó silencio un momento.

-Sí, lo hice -admitió por fin-. Continúa.

-Usted es quien habla de almacenar obras de arte, pero es al Botinero a quien oigo hablar -añadió Anita la *Silenciosa-.* En realidad, él y Santiago tuvieron una pelea porque Santiago se negó a conservar ciertas piezas que el Botinero quería y que vendió en el mercado negro, donde el Botinero habría tenido que pagar precios muy altos por ellas.

-¿Para pagar a las tropas? -sugirió Cain.

-¿Le pagaron en Sylaria o en los otros mundos en los que luchó?-preguntó la joven.

-No.

-A nosotros tampoco -confirmó Anita *la Silenciosa-.* Las tropas, como usted las llama, señor Cain, trabajan sin cobrar.

-¿Entonces para qué necesita todo ese dinero?

-Ya lo verá.

-¿Cuándo?

-Pronto.

-¿Por qué no ahora? -insistió Cain.

-Porque provocó cierta conmoción en la población, cuando mató a Charlie *Unica-vez* -explicó ella.

-Rizo de Luna no mencionó nada acerca de que yo lo hubiera matado.

Anita *la Silenciosa* sonrió.

-Aquí no estoy del todo aislada, señor Cain. El Padre Guillermo se puso en contacto conmigo y antes de que usted estuviera a mitad de camino de mi casa me contó lo ocurrido. -Hizo una pausa y luego añadió-: En cualquier caso, dado que las acciones de usted estaban totalmente justificadas, era imposible mantener su identidad en secreto.

-Nunca pretendí hacerlo.

-Permítame que me corrija-aclaró ella-. Era imposible mantener su ocupación en secreto. Ha sido una lástima.

-¿Por qué?

-Porque hay una serie de personas del lugar dispuestas a dar su vida para proteger a Santiago. Cuando el Padre Guillermo esté seguro de que ninguno de ellos vendrá aquí a intentar detenerlo a usted, volverá a ponerse en contacto conmigo. Entonces podremos marcharnos.

-Si alguno de ellos aparece, intentaré defenderme -advirtió Cain.

-No será necesario -dijo-. Llegado el caso, el Padre Guillermo los disuadirá.

-¿Por qué?

-Porque Santiago lo quiere a usted intacto, y el Padre Guillermo respetará sus deseos.

-¿Aunque eso le cueste a Santiago un par de seguidores?

-Lo más seguro es que no... pero sí, incluso en ese caso.

-No lo pintas exactamente como a un santo -señaló Cain.

-No lo es. Es un hombre que se ha visto obligado a tomar más decisiones de vida o muerte que cualquier otro ser humano.

-Eso fue lo que él eligió.

-Era su vocación -lo corrigió.

-¿Por qué soy tan importante para él? -preguntó Cain.

-Creía que eso era obvio para usted -dijo Anita *la Silenciosa.*

Cain la miró fijamente un instante. Finalmente dijo:

-¿Por qué iba yo a querer unirme a él?

-Porque usted mismo fue alguna vez un revolucionario.

-La galaxia está plagada de hombres que alguna vez fueron revolucionarios -argumento.

-La mayor parte de ellos se han adaptado. Usted no.

-Me he adaptado mejor que la mayoría -repuso Cain con un toque de ironía en la voz-. Tomé lo que aprendí y le di un nuevo uso. Solía matar hombres gratuitamente -esbozó una fría sonrisa-. Ahora lo hago para ganarme la vida.

-Él no está interesado en usted por los hombres a los que usted ha matado.

-¿Entonces por qué?

-Por los hombres a los que no ha matado -dijo Anita la *Silenciosa.*

Él arrugó el entrecejo.

-Creo que no te entiendo.

-Dejó vivo a Quentin Cicero.

-Tenía un rehén.

-Ha perdonado también a otros -le recordó ella-. Pasó diez semanas persiguiendo a Carmella Sparks y la dejó marchar.

-Llevaba tres niños con ella -aclaró Cain, incómodo-. Uno de ellos aún tomaba el pecho. Los tres habrían muerto.

-Eso no habría detenido a *Pacificador* MacDougal ni al Ángel -le aseguró ella.

-Entonces Santiago debería estar hablando con ellos, no conmigo.

-No está interesado en los hombres que han perdido hasta el último vestigio de humanidad. Lo quiere a usted porque aún es capaz de actos de compasión.

-Sí -dijo Cain-. Bueno, no sé si yo lo quiero a él.

-Lo querrá -le aseguró Anita *la Silenciosa-.* Es el hombre más grandioso que conozco.

-¿Cómo lo conociste?

-Crecí en Raxar Dos -le explicó ella-. El lugar tenía una enorme población de extraterrestres, y teníamos un gobierno militar para mantenerlos bien apaciguados. -Su mandíbula se tensó levemente-. Cuando tenía once años fui golpeada y violada por tres soldados. La Democracia tenía problemas para conseguir más fondos militares, y no querían incidentes que pudieran colocarlos en una situación incómoda y costarles dinero, de modo que lo ocultaron todo. Los tres hombres fueron trasladados a otro mundo, y jamás recibieron castigo. Yo pasé dos años en el hospital.

-¿Ellos te dejaron esa cicatriz? -preguntó Cain.

-Ésa es la que usted puede ver -comentó Anita *la Silenciosa* con amargura-. De todas maneras, Santiago se enteró de lo que había ocurrido, y...

-¿Cómo? -la interrumpió Cain.

-El lleva aquí mucho tiempo -repuso la joven-. Tiene fuentes de información en todas partes. Cuando se enteró de lo que me habían hecho esos tres hombres, los hizo asesinar -esbozó una dura sonrisa-. Creo que la difunta Altair de Altair fue mi ángel de la venganza personal.

-¿Entonces te uniste a él?

-¿Usted no lo habría hecho? -preguntó.

-Yo los habría asesinado con mis propias manos.

-No todos somos asesinos, señor Cain -replicó Anita *la Silenciosa-. hace* falta un instinto primario que no todo el mundo posee.

-¿Y Santiago sí?

-Que yo sepa, jamás ha matado personalmente a otro ser humano.

-Dado el número de muertes que ha decidido, en ciertos círculos a eso se le llamaría cobardía -señaló Cain.

-Ese comentario no merece respuesta -dijo Anita *la Silenciosa* con voz glacial.

-¿Cómo lo encontraste? -preguntó Cain, sin disculparse por su comentario.

-Cuando quiere que lo encuentren, él hace que sea muy fácil.

-Creo que estaría dispuesto a discutirlo -repuso Cain con ironía.

-¿Sinceramente piensa que podría haberlo encontrado si él no lo hubiera querido? -preguntó ella.

-Si me fío en lo que tú me has contado, no -reconoció.

-Él pone las cosas más difíciles para unos que para otros -añadió la muchacha.

-Al menos yo daré prueba de ello -aseguró Cain.

-En el caso de Rizo de Luna, fue tal vez lo más fácil de todo.

-Pensé que habías dicho que ella se instaló aquí por casualidad.

-Fue pura casualidad que apareciera en Puerto Seguro cuando lo hizo -explicó Anita *la Silenciosa-.* Pero tarde o temprano tenía que llegar.

-¿Por qué?

-Sus padres trabajaban para Santiago. La Democracia los secuestró y los mató cuando ella tenía sólo cuatro años. -Hizo una pausa y continuó- Él no pudo llegar a ella en ese momento porque existían muchas probabilidades de que la estuvieran vigilando. Así que se convirtió en su ángel guardián. Dondequiera que ella iba y fuera cual fuese el mundo en el que trabajaba, siempre había alguien que la cuidaba, que la protegía. Finalmente, cuando estuvimos seguros de que la Democracia había renunciado a ella, se sugirió sutilmente que sus andanzas la llevaran rumbo a Puerto Seguro. Cuando por fin llegó, esperamos para asegurarnos absolutamente de que nadie la había seguido y luego se le contó la verdad.

-¿Lo hiciste tú?

Anita *la Silenciosa* sacudió la cabeza.

-Ella no sabe que puedo hablar.

-¿Fue el propio Santiago? -preguntó Cain.

-Jamás ha estado con ella. -La muchacha hizo una pausa y luego prosiguió-: Es una niña muy dulce, pero nuestra batalla no es la suya. Ya ha sufrido suficientes penurias. Cuanto menos sepa, mejor.

-¿Entonces por qué Santiago se puso en peligro permitiendo que ella lo supiera todo?

-Quería que se quedara en Puerto Seguro, donde puede protegerla mejor si surge la necesidad de hacerlo.

-¿Y si ella quiere marcharse? -preguntó Cain.

-Es libre de hacerlo.

-¿Incluso sabiendo que éste es el mundo de Santiago?

-Incluso en ese caso.

Cain guardó silencio y reflexionó. Finalmente levantó la vista y miró a Anita *la Silenciosa.*

-Me gustaría conocerle -dijo.

-Le conocerá.

-También soy consciente de que podría tratarse de una trampa.

-¿Por qué usaríamos una trampa tan complicada?

-No lo sé -reconoció Cain-. Pero si me has estado mintiendo, él es hombre muerto.

-No estoy mintiendo. -Se acercó al comunicador-. El Padre Guillermo debería habernos dado bandera verde hace un buen rato. Será mejor que llame a la taberna y averigüe cuál es el problema.

-Tal vez sería mejor que llamara yo -sugirió Cain-. Podría responder Rizo de Luna, y se supone que tú eres muda.

Anita *la Silenciosa* sonrió.

-Si responde ella, simplemente preguntaré por el Padre Guillermo. Como nunca ha oído mi voz, es poco probable que la identifique.

-Tienes razón -reconoció Cain.

Anita *la Silenciosa* habló en voz baja; luego cortó la comunicación y se volvió hacia Cain.

-Muy bien -anunció-. Ya podemos irnos.

-¿A qué se debía la tardanza?

-Se ha puesto a beber cerveza y a comer, y se ha olvidado totalmente de nosotros -repuso ella con una sonrisa apenas tolerante.

-Eso es típico en él. -De pronto Cain arrugó el entrecejo-. Tendremos que postergar esto

una hora, más o menos.

-¿Qué ocurre? preguntó ella.

-Antes tengo que hacer algo.

-¿Tiene que ver con Santiago? -preguntó Anita con suspicacia.

-Indirectamente. Debo cumplir una promesa.

-¿A quién se la hizo?

-A un amigo. -Se acercó a la puerta-. Volveré.

Ella asintió y él salió de la casa y empezó a recorrer el camino que conducía a la población. Al cabo de media hora había Ilegado a destino.

-Pareces descontento -comentó Schussler mientras él entraba por la escotilla.

-Lo estoy -repuso Cain.

-¿Entonces estabas equivocado con respecto a Puerto Seguro?

Cain sacudió la cabeza.

-Tenía razón.

-¿Santiago vendrá? -preguntó Schussler con entusiasmo.

-Ya está aquí.

-¡Gracias a Díos! -exclamó Schussler con un sonido que era lo más parecido a un suspiro que una cosa de metal y maquinaria podía articular.

Siguió una breve pausa.

-¿Recuerdas nuestro trato? -preguntó por fin el cyborg.

-Por eso estoy aquí.

-Eres un hombre honesto, Sebastián.

-¿Cómo lo hago? -preguntó Cain al tiempo que se acercaba al panel que ocultaba la esencia de Schussler de la vista-. ¿Existe alguna manera de desconectarte sin causarte demasiado dolor?

-Yo no siento dolor -le aclaró Schussler-. Si lo sintiera, tal vez incluso elegiría vivir.

-Eso es una estupidez.

-Sólo para un hombre que puede sentir, Sebastián.

-De acuerdo -dijo Cain tocando el código que dejaba al descubierto el diminuto recinto de Schussler-. ¿Qué hago ahora?

-Estoy obligado a obedecer tus órdenes, incluso al precio de mi propia existencia -señaló Schussler-. Simplemente ordéname que deje de funcionar y moriré.

Cain observó la caja.

-¿Me estás diciendo que eso es todo?

-Sí.

-Podría haberlo hecho en cualquier momento.

-Pero teníamos un trato -puntualizó Schussler-. Yo también estaba obligado a cumplir mi parte.

-¿Estás listo? -preguntó Cain.

-Sí... ¿Sebastián ... ?

-¿Qué ocurre?

-He estado en planetas de oxígeno, de cloro y de metano. He estado en Deluros Ocho, y en los más oscuros mundos muertos de los márgenes de la Frontera. He volado más rápido que la luz, y avanzado a través de tormentas de meteoritos.

-Lo sé.

-Hay algo que jamás he hecho, un lugar en el que nunca he estado.

-¿Cuál es?

-Jamás he estado dentro de una estrella.

-Nadie lo ha hecho.

-Entonces seré el primero -decidió Schussler-. ¡Qué bella imagen para llevarme a la eternidad!

-Entonces te ordeno que lo hagas -indicó Cain sin alegría. -Gracias, Sebastián -dijo el

cyborg-. Ahora será mejor que te vayas.

-Adiós, Schussler -se despidió Cain mientras se acercaba a la escotilla.

-Vigílame, Sebastián -pidió Schussler-. Pronto caerá la noche. Esperaré hasta entonces, para que puedas verme. -Hizo una pausa y añadió-: Seré la primera estrella fugaz de la noche.

-Estaré mirando -le prometió Cain.

Y una hora más tarde, mientras él y Anita *la Silenciosa* finalmente partían en su misión, se detuvo a mirar el cielo. Durante un instante no vio nada fuera de lo común; y de pronto -y tal vez fueran sólo imaginaciones suyas, porque el sol aún brillaba y Schussler se encontraba a unos doce millones de kilómetros de distancia-, durante un fugaz instante, le pareció ver una forma increíblemente brillante que avanzaba hacia el sol dorado de Puerto Seguro. Una forma que se movía cada vez más rápido, y que luego parpadeó con un brillo agradecido y se extinguió.

Librodot

SEXTA PARTE

EL LIBRO DE SANTIAGO

Librodot

22

Un cometa fue su padre;
un viento cósmico, su madre.
Cuando Dios lo vio, lloró;
pero Satán apenas sonrió.

Cuarenta versos: eso es lo que Orfeo Negro le dedicó.

Nadie había obtenido más de una docena... pero, claro, nadie más era Santiago.

Orfeo se enfrentó a un dilema artístico y moral cuando finalmente tuvo que encarar el tema de Santiago, ya que todos los retratos orales que había hecho estaban basados en conocimientos de primera mano, y él nunca había visto al notorio delincuente. (En realidad, lo había visto en cinco ocasiones diferentes a lo largo de los años, y en dos había hablado con él, pero no lo supo ni entonces ni nunca.)

Por otra parte, sabía que cualquier balada que aspirara a describir a los hombres y los hechos que habían dado forma a la Frontera Interior sería irrisoriamente incompleta si no incluía una sección fundamental dedicada a Santiago.

Así que decidió asumir el compromiso. Le dedicó cuarenta versos, pero ni siquiera una vez lo mencionó por su nombre. Fue su manera de decir que las estrofas de Santiago estaban, de alguna manera, incompletas.

Sebastián Cain estaba llegando rápidamente a la conclusión de que la leyenda de Santiago era tan incompleta como la balada. Estaba sentado junto a Anita la Silenciosa mientras su vehículo atajaba entre campos exuberantes que parecían retorcerse y ondularse a la pálida luz de las lunas de Puerto Seguro, para finalmente hacer alto frente a un pequeño granero.

-Primera parada -anunció ella, abriendo la puerta y bajando del vehículo.

-¿Un granero? -preguntó Cain; el calor y la humedad lo golpearon con fuerza.

Ella sonrió:

-Tenía la esperanza de que ya hubiera aprendido a no juzgar nada de lo relacionado con Santiago por su apariencia.

Se encaminó hacia la estructura prefabricada, tecleó una combinación en la cerradura, y la puerta se abrió lentamente hacia dentro.

-Venga, señor Cain -dijo, pronunciando en voz baja una orden que iluminó el edificio a oscuras.

Cain la siguió hasta el frío interior del granero y se encontró frente a una hilera de recipientes de secado, llenos hasta el tope de mazorcas de maíz mutante. Por encima de él había un pajar que alguna vez había contenido heno, pero con aspecto de no haber sido utilizado desde hacía veinte años.

-¿Y bien? -dijo.

-Eche una mirada al tercer recipiente.

Cain caminó hacia él y lo contempló.

-Parece maíz -dijo.

-Eso es lo que tiene que parecer -repuso ella-. Acérquese un poquito más.

Metió ambas manos en él, arrojando fuera mazorcas, y tocó una barra de oro.

-¿El asalto de Epsilon Eridani? -preguntó, levantando trabajosamente la barra con las dos manos y examinándola.

Ella asintió:

-Tenemos cerca de cuarenta de esas barras.

-¿Todas en este recipiente?

-Sí.

-¿Qué ocurrió con el resto? -preguntó Cain-. Vi una de estas barras en casa de Jonathan Stern, en Port Étrange, pero nadie parece saber qué fue de las otras.

-Casi todas han sido distribuidas -respondió ella-. ¿Le gustaría saber dónde?

-¿Por qué no? -contestó él, encogiéndose de hombros.

-Sígame.

Anita *la Silenciosa* se dirigió hacia la diminuta oficina del granero, en la que había dos videófonos, un calendario con la figura de una sensual modelo impreso en papel auténtico, un pequeño escritorio de madera, una antigua silla giratoria, y un ordenador. Todo, excepto uno de los videófonos y el ordenador, estaba cubierto por una capa de polvo.

Ella activó el ordenador, esperó a que identificara la huella de su retina y la de su pulgar, y luego le ordenó que mostrara los detalles concernientes al oro de Epsilon Eridani.

Cain estudió el texto que apareció en la pequeña pantalla.

-Veo que el Padre Guillermo se quedó con una tercera parte -señaló.

-Es una de las vías que utiliza Santiago para alimentar a los hambrientos y medicar a los enfermos. El grueso del oro de Epsilon Eridani fue vendido al mercado negro de Kabalka Cinco.

-¿Kabalka Cinco? Es un mundo alienígena, ¿verdad?

-A los alienígenas no les llevó mucho tiempo descubrir lo que los hombres pueden llegar a hacer por el oro -replicó ella.

-¿Qué fue del dinero que obtuviste por el oro?

Ella Ilevó a la pantalla otro gráfico.

-¿Todo fue a parar a hospitales? -preguntó él.

-En realidad, no. También financió una incursión en Pico Dos.

-¿Qué diablos hay en Pico Dos? Es un pequeño mundito de porquería, en el sistema Quinellus.

-Algunos de nuestros amigos fueron encarcelados allí.

-¿Así que los sacaron?

Ella negó con la cabeza:

-Era imposible.

-¿Entonces, qué?

-Hicimos volar la cárcel.

-Con vuestros amigos dentro?

-La Democracia no se detendrá ante nada para encontrar a Santiago -respondió Anita *la Silenciosa-.* Esos hombres eran leales, pero habrían hablado. Si la tortura no funcionaba, hay drogas que sí lo harían.

-La lealtad no significa demasiado para él -dijo Cain secamente.

-No es un dios, ni un santo -dijo ella-. Es sólo un hombre, y está luchando contra la maquinaría política y militar más poderosa de la galaxia. Nuestra gente sabe lo que le puede suceder cuando sale en una misión.

Cain no hizo comentarios.

-Nuestra única arma es el secreto -continuó ella-. Debe ser preservado a cualquier precio. -Hizo una pausa, buscando las palabras exactas para expresar lo que quería-. ¿Cómo cree usted que mantuvo ocultos su identidad y su paradero todos estos años? -dijo, finalmente-. O regresamos de nuestras misiones, o morimos... pero no permitimos que nos hagan prisioneros.

-¿Qué ocurrió, entonces, con vuestros hombres en Pico Dos?

-Fueron cogidos por sorpresa antes de que pudieran autodestruirse. -Lo miró de frente-. Parece desaprobarlo, señor Cain. Pensaba que usted, más que nadie, sabría que la revolución no es un deporte de caballeros ni se juega según reglas caballerescas.

-Es verdad -dijo él, tras considerarlo brevemente-. Es sólo que no me gusta la idea de matar a la propia gente.

-Espero que no piense que a él sí -replicó Anita la *Silencio*sa-. Éste es un negocio

despiadado. No hay nada de romántico en acosar a un poder aplastante sin esperanzas de ganar.

-Si él sabe que no puede ganar, ¿por qué lo hace?

-Para evitar perder.

-Eso suena muy profundo, pero no tiene el más mínimo sentido -dijo Cain.

-Estoy segura de que estará encantado de explicárselo.

-¿Cuándo?

-Pronto -replicó ella, desactivando el ordenador y encaminándose hacia el vehículo-. Venga conmigo, señor Cain.

Cain la siguió, y momentos más tarde estaban nuevamente bajo el húmedo aire nocturno, en un camino rural de dirección única.

-¿Santiago nació en Puerto Seguro? -preguntó Cain tras un breve silencio.

-No.

-¿Cuánto tiempo ha estado aquí?

-Puerto Seguro es su cuartel general desde hace aproximadamente quince años, aunque se ha pasado casi la mitad de ese tiempo fuera del planeta.

Le he visto? -preguntó con curiosidad.

-En realidad, no podría decírselo -respondió ella-. Es posible. -Sonrió-. Orfeo Negro lo ha hecho, aunque no lo sabe.

-Hay muchas cosas que ese condenado cantante folclórico no sabe -dijo Cain.

-Es usted un hombre muy crítico señor Cain -dijo Anita la *Silenciosa -.* Su vida debe de estar llena de decepciones.

-No más que la de la mayoría -contestó él. Luego sonrió irónicamente-. En cambio, ha habido una notable falta de triunfos.

-No caigamos en la falsa modestia. Es un cazador de recompensas de mucho éxito.

-Has estado viendo demasiados vídeos de ficción -dijo él-. No desafío a los villanos a que salgan a pelear bajo el sol del mediodía. No hay nada verdaderamente encomiable en seguir a un hombre que jamás lo ha visto a uno y hacerlo desaparecer antes de que se dé cuenta siquiera de lo que le va a pasar.

-¿Y es eso lo que le hizo a Altair de Altair y a la Sota de Diamantes? -preguntó ella, con una sonrisa.

-No -admitió él-. Fui descuidado en un caso, y torpe en el otro.

-¿Y qué me dice de Alejandro *el Viejo?* Había seis hombres protegiéndolo cuando usted lo atrapó.

-Cuatro -le corrigió él.

-Está eludiendo la cuestión.

-Pensé que la cuestión consistía en que Santiago tenía interés en mí a raíz de la gente que no había matado.

-Es verdad. Pero es usted un hombre de muchos talentos, y estoy segura de que Santiago podrá hacer buen uso de todos ellos.

-Ya veremos -dijo él, sin comprometerse.

Anduvieron en silencio otra media hora a través de campos de maíz y de trigo interrumpidos ocasionalmente por plantas de producción de metano, donde los excrementos de los animales de granja de Puerto Seguro eran convertidos en energía. Finalmente, ella giró y se aproximó a una fila de silos.

-¿Más botines de conquistas? -preguntó él cuando el vehículo se detuvo.

-Un centro médico -respondió ella.

-¿Por qué está camuflado? -preguntó Cain-. La Democracia tiene mejores cosas que hacer que irrumpir en los hospitales.

-Porque la población de Puerto Seguro no es lo bastante grande para mantener una instalación de este tamaño -explicó Anita *la Silenciosa-.* Un complejo como éste podría atraer una atención indeseada sobre nosotros.

Él bajó del vehículo y la siguió hasta uno de los silos. Lo condujo hacia un ascensor y, tras un breve descenso, se encontró en un blanco ambiente esterilizado casi dos metros bajo tierra.

-¿Qué tamaño tiene este sitio? -preguntó, mirando hacia los pulcros pasillos que corrían en todas las direcciones.

-No conozco sus dimensiones exactas -respondió ella-, pero se extiende bajo todo el complejo de silos. Tenemos veintitrés laboratorios, media docena de pabellones de observación, un par de quirófanos, y cuatro pabellones de aislamiento. También tenemos un almacén y barracas para el personal; así no ven a nuestra gente llegar y marcharse cada día.

Comenzaron a andar, dejando atrás los laboratorios, con sus médicos y científicos vestidos de blanco, y finalmente llegaron al primero de los pabellones de observación. Cain se detuvo para mirar a través de un grueso cristal de una sola cara, y vio a nueve hombres y mujeres tendidos en sus lechos, conectados a sistemas de supervivencia y a unidades de seguimiento. Le parecieron víctimas de quemaduras; tenían el cuerpo casi en carne viva, con los restos de la piel ennegrecida y ampollada.

-¿Qué les sucedió? -preguntó Cain, contemplando a una mujer de edad cuyos pómulos estaban expuestos.

-Son de Hyperion.

-No me suena.

-Comenzó a funcionar hace cinco años -dijo ella-. Había cinco mil pobladores iniciales, todos miembros de una oscura secta religiosa.

-Parece como si para ellos la fe consistiera en caminar a través del fuego -comentó él.

Ella negó con la cabeza.

-Consiste en vivir en paz con sus vecinos. En este caso en particular, sus vecinos eran de una raza humanoide muy agresiva, y les llevó dos años llegar a un acuerdo... pero finalmente lo lograron. -Hizo una pausa y agregó-: Entonces, la Democracia decidió que Hyperion era estratégicamente interesante para la instalación de una base militar. Ocurrieron un par de incidentes que involucraban a los nativos, a Hyperion fue declarada zona de exclusión para los civiles. Los colonos, que la habían pacificado, se negaron a abandonarla.

-¿Y la Armada les hizo esto?

-Indirectamente -replicó ella-. Después de que la Armada llegara a la conclusión de que pacificar a los humanoides nativos traía más problemas que ventajas, liberaron en la atmósfera un agente químico que liquidó a toda la raza. Es el primer caso de esta clase que tenemos por aquí. -Miró a los nueve humanos a través del cristal-. Lamentablemente, también provocó una mutación bacteriana que entre los colonos tomó la forma de una virulenta afección cutánea. Como habían sido advertidos de que debían abandonar el planeta, la Armada se niega a asumir la responsabilidad por ellos.

-¿Cuántos colonos sobrevivieron? -preguntó Cain.

-De los cinco mil iniciales, un poco menos de la mitad aún vive.

-¿Y cuántos de ellos están aquí?

-Sólo los que ve. No tenemos ni espacio ni dinero para ocuparnos de todos, de manera que trajimos una muestra representativa para ver si podemos encontrar una cura. Si logramos descubrir un suero o una vacuna, la embarcaremos rumbo a Hyperion junto a todos ellos.

-¿Y por cuántos mundos hacéis esto?

-Por todos los que podemos.

-Debe de costar una pequeña fortuna llevar a cabo esta clase de trabajo -comentó él.

-Una gran fortuna -lo corrigió-. Tenemos otras cuatro instalaciones en la Frontera Interior.

-¿Todas funcionan clandestinamente?

Ella asintió.

-Si la Democracia se enterara, estarían muy cerca de encontrar a Santiago. -Lo miró directamente a los ojos-. Y si lo encuentran, la gente de Hyperion y la de otros cien mundos

de la Frontera Interior no tendría a quién recurrir.

Caminaron por otro pasillo, rumbo hacia el siguiente pabellón, y Cain tuvo que dar un paso atrás para permitir que un enfermero entrara en uno de los quirófanos con una camilla ocupada por un ser enorme y elefantino.

-¿Qué diablos era eso? -preguntó.

-Un nativo de Castor Cinco -respondió ella.

-¿También trabajáis con alienígenas?

-Su raza es sensible, y fue oprimida por la Democracia. No tenemos una tercera calificación.

-Comienza a tratar a todos los alienígenas que la Democracia ha oprimido, y no darás abasto para construir hospitales que los acojan-dijo Cain.

-Lo sé -convino ella-. Pero hacemos lo que podemos. Es sólo una actitud, pero una actitud muy importante. -Lo observó cuidadosamente-. ¿O es usted de la opinión que el destino del Hombre es gobernar la galaxia solo?

-Nunca he pensado demasiado en ello -contestó él-. Supongo que si lo hace correctamente, tiene ventaja con respecto a los demás.

-¿Lo hace correctamente? -preguntó ella.

Cain se encogió de hombros.

-No. Pero es muy difícil decirle a alguien que está equivocado.

-Pero no imposible -puntualizó ella-. Y eso es precisamente lo que estamos haciendo... por ejemplo. -Lo observó nuevamente-. Espero que todo esto le haya causado alguna impresión. Es muy importante que usted comprenda exactamente por qué estamos luchando.

-Veo de qué se trata -dijo él, sin comprometerse.

-Espero que sí-insistió ella.

Caminaron en silencio por el resto del complejo, y regresaron al ascensor.

-¿Cuántas obras públicas más tendré que visitar antes de ver a Santiago? -preguntó Cain cuando subieron a la superficie.

-No hay ninguna más -dijo Anita *la Silenciosa-.* Al menos, no en Puerto Seguro. No queremos hacer nada que llame la atención sobre este planeta.

Salió del silo, y él la siguió hasta el vehículo que los esperaba. Momentos más tarde se encontraban avanzando nuevamente por el campo.

-¿Cuánto falta? -preguntó Cain tras algunos minutos.

-Cerca de veinte kilómetros -respondió ella-. Hace casi tres horas que ha oscurecido. ¿Tiene hambre?

-Puedo esperar.

-Puedo avisar, y hacer que la cena lo esté esperando cuando lleguemos.

-No es necesario.

-Todavía tiene intenciones de matarlo? preguntó ella de pronto.

-No lo sé.

Anita no hizo más comentarios, y pasaron los siguientes veinte minutos en silencio. Luego, tras virar bruscamente a la izquierda, comenzaron a recorrer un camino sucio lleno de baches. A lo lejos Cain divisó una casa blanca prefabricada, con una amplia terraza que parecía rodearla por completo.

-¿Es ahí? -preguntó.

-Es ahí.

-No está demasiado bien protegido -comentó-. Sólo he podido descubrir tres aparatos sensores desde que tomamos este camino.

-Se supone que no debe ver ninguno.

-Verlos es parte de mi trabajo.

Ella se encogió de hombros:

-Está oscuro. Probablemente algunos hayan escapado a su atención.

-Lo dudo.

-Debe recordar que no tiene enemigos en Puerto Seguro -dijo Anita *la Silenciosa-.* Excepto usted, tal vez.

-De todos modos, su seguridad es fatal -dijo Cain-. Ese tipo del tejado es más evidente que un pulgar hinchado.

-¿Qué tipo?

-El que está ahí con el rifle láser. Dejó que la luz de la luna se reflejara sobre su campo infrarrojo hace un momento.

-No veo a nadie -dijo ella, oteando en la oscuridad.

-Está ahí, pidiendo a gritos que se lo carguen. Va a hacer falta algo más que esto para mantener alejado al Ángel.

-¿ Ésa es su opinión profesional?

-Lo es.

-Se lo diré a Santiago.

-Se lo diré yo mismo -dijo Cain.

Llegaron a la casa y bajaron del vehículo. Anita *la Silenciosa* lo guió hasta la puerta de entrada, que se deslizó dentro de la pared antes de que ella llegara, dejando salir una ráfaga de aire frío.

Cain la siguió hasta el vestíbulo, que estaba vacío, y luego hasta una gran sala de estar con una cierta cantidad de sillas muy cómodas y ligeramente raídas, algunos sillones colocados en grupos, y un seudohogar de ladrillos para leña, que se hallaba apagado. También había en él un bar portátil, una gran holopantalla, y tres espejos enmarcados, con elegancia; pero los libros eran lo que predominaba en aquella habitación. Los había por todas partes, amontonados en estantes desde el suelo hasta el techo, sobre las mesas, arrojados al azar sobre el alféizar de las ventanas, abiertos sobre los brazos de sillas y sillones, incluso caídos en la chimenea.

El único ocupante de la habitación era un hombre, vestido con un traje de calle marrón. Estaba sentado en una cómoda silla, leyendo un libro encuadernado en cuero y bebiendo sorbos de un brandy alfariano.

Parecía tener entre cuarenta y cincuenta años. Su cabello era castaño y espeso, y había comenzado a encanecer en las sienes. Sus ojos eran también castaños, y observaban a Cain con curiosidad bajo unas cejas largas y tupidas ligeramente inclinadas hacia arriba que le daban un aire de perpetua interrogación. Le habían roto la nariz al menos una vez, posiblemente muchas, y tenía unos dientes tan blancos y regulares que Cain llegó inmediatamente a la conclusión de que no eran propios. Tenía una cicatriz en forma de S en la mano derecha.

Era un hombre nervudo que estaba comenzando a ganar peso y a perder el buen tipo, pero cuando se puso de pie lo hizo con gracia atlética.

-He esperado mucho tiempo para encontrarme con usted, Sebastián -dijo con voz profunda.

-No tanto como el que yo he esperado para conocerlo a usted -dijo Cain.

Santiago sonrió:

-Y ahora que ya está aquí, ¿qué se propone hacer? ¿Hablar, o disparar?

-Primero, hablaremos -dijo Cain. Echó una mirada a la sala de estar-. tiene una biblioteca considerable. Creo que nunca había visto tantos libros juntos en un mismo sitio.

-Me gusta sentir el peso y el tacto de un libro -afirmó Santiago-. Las bibliotecas informatizadas están llenas de impulsos electrónicos. Los libros están llenos de palabras. -Acarició afectuosamente el libro y lo arrojó sobre la silla-. Siempre he preferido las palabras.

-También tiene muchos espejos.

-Soy un hombre vanidoso.

-Dígales a quienes sea que estén detrás de ellos que no se sobreexciten. Pude haberlos sacado de allí en el mismo instante en que entré en la habitación.

Santiago rió.

-Ya lo habéis oído -dijo, volviéndose hacia los espejos-. Dejadnos solos. -Se volvió hacia Anita *la Silenciosa,* que había permanecido callada detrás de Cain-. Tú también puedes dejarnos solos. Estaré a salvo.

-Es usted un optimista -dijo Cain, cuando Anita la *Silencio*sa dejó la habitación.

-Un realista -dijo Santiago-. Si me mata, deberá hacerlo de manera tal que pueda vivir para gastar la recompensa. -Hizo una pausa-. ¿Puedo ofrecerle un brandy?

Cain asintió, y Santiago se acercó al bar y le sirvió una copa mientras el cazador de recompensas lo observaba.

-Aquí tiene -dijo Santiago, acercándose y tendiéndole el brandy.

-Es usted demasiado joven -dijo Cain.

-Cirugía plástica -contestó Santiago, con una sonrisa-. Le dije que era vanidoso.

-Y muy buscado, también.

-Sólo por la Democracia -dijo Santiago-. Permítame sugerir que, a veces, no es mala idea juzgar a un hombre por los enemigos que tiene.

-En su caso, es una absoluta necesidad -dijo Cain, en tono irónico-. He conocido a sus amigos.

Santiago se encogió de hombros.

-Se trabaja con lo que se tiene a mano. Si hubiera podido reclutar aliados mejores que Yorick, Altair de Altair y los demás, le aseguro que lo habría hecho. -Hizo una pausa-. De hecho, ésa es la razón de que usted esté aquí.

-Eso me han dicho.

-Somos muy parecidos, Sebastián. Defendemos los mismos valores, luchamos contra la misma opresión, incluso usamos la misma metodología. Deseo vivamente tenerlo de mi lado.

-Me he retirado del negocio de la revolución -dijo Cain.

-Peleó por las causas equivocadas.

-Las causas eran las correctas -dijo Cain-. Los hombres eran los equivocados.

-Acepto la corrección.

-¿En qué se diferencia usted de ellos?

Santiago lo miró un instante.

-Tengo una propuesta que hacerle -dijo, finalmente-. Ha tenido un día largo y difícil, Sebastián. Ha matado a un hombre, ha visto cosas que no ha visto ningún miembro de la Democracia, y finalmente se ha encontrado cara a cara con el hombre más buscado de la galaxia. Debe tener calor, hambre, debe de estar cansado. -Se detuvo-. Hagamos una tregua por esta noche. Cenemos, conozcámonos un poco mejor, y mañana por la mañana, cuando haya descansado, le prometo que hablaremos de negocios... míos y suyos.

Cain lo contempló, impasible, y luego asintió con un movimiento de cabeza.

-Creo que me saltaré la cena, sin embargo -dijo.

-Sólo ha comido un bocadillo en lo que va de día.

-Está muy bien informado -señaló Cain.

-Y usted se preocupa demasiado -dijo Santiago-. He tenido numerosas oportunidades de matarlo desde que aterrizó en Puerto Seguro. No habría permitido que hiciera todo este camino sólo para envenenarlo.

-Eso tiene sentido -admitió Cain.

Santiago lo acompañó al comedor, que estaba tan lleno de libros como la sala de estar.

-Confío en que sea más benévolo con mi despensa que el Padre Guillermo -dijo Santiago. Sacudió la cabeza con admiración-. Por la forma en que come ese hombre, me sorprende que no haya muerto.

-Mucha gente se sorprende de lo mismo con respecto a usted -dijo Cain, mientras se sentaba frente a Santiago.

-Mucha gente piensa que he muerto -dijo Santiago. De golpe, soltó una risita ahogada-. No creería algunas de las historias que se cuentan sobre mí, Sebastián. He oído que me mataron tres veces el último año, y que yacía, destruido, en un pequeño mundo llamado

Azulplata, en el Cerco Galáctico. Una de las historias, incluso me retrataba asesinando a algún diplomático en Canfor Siete.

-También se dice que mide cuatro metros y tiene el pelo anaranjado -dijo Cain, burlón.

-¿En serio? -dijo Santiago, interesado-. Eso no lo sabía. -Se encogió de hombros-. Bueno, supongo que es el precio del anonimato.

-Yo a duras penas lo llamaría anónimo -dijo Cain-. Hay cientos de hombres que han hecho del intento de atraparlo y matarlo su carrera.

-Y aquí estoy, vivito y coleando -dijo Santiago-. Diría que es una excelente definición de vivir anónimamente.

-Si de veras quiere ser anónimo, ¿por qué no destruye algunos de esos mitos y leyendas que se han difundido sobre usted?

-Cuantos más crímenes crea la Democracia que he cometido, más fuerzas retirarán de la tarea de acosar a gente que no puede defenderse -replicó-. Pero aquí estamos, hablando otra vez de negocios, cuando había prometido dejarlo.

-No importa -dijo Cain.

-Tendremos mucho tiempo para eso mañana -dijo Santiago-. ¿Hablamos sobre literatura?

Cain se encogió de hombros:

-Lo que desee.

-Bien -dijo Santiago, mientras dos jóvenes salían de la cocina y comenzaban a servirles-. ¿Ha leído alguna vez algo de Tanblixt?

-Nunca he oído hablar de él.

-No es él, es eso -dijo Santiago-. Un canforita, en realidad... y un poeta absolutamente brillante.

-Nunca me ha interesado demasiado la poesía -dijo Cain.

-Una sopa excelente -comentó Santiago, tomando una cucharada-. El Padre Guillermo la toma a litros.

-Es muy buena -convino Cain después de probarla.

-También he estado leyendo novelas escritas en los días en que aún estábamos ligados a la Tierra -continuó Santiago-. Siento predilección por Dickens.

*-¿David Copperfield?-*sugirió Cain.

-¡Ah! -exclamó Santiago, sonriendo-. Sabía que era un hombre culto.

-Sólo digo que lo he leído -replicó Cain-, no que me gustara.

-Déjeme, entonces, recomendarle uno que acabo de terminar: *Historia de dos ciudades.*

-Tal vez lo intente mañana -dijo Cain-. Si es que aún estamos hablando.

-Lo estaremos -le aseguró Santiago-. Hace apenas unos minutos, me preguntó en qué me diferenciaba yo de los otros revolucionarios para los que usted había luchado. Lo discutiremos mañana en detalle, pero le daré un anticipo ahora, si desea.

-Adelante.

-La mía era una causa perdida aun antes de que yo me sumara a ella -dijo Santiago, con una sonrisa enigmática.

Cain estaba todavía considerando esta afirmación cuando se puso de pie y se alejó de la mesa del comedor para ir a hablar de literatura con el Rey de los Delincuentes.

23

Sobre una montaña de oro está sentado:
su carácter, ardiente; su corazón, helado.
Da órdenes, consignas, reclama muy en serio...
Y se sienta a mirar expandirse su imperio.

No era una montaña de oro, por supuesto, pero sí la granja más hermosa que Cain hubiese visto.

Tenía alrededor de ochocientas hectáreas, divididas a partes iguales en plantaciones de trigo, maíz mutante, habas de soja y campos de pastoreo de ganado, cruzadas por corrientes de agua, y salpicadas aquí y allá por manantiales.

-En realidad, el terreno es demasiado ondulado para ser agrícola -comentó Santiago cuando los dos hombres se sentaron en la terraza a contemplar los campos en declive-. Es un hecho que todos los corredores de bienes raíces de la galaxia han aprendido a tener en cuenta: cuanto más bello es el paisaje, más difícil resulta cultivarlo debidamente. La tierra de cultivo adecuada es llana. -Suspiró-. Pero me enamoré de este lugar en cuanto lo vi.

-Es muy tranquilo -convino Cain.

-Me destrozó el corazón talar los árboles que había en el campo. Conservé intacta la arboleda más bonita, y levanté la casa junto a ella. -Santiago señaló un par de árboles cercanos-. Tengo una hamaca que suelo colgar entre esos dos -dijo-. Me encanta echarme en ella a beber un trago helado; entonces me siento un auténtico caballero rural.

-Es usted un revolucionario extraño -señaló Cain.

-Estoy metido en una revolución extraña -replicó Santiago.

-¿Por qué?

-¿Por qué es extraña?

-¿Por qué está luchando en ella?

-Porque alguien tiene que hacerlo.

-Eso no es razón suficiente.

-Es la mejor razón que existe -dijo Santiago-. La primera obligación del poder es la de perpetuarse a sí mismo. La primera obligación de los hombres libres es oponerse a él.

-He oído antes esa canción -dijo Cain secamente.

-Ah, pero la cantaban quienes querían obtener el poder, gente que quería reconstruir su mundo o incluso la Democracia.

-¿Y usted no quiere hacer eso?

-¿Volver a construir la Democracia? -preguntó Santiago. Negó con la cabeza-. En el mismo instante en que se obtiene el poder, uno se convierte en aquello contra lo que estaba luchando. -Hizo una pausa-. Además, soy demasiado realista para no saber que eso no se puede hacer. La Democracia tiene más naves que yo hombres. Todavía seguirá abusando de su poder un milenio después de que usted y yo hayamos muerto.

-Entonces ¿por qué insiste? -preguntó Cain.

Santiago lo contempló pensativo un momento.

-Sabe, Sebastián, tengo la sensación de que usted habría sido más feliz si yo hubiera resultado ser un anciano amable de cabello blanco que llamara «hijo mío» a todo el mundo, y le hubiese dicho que la utopía estaba a la vuelta de la esquina. Bueno, no es así. Insisto en luchar porque veo que algo falla y la alternativa a la lucha es la sumisión.

Cain no hizo ningún comentario.

-Si desea una justificación filosófica, la encontrará en mi biblioteca -continuó Santiago-. Yo tengo una explicación mucho más simple.

-¿Cuál es?

Santiago sonrió con gesto salvaje:

-Cuando alguien me presiona, yo presiono.

-Eso está muy bien -admitió Cain-, pero...

-¿Pero qué?

-Estoy cansado de perder.

-Entonces únase a mí, y pelee a mi lado -dijo Santiago.

-Acaba de admitir que no puede ganar.

-Pero eso no significa que tenga que perder. -Hizo una pausa-. Caray, no querría derrocar a la Democracia aunque pudiera.

-¿Por qué no?

-Primero, como le dije, porque no quiero pasar a formar parte de la clase dirigente contra la que estoy luchando. Y segundo, porque la Democracia no es verdaderamente malvada, ni siquiera especialmente corrupta. Sólo es un gobierno que, como todos los gobiernos, toma sus decisiones basándose en lo que redundará en un mayor beneficio para un mayor número de personas. Desde su punto de vista, y dado el electorado que los sustenta, son una institución moral y ética. Se consideran con derecho a saquear la Frontera y hacer suyos los derechos de sus ciudadanos... y, a largo plazo, sí eso refuerza su posición en la galaxia, pueden incluso tener razón. -Hizo una nueva pausa-. Por otro lado, aquellos de nosotros que soportamos la parte más pesada de esos abusos, no tenemos que hacernos los distraídos y esperar que todo se solucione mágicamente. Podemos pelear.

-¿Cómo? preguntó Cain, mirándolo atentamente.

-Comprendiendo la naturaleza del enemigo -dijo Santiago-. No estamos hablando de la maquinaria militar de algún planeta. Esto es la Democracia. Abarca más de cien mil mundos, y no va a cambiar, ni de la noche a la mañana, ni nunca. -Hizo una breve pausa y añadió-: Pero si los acosamos y los hostigamos lo suficiente, podemos convencerlos de que es menos costoso en términos de dinero y de vidas humanas dejarnos solos que continuar oprimiéndonos. -Aspiró profundamente y soltó el aire poco a poco-. Después de todo, ¿qué tenemos realmente que merezca semejante gasto? Somos una masa de insignificantes mundos deshabitados.

-Por no hablar de lo desorganizados que estamos -comentó Cain.

-Eso forma parte de nuestra fuerza.

Cain arqueó una ceja.

-Parece escéptico -señaló Santiago.

-Nunca creí que la falta de organización fuera una virtud.

-Nunca lo ha sido, Pero si nos organizáramos, si tuviéramos un ejército, una armada y una cadena de mando, la Democracia sabría dónde golpear, y seríamos diezmados en una semana. De hecho, la naturaleza del enemigo hace imposible el surgimiento entre las masas de un líder que aglutine a los hombres bajo su bandera.

-Salvo usted.

Santiago soltó una risita.

-Yo no soy un líder -dijo-. Soy un relámpago. Ataco por sorpresa, saqueo y mato, y la Democracia se retuerce las manos, y ofrece recompensas por el Rey de los Delincuentes. -Una sonrisa de satisfacción iluminó su rostro-. Si supieran por qué hago esto, si tuvieran la menor idea de lo que estoy financiando con el botín de mis conquistas, pondrían a cincuenta millones de hombres en la zona para revolver cada centímetro de cada mundo en mi busca. -Hizo una pausa-. Soy bueno para esconderme, pero no tan bueno. Prefiero, de lejos, que me crean un villano de éxito que un revolucionario de éxito.

-¿Es un revolucionario de éxito? -preguntó Cain.

-Usted estuvo en el centro médico -respondió Santiago-. Ha visto lo que estamos tratando de hacer.

-Cualquier equipo médico podría hacer lo mismo.

-Es verdad -admitió Santiago-. Pero no cualquier equipo médico podría mantener esas instalaciones, y sin duda no cualquiera podría minar el área donde la Armada planea construir

su base en Hyperion.

-Anita *la Silenciosa* dice que fue un accidente.

-¿También fue un accidente que mataran a una población nativa de millones de seres sensibles? -preguntó Santiago-. Esa escena ha sido representada una y otra vez a lo largo y a lo ancho de la Frontera Interior. Estoy tratando de convencerlos de que hay una manera mejor... y si eso falla, voy a convencerlos de que hay una forma absolutamente menos dolorosa.

-¿Funciona?

-Depende de su punto de vista -respondió Santiago-. Existen cientos de colonias que habrían sido diezmadas. Decenas de miles de hombres, que de otra forma habrían muerto, están vivos. Un puñado de razas alienígenas, que odiaban a los hombres, han aprendido que algunos de nosotros somos un poco menos odiosos que otros. -Sonrió-. Es una cuestión de proporción. Yo diría que está funcionando: la Democracia probablemente se preguntará por qué hemos invertido tantas vidas y tantos años para obtener resultados tan insignificantes.

Un hombre de alrededor de treinta años, con un mechón blanco entre su cabello negro como el carbón, salió en ese momento de la casa, y se acercó a ellos.

-¿Sí? -preguntó Santiago-. ¿Qué ocurre?

El hombre miró a Cain, titubeante.

-Éste es Sebastián Cain -dijo Santiago-. Mientras sea mi huésped, no tengo secretos para él. -Se volvió hacia Cain-. Sebastián, éste es Jacinto, uno de mis socios de mayor confianza.

Cain saludó con un movimiento de cabeza.

-Encantado de conocerle, señor Cain -dijo Jacinto, inclinando ligeramente la cabeza. Se volvió hacia Santiago-. Winston Kchanga se ha negado a entregarnos la mercancía.

-Lamento oír eso -dijo Santiago, frunciendo el ceño-. ¿Ha dado alguna razón?

Jacinto resopló, despectivo.

-Me temo que el Señor Kchanga ha dejado de sernos útil -dijo Santiago.

Jacinto asintió, y volvió a entrar en la casa.

-Supongo que debo darle una explicación.

-No es problema mío -repuso Cain.

-Ojalá lo sea pronto. Winston Kchanga es un contrabandista del sistema Corvus. Asumió un compromiso con nosotros, el dinero cambió de mano, y ha elegido no cumplir ese compromiso. No sabe que yo estoy involucrado en esto, pero eso no cambia las cosas. -Suspiró-. Es lamentable.

-No tan lamentable -dijo Cain-. Hay una orden de captura contra él.

-Quizá deba aclarar mi afirmación -dijo Santiago-. Encuentro lamentable que una de las personas por las que estamos luchando trate de estafarnos. No lamento en absoluto ordenar su muerte. -Miró a Cain con perspicacia-. Estoy luchando en una guerra, y cuando uno está en una guerra debe haber víctimas. Mi preocupación principal es que no sean inocentes.

-Por lo que he oído, no hay casi nada de lo que Kchanga sea inocente -dijo Cain. Calló un instante-. También hay una orden de captura contra su amigo Jacinto. Solía usar el nombre de Esteban Córdoba.

-Hace más de siete años que Jacinto no sale de Puerto Seguro -dijo Santiago-. Tiene una memoria notable, Sebastián.

-Es por el mechón blanco de su cabello -replicó Cain. No es fácil de olvidar.

-Es el socio de más confianza que tengo -dijo Santiago-. Me ha servido con lealtad durante casi quince años. -Insistió nuevamente a Cain-. ¿Qué se propone hacer con él?

Cain se encogió de hombros:

-Nada.

Una amplia sonrisa iluminó el rostro de Santiago:

-¿Entonces, se une a nosotros?

-No he dicho eso. Tenemos mucho de que hablar.

Santiago se puso de pie.

-¿Caminamos mientras lo hacemos? -sugirió-. Es un día demasiado espléndido como para quedarse sentado a la sombra.

-Como usted quiera.

-Entonces, venga conmigo, y le enseñaré la granja mientras caminamos.

Cain siguió a Santiago por la galería.

-¿Es usted aficionado a la pesca, Sebastián? -preguntó Santiago.

-No.

-Debería probarlo alguna vez. He llenado de peces tres de las fuentes.

-Tal vez lo intente algún día.

-Debería. Es muy relajante. -Comenzó a rodear una de las fuentes-. Supongo que tiene algunas preguntas que hacerme.

-Algunas -dijo Cain, caminando al lado de Santiago-. Para empezar, ¿cuándo decidió que necesitaba un guardaespaldas?

-¿Eso es lo que cree que tengo en mente para usted?

-Si no lo es, debería serlo -dijo Cain-. El Ángel no debe andar muy lejos.

-Ya tengo guardaespaldas.

-No podrían detenerme si decidiera matarlo justo ahora.

-Es verdad... pero sé que no lo hará. Y no tengo intenciones de llevar al Ángel a dar un paseo por mi granja.

-Supongo que no lo ha ayudado a encontrarlo.

Santiago frunció el ceño, y sacudió la cabeza.

-No. Es un hombre notable.

-Y, como le dije anoche, usted es uno muy buscado.

-No logrará eludir al Padre Guillermo.

-Ha eludido a hombres mejores que el Padre Guillermo -dijo Cain-. Si no me quiere como guardaespaldas, entonces ¿por qué estoy aquí?

-He sido un hombre muy afortunado, Sebastián -dijo Santiago-. Pero nadie vive para siempre. Me gustaría pensar que mi trabajo seguirá cuando yo no esté. No puedo hacer eso a menos que deje buena gente tras de mí... gente como Jacinto, o Anita *la Silenciosa*, y gente como usted.

Cain lo miró fijamente.

-De verdad piensa que lo va a matar.

Santiago sacudió la cabeza, negando:

-No. Realmente, no lo creo. Pero no puedo reclutar hombres para mi causa como lo hace la Armada. Debo estudiarlos cuidadosamente y luego tratar de convencer a los mejores de que se unan a mí.

-¿Por qué ahora?

-He tardado todo este tiempo en asegurarme de que usted era el hombre que buscaba.

-¿A cuántos más les ha pedido lo mismo?

-Reclutar gente no es nada nuevo, Sebastián. He estado haciéndolo desde que vine aquí. Usted es el último, pero no el único.

-¿Con cuántos me he encontrado?

-Con más de los que supone -replicó Santiago-. ¿De qué otra forma habría podido saberlo todo sobre usted?

-Sé que Gerónimo Gentry es uno de ellos.

-Cierto.

-¿Y Terwilliger?

-No -dijo Sebastián, sacudiendo la cabeza.

-¿Stern?

-No. -De pronto, Santiago rió-. Supongo que tendré que reclutarlo si alguna vez quiero organizar a los *fali*.

-Dice que se encontró con usted cuando estuvo preso en Kalami Tres.

-Entonces, supongo que así fue.

-No se ajusta a la descripción que hizo de usted.

Santiago se encogió de hombros:

-Como ya le dije, me han hecho cirugía plástica.

-¿La cirugía le rebajó diez o quince centímetros de estatura?

-Eso fue hace muchos años, y Stern ha estado con los *fali* demasiado tiempo... y era un hombre mucho más bajo que usted. -Pareció divertido-. ¿O acaso está sugiriendo que soy un impostor?

-No -dijo Cain-. ¿Está sugiriendo usted que yo me convierta en uno?

-Creo que no le sigo.

-Anoche eché un vistazo a su *Historia de Dos Ciudades* -dijo Cain-. Se me ocurrió que el Ángel no ha visto a ninguno de nosotros dos.

-¿Y piensa que quiero que se haga pasar por mí si llega, y cuando lo haga?

-¿Es así?

-No, de ningún modo. Libro mis propias batallas. -Hizo una breve pausa-. Aparte de eso, ¿qué le ha parecido el libro?

-Aparte de eso, es bastante aburrido.

-Lamento que no lo haya disfrutado.

-Tenía otras cosas en la cabeza -dijo Cain-. Todavía las tengo.

-¿Por ejemplo?

-Por ejemplo, si debo creer en usted o no -respondió Cain-. He matado a muchísima gente por hombres en los que creía, y siempre he sido defraudado.

-No le estoy pidiendo que mate a nadie por mí, Sebastián --dijo Santiago-. Sería un presuntuoso. Estoy pidiéndole que me ayude a proteger a la gente de los abusos de un gobierno distante a quien esa gente le importa un rábano.

-No hace ni diez minutos que le ha ordenado a Jacinto que matara a alguien por usted -señaló Cain.

-Fue por la causa, no por mí -contestó Santiago-. Ya que no puedo basar mi operativo en medios legítimos, debo recurrir a tácticas dudosas. A Winston Kchanga no se le puede permitir que se burle de nosotros y evite ser castigado por sus acciones. Si se corriera la voz de que no protegemos nuestros intereses, no pasaría mucho tiempo antes de que los elementos criminales se aprovecharan de nosotros, como hace la Democracia. -Se volvió, y comenzó a caminar por un prado sembrado con filas y filas de enorme maíz mutante-. En la revolución no hay lugar para los remilgados. Seguramente usted lo comprende.

-Lo comprendo -dijo Cain-. ¿Cuántos hombres querrá que mate?

Santiago se detuvo y lo miró francamente a los ojos:

Jamás le pediré que mate a nadie que no se lo merezca.

-Ahora, por hacer eso, obtengo una paga considerable.

-Si viene conmigo, seguirá matando. No obtendrá paga alguna, habrá precio puesto a su cabeza, e incluso la gente por la que está luchando querrá verlo muerto. -Santiago sonrió burlón-. No es una gran oferta, ¿verdad?

-No, no lo es.

-Permítame endulzarla un poco -continuó Santiago-. Tendrá un beneficio que no tiene en su actual ocupación.

-¿Cuál?

-La certeza de que usted habrá marcado una diferencia.

-Eso estaría bien, por una vez -dijo Cain con sinceridad.

-Nadie más que usted lo sabrá.

-Nadie tiene que saberlo.

Se produjo un momentáneo silencio.

-¿En qué está pensando, Sebastián?

-En que me gustaría creerle.

-¿Me cree?

-Todavía no lo he decidido. -Se detuvo a la sombra de una planta de maíz de tres metros y medio de altura-. ¿Qué pasa si decido que no?

-Voy desarmado, y mis guardaespaldas están en la casa.

-Me preocupaba más lo que usted pudiera llegar a hacerme a mí. -Nos preocuparemos por eso en el momento oportuno.

-Tendrá que matarme -dijo Cain-. O intentarlo, al menos. Sé qué aspecto tiene y dónde encontrarlo.

-Hay otros que también lo saben -dijo Santiago-. Sería mucho menos complicado si se uniera a mí, sin embargo.

Continuaron caminando, Santiago enumerando sus quejas contra la Democracia, comentándole a Cain las acciones que había emprendido, y la gente que había salvado y la que había fracasado en salvar. Cain escuchó, pensativo, formulando alguna que otra pregunta, haciendo alguna observación de vez en cuando.

-Es la voz de la conciencia lo que le envejece a uno -dijo Santiago, mientras caminaban a lo largo de un arroyo que hacía las veces de límite natural entre dos de los campos-. Hay mucho trabajo que hacer, y contamos con muy poco dinero y recursos humanos. ¿Los usamos en salvación, o en retribución? ¿Invertimos todo lo que tenemos en remendar a las víctimas de la Democracia y las enviamos de vuelta para que se las explote nuevamente, o las dejamos tiradas donde cayeron y tomamos las medidas necesarias para que no les pase lo mismo a sus vecinos?

-Se debe evitar que vuelva a ocurrir -dijo Cain con firmeza.

-Respuesta de cazador de recompensas -replicó Santiago-. Por desgracia, es más fácil decirlo que hacerlo. La incursión de Epsilon Eridani fue atípica. No tenemos el suficiente poder armamentístico como para resistir a la Armada. -Suspiró-. Oh, bueno, eso es lo que mantiene el desafío. Hacemos lo que podemos, donde podemos. Es un acto de equilibrio: salvar gente cuando es posible, castigar a otra cuando tenemos la oportunidad, y financiarlo todo con empresas y asociados que hacen que, en comparación, el Botinero parezca honrado.

-¿Cómo es que no se cargó a Whittaker Drum?

-¿A Sócrates?

-Sí.

-Porque no soy un fantasma vengador que se dedica a corregir todos los entuertos de la galaxia-dijo Santiago-. Supe lo que había hecho en Sylaria aun antes de saber que usted había peleado para él. -Se volvió hacia Cain, y lo miró a los ojos-. Pero eso fue hace veinte años, y Sylaria está a miles de años-luz de distancia. Sócrates me resultó útil, así que lo usé, igual que a otros cientos de hombres mucho peores que él.

Se detuvo para inspeccionar una enorme mazorca de maíz.

-Tres semanas más, y estará listo para la cosecha -anunció-. Cuatro, como mucho. ¿Alguna vez ha estado en una granja en tiempos de cosecha, Sebastián?

-No, nunca -dijo Cain, sacudiendo la cabeza.

-Hay un sentimiento de realización, de naturaleza plena y renovada-dijo Santiago-. Incluso el aire huele mejor.

Cain sonrió:

-Tal vez debería haber sido granjero.

-Supongo que lo soy, en cierto sentido.

-Quiero decir a tiempo completo -dijo Cain-. No me estaba refiriendo a esto.

-Yo tampoco -replicó Santiago-. San Pedro era un pescador de almas. Yo soy un sembrador de la revolución. -Pareció complacido consigo mismo-. Lo prefiero así.

Caminaron medio kilómetro más. Los campos de maíz fueron reemplazados por largas hileras de habas de soja, que a su vez menguaron hasta desaparecer cuando llegaron a la cima de una loma.

-¿Qué hay allí abajo? -preguntó Cain, señalando un claro primorosamente cuidado en un

Librodot

pequeño valle. Había en él un banco de madera frente a una fuente salpicada por vistosas plantas acuáticas.

-Mi lugar favorito -dijo Santiago, conduciéndolo hasta él-. A menudo vengo aquí a leer, o simplemente a meditar. Incluso puede verse parte del ganado desde aquí. -Aspiró profundamente, como si el mismo aire supiera mejor en ese claro-. He plantado algunas flores, pero ya han florecido y se han secado; no volverán a florecer hasta dentro de cinco o seis meses.

-No ha plantado solamente flores, aquí -comentó Cain, señalando con un gesto dos montículos de tierra.

-Eran dos de los mejores hombres que he conocido -dijo Santiago suavemente.

-Entonces ¿por qué los puso en tumbas sin nombre?

-Aquí no viene nunca nadie, excepto yo, y sé quiénes son -replicó Santiago.

Cain se encogió de hombros, y entonces notó un movimiento por el rabillo del ojo. Al volverse vio que un hombre se acercaba. El sol dio de lleno en el mechón blanco de su cabello, y Cain advirtió que se trataba de Jacinto.

-He supuesto que los encontraría aquí -dijo Jacinto, cuando finalmente llegó hasta donde ellos se encontraban-. Llueva o brille el sol, todos los días pasa un par de horas en este lugar.

-Es un sitio bonito -dijo Cain.

-¿Sólo estás de visita? -preguntó Santiago.

Jacinto negó con la cabeza:

-El Padre Guillermo está en la casa.

-No es habitual que venga a la granja. Supongo que quiere asegurarse de que Sebastián no me ha matado.

-Dice que está aquí para hablar con el señor Cain -dijo Jacinto.

-Es tan sutil como un terremoto -comentó Santiago. Se alejó de las tumbas-. Bueno, supongo que no debo hacerlo esperar.

Comenzó a caminar hacia la casa, y Cain y Jacinto fueron tras él.

-¿Se quedará con nosotros mucho tiempo, señor Cain? -preguntó Jacinto.

-Es una posibilidad -respondió Cain.

-Espero que así sea. Necesitamos a alguien como usted.

-Necesitamos a mil como él -dijo Santiago-. No obstante, nos arreglaremos con lo que tenemos.

-¿Puedo hacerle una pregunta que requiere de su experiencia profesional, señor Cain?

-Adelante.

-¿Qué piensa de nuestra seguridad?

-Es un asco.

Jacinto le dirigió a Santiago una sonrisa triunfal.

-Eso es lo que he estado tratando de decirte durante meses. -Se volvió hacia Cain-. ¿Qué cambios haría?

-Triplicaría la dotación de hombres, y los distribuiría en guardias de veinticuatro horas, para empezar. Y trataría de explicarles que si ellos pueden ver en la oscuridad, también puede el Ángel.

-¿Ves? -le dijo Jacinto a Santiago.

-Ya hemos discutido antes todo esto -dijo Santiago, irritado-. No voy a convertirme en un prisionero en mi propio planeta. -Apuró el paso, y Cain y Jacinto quedaron rezagados.

-Le pido disculpas por haberlo involucrado en esta discusión -dijo Jacinto suavemente-. Pero no va a traer más hombres a Puerto Seguro.

-¿Cuántos tiene aquí? -preguntó Cain.

-¿Quiere decir, en todo el planeta?

-Sin contar a los médicos, los técnicos y todo eso.

-Tal vez cincuenta.

-¿Y en la granja?

-Quince, incluyéndome.

-Eso no detendrá al Ángel.

-Lo sé. Espero que con usted tengamos suficiente.

-No he dicho que fuera a quedarme.

-Entonces, quizás el Padre Guillermo...

-Lo dudo. -Cain calló un instante-. Dicho sea de paso, hay otro consejo profesional que puedo darle.

- Sí?

-Si alguna vez abandona Puerto Seguro, tíñase el cabello.

Jacinto pareció sorprendido.

-Lo haré -dijo-. Gracias.

Poco después alcanzaron a Santiago, y los tres hombres recorrieron juntos la distancia que los separaba de la casa; a medida que caminaban, Santiago le señalaba a Cain varios aspectos de la granja. El Padre Guillermo estaba esperándolos en la terraza.

-Buenos días, Santiago -dijo el predicador-. Jacinto. -Se volvió hacia Cain-. Hola de nuevo, Sebastián. ¿Ha disfrutado de su estancia?

-Ha sido interesante -respondió Cain.

-¿Se lleva bien con su anfitrión? -preguntó incisivamente.

-Hasta ahora, sí.

-Me alegro de saberlo.

-Estoy seguro de que sí.

-Tengo entendido que quiere hablar con Sebastián -dijo Santiago-. Si desea, podemos dejarlos solos.

-No será necesario -dijo el Padre Guillermo, con una extraña sonrisa-. En realidad, estoy aquí para ponerles al corriente de la llegada de alguien.

-¿El Ángel? -preguntó Cain, súbitamente tenso.

Santiago negó con la cabeza:

-Está en el sistema Cantrell.

-¿Quién, entonces? -insistió Cain.

-¿Por qué no lee esto? -dijo el Padre Guillermo, extendiéndole una hoja de papel muy lujosa, doblada.

Cain vio que estaba escrita con una caligrafía elegante, y la leyó en voz alta:

«El Alegre Botinero envía saludos y felicitaciones a su socio, Sebastián Cain, y lo invita cordialmente a acudir esta tarde a la taberna Barleycorn para tomar el aperitivo de las cuatro con motivo de renovar su amistad y discutir también ciertos asuntos de negocios. »

Cain arrojó la nota sobre una mesa.

-Se trata del Botinero, efectivamente -dijo.

-Anita *la Silenciosa* me instó a matarlo cuando tuve la posibilidad de hacerlo -dijo Santiago-. Tal vez tuviese razón.

-¿Hay alguna respuesta? -preguntó el Padre Guillermo, todavía divertido.

-La entregaré en persona -dijo Cain, torvamente.

24

Roba, mata y saquea, y se entrega al pillaje.
Furtivo se desliza, de sopetón dispara.
Ni olvido ni perdón están en su equipaje;
si un enemigo vive, no cede ni se ablanda.

Una de las cosas que Orfeo Negro nunca comprendió fue por qué el Alegre Botinero, que era su amigo, se negó a darle información alguna sobre Santiago, negándole incluso una descripción física del mismo. Estaba seguro de que el Botinero conocía a Santiago (había escuchado a dos de sus compinches afirmarlo), pero era el único tema acerca del cual el locuaz criminal se negaba a hablar.

Desde el punto de vista del Botinero, esto tenía mucho más sentido. Lo que nade comprendía, ni Orfeo, ni el Padre Guillermo ni Virtud MacKenzie, era que, para él, el dinero era tan sólo una herramienta, un medio para alcanzar un fin: su colección de arte alienígena. Se reservaba su opinión sobre Santiago, no en virtud de ninguna lealtad o amistad hacia él, sino simplemente porque si Santiago permanecía libre y vivo, era posible robarle, mientras que, capturado y encarcelado, se convertía en propiedad de la Democracia, al igual que todas sus posesiones.

La tercera alternativa era la de Santiago muerto, y eso era lo que había ido a discutir a Puerto Seguro.

Se sentó en la taberna a beber una mezcla helada de licores exóticos provenientes de Antares y Ranchero, con un pequeño juego alienígena de ingenio en la mano. Manipuló las piezas de formas extrañas con la seguridad que proporcionan largas horas de práctica, alzando la mirada de vez en cuando para admirar el rostro y la figura de Rizo de Luna... o lo que podía distinguir de ellos bajo la melena despeinada y la ropa harapienta.

Por último, se cansó del rompecabezas, volvió a guardárselo en el bolsillo de la elegante túnica de seda a medida, sacó de otro bolsillo un pequeño cubo transparente, y pasó los minutos siguientes admirando el diminuto grillo azul y blanco con piedras preciosas engarzadas que contenía.

Acababa de guardarlo cuando Cain y el Padre Guillermo entraron a la taberna y se acercaron a él.

-Buenas tardes, Sebastián -dijo el Botinero, con una sonrisa amistosa-. Veo que ha recibido mi mensaje.

Cain se sentó frente a él.

-¿Qué demonios está haciendo aquí? -dijo.

-Un momento -dijo el Botinero, levantando la mano-. Primero, tengo un obsequio para su chófer.

-Supongo que se está refiriendo a mí -dijo el Padre Guillermo, divertido.

-Así es. ¡Rizo de Luna!

-¿Sí, señor?

-El regalo del Padre Guillermo, por favor.

Ella entró en la cocina y salió un momento después, cargada con una bandeja enorme que contenía un descomunal pato asado con salsa de crema rodeado por una guarnición de buñuelos y patatas.

-¿Dónde lo pongo, señor? preguntó Rizo de Luna.

-Tan lejos de esta mesa como sea posible. -Sonrió con un gesto de disculpa al Padre Guillermo, que estaba contemplando ávidamente el ave-. Me gustaría hablar con mi socio en privado. Esto le dará algo en lo que ocupar la boca.

-No voy a tomarme esta afirmación como una ofensa, dada la magnitud de este magnífico gesto cristiano -dijo el Padre Guillermo, frotándose las manos y dirigiéndose hacia

la mesa en la que Rizo de Luna había dejado la bandeja. Le hizo una seña a la muchacha-. Creo que voy a necesitar un jarro de cerveza para bajar esto, hija mía. -Ella empezó a protestar, pero él alzó un dedo, indicándole que guardara silencio-. Sé lo que dijimos anoche, pero Dios comprende que la carne es débil. Comenzaré mí dieta el lunes.

-¿Esta vez va en serio?

-A menos que la Providencia disponga lo contrario.

Ella pareció escéptica, pero le sirvió la cerveza. Al cabo de un momento él atacaba su cena, ajeno al resto del universo.

-Me alegro de volver a verle, Sebastián -dijo el Botinero, bajando la voz lo suficiente para que no se oyera en el resto de la habitación.

-Ojalá pudiera decir lo mismo -respondió Cain-. ¿Qué está haciendo aquí?

-Simple: usted siguió el rastro de un contrabando, y el Ángel siguió el rastro del dinero. -Sonrió levemente-. Decidí seguir el rastro más fácil de todos: el de los cazadores de recompensas.

-Hay un montón de mundos con más cazadores de recompensas que éste.

-Es verdad -admitió el Botinero-. Pero ni usted ni el Padre Guillermo están en ellos. Ayer mató usted a un hombre, pero no se fue... y el Padre Guillermo está aquí hace más de un mes.

-Santiago no está aquí -dijo Cain.

-Permítame la cortesía de preguntar si está, antes de comenzar a mentirme -dijo el Botinero. Hizo una pausa-. Si no está en Puerto Seguro, Orfeo debe de estar sosteniendo una reunión con todos los asesinos sobre los que ha escrito. Usted sabe que el Ángel viene hacia aquí.

-¿A qué distancia está? -preguntó Cain.

-A dos o tres días -respondió el Botinero. Y trae a otro de sus socios con él.

-¿Virtud o Terwilliger?-preguntó Cain.

-¿No se ha enterado? Terwilliger, el pobre, ha partido hacia el gran salón de juegos celestial.

-¿Quién lo mató? ¿El Ángel?

El Botinero negó con la cabeza:

-*Montaña Humana* Bates lo atrapó finalmente.

Cain se encogió de hombros:

-No debió haberle estafado.

-Sabía que le destrozaría el corazón -dijo el Botinero, con una risita ahogada-. Si lo hace sentirse mejor, el Ángel vengó su muerte.

Cain frunció el ceño:

-No había ninguna orden de captura contra Bates.

-Supongo que el Ángel es un hombre noble por naturaleza -comentó el Botinero-. Da trabajo a periodistas incompetentes y venga la muerte de un turbio jugador. -Estudió a Cain por entre sus pestañas entornadas-. ¿Últimamente se ha encontrado con algún otro ciudadano con conciencia cívica?

-¿En quién está pensando? -preguntó Cain, impasible.

-Usted sabe en quién -dijo el Botinero-. ¿Ya lo ha alistado en la Gran Cruzada?

-No sé de qué está hablando.

-Si se hace el tonto, Sebastián, nunca vamos a llegar a ninguna parte. Sé que está aquí, y no me creo que haya estado usted dos días en este planeta sin encontrarlo.

Cain observó largamente al Botinero.

-Lo encontré -dijo, por fin.

-Y, naturalmente, no lo mató.

-No, no lo hice.

El Botinero sonrió.

-Sabía que no lo haría. Lo mismo que Yorick. -Sacudió la cabeza-. Imaginaba que

habría eliminado todo ese idealismo de su interior luego de sentir machacar el infierno dentro de usted en su impetuosa juventud.

-También yo lo creía -admitió Cain.

-No hay peor borracho que un borracho veterano -dijo el Botinero. Hizo una seña a Rizo de Luna, que acababa de alcanzarle una fuente de bizcochos calientes al Padre Guillermo-. Otra ronda, por favor.

-Sí, señor. -Miró a Cain-. ¿Algo para usted, señor?

-Tal vez un cambio de compañía.

-¿Perdón?

-Tomaré una cerveza-dijo, suspirando.

-Enseguida, señor.

-No entiendo qué vio Orfeo en ella -comentó el Botinero mientras miraba a Rizo de Luna ir hacia la barra.

-No, supongo que no puede.

El Botinero sonrió:

-Tengo la sensación de que me han insultado.

Cain lo observó, sin hacer comentarios.

-A propósito -continuó el Botinero-, no vi a Schussler cuando venía hacia aquí.

-Está muerto.

-Eso fue una estupidez, Sebastián. Recibe una nave absolutamente gratis con un enorme banco de datos de información interesante, y la destruye. Qué desperdicio.

-Le di mi palabra.

-Sinceramente, dudo que una promesa hecha a una máquina implique una obligación legal.

-Razón de más para cumplirla -dijo Cain.

-Cada día que pasa, se parece más y más a él -dijo el Botinero, divertido.

-¿A Schussler?

-No. A él.

Llegó Rizo de Luna con las bebidas.

-Quiero agradecerle otra vez el haberme salvado la vida, señor-le dijo a Cain.

-Estuve encantado de hacerlo -replicó él.

-Espero que Anita *la Silenciosa* le haya sido de ayuda.

Él asintió con la cabeza.

-Me alegro -dijo ella, sonriendo-. Significa que yo también he podido hacer algo bueno por usted.

-Claro que lo has hecho.

Ella sonrió una vez más y volvió a la cocina para ocuparse del postre del Padre Guillermo.

-Ustedes dos han formado una conmovedora asociación de admiración mutua -comentó el Botinero.

-Si usted lo dice...

-Si yo le salvara a ella la vida, ¿me llevaría también a mí a ver a Santiago?

-Lo dudo mucho.

-¿Qué compromiso ha asumido usted con él?

-Hasta ahora, ninguno.

-¿Pero lo hará? -insistió.

-Quizá.

El Botinero hizo una mueca y sacudió tristemente la cabeza:

-Estúpido. Sencillamente estúpido.

-Entonces, le sugiero que no se una a él -dijo Cain con mucha ironía.

-¡El tipo está sentado sobre la colección de obras de arte más grande de toda la Frontera! -dijo el Botinero, exasperado-. ¡Y no parece importarle a nadie, salvo a mí!

-También está sentado sobre la colección más grande de vacunas contra la fiebre azul -contestó Cain, con calma.

-¿A quién demonios le interesan las vacunas? -preguntó el Botinero-. ¡Estamos hablando de obras de arte irreemplazables!

-Pues hágalo en voz un poco más baja -dijo el Padre Guillermo desde el otro extremo del salón-. Está arruinándome la digestión.

-Usted es un tonto más grande que él -dijo el Botinero, bajando la voz y haciendo un gesto con la cabeza en dirección al Padre Guillermo-. Al menos, cree que está sirviendo al Señor.

-Tal vez lo hace -dijo Cain.

-Corre peligro de convertirse en un pelmazo, Sebastián -dijo el Botinero, disgustado-. Descubrir un nuevo sentido a nuestros propósitos es una cosa; descubrir una nueva convicción religiosa es otra muy distinta.

Cain lo contempló desde el otro lado de la mesa.

-Exactamente ¿qué demonios quiere, Botinero?

-Usted sabe perfectamente bien lo que quiero.

-Tendrá que conseguirlo por sus propios medios.

-Tonterías. Somos socios.

-Nuestra sociedad está disuelta.

-Eso no cambia nada-dijo el Botinero.

-Vaya. ¿Cómo es eso?

El Botinero se inclinó hacia él.

-Santiago es hombre muerto, Sebastián. Si no lo mata usted, lo hará el Ángel. Es así de simple. -Volvió a sacar de su bolsillo el cubo y comenzó una vez más a examinar el grillo enjoyado que contenía-. ¿Por qué permitir que él se quede con la recompensa por hacer algo que usted puede hacer ahora mismo?

-No lo hará.

El Botinero sonrió.

-¿Quién lo va a detener? ¿El Padre Guillermo? -Soltó una risita-. Matar pecadores descarriados es una cosa; matar al Ángel, otra muy distinta. -Miró fijamente a Cain-. ¿O piensa que usted va a detenerlo?

-Es una posibilidad.

El Botinero resopló, desdeñoso:

-No tiene la menor posibilidad.

-Tampoco la tenía con Altair de Altair.

-Esto es diferente -dijo gravemente el Botinero-. Es el Ángel.

-Estoy empezando a cansarme de oír hablar de él -dijo Cain.

-Va a cansarse mucho más cuando todo el mundo comience a hablar de cómo mató a Santiago.

-Santiago ha permanecido oculto durante más de treinta años -señaló Cain-. Se me antoja que es un hombre capaz de cuidarse solo.

-¿De qué está hablando? -preguntó el Botinero-. ¿Piensa, acaso, que es el primer cazador de recompensas que pisa Puerto Seguro?

Cain negó con la cabeza.

-Pacificador MacDougal estuvo aquí hace cuatro meses. Mató a Billy *Tres-Ojos* frente a esta misma taberna. -Sonrió torvamente-. Pero, por supuesto, ya sabe todo esto, ¿no es verdad?

-No estoy hablando de Pacificador MacDougal -exclamó el Botinero-. Diablos, si son como media docena los cazadores de recompensas que han conseguido llegar hasta aquí. Incluso dos de ellos llegaron hasta su granja.

-¿Qué granja? -preguntó Cain, haciéndose el inocente.

-La maldita granja en la que el Padre Guillermo le ha entregado mi nota -dijo el

Botinero, sosteniendo el cubo a contraluz-. Ya se lo he dicho: no carezco totalmente de recursos.

-Ni siquiera sabía que Santiago vivía en Puerto Seguro cuando me alejé de usted, hace dos semanas -dijo Cain, sin mostrarse impresionado.

-Hasta ayer, no -admitió el Botinero-. Pero sabía que vivía en una granja, y sabía que había enterrado a los dos cazadores de recompensas que lo encontraron en uno de sus campos de trigo. Lo único que no sabía era dónde estaba la granja.

-¿Quién se lo dijo?

-Alguien que trabajó para él y vio las tumbas.

-Eso demuestra que tiene una cierta habilidad para defenderse, ¿no cree?

-Si unos cazadores de recompensas comunes pudieron llegar tan lejos, el Ángel lo matará -dijo el Botinero. Hizo una pausa-. A menos que usted lo mate primero.

-No tengo interés -dijo Cain.

El Botinero sonrió:

-Aún no ha escuchado mi oferta.

-Hágala, y déjeme en paz.

-La mitad -dijo el Botinero con una sonrisa confiada.

-¿La mitad de qué?

-La mitad de las obras de arte. Usted se queda con la recompensa, y nos repartimos las obras de arte por partes iguales.

-Deje de jugar con ese condenado grillo, y váyase -dijo Cain.

-¿Se da cuenta de lo que estoy ofreciéndole? -preguntó el Botinero, guardándose el cubo en el bolsillo.

Cain asintió con la cabeza:

-¿Se da cuenta usted de que estoy rechazando su oferta?

-¡Está loco! -ladró el Botinero-. ¡Incluso después de retirar los objetos que quiero, el resto de la colección vale millones en el mercado negro!

-Tal vez yo no sea exactamente un coleccionista de arte.

-Ha tornado una decisión profesional muy estúpida, Sebastián. -¿Es una amenaza? -preguntó Cain.

El Botinero negó con la cabeza:

-Sólo una predicción.

-Muy bien. Ya ha hecho su oferta. Yo la he rechazado. ¿Ahora, qué?

-Ahora, esperaremos.

-¿A qué?

-A que cambie de idea.

-No lo haré -dijo Cain.

-Entonces, esperaremos a que el Ángel mate a Santiago.

-Él tampoco hará ningún trato con usted.

-Tal vez no -convino el Botinero-. Pero tampoco sabrá dónde se encuentra la colección de arte, y tengo tantas posibilidades como él de encontrarla.

-Entonces ¿por qué me ha hecho siquiera una oferta? -preguntó Cain, confundido.

-Porque usted es un hombre razonable, y tenemos un acuerdo de sociedad, lo reconozca o no. El Ángel podría tener un punto de vista diferente con respecto a que yo confiscara las obras de arte.

-Entonces, déjeme que le aclare una cosa -dijo Cain seriamente-. Si intenta apoderarse de algo que pertenezca a Santiago, lo mataré yo mismo.

El Botinero lo contempló un instante.

-Sí que lo ha impresionado, verdad? -dijo, divertido.

-Ya ha oído lo que le he dicho.

El Botinero suspiró:

-En ese caso, supongo que deberé registrarme en la pensión en la que se aloja el Padre

Guillermo, y esperar a ver qué pasa.

-Como un buitre que ronda sobre los muertos -comentó Cain disgustado.

-Una comparación muy adecuada -convino el Botinero, sin dar muestras de enojo-. Se sorprendería de saber los pocos buitres que mueren de hambre cuando siguen a los depredadores correctos.

Cain se volvió hacia el Padre Guillermo, que se había terminado el ave y estaba concentrado en la tarea de limpiar los restos de los platos con gran entusiasmo.

-Hemos terminado de hablar, si quiere reunirse con nosotros -dijo, con voz normal.

-¿O va a continuar fingiendo que no escuchaba? -dijo el Botinero.

El Padre Guillermo los miró a través de la habitación, y sonrió.

-Yo estaba comiendo. Dios estaba escuchando. -El predicador pasó por última vez un trozo de bizcocho por la salsa de crema, y luego se acercó a ellos-. ¿Habéis terminado de tratar con vuestros asuntos?

-Hemos coincidido en disentir-dijo el Botinero.

-¿Piensa marcharse hoy, o va a denigrar aún más su alma inmortal? -preguntó el Padre Guillermo.

-Oh, pienso quedarme por aquí algunos días. -El Botinero sonrió de pronto-. Es un lugar hermoso para pasar unas vacaciones.

-A pesar de que usted me cae bien, Botinero, si osa levantar un solo dedo contra Santiago, le daré caza como a un animal -dijo el Padre Guillermo.

El Botinero soltó una risita:

-Tendrá que permanecer alerta. Al parecer, todo el mundo está decidido a hacer lo mismo.

-Simplemente, recuerde que hay una orden de captura contra usted.

-Pero no por asesinato -dijo el Botinero.

-No cuente con eso para salvar su pecaminoso cuero cabelludo -dijo el predicador-. No sería el primero que eliminan por resistirse a un arresto.

-¿Arresto? -repitió el Botinero, riendo-. ¿Desde cuándo se ha vuelto un servidor de la ley?

-¿Qué piensa que son los cazadores de recompensas? -preguntó el Padre Guillermo-. Aquí, en la Frontera, somos la única ley que existe. Puede que no mantengamos el orden, pero castigamos a quienes quebrantan la ley, y con eso se consigue bastante respeto por la ley, al cabo de un tiempo.

-Nunca me lo había planteado así -admitió el Botinero-. Supongo que algo de cierto hay en ello.

-Más de lo que cree, Botinero -dijo el Padre Guillermo seriamente-. Sugiero que no lo olvide.

-Tal vez sea mejor que se lo diga a mi socio -dijo el Botinero-. Está pensando en colaborar con un criminal buscado por la ley.

-¿Sabe? -dijo el predicador-, sería mejor para todos nosotros si regresara a Barra Dorada y se dedicara a admirar sus ganancias mal habidas.

-Pensé que sería más fructífero tratar de aumentarlas.

-La única razón de que aún siga con vida es que él todavía no me ha ordenado que lo matara -continuó el Padre Guillermo-. Éste es su mundo, y usted está invadiéndolo.

-Trataré de que eso no me quite el sueño -respondió el Botinero.

-Quizá sería mejor que comenzara a preocuparse por ello -sugirió Cain.

-Máteme, y será mejor que Santiago comience a preocuparse -replicó confiado el Botinero-. Si no me comunico a diario con Barra Dorada, uno de mis robots informará a mis secuaces de dónde me encuentro.

-No les importará -dijo Cain.

-Sí que les importará, cuando el robot les comunique que se trata del mundo de Santiago -dijo el Botinero con una sonrisa-. No pensará acaso que vine hasta aquí sin tomar algunas

precauciones, ¿verdad?

-He visto a sus secuaces -dijo el Padre Guillermo-. No son gran cosa.

-Pero charlan sin parar -replicó el Botinero-. Sabe, durante años he estado tratando de encontrar la forma de que guardaran un secreto. Ahora me alegro de no haberla encontrado.

El Padre Guillermo y Cain intercambiaron una mirada.

-Muy bien -dijo el predicador después de pensarlo un momento-. Puede quedarse.

-Muy hospitalario por su parte -dijo el Botinero burlón.

-Pero le conviene estar en su nave a los cinco minutos de que hayamos matado al Ángel, o será usted hombre muerto. -Calló unos instantes-. Santiago no nació en Puerto Seguro: no tiene por qué vivir aquí el resto de su vida. En su lugar, tendría esto presente antes de actuar precipitadamente.

-Bueno -dijo el Botinero, poniéndose de pie-. Detesto beber y salir corriendo, pero creo que es mejor que me ocupe de mi alojamiento. -Se volvió hacia Cain-. Cuando se haya calmado, confío en que reconsidere mi oferta.

-No me volvió loco cuando la escuché la primera vez -dijo Cain.

-Piénselo -le recomendó el Botinero, encaminándose a la puerta-. Cincuenta por ciento.

-Váyase -dijo Cain, dándole la espalda.

El Botinero se encogió de hombros, y salió del lugar.

-Bien, Sebastián -dijo el Padre Guillermo, arrellanándose en la silla-, debo decirle que estoy orgulloso de usted.

-Vaya.

-Miró al enemigo a la cara y ni pestañeó.

-Él no es el enemigo -dijo Cain-. Él es aquello por lo que usted está luchando.

-Un pensamiento muy mesurado -admitió el Padre Guillermo con una sonrisa torva.

-¿Hasta qué punto puede ser peor la Democracia? -preguntó Cain.

-No se trata de hasta qué punto -dijo el predicador-. Se trata de cuánto más poderosa y, por lo tanto, de qué capacidad tiene de causar daño.

-Lo sé -dijo Cain, asintiendo con la cabeza.

-Las cosas no son tan claras como en la época en que usted era un muchacho, ¿no es así? -dijo el Padre Guillermo con una sonrisa.

-No, no lo son.

-Es fácil decidir que un mundo debe ser reconstruido -dijo el predicador-. Más difícil es elegir entre dos males.

Cain suspiró.

-Así es -coincidió. Hizo una pausa-. ¿Cómo lo encontró?

-¿A Santiago?

-Sí.

-Me reclutó, al igual que lo reclutó a usted.

-Usted sabía que ésa era la razón de que estuviera aquí, ¿no es así?

El Padre Guillermo asintió.

-Hace casi un año, me enteré de que él había decidido contar con usted. -Rió nuevamente-. Debo confesarle que tuve mis dudas cuando supe que se había asociado con el Botinero y con esa joven.

- Virtud?

-La misma.

-Es una dama interesante -dijo Cain-. A veces tengo la sensación de que ella saldrá de esto mejor parada que todos nosotros.

-Sabe cómo conseguir lo que quiere, lo reconozco -dijo el predicador.

-Y ahora ha conseguido al Ángel -dijo Cain.

-Tengo la impresión de que va a darse cuenta de que el Ángel es más de lo que ella quiere -dijo el Padre Guillermo, con una nota de satisfacción en la voz.

-Dígame una cosa -dijo Cain.

-Si puedo.

-¿Quiénes están enterrados en esas tumbas?

-Dos hombres que dieron la vida por la causa de Santiago.

-El Botinero ha dicho que eran cazadores de recompensas.

-Pueden haberlo sido alguna vez. En realidad, no podría decirlo.

-Me ha dicho que andaban tras Santiago, y que consiguieron llegar hasta la granja antes de ser eliminados.

-El Botinero está equivocado -dijo el Padre Guillermo con firmeza.

-¿Cómo se llamaban?

El Padre Guillermo se encogió de hombros.

-¿Quién sabe? Nadie usa su verdadero nombre por estos lares... particularmente, si trabaja para Santiago. -Guardó silencio unos instantes-.¿Por qué siente tanta curiosidad al respecto?

-Las inconsistencias me molestan.

-Entonces, no hable con el Botinero. En su vida ha visto la granja. Santiago no tiene ninguna razón para mentirle: el Botinero no tiene ninguna razón para decide la verdad. -Se inclinó hacia delante-. ¿Qué le ha ofrecido?

-La mitad de las obras de arte.

-Eso es muy generoso -dijo el predicador-. Me pregunto cómo planea estafarlo.

-Estoy seguro de que lo ha meditado cuidadosamente -dijo Cain.

Rizo de Luna salió de la cocina y se acercó al Padre Guillermo.

-¿Cuándo quiere que le traiga el postre, señor? -preguntó.

-Ahora mismo -dije el Padre Guillermo-. ¿Me acompaña, Sebastián?

-¿Por qué no? -dijo Cain.

-¿Está seguro? -preguntó el Padre Guillermo, sorprendido.

-Me apetecería un bocadillo.

Al Padre Guillermo pareció rompérsele el corazón. Finalmente se volvió hacia Rizo de Luna:

-Hija mía, ¿cuánto tiempo tardarás para cocinar otro pastel de chocolate?

-Tengo otros tres en la cocina, señor -respondió ella.

-Bien. Tráenos dos. -Se volvió hacia Cain-. De esa manera ninguno de los dos se levantará de la mesa con hambre.

-Rizo de Luna tiene razón, ¿sabe? -dijo Cain.

-¿Con respecto a qué?

-Usted va a comer hasta morir.

-Necesito energía para el trabajo que me espera-contestó el Padre Guillermo muy en serio.

Cain se encogió de hombros:

-Es su vida.

-No, Sebastián. Pertenece al Señor, como la suya pertenece ahora a Santiago.

-¿Qué le hace creer que es así? -preguntó Cain.

-No lo creo -replicó el predicador-. Lo sé.

-Yo no sé nada semejante.

-Sí, lo sabe, Sebastián -dijo el Padre Guillermo-. Él elige muy cuidadosamente a quienes recluta, y hasta ahora no se ha equivocado con ninguno. Usted pudo haberlo matado anoche, o esta mañana, y haberse embolsado la recompensa más grande que hubiera soñado: no lo hizo. Hace un instante podría haber hecho un trato con el Botinero: no lo hizo. -Su voz de trueno se volvió más suave-. Su mente puede estar indecisa, pero su corazón sabe de qué lado está.

Cain lo miró, momentáneamente sorprendido.

-Supongo que sí, después de todo -dijo pensativo.

25

Un acertijo dentro de un enigma,
envuelto en un rompecabezas.
¿Quién carga con semejante estigma?
¡El Rey de los Sin Ley... toda una pieza!

-¿Cómo le fue el encuentro con el Botinero? -preguntó Santiago, apartando la vista del libro que estaba leyendo y mirando a Sebastián, que se reunió con él en la galería.

-Según lo previsto.

Santiago parecía divertido:

-¿Fue tan obvio?

-Fue tan hambriento -replicó Cain.

-A propósito -dijo Santiago-, envié a uno de mis hombres a casa de Anita *la Silenciosa* a buscar sus pertenencias. Espero que no le importe.

-Está bien -dijo Cain, sentándose y contemplando la vastedad de las tierras de la granja-. Me quedaré.

-Me alegro de oírlo.

-Lo ha sabido desde el principio.

-Sí, así es -admitió Santiago-. Pero me alegra que usted también lo sepa. Podemos usarlo, Sebastián.

-Antes de lo que piensa -replicó Cain-. El Botinero dice que el Ángel estará aquí dentro de un día o dos. -Hizo una pausa-. Podría ser un buen momento para seleccionar un objetivo y realizar una incursión.

-¿En algún lugar lejano? -preguntó Santiago, con una sonrisa.

-Cuanto más lejano, mejor.

-Le agradezco su preocupación, Sebastián, pero Puerto Seguro es mi hogar. No tengo intención de huir a la menor señal de peligro.

-¿Es la primera señal? -preguntó Cain-. El Botinero me dijo que más de media docena de cazadores de recompensas habían conseguido llegar hasta aquí.

-Estaba equivocado -dijo Santiago-. El número real es de cuatro... y si no huí de ellos, puede tener la certeza de que no huiré del Ángel. Además -agregó-, ¿le gustaría estar a las órdenes de un líder que huye de sus enemigos?

-Supongo que no es peor que estar a las órdenes de un líder que tiene deseos de morir -dijo Cain, con toda franqueza.

-Créame, Sebastián, hará falta algo más que el Ángel para matar a Santiago. -Clavó la mirada en el horizonte, y suspiró con satisfacción-. Mire el crepúsculo. ¿No es glorioso?

-Si usted lo dice.

-Lo digo. -Santiago se volvió hacia Cain-. Supongo que el Botinero se quedará en Puerto Seguro.

Cain asintió con la cabeza.

Santiago soltó una risita:

-No es tan inspirador como el crepúsculo, pero es igual de predecible. ¿Qué le ofreció para que me matara... un tercio de sus beneficios para agregar a la recompensa?

-La mitad.

Santiago pareció divertido:

-Bien, ¿por qué no? De todas maneras, no tiene intención de pagarle.

-Lo sé -respondió Cain. Calló unos instantes-. ¿Cómo fue que se vio mezclado con él?

-Por la misma razón que usted, imagino. Tenía algo que yo necesitaba.

-¿Qué?

-Ciertos contactos comerciales.

-¿Y le pidió unirse a su organización a cambio de ellos?

-Eso fue idea mía -dijo Santiago, negando con la cabeza.

-¿Por qué? preguntó Cain, confundido.

-Algunos hombres tienen un apetito insaciable que los condiciona-replicó Santiago-. Si es que uno va a llegar a algún trato con ellos, lo más razonable es tenerlos a mano para poder vigilarlos.

Cain sonrió con ironía:

-Sí ése es el criterio que utiliza para reclutar gente, me sorprende que no posea un ejército permanente de diez millones de individuos.

-Si hubiera diez millones de Botineros por ahí que pudieran ayudarme a concretar mis objetivos, no le quepa la menor duda de que los contrataría a todos -dijo Santiago-. No obstante, mi experiencia me indica que los criminales verdaderamente competentes son tan poco frecuentes como los héroes verdaderamente competentes. -Se detuvo de golpe-. Pero ¿dónde tengo la cabeza? Ya casi es de noche, y usted aún no ha comido. Entremos en casa.

Cain se puso de pie y lo siguió al interior.

-No tengo mucho apetito -dijo-. Mirar al Padre Guillermo dar cuenta de un ave de cinco kilos se lo quita a cualquiera. -Hizo una mueca-. Me sorprende que haya dejado los huesos.

Santiago se echó a reír.

-Sé a qué se refiere -reflexionó un instante-. Bueno, al menos permítame ofrecerle una copa para celebrar que se ha unido a nosotros.

Cain asintió con un movimiento de cabeza, y se encaminaron hacia la sala de estar donde Jacinto, sentado en un sillón, leía uno de los libros de Santiago.

-¿Te has enterado de las últimas noticias? -le preguntó Santiago-. Sebastián ha decidido quedarse con nosotros.

-Ya lo sé -respondió Jacinto-. Me lo ha dicho el Padre Guillermo, cuando lo ha dejado hace unos minutos.

Santiago caminó hasta su bar y examinó la colección de botellas que contenía.

-Algo especial -murmuró, casi para sus adentros. De pronto, el rostro se le iluminó-. ¡Ah! justo lo adecuado. -Se aproximó y tomó una de las botellas-. Whisky korbeliano -dijo, mostrando la etiqueta-. Está hecho con una planta muy parecida a la cebada que cultivan en las laderas de sus montañas. No existe nada parecido. -Sirvió tres vasos y comenzó a pasarlos-. ¿Qué le parece? -le preguntó a Cain cuando éste tomó el primer sorbo.

-Inusual -respondió Cain. Bebió otro más-. Interesante, sin embargo. Creo que me gusta.

-¿Lo cree? -rió Santiago-. Sebastián, ha estado demasiado tiempo en la Frontera.

Cain apuró su copa y se la tendió para que volviera a llenársela: -Necesitaré otra más para poder opinar.

-Me alegro -dijo Santiago, llenándole la copa-. Pero tenga cuidado. Se sube a la cabeza.

Cain se terminó la segunda copa, y de pronto, por primera vez en años, se sintió ligeramente mareado.

-Ya veo a qué se refiere -sonrió-. Creo que será mejor que pare mientras pueda.

-Bien -dijo Santiago-. Me gustan los hombres que conocen sus propios límites.

-Quizá pueda sugerírselo al Padre Guillermo la próxima vez que venga a cenar -dijo Jacinto, sardónico.

-En lo que se refiere a su capacidad para dar cuenta de la comida, el hombre no tiene límites que yo haya podido descubrir. -Se encogió de hombros-. Bueno, supongo que hay cazadores de recompensas y revolucionarios de todas las formas y todos los tamaños.

-Sospecho que su tamaño le da ventaja-dijo Jacinto.

-¿Sí? -preguntó Cain, interesado-. ¿Qué ventaja?

-Parece demasiado lento y gordo como para desenfundar esas pistolas láser. Crea un exceso de confianza en el enemigo.

-Lo dudo -dijo Cain-. No hay que olvidar que cualquier hombre de por aquí que lleve un revólver está invicto. En este negocio uno no puede permitirse un exceso de confianza.

-Probablemente sea por eso que usted sigue todavía vivo, mientras que tantos hombres con otra visión de las cosas están muertos -dijo Santiago.

-Quizá.

-¿Tiene otra explicación? -preguntó Jacinto.

-Cuando era muy joven no temía a la muerte, y eso me daba ventaja sobre los hombres contra los que luchaba. Con el paso de los años, fui dándome cuenta de que no había nada de bello ni de razonable en la muerte, que podía sobrevenirle a cualquiera, de manera que me volví sumamente cuidadoso: eso me da una clase diferente de ventaja.

-Que ha utilizado con notable éxito -intervino Santiago-. Supongo que todos los buenos cazadores de recompensas lo hacen.

-No existen los cazadores de recompensas malos -replicó Cain-. Sólo existen los buenos, y los muertos.

-¿Cómo se convirtió en cazador de recompensas? -preguntó Jacinto.

-Cuando me dí cuenta de que no iba a transformar la galaxia en un lugar mejor de un solo golpe, decidí intentarlo paso a paso.

-¿Lo ha lamentado en algún momento?

-En realidad, no -respondió Cain-. Todos elegimos; la mayoría de nosotros obtiene lo que se merece. -Se detuvo, pensativo-. Solía pensar, hace años, que me habría gustado asentarme. Estaba dispuesto a encontrar a la mujer adecuada en cuanto dispusiera de algo de tiempo. -Sonrió con tristeza-. Ni siquiera empecé a buscarla. -Se encogió de hombros-. Supongo que si eso hubiera sido muy importante para mí, lo habría hecho.

Santiago asintió, comprensivo.

-En mí caso fueron los hijos. He sido hijo único, y muy solitario. Siempre quise una casa llena de niños. -Sonrió burlón-. De manera que ahora tengo una llena de asesinos y contrabandistas. De vez en cuando, me detengo y me pregunto cómo demonios ha pasado.

-La gente no viene a la Frontera a formar una familia -dijo Cain.

-A menos que Sean colonos -convino Santiago-. O tenderos. O comerciantes. O granjeros -suspiró con ironía-. O cualquiera, menos nosotros.

-Da lo mismo -dijo Jacinto- Ninguno de nosotros espera

morir de viejo.

Santiago se volvió hacia Cain.

-Pensar dos veces antes de hablar no es uno de los fuertes de Jacinto. -Sonrió-. En cuanto a morir de viejo, personalmente tengo la intención de vivir para siempre. Queda demasiado que hacer como para andar pensando en la muerte.

-Entonces no corra riesgos tontos -dijo Cain.

-¿Se está refiriendo nuevamente al Ángel?

Cain asintió con un movimiento de cabeza.

Santiago suspiró.

-¿Cómo podría pedir a mis subordinados que arriesguen su vida si yo no estuviera dispuesto a hacer lo mismo? -dijo de corazón.

-La palabra clave era tontos -dijo Cain.

-No puede huir del Ángel -dijo Jacinto.

Cain se volvió hacia él:

-Creía que era el único que quería reforzar su seguridad.

-Todavía quiero -repuso Jacinto-. Pero si se corre la voz de que es posible asustar a Santiago, dentro de nada todos aquellos con los que tenemos tratos estarán rodeándose de asesinos y negándose a cumplir sus compromisos. -Hizo una pausa-. No hacemos negocios con hombres honrados, señor Cain. Es el miedo a Santiago lo que los mantiene a raya, nada más.

-Probablemente sea una suerte que no tenga hijos -señaló Cain con ironía-. Ser el hombre más temido de la Frontera no es un gran legado para dejarles.

-Sería más satisfactorio conducir mis tropas a batallas gloriosas -coincidió Santiago-.

Desgraciadamente, ésa no es la clase de guerra que estamos librando... y mis tropas, en su mayoría, son un puñado de rebeldes, réprobos y criminales que ni siquiera saben que están involucrados en la financiación de una revolución.

-¿Con qué frecuencia tiene tratos personales con ellos? -preguntó Cain.

-Muy raramente. Las cosas parecen funcionar mucho más fluidamente cuando piensan que soy una especie de semidiós inalcanzable. Aun en estos días y en esta época existe un considerable misticismo primitivo en el alma humana; sería tonto no aprovecharlo en nuestro favor. -Calló un instante-. Esto no significa que no me ocupe personalmente de mis asuntos. Estoy fuera de Puerto Seguro la mitad del tiempo, pero ya que sólo unas cuantas personas saben cuál es mi aspecto, habitualmente puedo controlar a mis empleados sin ponerme en evidencia ni correr ningún riesgo.

-¿Nadie ha sospechado nunca de usted?

-Digamos que nadie ha sido lo suficientemente osado para expresar sus sospechas en mi presencia -replicó Santiago con una sonrisa satisfecha-. Cada tanto les hago saber, siempre mucho después de ocurrido el hecho, que han estado en mi presencia; eso contribuye a convencerlos de que soy un criminal misterioso a quien nada se le puede ocultar. -Hizo una pausa-. Diría que me ocupa la mayor parte del tiempo que paso fuera.

-¿Y el resto?

-Tengo otros negocios que tratar -contestó Santiago-. Búsqueda de posibles reclutas, de puntos débiles en las defensas de la Democracia, y determinar en qué mundos se dan las mejores condiciones para hacer uso de nuestro dinero y nuestros recursos humanos.

-Siempre sin su conocimiento, por supuesto -agregó Jacinto-. Si les permitiéramos saberlo, entonces la Democracia comprendería lo que Santiago es en realidad.

-De manera que es como un juego de ajedrez -dijo Cain-. Ataque y contraataque.

-No podría decírselo -dijo Santiago-. Nunca he jugado al ajedrez.

-¿Nunca? -preguntó Cain con brusquedad.

-Nunca -repitió Santiago-. Lo dice como si hubiera cometido alguna clase de pecado.

-Le ruego que me disculpe -dijo Cain-. Sólo estaba sorprendido.

-Está disculpado -dijo Santiago. Calló un momento-. ¿Seguro que no puedo ofrecerle algo de comer?

-Quizá dentro de un rato.

-¿Otra copa?

Cain negó con la cabeza:

-No, gracias. Me gustaría hacerle una pregunta.

-Adelante.

-¿Ha estado alguna vez preso en Kalami Tres?

-Pienso que si va a allí y controla los archivos, no encontrará ninguna mención sobre mí -respondió Santiago.

-No es eso lo que le he preguntado.

De repente Santiago sonrió.

-¡Ya lo tengo! -anunció-. ¡Stern le dijo que jugué al ajedrez con él!

-¿Lo hizo?

-Ya se lo he dicho: no juego al ajedrez.

-¿Entonces por qué Stern me diría que lo hizo?

-Probablemente, para embellecer una historia por la cual estaba recibiendo una importante cantidad de dinero.

-Pero ¿estuvo preso en Kalami Tres?

-Durante un período muy breve. Recuerdo un Stern que se jactaba de la cantidad de hombres que había estafado y matado, y que se pasaba el tiempo haciendo grandes proyectos para intentar encontrar un sistema solar de su propiedad y gobernarlo. Me parece que jugamos a las cartas hasta que uno de los empleados de la prisión se llevó la baraja. -Santiago sonrió-. Ahora que lo recuerdo, aún me debe dinero de esa partida. -Miró a Cain-. ¿Alguna otra

pregunta que quiera hacerme?

-Sólo dos.

-Pregunte.

-Primero, ahora que me he unido a usted, no tiene sentido que me quede en Puerto Seguro una vez que hayamos dado cuenta del Ángel. ¿Qué quiere que haga a continuación?

-A decir verdad, aún no lo he decidido -respondió Santiago con seriedad-. Está el asuntillo aquel de recuperar nuestro dinero de los últimos herederos del señor Kchanga. Cuanto antes lo hagamos, antes podremos comprar alimentos y embarcarlos rumbo a Bortai.

-¿Bortai? -preguntó Cain.

-Un mundo minero situado aproximadamente a doscientos años-luz de Bella Donna -respondió Santiago-. Sólo tienen un suministro de alimentos cada tres semanas.

-¿No pueden importar más?

Santiago negó con la cabeza:

-La Democracia retuvo sus fondos.

-¿Por qué?

-Porque hace un mes les vendieron doscientas toneladas de mineral de hierro, quizá la producción de una semana, seguramente no más que eso, a un par de mundos alienígenas que se habían negado a formar parte de la red económica de la Democracia. Ésta es la manera que tiene la Democracia de decirles que no vuelvan a hacerlo. -Una expresión salvaje le atravesó el rostro-. Entretanto, más de ciento cincuenta niños humanos tienen una excelente oportunidad de morir de hambre.

-¿Cuándo debo partir?

-En el caso de que parta, lo hará dentro de una semana -contestó Santiago-. Daremos a los socios de Kchanga todas las oportunidades para que primero puedan cumplir su compromiso.

-Eso es muy poco tiempo -dijo Cain-. Cuando yo haya conseguido hacerme con el dinero, usted todavía tendrá que comprar y embarcar la comida.

-Ya lo sé. Como le dije antes, es un acto de equilibrio. Vale la pena el retraso si podemos encontrar a alguien en la organización de Kchanga con quien podamos hacer tratos en el futuro. Y si no es así -agregó con contenida ferocidad-, sabrán lo que significa jugar y perder con Santiago.

-¿Y si aparecen con el dinero?

-¿Qué piensas tú, Jacinto? -preguntó Santiago.

-Zeta Piscium -respondió Jacinto enseguida.

Santiago negó con la cabeza:

-Demasiado arriesgado.

-¿Qué pasa con Zeta Piscium? -preguntó Cain.

Santiago estudió al cazador de recompensas durante un buen rato y luego comenzó a hablar:

-La Armada tiene una gran base en el cuarto planeta del sistema Zeta Piscium. Tenemos distribuidos por ahí cierto número de informantes. -Hizo una pausa-. Todos sus suministros para el Sector Quatermaine son comprados a través de la oficina de Zeta Piscium y puestos en camino a través de la base de suministros que tienen allí.

-¿Y?

-Si alguien destruyera su sistema de ordenadores, tardarían meses en volver a poner al día los archivos -explicó Jacinto-. Los cargamentos de armas no podrían ser enviados, ni los pagos procesados; no podrían siquiera comprar una taza de café hasta que su departamento contable fuera capaz de determinar cuánto dinero había en las distintas cuentas. -Calló un momento-. Tendríamos que hacer recaer la culpa sobre cualquier otro, por supuesto: Santiago es un criminal, pero no puede ser identificado como un revolucionario.

-Todo el mundo sabe que es el responsable del asalto de Epsilon Eridani -señaló Cain.

-Pero eso fue un robo de oro -explicó Jacinto con una sonrisa-. Él era simplemente un

astuto criminal que le robó su oro a la Armada. -Hizo una pausa y agregó-: No hay beneficio económico alguno en destruir el complejo de ordenadores de Zeta Piscium Cuatro, sin embargo. Por lo tanto, no puede ser relacionado con eso.

-¿Qué me dice de su seguridad?

-Es muy estricta -dijo Santiago-.

Por eso no me siento muy inclinado a hacerlo, a pesar del entusiasmo de Jacinto.

-¡Pero piensa en cuántas vidas podemos salvar si interrumpimos su sistema aunque sólo sea durante dos meses! -argumentó Jacinto.

Santiago lo observó unos instantes:

-Aprecio tus argumentos, pero una defensa apasionada no es excusa para actuar irreflexivamente. Las probabilidades son de cien a uno en contra del éxito.

-Pero...

-No podemos librar todas las batallas -lo interrumpió Santiago-. Nuestro objetivo consiste en llevar a cabo acciones significativas, no en morir con poética futilidad. No se hable más del tema. -Se volvió hacia Cain-. ¿Tenía una segunda pregunta para hacerme, Sebastián?

-En realidad, no es de tanta importancia -dijo Cain en tono de disculpa.

-Bien. Una sola pregunta de tanta importancia es todo lo que soy capaz de discutir antes de la cena. ¿Qué deseaba saber?

-Sentía curiosidad acerca de la cicatriz que tiene en la mano.

Santiago levantó la mano derecha y se miró la cicatriz en forma de S que tenía en ella.

-Me gustaría que hubiera una historia heroica que la explicara, pero la pura verdad es que me clavé un anzuelo cuando era niño.

-Habría dicho que se trataba de una herida de cuchillo.

-Nada tan excitante -dijo Santiago, riendo-. ¿Vamos ahora al comedor?

-Todavía no he formulado mi pregunta.

Santiago se mostró confundido:

-Perdóneme. ¿Qué deseaba saber, exactamente?

-¿Por qué la conserva? -preguntó Cain-. Es su único rasgo físico que parece ser conocido más allá de Puerto Seguro. ¿Por qué no se la quitó cuando se sometió a la cirugía estética?

Santiago se contempló una vez más la mano, y luego rió.

-No lo sé, la verdad -respondió-. Ha sido parte de mí durante tanto tiempo que jamás se la mencioné al cirujano.

-Espero que use guantes cuando viaje de incógnito -dijo Cain.

-Siempre lo hago. Nací en la Democracia; mis huellas dactilares están archivadas en alguna parte. Uso lentes de contacto que distorsionan la huella de mi retina por la misma razón. -Se puso de pie-. ¿Comemos ahora?

Fueron hasta el comedor, y pasaron el resto de la velada charlando de los planes de Santiago a corto y Largo plazo. Cain se fue a acostar con otro libro -la poesía de Tanblixt, que le resultó absolutamente incomprensible-, y continuó su discusión con Santiago y con Jacinto al día siguiente, sintiendo crecer de hora en hora su entusiasmo por el proyecto que se traían entre manos.

Entonces, justo antes del atardecer, Virtud MacKenzie hizo su aparición ante la puerta de Santiago, y todos los planes de los revolucionarios para el futuro quedaron forzosamente suspendidos.

26

Más brillante que una nova,
más alto que un abedul,
con su voz atronadora
más profundo que el mar azul.

-En realidad -estaba diciendo Santiago, mientras se arrellanaba en su cómoda silla y tomaba un sorbo de brandy-, me dijeron que era el santo patrono de la nobleza española oprimida. Acostumbraban invocar su espíritu antes de partir a la batalla para echar a los moros fuera de su país.

-Santiago significa «Saint James» en español, un idioma que se hablaba en la vieja Tierra -agregó Jacinto, sentado en un confortable sillón junto a Santiago.

-No es un nombre tan bíblico como el suyo, Sebastián -señaló Santiago.

-Es mi segundo nombre lo que me molesta -dijo Cain-. No tendría que haber permitido que Orfeo se enterara de él; me habría librado de esa tontería del Pájaro Cantor -suspiró-. Bueno, supongo que no podemos elegir el nombre.

-Por aquí, es justamente lo que hace todo el mundo -hizo notar Santiago.

-Esos nombres son para la Frontera -replicó Cain-. No son oficiales.

-Si uno se queda en la Frontera, son lo bastante oficiales,

De pronto el sistema de seguridad les avisó de que se aproximaba un vehículo. Fue identificado como el de Anita *la Silenciosa,* y momentos después se abría la puerta para revelar su delgada figura.

-¡Anita! ¡Qué sorpresa más agradable ! -dijo Santiago, poniéndose de pie-. ¿A qué debemos el placer de tu visita?

-Tenemos un pequeño problema -respondió Anita *la Silen*ciosa, sin pasar de la entrada.

-¿Sí?

Anita la *Silenciosa* asintió:

-Está sentado en mi vehículo.

-¿Quién es? -preguntó Santiago.

-Virtud MacKenzie.

Cain se puso de pie y se acercó a una ventana, por la que vio a Virtud sentada en el vehículo, con los ojos vendados. Se volvió hacia Santiago, y se lo confirmó con un movimiento de cabeza.

-¿Dónde está el Ángel? -preguntó.

-En órbita -respondió Anita *la Silenciosa.*

-¿Por qué la has traído hasta aquí? -preguntó Santiago, con más curiosidad que fastidio.

-Aterrizó hace un par de horas, encontró al Padre Guillermo, y le dijo que tenía un mensaje del Ángel para ti. -Anita *la Silen*ciosa hizo una pausa-. El predicador imaginó que, si ella decía la verdad, probablemente tú querrías oírlo.

-¿Y si está mintiendo? -preguntó Cain.

-Entonces no saldrá viva de Puerto Seguro -prometió Anita *la Silenciosa* fríamente.

-¿Por qué no la trajo el mismo Padre Guillermo? -preguntó Santiago.

-Quiere estar en la ciudad cuando el Ángel aterrice -respondió Anita *la Silenciosa.*

-Éste es un planeta muy grande -dijo Cain-. ¿Qué le hace pensar que el Ángel aterrizará cerca de la ciudad? Yo no lo haría.

-Usted lo hizo -replicó Anita.

-Pero yo no sabía que Santiago estaba aquí -puntualizó Cain.

-Aterrizará allí porque necesitará que Virtud lo guíe hasta mí, y ella aterrizó en ese lugar-dijo Santiago.

Cain consideró esa afirmación unos instantes, y luego dijo, inclinando la cabeza:

-Probablemente esté en lo cierto.

-Bueno, no hagamos esperar a nuestra huésped -dijo Santiago a Anita *la Silenciosa-.* Hazla entrar.

Anita volvió a salir y regresó un momento después con Virtud MacKenzie. Le quitó la venda de los ojos, y ésta echó una mirada a su alrededor, estudiando la habitación y a cada uno de los hombres que tenía delante.

-Hola, Cain -dijo por último.

Cain respondió al saludo con una inclinación de cabeza, pero no dijo nada.

-Eres muy joven -dijo Virtud, mirando a Jacinto. Se volvió resuelta hacia Santiago-. Debe de ser usted.

Santiago sonrió a hizo una ligera reverencia:

-A sus órdenes. ¿No desea sentarse?

-Antes puedo tomar un trago? -preguntó ella.

-Por supuesto. ¿Qué le gustaría tomar?

-Cualquier cosa que tenga alcohol.

Santiago se volvió hacia Anita *la Silenciosa:*

-¿Serías tan amable de hacer los honores?

Ella asintió y se acercó al bar mientras Santiago escoltaba a Virtud hacia una silla.

-Es usted una mujer de mucho valor para venir sola hasta aquí -dijo Santiago, sentándose frente a ella.

-Después de haber viajado con el Ángel, no es mucho lo que puede llegar a asustarme -repuso Virtud con sinceridad.

-Espere un momento -dijo Cain, acercándose a ella y quitándole la cartera.

-¡Eh! -exclamó Virtud, tironeando en vano-. ¿Qué se propone?

-Está aquí para entregar un mensaje -dijo Cain, metiendo la mano en la cartera y sacando de ella una pequeña grabadora-, no para conseguir una entrevista. -Sostuvo la cartera a contraluz y la examinó minuciosamente; luego se la devolvió y le tendió una mano abierta-: ¿Dónde está?

-No sé de qué está hablando -dijo Virtud.

-Tiene que tener una cámara oculta en alguna parte. Puede dármela, o puedo hacer que se desnude para registrarla. No hay una tercera opción.

-¡No tengo por qué soportar esto!

Cain se volvió hacia Jacinto.

-Sujétala -ordenó.

Jacinto dio un paso en dirección a ella, y Virtud alzó una mano.

-Muy bien -dijo-. Sólo un minuto. -Revolvió entre los pliegues de su chaqueta, y arrancó de ella un gran botón, que entregó a Cain.

-¿Está satisfecho ahora? -preguntó.

-Por el momento -dijo él, desactivando el mecanismo holográfico en miniatura y metiéndoselo en el bolsillo.

-Quiero que me lo devuelva cuando me vaya -agregó ella.

-Veremos -dijo Jacinto en tono amenazador.

-¿Qué significa eso de «veremos»? -dijo Virtud acalorada-. ¡He venido con una bandera blanca de tregua!

-Como mensajera, no como periodista -respondió Jacinto.

-Tiene mi palabra de que lo suyo le será devuelto -dijo Santiago-. Y ahora -agregó, clavando con firmeza la mirada en Cain y en Jacinto-, si mis amigos son capaces de controlar su entusiasmo, tendría mucho interés en escuchar lo que tiene que decirme.

-El Ángel quiere encontrarse con usted mañana por la mañana -dijo ella.

-Apuesto a que sí -dijo Anita *la Silenciosa* cuando regresaba con la bebida de Virtud.

-El Ángel quiere matarme -dijo Santiago-. ¿Por qué debería presentarme por mi cuenta ante él?

-Tiene la intención de discutir el asunto con usted -dijo Virtud.

Santiago pareció divertido:

-¿Discutir si me mata?

-Discutir si no lo mata -replicó ella.

-Un tema que me afecta de cerca-dijo, a su vez, Santiago-. ¿Qué se propone decirme?

-Que quiere ser comprado -dijo Virtud.

-¿Por cuánto?

-Es negociable -contestó Virtud-. Tengo la sensación de que habla de una suma que ronda los dos o tres millones de créditos.

-La recompense que ofrecen por mí es de veinte millones de créditos. ¿Por qué iba a hacer un trato por tanto menos?

Ella sonrió haciendo una mueca:

-Nadie sabe qué aspecto tiene usted. Puede presentar el cuerpo del primer delincuente que encuentre, afirmar que se trata de usted, y obtener también la recompensa.

-Estoy seguro de que eso se ha intentado con anterioridad -dijo Santiago.

-Probablemente -convino ella-. Pero la gente no suele discutir con el Ángel.

Santiago la estudió, pensativo.

-¿Dónde quiere encontrarse conmigo? -dijo.

-En un sitio llamado la taberna Barleycorn.

-¿Cómo se enteró de su existencia?

-Es donde Pacificador MacDougal mató a Billy *Tres-Ojos* -respondió Virtud-. Es el único lugar de Puerto Seguro que conoce.

-¿A qué hora quiere que nos encontremos? -preguntó Santiago.

-A las nueve.

-No estará pensando seriamente en encontrarse con él, ¿verdad? -preguntó Cain.

-Aún no lo he decidido -dijo Santiago.

-Es una trampa-dijo Cain.

-Quizás -aceptó Santiago.

-Entonces no vaya. Hágalo venir aquí.

-¿Y que mate a diez o doce de mis hombres? -dijo Santiago con una sonrisa-. No puedo prescindir de ellos.

-¡Ellos no pueden prescindir de usted! -exclamó Cain.

-Es posible que el, Ángel realmente quiera hacer un trato -dijo Santiago-. Después de todo, veintitrés millones de créditos son mejor que veinte.

Cain sacudió la cabeza con vigor:

-Tendrá que ir hasta la Democracia a retirarlos... y no le darán nada, sea el Ángel o Dios en persona. Querrán pruebas.

-¿Cuándo quiere una respuesta? -le preguntó Santiago a Virtud.

-Se supone que debo ponerme en contacto con él esta noche y transmitirle su decisión -respondió ella.

-¿Y si decido no encontrarme con él?

Ella se encogió de hombros:

-Entonces, supongo que vendrá aquí y lo matará.

-¿Qué saca usted de todo esto? -preguntó Jacinto.

-Soy periodista. Saco una historia. -Se volvió hacia Santiago-. Tal vez quiera concederme una entrevista ahora -sugirió.

Santiago soltó una risita:

-Admiro su dedicación.

-¿Entonces lo hará? -insistió ella.

-Me temo que no -dijo él, negando con la cabeza.

-Si me concede una entrevista, le diré al Ángel que usted no está aquí.

-Está mintiendo -dijo Cain.

-¡Claro que no! -exclamó Virtud, llena de ira.

Cain se volvió hacía ella.

-Vamos -dijo-. Dígale eso, y un minuto después de que aparezca la entrevista, vendrá en su busca y la atrapará.

Jamás me encontrará.

-Si pudo encontrar a Santiago, puede encontrar a una periodista que busca publicidad.

-Correré el riesgo -dijo Virtud.

-No, no lo hará. Hará su entrevista, y luego le dirá al Ángel todo lo que habrá visto y oído.

Santiago se aclaró la garganta.

-Saldré a dar un paseo -anunció-, y a considerar la proposición del Ángel. Tendrá mi respuesta cuando regrese.

-Voy contigo -dijo Anita *la Silenciosa.*

Él negó con la cabeza:

-Prefiero ir solo. Volveré dentro de unos minutos.

Salió al exterior.

-¿Adónde va? -preguntó Cain.

-Hasta el valle -respondió Jacinto-. Siempre va allí cuando desea reflexionar.

-¿Qué demonios hay que pensar? -dijo Cain, confundido-. ¡No puede estar considerando seriamente la posibilidad de seguir adelante con esto!

-¿Quién sabe? -dijo Jacinto, encogiéndose de hombros.

Cain se acercó a Virtud, la tomó de la muñeca y la obligó a ponerse de pie.

-Vamos -le dijo.

-¿Adónde la lleva?

-A la terraza-dijo Cain-. Quiero hablar con ella.

-Puede hablar con ella aquí.

-A solas -dijo Cain.

Jacinto lo miró fijamente un instante, y luego asintió con un movimiento de cabeza.

Cain condujo a Virtud a través del comedor hasta la terraza, y dio la orden para que la puerta se cerrara tras ellos.

-¡No puedo creerlo! -dijo ella, con la cara arrebolada por la excitación- ¡finalmente lo he encontrado!

-Y ahora va a matarlo -dijo Cain.

-No voy a matar a nadie. No soy más que una periodista. -Lo miró fijamente-. Pero, ya que tocamos el tema, ¿cómo es que usted no lo ha matado?

-La situación ha cambiado -dijo Cain-. Me he unido a él.

-¿Cuánto le está pagando? -preguntó Virtud con curiosidad.

-Nada.

Ella lo contempló, incrédula.

-¿Quiere hacerme creer toda esa cháchara que ya me soltó Anita *la Silenciosa* acerca de que es un gran hombre?

-No sé si es un gran hombre -dijo despacio Cain-. Pero es un buen hombre, en cualquier caso, mejor de lo que yo jamás llegaré a ser. Y está trabajando por una buena causa.

-Es un condenado delincuente.

-Es un buen hombre -repitió Cain-. Y no voy a permitir que lo maten.

-Creo recordar que hicimos un trato, allá en Pegaso -dijo Virtud.

-Usted lo rompió cuando se asoció con el Ángel.

-¿No recibió el mensaje de Terwilliger?

Cain asintió.

-¿Fue enviado antes o después de que *Montaña Humana* Bates lo matara? -preguntó, burlón.

Ella lo miró fijamente:

-¡Era verdad!

-¿Entonces, por qué está haciendo de mensajera del Ángel-, -contraatacó él.

-Porque consiguió que Dimitri Sokol dejara de perseguirme

-¿Y cuándo dejará de trabajar para él? ¿Cuando mate a Santiago?

-Sólo piensa hablar con él.

-Eso es pura mentira, y usted lo sabe -dijo Cain-. Todo este asunto lleva la palabra «trampa» escrita encima.

-¿Y cuál es la diferencia? -preguntó Virtud, desafiante-. Yo tengo que conseguir una historia, y usted se ha vendido al enemigo. Si no puedo conseguir una entrevista, cubriré su muerte.

-El enemigo no es Santiago -dijo Cain-. Es el Ángel.

-El Ángel es un cazador de recompensas que trabaja dentro de la ley de la Democracia. Santiago es un criminal que la ha quebrantado una y otra vez.

-No es tan simple -dijo Cain.

-Es precisamente así de simple -dijo ella, triunfante-. Usted ha pasado a formar parte de una banda de asesinos y de bandidos, y me está castigando por trabajar con el hombre que intenta llevar a su líder ante la justicia.

-¡A usted jamás le ha importado un comino la justicia! -gruñó Cain-. Lo único que le interesa es ese condenado reportaje suyo, y lo que piensa que le valdrá.

-¡No se haga el violento y el poderoso conmigo, Cain! -le espetó ella a su vez-. Sé cuantos hombres ha matado... y no precisamente como cazador de recompensas. Todavía hay precio puesto a su cabeza en Sylaria. -Hizo una pausa para recuperar el aliento-. Ambos nos pusimos de acuerdo para encontrar a Santiago. Usted iba a matarlo, y yo iba a conseguir mi artículo. No es culpa mía que haya olvidado lo que supuestamente debía estar haciendo aquí.

-Le daré una historia que podrá llevarse a casa -dijo él con crueldad-. Puede cubrir la muerte del Ángel.

Ella lo contempló, y entonces su expresión cambió, como si de pronto la rabia la abandonara.

-No puede matar al Ángel -dijo, moviendo lentamente la cabeza-. No desperdicie su vida intentándolo.

-No permitiré que mate a Santiago -dijo él con obstinación.

-Nadie es capaz de detenerlo. Créame, Cain, lo he visto en acción. Sé lo que es capaz de hacer -contuvo un estremecimiento-. ¡Es inhumano!

Cain la miró sin pestañear:

-Si tanto le teme, ¿por qué está trabajando para él?

-Porque puede conseguir lo que yo necesito -dijo, con una sonrisa forzada-. Y porque le tengo miedo. -Clavó la vista en los ojos de Cain-. ¿Tiene algo más que decirme, o puedo ir a buscarme otro trago?

Él la miró y a punto estuvo de decir algo, pero se lo pensó mejor y la acompañó al interior de la casa. Jacinto y Anita *la Silenciosa* se hallaban aún en la sala de estar, esperándolos.

-¿Santiago ha vuelto ya ? -preguntó Jacinto.

-No lo he visto -dijo Cain-. De todas formas, ¿qué hace allí? ¿Se comunica con los muertos?

-Eso es de pésimo gusto, señor Cain -dijo Jacinto-. Los hombres que descansan en esas tumbas eran personas excelentes.

-Entonces tal vez puedan transmitirle algo de sentido común -dijo Cain-. tiene que saber que se trata de una trampa.

-Lo sabe.

-Entonces ¿cuál es el problema?

Jacinto suspiró cansado:

-Billones de personas de la Democracia pueden temerle, pero aquí hay decenas de miles

que prácticamente lo idolatran, que saben que él es el único escudo entre ellos y sus opresores. Es todo lo que tienen, él y el mito que se ha creado en torno a él... y no desea que piensen que ha traicionado su buena fe convirtiéndose en un cobarde.

-No hay nada de cobarde en eludir una lucha que no se puede ganar -dijo Cain.

-Cuando uno es Santiago, sí lo hay.

-Nadie se va a enterar.

Jacinto señaló a Virtud con una inclinación de cabeza:

-Tendríamos que matarla para evitar que difunda la historia, y él no hará eso.

-Entonces, tú y yo tenemos que detenerlo -dijo Cain con decisión.

-¿Cómo?

-Por la fuerza, si es necesario.

-Haréis lo que Santiago os diga que hagáis -los interrumpió Anita *la Silenciosa-.* Es vuestro líder.

-Estamos intentando que siga siendo nuestro líder -contestó Cain.

Ella lo contempló con expresión severa.

-Cuando uno asume el compromiso de seguir a un hombre, ese compromiso es total. No se obedecen las órdenes que uno aprueba y se desobedece el resto. -Hizo una pausa para enfatizar lo que decía-. Decida él lo que decida, lo vamos a apoyar.

-Veremos -dijo Cain sin comprometerse.

Se produjo un silencio muy incómodo, y finalmente Virtud lo rompió.

-¿Alguien tiene inconveniente en que me sirva un trago?

Jacinto le señaló el bar con un gesto.

-Sírvase lo que quiera.

Ella se acercó al bar y comenzó a inspeccionar las hileras de botellas.

-Un bar muy bien surtido -dijo, impresionada. Fijó su atención en una botella en particular y la retiró de su lugar-. ¡Whisky korbeliano! -exclamó-. ¡No he tomado un trago de esto desde, oh, debe de hacer cinco años! -Se sirvió una copa y tomó un buen trago-. Santiago tiene buen gusto, hay que reconocerlo.

-Lo considero un gran cumplido -dijo una voz desde la puerta de entrada, y todos se volvieron para ver a Santiago de pie en el umbral.

-¿Y bien? -dijo Cain, mirándolo fijamente.

Santiago atravesó la habitación hasta donde se hallaba Virtud con la copa en la mano.

-Dígale al Ángel que voy a estar allí -dijo.

-¡Está loco! -explotó Cain.

-No obstante, ésa es mi decisión. -Se volvió hacia Virtud-. Si espera en el vehículo que la trajo hasta aquí, uno de mis hombres la llevará de vuelta a la ciudad. Lo siento, pero deberé decirle que vuelva a vendarle los ojos.

-¿Y mi cámara?

-Le será devuelta en cuanto hayamos destruido todo lo que hay grabado en ella.

Virtud se terminó el whisky y caminó hacia la puerta:

-Cain tiene razón, ¿sabe?

-Gracias por su opinión-dijo Santiago, despidiéndola.

Ella se encogió de hombros, y abandonó la casa. Santiago le hizo un gesto con la cabeza a Anita la *Silenciosa,* que salió en busca de un conductor.

-¡No puede hacerlo! -dijo Cain.

Santiago sonrió:

-¿Está dándome órdenes, Sebastián?

-Ella también está de acuerdo en que todo este asunto no es más que una trampa -continuó Cain-. Si de veras está dispuesto a permitir que el Ángel se lo cargue, quédese aquí en la casa, y al menos hágalo trabajar para conseguirlo.

-¿Con qué objeto? -preguntó Santiago-. Si de veras intenta matarme, ¿por qué permitirle que también los mate a todos ustedes? Es lo suficientemente bueno como para hacerlo, lo

sabe.

-A mí no va a matarme -prometió Cain.

-Incluso a usted, Sebastián -dijo Santiago-. He seguido muy de cerca la carrera del Ángel, como he hecho con la suya. No quiero herir su orgullo, pero no tiene la menor posibilidad frente a él.

-Si eso es verdad, entonces usted tiene menos posibilidades aún -dijo Cain cuando Anita la Silenciosa volvió a reunirse con ellos.

-Si es que quiere matarme -dijo Santiago-. Existe la posibilidad de que sólo quiera hablar conmigo.

-Hay dos posibilidades: escasa, y ninguna.

-En ese caso -dijo Santiago con calma-, tal vez descubrirá que matarme es algo más difícil de lo que cree.

-Usted es de carne y hueso como cualquiera -dijo Cain.

-No, Sebastián -dijo Santiago-. Puedo ser de carne y hueso, pero también soy un mito y una leyenda.

-Eso no le servirá de nada.

--Hasta ahora me ha servido.

-Hasta ahora no se ha enfrentado con nadie como el Ángel -dijo Cain.

-Si eso es el fin, que lo sea -dijo Santiago-. He llevado una vida satisfactoria. He visto cientos de mundos, he tenido el placer de poseer esta granja... y, de alguna manera, muy pequeña, he marcado una diferencia. -Se encogió de hombros, y se obligó a sonreír-. Y antes de que comencéis a escribir mi epitafio, desearía que al menos uno de vosotros considere la posibilidad de que tal vez no muera.

-Te suplico que no lo hagas -dijo Jacinto con seriedad.

-Aprecio tu preocupación -replicó Santiago-, pero ya he tornado una decisión.

-Entonces, déjeme ir en su lugar -dijo Cain de repente-. El Ángel nunca nos ha visto a ninguno de los dos. Por lo menos tendré una ventaja sobre él.

-Creí que habíamos decidido que no quería convertirse en Sydney Carton -señaló Santiago.

-He cambiado de opinión.

-Bueno, yo no -dijo Santiago-. Le agradezco la oferta, Sebastián, pero tengo planes más importantes para usted.

-¿Qué puede ser más importante que salvar su vida? -inquirió Cain.

-Hay trabajo que hacer, esté yo aquí o no -dijo Santiago con amabilidad-. Y ahora, si nadie se opone, creo que voy a cenar.

Cain y Jacinto se pasaron toda la cena intentando que Santiago reconsiderara su postura, pero él se mantuvo en sus trece. Cuando hubo terminado de comer, volvió a marcharse al pequeño valle y no regresó hasta alrededor de medianoche, con aspecto de estar contento. Invitó a Anita *la Silenciosa* a pasar la noche en una de las habitaciones para huéspedes, les deseó a los tres buenas noches, y se fue a la cama.

Cain se retiró a su cuarto, sacó las dos pistolas de su equipaje, y pasó la hora siguiente engrasándolas y limpiándolas. Puso el despertador para que sonara veinte minutos antes del amanecer, y ya estaba completamente vestido y controlando sus municiones cuando oyó llamar a su puerta.

-Abra -ordenó en voz baja. Santiago y Anita *la Silenciosa,* entraron en la habitación.

-Me temía esto -dijo Santiago, observando las pistolas que Cain había dejado sobre el armario-. Sebastián, ¿qué está haciendo?

-Voy a la ciudad -respondió Cain, sin hacer ningún gesto para ocultar las armas.

-Le dije que no lo hiciera.

-Ya sé que me lo dijo -dijo Cain-. Voy a ir de todos modos.

-¿Anita? -dijo Santiago, apartándose; de pronto Cain se encontró mirando el cañón de una pistola sónica.

-¿Qué diablos es esto? -preguntó Cain.

-Agradezco lo que intenta hacer, Sebastián -dijo Santiago-, pero no puedo permitirlo. -Se volvió hacia Anita *la Silenciosa-.* Saldré dentro de diez minutos. ¿Lo retendrás aquí?

Ella asintió con la cabeza.

-Adiós, Sebastián -dijo Santiago.

Se encaminó hacia el vestíbulo, y la puerta se cerró tras él.

-Sabes que va a encontrarse con la muerte, ¿verdad? -dijo Cain amargamente.

Ella lo miró sin parpadear.

-A Santiago no se le puede matar -dijo.

-A Santiago le convendría tener más realistas en su organización, y menos fanáticos. -Se puso de pie-. Si me dejas pasar, todavía puedo detenerlo.

-Quédate donde estás -le advirtió ella.

-¡Estás permitiéndole dirigirse hacia su propia muerte! -gritó él-. ¿Por qué?

-Porque así lo ha decidido, y pienso acatar su decisión.

-¿Por qué demonios hace algo así? -dijo Cain, todavía perplejo.

-Para salvar la vida de todos los que estamos aquí -respondió ella-. Si el Ángel quiere matarlo, lo hará dondequiera que se encuentre.

-Podría haber reforzado nuestra seguridad.

-¿En una noche? -dijo Anita *la Silenciosa,* negando con la cabeza y sonriendo con tristeza.

-Podríamos haberle tendido una trampa. -Miró hacia la puerta con desesperación-. Todavía podemos.

-La suerte está echada.

-Decir eso es una tontería -dijo Cain-. ¡Va a enfrentarse al Ángel y todo lo que obtengo de ti son lugares comunes!

-El me rescató de la desesperación, y le dio sentido a mi vida. Lo amo más de lo que tú nunca llegarás a amarlo. Si yo puedo dejarle hacer lo que tiene que hacer, entonces tú también puedes.

Cain oyó el sonido del vehículo de Santiago que abandonaba la granja camino de la ciudad.

-Se ha ido -dijo, mientras toda emoción lo abandonaba-. Y tú has contribuido a que lo mataran.

-Ya te lo he dicho: Santiago no puede morir.

-¡Asegúrate de escribir eso sobre su lápida!

-¿Por qué estás tan furioso? -preguntó ella, sinceramente sorprendida-. Sólo lo has tratado dos días.

-Me he pasado la vida buscándolo -dijo Cain con amargura-. Y ahora, gracias a ti, lo he perdido.

Ella sonrió:

-Él aprobaría esa respuesta.

-No estará mucho tiempo más en condiciones de aprobar nada.

Permanecieron en silencio los cinco minutos siguientes, Cain contemplándola con una creciente sensación de futilidad y frustración, Anita *la Silenciosa* vigilando cada uno de sus movimientos con fanática intensidad.

Súbitamente se oyeron pasos en el vestíbulo, y luego pudieron oír la voz de Jacinto.

-¿Estás ahí, Anita?

Anita *la Silenciosa* giró la cabeza en dirección a la puerta sólo un instante... instante que aprovechó Cain para abalanzarse a través del cuarto y hacer volar la pistola de ella contra la pared. Anita dio un salto hacia el arma, pero Cain fue más rápido, la agarró y la hizo caer sobre la cama.

-¿Qué está pasando ahí dentro? -preguntó Jacinto, aporreando la puerta.

Cain recogió la pistola sónica, desconectó la carga, y la arrojó dentro del armario.

Luego recogió sus propios revólveres y se llenó los bolsillos de munición, sin quitarle los ojos de encima a Anita. Finalmente, fue hacia la puerta y ordenó que se abriera; se encontró frente a Jacinto, que tenía el rostro surcado de lágrimas.

-Voy a la ciudad -anunció Cain.

-Lo sé -dijo Jacinto. Dio un paso adelante, y Cain vio que llevaba en la mano un cuchillo de aspecto amenazador.

-No trates de detenerme -dijo Cain.

-Nunca he tenido esa intención.

-Entonces, déjame pasar.

-Antes debo hacer una cosa -dijo Jacinto, acercándosele.

27

Hay quienes dirán que es un pecador;
hay quienes dirán que es un santo.
Los hay que Jurarán que es como un gladiador,
Pero digan lo que digan... no es tan poco ni tanto.

Orfeo Negro no fue exactamente profético sino, más bien, afortunado. Escribió esa estrofa por la misma razón que escribió la de Anita *la Silenciosa...* porque tenía la sensación de que detrás de aquel tema había mucho más de lo que parecía.

Nunca supo cuánta razón tenía.

Virtud MacKenzie ya estaba sentada en la taberna cuando hicieron su aparición el Padre Guillermo y el Botinero. El predicador la saludó con frialdad, se sentó a la mesa de siempre y le pidió a Rizo de Luna que le preparara algo para desayunar; entretanto, el Botinero caminó hasta donde se encontraba Virtud y se sentó junto a ella.

-Buenos días, amor mío -dijo-. Sabía que volveríamos a encontrarnos.

-Es un poco temprano para ti, ¿no? -respondió ella, colocando su cámara holográfica de 360 grados sobre la mesa y controlando el micrófono.

-¿Qué sería la vida sin experiencias nuevas? -dijo él con una sonrisa-. Siempre me había preguntado cómo sería el mundo antes del mediodía.

-¿Qué mundo? -Inquirió ella, seca.

-Cualquier mundo.

-Más o menos igual, me imagino -dijo Virtud.

-Más borroso -replicó él, parpadeando-. ¿Dónde está tu compañero de viaje?

-Está a punto de llegar -le aseguró ella.

-Pues bien, ya que él no está, supongo que no perjudicamos a nadie si charlamos un poco de negocios -dijo el Botinero.

-No tengo nada que discutir contigo -dijo Virtud, insertando el micrófono en la ranura de la cámara.

-Nosotros tenemos un acuerdo referente al destino que se le dé a la colección de obras de arte -insistió el Botinero.

-Ese acuerdo es válido solamente si Cain mata a Santiago -replicó Virtud-. Y no sé si te has enterado de que Cain se ha unido a él.

-Entonces, intercede por mí ante el Ángel.

Ella se quedó mirándolo fijamente:

-Botinero, no tengo nada bueno que decir de ti.

-Ahora no es buen momento para los insultos -dijo el Botinero-. Ni el Ángel ni tú sabéis cómo disponer de la colección de arte: yo sí. Me necesitáis.

-No me interesa la colección de arte -dijo ella-. Voy a conseguir lo que quiero.

-¿Lo crees así? -dijo el Botinero, divertido.

-El Ángel quiere el dinero de la recompensa. Yo quiero la historia. Nuestros intereses son paralelos.

-Ah, Virtud -dijo él suspirando-, ojalá fueras tan brillante como crees ser.

-¿De qué estás hablando?

-¿De verdad crees que lo dejará vivir? -preguntó el Botinero.

-¿Y por qué no?

-Porque Dimitri Sokol puso un precio de cien mil créditos a tu preciosa cabecita.

-El Ángel hizo que retirara la orden de captura -dijo ella.

Él negó con la cabeza:

-El Ángel hizo que dejara de anunciarlo. Hay una diferencia.

-¿Por qué, entonces, no me ha matado ya? -preguntó ella.

-Porque te necesitaba para que trajeras a Santiago hasta aquí. En cuanto mate a Santiago, no te necesita para nada... a menos que logres convencerlo de que puede obtener un importante beneficio si nos permite, a ti y a mí, hacernos cargo de la colección de arte.

-¿Tú y yo? -repitió ella con escepticismo-. ¿Por qué te vuelves repentinamente tan generoso?

-Porque él te conoce, mientras que mi reputación ha sido manchada por numerosos socios estrechos de miras, celosos de mi éxito. -Se inclinó hacia delante-. Tendrás una participación del diez por ciento.

-¿El diez por ciento? -dijo ella con una risa discordante-. Tu generosidad no conoce límites.

-Muy bien... el quince -dijo él, encogiéndose de hombros-. Y aún tienes la historia.

-Ni loca.

-Estás cometiendo un grave error-dijo el Botinero.

-Por alguna razón, a pesar de lo aterrador que es el Ángel, me parece más de fiar que tú.

-Es tu funeral -replicó él-. Piensa en lo que te he dicho. -Hizo una seña a Rizo de Luna, que en ese momento salía de la cocina llevando el desayuno del Padre Guillermo en una bandeja enorme-. Cuando te sea posible, tráeme una taza de café, querida.

-Ahora mismo, señor -contestó ella.

-¿Café? -preguntó Virtud con una mueca.

-Me han dicho que contrae las pupilas -dijo el Botinero-. Estoy ansioso por comprobarlo.

-Calma los nervios.

-Lo que sea -dijo él, con un encogimiento de hombros.

De pronto advirtió que el Padre Guillermo había unido sus manos frente a sí, y había inclinado la cabeza.

-Nunca le había visto hacer eso -le dijo.

-Rezo constantemente -respondió el Padre Guillermo.

-No, no lo hace antes de una comida-dijo el Botinero-. Habitualmente se sumerge en ella como si intentara batir un récord.

-Tal vez esté nervioso -sugirió Virtud.

El Padre Guillermo la contempló con severidad:

-Estaba rezando por el alma del Ángel. Tengo planeado enviarla a la custodia de Satán esta misma mañana.

-Tal vez sería mejor que rezara por la suya, si lo que planea es enfrentarse a él -dijo Virtud.

-No le pido favores personales al Señor -dijo el Padre Guillermo. Siguió mirándola-. Creo que será mejor que luego rece por ti. Has hecho algo malvado, Virtud MacKenzie.

-No me culpe a mí de esto -dijo ella a la defensiva-. Nunca había oído hablar de Puerto Seguro hasta ayer. El Ángel encontró este lugar sin ninguna ayuda de mi parte.

-Pero convenciste a Santiago de que se encontrara con él.

-Todo lo que hice fue entregar un mensaje, caray -replicó ella-. Le dije que estaba loco si decidía venir aquí.

-Rezaré por ti, de todas maneras.

-Ya que está -dijo el Botinero-, podría decir una palabrita por mí, tanto como pare estar del lado seguro.

-No serviría de nada -contestó el Padre Guillermo.

Rizo de Luna se acercó con el café del Botinero, en tanto el Padre Guillermo decía una breve plegaria por Virtud y luego atacaba su comida con más apetito aún de lo habitual.

Rizo de Luna guardó la bandeja detrás de la barra y se aproximó vacilante al Padre Guillermo.

-Discúlpeme, señor-dijo indecisa.

-¿Sí, hija mía?

-Sé que es algo que a mí no me incumbe, pero no he podido evitar oír lo que ha dicho usted y quería saber si es verdad.

-¿Que el Botinero va a ir al infierno? -respondió el Padre Guillermo-. ¡Y tanto!

-No -dijo ella-. No me refería a eso. -Hizo una pausa, jugueteando nerviosa con el delantal-. ¿Es verdad que él va a venir hoy?

-Espero que no -dijo el Padre Guillermo.

Ella empezó a decir algo, luego sacudió la cabeza y volvió a la cocina; el Padre Guillermo volvió a centrar su atención en el montón de comida de su plato, ya en franca disminución.

Virtud repasó una y otra vez su equipo mientras el Botinero se tomaba el café, intentando sin éxito imaginar que se trataba de brandy cygniano.

Entonces se abrió la puerta y el Ángel, vestido con un conjunto tétrico a más no poder, entró en la taberna. Sus pálidos ojos descoloridos recorrieron la habitación sin que se les escapara ni un detalle.

-Has llegado unos minutos temprano -dijo Virtud.

Él no respondió, sino que eligió una mesa próxima a una pared sin ventanas y se encaminó hacia allí, elegante y felino, sin dejar de observar al Padre Guillermo. Cuando llegó a la mesa, tomó una silla y se sentó.

-Por su porte, imagino que es usted el Ángel -dijo cordialmente el Botinero.

-Así es.

-Bien. Me llaman el Alegre Botinero. Tengo un negocio beneficioso para ambos que proponerle.

-Más tarde -replicó el Ángel.

-Podría significar un montón de dinero para usted -continuó el Botinero, persuasivo.

-He dicho que más tarde.

El Botinero clavó su mirada en los fríos ojos sin vida del Ángel.

-Le diré lo que haré -dijo precipitadamente, poniéndose de pie y manteniendo las manos a la vista-. Creo que me iré al otro lado de la calle a descansar un rato. Hablaremos después.

El Ángel no le prestó ninguna atención cuando se apresuró a salir, pero observó intensamente al Padre Guillermo.

-No permitiré que lo mate -dijo el predicador, mirándolo de frente mientras seguía comiendo.

-Estoy aquí sólo para hablar con él -contestó el Ángel.

-No le creo.

El Ángel se encogió de hombros:

-Crea lo que quiera... pero no cometa ninguna estupidez.

El Padre Guillermo continuó mirándolo, y Rizo de Luna salió de la cocina y se acercó a él.

-¿Puedo servirle algo, señor? -preguntó.

El Ángel negó con la cabeza, sin apartar los ojos del Padre Guillermo.

-Estará aquí en cualquier momento -dijo Virtud. -¿ Cain estará con él? -preguntó el Ángel.

-No. -Calló un momento, nerviosa-. Tengo que hacerte
una pregunta.

-Adelante.

-¿Dimitri Sokol todavía tiene una orden de captura contra mí?

-No.

-¿Estás seguro?

-¿Quién lo ha dicho lo contrario? -preguntó el Ángel.

-Sólo lo preguntaba por curiosidad.

-Ha sido el Botinero -dijo el Ángel.

-¿Decía la verdad?

-¿Lo hace alguna vez?

-¡Mierda! -bramó Virtud, mientras la rabia sobrepasaba su temor-. ¡Quiero una respuesta!

Él volvió lentamente la cabeza hacia ella, manteniendo al Padre Guillermo dentro de su campo de visión.

-Ya he contestado a lo pregunta. Si no me has creído la primera vez, no lo harás ahora.

Permanecieron en silencio otro minuto. El Padre Guillermo se terminó el resto del desayuno, se secó la boca con la servilleta que llevaba atada alrededor del cuello, y la dejó sobre la mesa.

-Queda advertido -gruñó el predicador.

-Usted no tiene por qué morir -dijo el Ángel-. No hay ninguna orden de captura contra usted.

-¡El Señor es mi pastor! ¡Nada me ha de faltar! -entonó el Padre Guillermo, poniéndose de pie, mientras las culatas de sus pistolas láser refulgían bajo la luz artificial de la taberna.

De pronto, Rizo de Luna, con los ojos muy abiertos de terror, dio un paso en dirección al Ángel.

-¡No puede matar al Padre Guillermo! -dijo en voz baja-. ¡Es un servidor del Señor!

-Es elección suya -replicó el Ángel, sin quitar los ojos de las manos del predicador.

-¡Apártate, hija! -dijo el Padre Guillermo.

-¡No puede! -repitió ella, arremetiendo contra el Ángel.

El Padre Guillermo bajó las manos hasta las pistolas, y tres largas barras afiladas de metal aparecieron, como por arte de magia, en la mano derecha del Ángel. Aunque Rizo de Luna lo golpeó en el brazo justo cuando estaba a punto de lanzarlas, todas lograron alcanzar el corpachón del Padre Guillermo antes de que pudiera sacar sus pistolas, y éste cayó con un gruñido de sorpresa.

El Ángel se puso de pie, y apartó a Rizo de Luna empujándola con el brazo. Ella chocó contra la pared y cayó al suelo, inmóvil.

-Comprueba si aún está viva -le ordenó a Virtud mientras atravesaba la habitación y se ponía de cuclillas junto al Padre Guillermo. Una de las barras se le había hundido en el pecho, otra le sobresalía del brazo derecho, y la tercera se había alojado en el costado izquierdo de su cuello; pero todavía estaba consciente.

-Ha tenido suerte -dijo el Ángel desapasionadamente, apoderándose de las pistolas del Padre Guillermo-. Le debe la vida a esa niña. Trate de no moverse demasiado y tal vez no muera desangrado.

-¡Máteme ahora! -dijo el Padre Guillermo con voz cascada-. ¡De lo contrario, pongo a Dios por testigo, lo perseguiré hasta los abismos del infierno!

-Estúpido -musitó el Ángel, sacudiendo la cabeza. Registró al predicador en busca de otras armas ocultas, le quitó con cuidado las tres barras, se puso de pie, y se acercó a Rizo de Luna.

-Respira -dijo Virtud-. Pero tiene un chichón enorme en la cabeza.

Él le palpó el cuello y la cabeza con manos expertas.

-Se pondrá bien -dijo.

-¿Y qué pasará con el Padre Guillermo?

-Está en mejor forma de lo que merece -respondió el Ángel-. Esa grasa le da mucha protección.

-¿Vivirá?

-Probablemente.

-¿No deberíamos llevarlos a ambos al médico?

-Más tarde -dijo el Ángel.

Ella miró al predicador, que estaba apenas consciente.

-Sangra mucho -dijo.

-Haz lo que quieras -respondió el Ángel, volviendo a su silla-. Yo estoy aquí para

encontrarme con Santiago.

Virtud contempló una vez más al Padre Guillermo, y luego, encogiéndose de hombros, volvió a ocuparse de su equipo de grabación.

Durante algunos minutos reinó el silencio, roto solamente por la respiración enronquecida del Padre Guillermo y algunos insultos que lanzaba de vez en cuando. La puerta se abrió una vez más, y Santiago hizo su entrada en la taberna.

-¿Qué ha ocurrido aquí? -preguntó, poniéndose de rodillas junto al Padre Guillermo.

-¿Es usted Santiago? -preguntó el Ángel.

-Soy yo -respondió Santiago, sin alzar la mirada.

-Su socio ha tomado una decisión poco inteligente.

-¿Está vivo?

-¡Sobreviviré a ese engendro de Satán! -exclamó el Padre Guillermo con voz chirriante.

De pronto, Santiago vio a Rizo de Luna.

-¿Qué le ha hecho a la muchacha?

-Se pondrá bien. -El Ángel señaló con un gesto la silla que tenía delante-. Tome asiento.

-Un minuto -dijo Santiago, acercándose a Rizo de Luna y examinándola. Sus manos encontraron la hinchazón de su cabeza-. Aquí podría haber una fractura. -Se volvió hacia Virtud-. ¿Ha llamado a un médico?

-Todo a su tiempo -Intervino el Ángel-. Primero, tenemos que hablar de negocios.

Santiago echó una mirada al Padre Guillermo, y se volvió hacia el Ángel.

-Quiero su palabra de que no los matará, al margen de cómo terminen nuestras negociaciones.

-La tiene.

Santiago suspiró.

-Muy bien-dijo mientras se sentaba-. Adelante.

-Usted es consciente de ser el hombre más buscado de la galaxia -comenzó diciendo el Ángel.

-Soy consciente.

-Esto se debe a que es el criminal que más éxito tiene en toda la galaxia -continuó.

-Vaya al grano -dijo Santiago.

-La cuestión es muy sencilla: un criminal que ha tenido tanto éxito como el que usted ha tenido, sin duda habrá acumulado una suma considerable de dinero. Me pregunto si está dispuesto a gastar parte de ella en comprar la continuidad de su buena salud.

-¿En cuánto dinero está pensando?

-La recompensa actual es de veinte millones de créditos -dijo el Ángel. Calló un momento, pensativo-. Se me ocurre que treinta millones sería lo apropiado.

-¿Treinta? -exclamó Virtud-. ¡Creía que estabas hablando de tres!

El Ángel sonrió sin ganas.

-Sólo eran palabras -dijo-. Esto es un negocio. -Miró a Santiago directamente a los ojos-. La suma debe ser pagada en su totalidad antes de que deje esta mesa.

Santiago sonrió con una mueca sombría:

Jamás ha tenido realmente la intención de hacer trato alguno, ¿verdad?

-Soy un hombre de palabra -replicó el Ángel-. Dije que si usted venía aquí yo le haría una oferta, y eso hago. ¿Cuál es su respuesta?

-Váyase al infierno -dijo Santiago.

El Ángel saltó con un movimiento increíblemente veloz, y un instante más tarde Santiago caía de la silla mientras la sangre salía a borbotones de su garganta. Ya estaba muerto antes de caer al suelo.

El Padre Guillermo lanzó un espantoso aullido gutural a intentó ponerse de pie; estuvo a punto de apoyar una pierna pero se vio obligado a aferrarse el pecho. Volvió a caer, jadeando.

Virtud cerró los ojos y luchó contra el deseo de vomitar mientras el Ángel se ponía de pie, caminaba hacia el cadáver de Santiago y bajaba la vista hacia él, estudiando el rostro

contorsionado.

-Bueno, has conseguido tu artículo -dijo por fin.

-¡Ha sido horrible! -dijo Virtud con un hilo de voz.

El Ángel se volvió hacia ella:

-La muerte suele serlo.

De pronto, un disparo rasgó el aire.

Por un momento nadie se movió. Luego, el Ángel, de cuya boca comenzó a manar un chorro de sangre, se volvió hacia la puerta, balanceándose ligeramente.

-¡Imbécil! -dijo Cain suavemente-. ¿Cree que se puede matar a Santiago tan fácilmente?

Volvió a disparar, y el Ángel cayó de rodillas.

El Padre Guillermo se incorporó trabajosamente sobre los codos.

-¡Pobre bastardo infeliz! -gruñó con una risita burlona-. ¡Mataste al hombre equivocado!

Cain cruzó lentamente la habitación.

El Ángel, con la confusión y el sufrimiento reflejados en el rostro, trató de hablar, escupió otro chorro de sangre, y finalmente logró decir:

-¿Entonces, quién es Santiago?

Cain levantó su mano derecha y exhibió una herida en forma de S que aún rezumaba sangre.

-Ahora soy yo -dijo.

-¡Pobre pecador! -graznó el Padre Guillermo-. ¡Todo el mundo sabe que Santiago no puede morir! -Soltó una carcajada que pareció un rugido, y todavía estaba riendo cuando se desmayó.

El Ángel buscó dentro de su chaqueta un arma sónica, y sonó un tercer disparo. Cayó hacia atrás como si lo hubieran golpeado con una maza, y luego se quedó inmóvil.

Cain se volvió hacia Virtud.

-Vaya a buscar a un médico -le ordenó.

Ella se puso de pie y comenzó a guardar la cámara en el bolso.

-Déjela-le ordenó Cain.

-Ni lo sueñe -dijo ella, mirándolo-. He arriesgado mi vida para conseguir lo que hay en ella.

-Aún estará aquí cuando regrese.

-¿Entonces por qué no puedo llevármela?

-Porque quiero estar seguro de que regresa. Tenemos cosas que discutir.

Ella miró la cámara y luego a Cain:

-¿Me promete que no la va a tocar?

-A menos que alguien muera porque usted está aquí, perdiendo el tiempo en discusiones -replicó él-. Si eso sucede, le juro que la haré añicos.

Ella pareció a punto de seguir discutiendo con él, pero enseguida se volvió y salió de la taberna. Cain examinó rápidamente los cuatro cuerpos que yacían en el suelo, dos vivos y dos muertos, luego se acercó a la barra, se sirvió una copa, y se dispuso a esperar.

Virtud volvió sola cerca de dos minutos después, con la cara encendida por la carrera.

-Fuera se ha reunido una verdadera multitud -señaló.

-¿Dónde está el médico?

-Le dije que iba a necesitar mucha ayuda -respondió ella-. Está reuniendo a su equipo de ayudantes, y tratando de conseguir un vehículo en el que pueda transportar a todos al hospital.

-¿Cuánto tardará en llegar?

-No lo sé. Cinco minutos, supongo.

-Espere aquí -dijo él, encaminándose a la puerta. Salió a la calle y se encontró frente a frente con cerca de veinte curiosos.

-Ha habido algunos problemas -dijo-, pero ya está todo bajo control. Pronto llegará un equipo médico. Creo que sería mejor que todos vosotros regresarais a casa.

Nadie se movió.

Cain levantó la mano derecha y la volvió hacia ellos para que todos pudieran ver la herida que tenía en el dorso.

-Por favor -les dijo.

Se quedaron mirando su mano y luego, uno por uno, comenzaron a dispersarse. Un hombre quedó rezagado con respecto a los demás, y se acercó a Cain para preguntarle si podía hacer algo para ayudar. Cain negó con la cabeza, se lo agradeció y le indicó que siguiera su camino.

-Ha sido muy impresionante -dijo Virtud, cuando él volvió a entrar en la taberna.-. ¿Cuánto tiempo más va a continuar esta farsa?

-¿Qué farsa? -preguntó él.

-La de fingir que es Santiago.

Él la contempló sin expresión alguna.

-No estoy fingiendo -dijo.

-¿Y qué pasa con la recompensa?

-Imagino que aumentará -replicó él-. El Ángel estaba trabajando para la Democracia.

Ella encontró su mirada y quedó sorprendida por lo que vio en ella.

-Habla en serio, ¿no?

Él asintió en silencio.

-Entonces ¿qué pasa con mi artículo?

-¿Qué artículo?

-Tengo una grabación del Ángel matando a Santiago.

Él negó con la cabeza:

-Yo soy Santiago. Lo que usted tiene es una grabación de un cazador de recompensas matando a un impostor.

-Dejemos que el público juzgue por sí mismo.

Entonces Cain, encogiéndose de hombros, dijo suavemente:

-Es una pena, sin embargo.

-¿Qué? -preguntó Virtud con suspicacia.

-Que su reportaje deba terminar así.

Lo miró con curiosidad.

-Y que nunca haya conseguido su entrevista -agregó él.

-¿ Cómo?

-Podría haber aprendido tantas cosas -continuó-. Suficientes para escribir diez capítulos.

-¿Suficientes para un libro? -preguntó ella.

-Quién sabe.

-Tendré que pensármelo -dijo Virtud.

La puerta se abrió y entró un médico, flanqueado por tres asistentes.

-No por mucho tiempo -le dijo Cain a Virtud.

Los enfermeros se llevaron al Padre Guillermo y a Rizo de Luna en angarillas con colchón de aire, y el médico se acercó a Cain.

-Regresaré por los otros dos más tarde. Pero tendré que darme prisa para salvar al Padre Guillermo.

Cain hizo un gesto con la cabeza, asintiendo.

-Venga sólo a buscar a éste -dijo, señalando al Ángel-. Al otro me lo llevo a casa, conmigo.

El médico bajó los ojos hasta Santiago, luego los alzó hasta Cain, y asintió en silencio.

Cain esperó y, cuando Virtud y él se encontraron nuevamente a solas, dijo:

-Será mejor que traiga mi vehículo hasta aquí, y lo cargue en él. -Caminó hasta la puerta y se volvió-. Necesitaré conocer su decisión antes de marcharme.

Dio media vuelta, y se encontró frente al Alegre Botinero.

-Vi que se iba todo el mundo, así que pensé que sería oportuno volver -dijo con una sonrisa-. Me alegra ver que aún sigue vivo.

Pasó frente a Cain, y contempló los dos cadáveres.

-¡Bueno, que me cuelguen! -musitó-. ¡Los dos! -Se volvió hacia Cain-. Creí haber visto que se llevaban dos cuerpos.

-El Padre Guillermo y Rizo de Luna -dijo Cain-. Aún están vivos.

-Me alegro de saberlo. He llegado a sentir un inexplicable afecto por ese viejo gordo. -Se frotó las manos-. ¡Bueno, aquí estamos... los Tres Mosqueteros! ¿Quién iba a decir que realmente lo lograríamos?

-¿Qué quiere? -preguntó Cain.

-¿Qué quiere decir con eso de qué quiero? -rió el Botinero-. Ha obtenido la recompensa, Virtud ha obtenido su artículo... quiero la colección de arte.

-No hay trato -dijo Cain.

El Botinero frunció el ceño:

-¿De qué está hablando, Pájaro Cantor?

-No me llamo Pájaro Cantor.

-Muy bien... Sebastián.

-Tampoco soy Sebastián.

-Bueno, ¿cómo quiere que lo llame?

-Santiago.

El Botinero rió de buena gana:

-¿Tanto era lo que tenía escondido?

-Lo que yo tengo no es asunto suyo.

-Muy bien -dijo el Botinero-. Esto ha ido demasiado lejos.

Hicimos un trato. ¡La colección de arte es mía!

-Hizo un trato con un hombre que ya no existe -dijo Cain.

-¡Escúcheme bien! -dijo el Botinero-. No sé qué clase de traición está tratando de hacer, pero no va a funcionar. Ya tiene su recompensa; quiero las obras de arte.

-Lo que usted quiera no me interesa.

-¿Cree que ser el que lo ha matado le da derecho a cualquier cosa? -reclamó el Botinero-. ¡No funciona de esa manera, Sebastián!

-Su nombre es Santiago -dijo Virtud.

-¿Tú también? -dijo él, volviéndose hacia ella.

-Soy su biógrafa -contestó ella con una sonrisa satisfecha-. ¿Quién conoce a Santiago mejor que yo?

El Botinero se volvió hacia Cain:

-No sé qué clase de montaje han tramado entre los dos, pero no se librarán de mí tan fácilmente. He invertido en esto tanto esfuerzo como ustedes; merezco algo a cambio de mi tiempo.

-¿Algo de arte alienígena? -insinuó Cain.

-¡Por supuesto que algo de arte alienígena! ¿De qué demonios cree que estoy hablando?

-Muy bien -dijo Cain-. tiene derecho a llevarse algo.

Caminó hasta el cadáver de Santiago, se arrodilló junto a él, y quitó de uno de sus dedos un anillo de oro.

-Aquí tiene -dijo Cain-. Ahora, váyase.

El Botinero miró el anillo, y lo arrojó contra la pared.

-Contaré todo lo que sé -dijo, en tono amenazador.

-Haga lo que crea que tiene que hacer-respondió Cain.

-No estoy alardeando, Sebastián. Contaré que Santiago está muerto.

-Y el mes que viene, o el año que viene, un nuevo convoy de la Armada será robado, y todo el mundo sabrá que Santiago aún vive -replicó Cain con calma.

El Botinero lo miró fijamente:

-Esto todavía no ha terminado -prometió.

-Lo sé -dijo Cain-. Por una razón: usted va a protegerme.

-¿De qué está hablando?

-Mi cabeza todavía tiene precio, y usted sabe que vivo en Puerto Seguro. Si algún cazador de recompensas llega hasta aquí, voy a dar por supuesto que usted le dijo dónde encontrarme. -Sonrió torvamente-. Veré eso con muy malos ojos.

-¿Cómo voy a arreglármelas para no perder de vista a todo cazador de recompenses que ande buscando a Santiago? -preguntó, exasperado, el Botinero.

-Es un hombre muy inteligente -dijo Cain-. Ya encontrará la forma.

El Botinero estuvo a punto de protestar, pero suspiró y le preguntó a Virtud:

-¿Realmente estás dispuesta a seguir adelante con este fraude?

-¿Qué fraude? -replicó ella con fingida inocencia.

-Maravilloso -murmuró-. ¿Sabes una cosa? -agregó pensativo-. Me parece que ya te has gastado la mayor parte de tu adelanto. No lograrás mucho más que cubrir los gastos.

-¿Tienes alguna sugerencia?

Él sonrió con confianza renovada:

-Cientos de sugerencias, sobre todo para una crítica de arte tan famosa como tú.

-Hablaremos de ello más tarde -contestó Virtud, incapaz de disimular totalmente su interés.

-Me quedaré en la pensión algunos días. Eso -agregó burlón-, si no le parece mal a Santiago.

-Dos días -dijo Cain.

-Entonces, si no tienen otras objeciones, creo que me marcho -dijo, camino de la puerta-. Me muero por estar en compañía de hombres y mujeres honrados.

-Dudo que el sentimiento sea mutuo -dijo Cain.

El Botinero soltó una risita burlona y se marchó.

-Temía que fuera usted a matarlo -comentó Virtud.

-Cain podría haberlo hecho. Santiago encontrará el modo de utilizarlo.

-Pero todo lo que tiene que hacer él es decirle a la Armada dónde encontrarlo.

-Pero no lo hará -dijo Cain, confiado, mientras se encaminaba hacia la puerta-. Si la Armada me mata, la Democracia se adueñará de todas mis pertenencias, incluida la colección de obras de arte.

Cain tardó otros cinco minutos en cargar el cuerpo de Santiago en su vehículo. Luego, Virtud y él recorrieron juntos los setenta kilómetros que los separaban de la granja.

Jacinto estaba esperándolos, y mientras Virtud permanecía en la casa, los dos hombres llevaron cuidadosamente a Santiago hasta el pequeño valle, donde esa mañana habían cavado una tercera tumba.

-Él amaba este lugar -dijo Jacinto cuando terminaron de enterrar a Santiago. Miró a su alrededor-. Es hermoso, ¿verdad?

Cain asintió con una inclinación de cabeza.

Jacinto contempló pensativo la sepultura sin nombre.

-Era el mejor de todos.

-¿También era cazador de recompensas? -preguntó Cain.

Jacinto sacudió la cabeza en señal de negación:

-Vino aquí como colono hace casi veinte años, y construyó la taberna Barleycorn.

-¿Y qué me dices del que lo precedió?

-Un profesor de idiomas alienígenas.

-¿Y jugador de ajedrez?

Jacinto sonrió:

-Y muy bueno.

Cain caminó hasta la sombra de un árbol nudoso.

-Cuando me entierres, quiero que lo hagas en este lugar -dijo.

Jacinto se irguió cuan largo era, y dijo firmemente, mirando a Cain directamente a los ojos:

-Santiago no puede morir.

-Ya lo sé. Pero cuando me sepultes, recuerda lo que te he pedido.

-Lo haré -prometió Jacinto.

Cain volvió al lugar donde se encontraban las tres sepulturas.

-Ve a casa -dijo-. Me reuniré contigo dentro de un rato.

Jacinto asintió y comenzó a alejarse, mientras Cain inclinaba la cabeza y contemplaba los tres montículos de tierra. Permaneció allí inmóvil durante más de media hora y luego, lanzando un profundo suspiro, regresó a la casa.

Virtud lo estaba esperando en la terraza, cámara en mano.

-¿Está listo? -preguntó ansiosa.

-Un momento. Antes tengo que decirle algo a Jacinto. -Se volvió hacia ella-. Dicho sea de paso, hay una condición.

-¿Cuál es?

-No tomará holografía alguna de mi rostro. Va a utilizar esa pequeña cámara que le quité ayer para enfocar mi mano. -Hizo una pausa-. Ésa es mi norma fundamental. ¿Está de acuerdo?

-Por supuesto -contestó ella con tranquilidad-. En realidad, eso puede prolongar el tiempo que yo pase siendo su biógrafa.

-Me alegro de que nos entendamos.

Fue en busca de Jacinto y le pidió un informe de situación acerca de la organización de Winston Kchanga.

-No tenemos respuesta de ellos -dijo Jacinto.

-¿Y la Democracia aún mantiene congelados los fondos de Bortai?

Jacinto afirmó con la cabeza.

-Entonces, tendré que hacer una pequeña visita a nuestros socios -dijo Cain-. Carga sus coordenadas en el ordenador de navegación de mi nave. Parto mañana.

-Sí, Santiago.

Cain regresó a la temaza.

-Muy bien -dijo-. Comencemos.

-Supongamos que empieza por contarme cosas acerca de este movimiento suyo -dijo Virtud, enfocando la cámara en el dorso de la mano derecha de Cain-. ¿Contra quién están luchando?

-¿Movimiento? -repitió él, confundido-. No sé nada de ningún movimiento. -Ella abrió la boca para protestar-. Pero puedo hablarle de los diecisiete hombres y mujeres a quienes robé y maté en Azulplata.

Ella sonrió, y activó el micrófono. Él habló hasta muy entrada la noche, relatándole la sangrienta historia del más famoso criminal de la galaxia.

EPÍLOGO

Algunos dicen que cien,
algunos otros, que eso y más.
Otros afirman que vivirá eternamente...
¡El mariscal de los proscritos por siempre jamás!

Éstos fueron los últimos versos que escribió Orfeo Negro.

Poco después de haberlo hecho, aterrizó en el cuarto planeta del sistema Beta Santori. Era un mundo hermoso, una tierra maravillosa, bucólica, de praderas verdes, cursos frescos de agua cristalina y frondosos árboles centenarios; y en el instante en que puso un pie en ella, decidió que iba a pasar allí el resto de su vida, como único habitante.

La llamó Eurídice.

Naturalmente, aún sin Orfeo Negro, la vida -y la muerte-siguieron su curso en la Frontera Interior.

Gerónimo Gentry, el Pobre Yorick y Jonathan Stern habían muerto al cabo de un año: uno de viejo, otro por exceso de semillas de alphanella, y el último por una cantidad de pecados para los que aún no se había inventado nombre.

La Rosa de los Sargazos continuó siendo una mujer solitaria y amargada, que insultaba a Sebastián Cain noche tras noche por no haber cumplido la promesa que le hiciera. *Rompecráneos* Murchison perdió su título no oficial, lo recuperó, y finalmente se retiró, después de dar un buen golpe a la cabeza.

Pacificador MacDougal atrapó a Quentin Cicero y a Carmela Sparks, y luego se internó profundamente en el corazón de la galaxia en busca de Santiago. Dimitri Sokol sirvió dos años como embajador en Lodin XI -cargo al que renunció cuando creyó que ya había acumulado suficientes favores políticos- y se trasladó luego a Deluros VIII; allí llevó con eficacia una oficina de poca importancia y luego le ofrecieron ser un alto cargo del gobierno.

El Padre Guillermo se recuperó muy lentamente de sus heridas. Permaneció en el hospital casi seis meses, invocando las iras del Señor sobre todos los médicos que rehusaban darle de alta hasta que hubiese perdido la mitad del peso que tenía al ingresar. Cuando finalmente salió del hospital comenzó a recuperarlo para vengarse, pero ya había perdido su energía, y finalmente se estableció en Puerto Seguro como pastor de la única iglesia del planeta.

En cuanto al Botinero, realmente formó equipo con Virtud MacKenzie durante una temporada corta. Después de haber tenido un nuevo desacuerdo, regresó a Barra Dorada, y se dedicó a escribir sus memorias.

Su entusiasmo pronto declinó, aunque nunca abandonó por completo el proyecto; al poco tiempo ya había contratado a una nueva banda de secuaces y estaba otra vez aumentando su colección con su estilo inimitable.

Virtud había abandonado la Democracia en el anonimato, pero volvió a ella como una celebridad. Su serie de entrevistas con Santiago le valió tres premios importantes, y su biografía del famoso bandido la convirtió en una mujer de fortuna. Regresaba a la Frontera Interior cada dos años para obtener nuevo material sobre el Rey de los Proscritos, y jamás fracasó en el intento. Bebió demasiado, se acostó con demasiados hombres, y gastó demasiado dinero... y disfrutó cada minuto con todo ello.

Cain llevó adelante su campaña durante otros nueve años, mandando lo que acumulaba su red de empresas ilícitas adonde pensaba que sería más necesario, librando sólo aquellas batallas que sabía que iba a ganar, y difundiendo el mito de Santiago aún más allá de la Frontera.

Siempre había tenido la sensación de que, cuando le llegara la hora, sería a manos de Pacificador MacDougal, pero acabó siendo Johnny *Un-Billete,* al perpetrar su noveno

asesinato, quien lo atrapó.

Estaba sentado en la galería, contemplando con toda tranquilidad los campos sembrados de trigo y de maíz, cuando sucedió, y nunca se enteró de qué lo había alcanzado. Johnny *Un-Billete* llegó hasta kilómetro y medio de donde se encontraba su nave antes de que lo alcanzaran y le dieran muerte.

Esa tarde hubo una cuarta tumba sin nombre en el pequeño valle cercano a la fuente, bajo el árbol nudoso, como Cain había pedido. Al atardecer, Rizo de Luna hizo a pie todo el trayecto desde la ciudad y llegó hasta allí.

Un hombre delgado, de ojos tristes, con un mechón brillante de cabello blanco que cruzaba su oscura cabellera, se encontraba de pie en el porche de la entrada, observándola mientras se acercaba.

-¿Sí? -dijo.

-He venido a ver a Santiago.

-¿Por qué? -preguntó él.

-He sido camarera toda la vida -respondió ella-. El Padre Guillermo dice que es hora de que haga algo más. -Hizo una pausa, incómoda-. Dice que Santiago puede ayudarme.

-Es posible.

-¿Dónde puedo encontrarlo? -preguntó Rizo de Luna.

-Ven, hija -dijo él con amabilidad, extendiendo la mano vendada hacia ella-. Yo soy Santiago.